

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

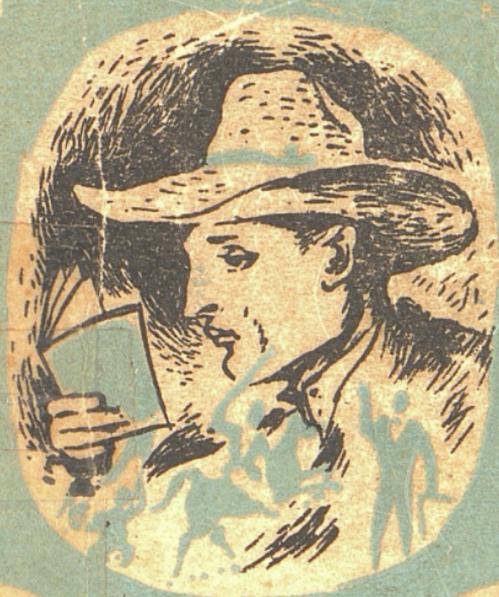
EDUARDO CARREÑO

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

PROLOGO DE S. KEY-AYALA

3ª EDICION

AUMENTADA



HISTORIA Y BIOGRAFIA

44

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

992

EDUARDO CARREÑO

Excelente crítico y poeta. Es autor de una vasta obra diseminada en nuestras mejores publicaciones del presente siglo. Ha escrito en prosa y en verso, distinguiéndose en ambas formas expresivas por la perfección admirable de su estilo.

Nació en Caracas el 5 de abril de 1880. Fueron sus padres el doctor Eduardo Carreño y doña Concepción Ascanio de Carreño. Su maestro de primeras letras fué el notable historiador Eloy G. González. Cursó bachillerato en el Colegio Avelado, dirigido por el inolvidable doctor Miguel Páez-Pumar; ingresó luego en la Universidad Central, donde cursó dos años de Derecho, carrera que hubo de abandonar por carecer de vocación para ello. Desde muy joven ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores, en el cual prestó servicios por más de treinta años.

Ha viajado por España y por Francia. Sobre la primera escribió sus impresiones poéticas en un cuaderno titulado *Estampas españolas*, aparecido en 1934, con ilustraciones de Tito Salas. Publicó luego *Sonetinos*, en 1935. Los refundió en un tomo, con casi todos sus versos, que sacó a luz en 1934 con el título de *Estancias*. Otros trabajos suyos recogidos en volumen son: *Trajectoria de una vida ilustre*, Caracas, 1944; *Aspectos de venezolanos ilustres*, Caracas, 1945; *Arturo Michelena*. Caracas, 1948.

Una de sus obras fundamentales—con la cual obtuvo el Premio Municipal de Prosa—es *Vida Anecdótica de Venezolanos*, cuyas dos primeras ediciones aparecieron, respectivamente, en 1941 y 1946. Pone de resalto el singu-

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

OBRAS DEL AUTOR

Estampas españolas.—Editorial Elite.—Caracas, 1934.

Sonetinos.—Tipografía Americana.—Caracas, 1935.

Vida anecdótica de venezolanos.—Impresores Unidos.—Caracas, 1941.

Estancias.—Impresores Unidos.—Caracas, 1943.

Trayectoria de una vida ilustre.—Editorial Elite.—Caracas, 1944.

Aspectos de venezolanos ilustres.—Tip. La Nación.—Caracas, 1945.

Arturo Michelena.—Tipografía Americana.—Caracas, 1948.

987.00992
C314/1952
c.3

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

44

EDUARDO CARREÑO

VIDA ANECDOTICA
DE VENEZOLANOS

CAH 9173

Prólogo de S. KEY-AYALA

*

TERCERA EDICION
(AUMENTADA)

*

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES
CARACAS, 1952

ES PROPIEDAD

Ediciones EDIME.—MADRID-CARACAS

UN ANECDOTARIO

Eduardo Carreño nos brinda un anecdotario. Un anecdotario venezolano. Oiremos contar las anécdotas a un poeta artista, que así vuela muy por cima de las copas de los árboles para estar más cerca de las nubes y libar del paisaje la esencia ideal que fluye de la lejanía, como labra la tierra del verso y la viste de flores, otra noble manera de idealizar y hermohear el paisaje. También labra el terrón de la prosa y deja en él surcos de armonía, de líneas sabias que al primer descuidado ojear pueden parecer habilidades de geómetra, pero donde está yacente y vivaz la semilla de conceptos ajustados y observaciones certeras.

Aunque por su filosofía personal de la vida, Eduardo Carreño no se preocupa mucho ni poco de la posteridad lectora, la cuidada factura de su verso lo destina a la relativa eternidad de la antología, eternidad por la cual otros se desviven. No bien había dado sus pinitos en poesía, cuando uno de sus sonetos, donde la emoción amaestrada levanta con sereno impulso la veste de la forma, fijó la atención de otro poeta experto, quien como buen conocedor del metal y del buril, lo reputó a la primera ojeada por pieza de antología. Y son muchos los hermanos de aquel bello soneto en donde el poeta recién asomado a las ventanas del mundo pidió a Dante el camino mejor de la vida.

¿Cómo un poeta antológico, me ha dicho alguien, dedica su tiempo y sus saberes a escribir anécdotas? Pareciale al interlocutor desperdicio de aptitudes, cosa baladí e indigna de gente capaz de mayores empeños. No es tampoco el único en pensar así. Para tal pregunta y tal sorpresa hay por suerte respuesta y respuestas. Ya buscando salir pronto del paso con suave bon-

homía pudieran aducirse aquellas rarezas, ornamento de muy altos espíritus y encanto de biógrafos e historiadores psicólogos. Rarezas que al fin de cuentas no son tales rarezas, sino reacciones contra el cansancio de la actividad orientada en un solo sentido. Es la rareza del grande artista que pone de lado pinceles y paletas para sembrar coles. Es la del corso conquistador a quien separa de sus graves cavilaciones políticas y estratégicas la más grave empresa de salvar una mariposa empeñada en quemarse con la llama de su lámpara. Es la del gran político británico, escritor y orador, cuando muestra con orgullo a sus amigos el muro de ladrillos donde hasta la argamasa ha sido obra de sus manos ilustres.

Con lo cual, si queda satisfecha la pregunta, no lo queda la justicia. Sobre todo en el caso singular de Eduardo Carreño. Porque este burilador de sonetos antológicos, este paciente prosador, capaz de desvelarse toda una noche por encontrar la palabra precisa y castiza venida a encajar como clave maestra en la bóveda de una cláusula armoniosa, también sabe, y sin violencia de su lengua, escribir cuartillas frente al apremio de cajistas y linotipistas, vestir con buen traje la noticia del día, aprovechar la frase feliz, el chiste malicioso de ese niño grande que ya quiere usar el don y llamarse don Santiago de León de Caracas. Porque es también cronista Eduardo Carreño, aunque suela descargarse de las glorias y los riesgos del oficio en unos cuantos complacientes seudónimos.

Alguna vez he dicho que no hay diferencias fundamentales de factura entre un buen suelto de crónica a la venezolana, un cuento parlado, un epigrama y un soneto. En esta familia de géneros reducidos por la extensión, capaces de sintetizar un mundo, tiene su puesto, y no de pariente pobre, la anécdota. La buena anécdota, buena por el argumento, buena por el modo de contarla.

Todos sabemos cómo las excelencias del soneto lindan con sus exigencias. Ha de ser el soneto, homogéneo, de igual densidad y vigor en todas sus partes. Deben éstas quedar muy bien distribuidas. No permite el buen soneto ni estridencias ni desmayos. Lo peor es el soneto que comienza bien y acaba mal: los cuartetos vivos y los tercetos desmayados, hueros o jofos. Linaje que termina en punta, salida de caballo y parada de

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

asno. El lector se revuelve contra el engaño y descarga su sanción soberana sobre el inhábil sonetista. Menos mal, cuando son los cuartetos los flojos y hábiles los tercetos. Está bien lo que concluye bien, se dice el lector, inclinado a la benevolencia por la reacción final.

Todo esto que pudiera llamarse la psicología del soneto es aplicable a la psicología de la anécdota. En realidad, la anécdota es un género literario. Así se comprende por qué no sea rareza sino expansión normal que un buen sonetista quiera escribir anécdotas y sepa hacerlo.

¿Ha de ser larga o corta la anécdota? Dictan la respuesta el temperamento personal y la experiencia del anecdotista. La breve tiene toda la eficacia y la fuerza viva de la velocidad. Es más prudente y cuenta para su buen éxito con la reacción propia del lector. Para triunfar de las dificultades de la anécdota larga se requiere sostener el interés con talento y donaire. Aun así, la anécdota larga pasa con facilidad la frontera y cae en el territorio de otros géneros literarios. Muchas de las mejores tradiciones de don Ricardo Palma son anécdotas largas.

Con amplio criterio se puede prescindir de clasificaciones cuando un género híbrido nace en la noble cuna del ingenio y de la gracia. Así para la anécdota como para el cuento hablado venezolano. Bien haya el cuento largo cuando lo parla uno de los maestros que poseemos en el género. Felices imitaciones y remedo de lenguajes, voces, gestos, bien valen por la rapidez. El narrador, alargando el tiempo, en realidad nos lo acorta con la magia del habla, y cuando concluye estamos por creerlo demasiado corto. Sobre todo, cuando concluye bien. Saber concluir el cuento, la anécdota, el chiste, es como saber aterrizar el aviador, de lo más difícil y de lo más peligroso. Anécdotas hay que fracasan por el impertinente y egoísta afán del narrador de agregar un comentario. Contra el egoísmo del autor se yergue indignado el egoísmo del lector. ¿Se le toma por tonto? Y en defensa de su territorio de lector inteligente sanciona con su desdén al invasor. La moraleja, el comentarioroso e inútil, son para la anécdota lo que para el soneto el estrambote.

Estas lucubraciones, que holgarían para dichas en otra parte del globo, se precisan aquí en Venezuela, donde la anécdota es maltratada, después de haber sido tanto tiempo desdeñada.

Ahora se escriben muchas, algunas muy bien averiguadas; muchas también falsas, deformadas, anacrónicas. Malas adaptaciones de viejas anécdotas, despreocupadas tergiversaciones de personajes, caricaturas del género. Son del estilo de un anuncio leído en un almanaque venezolano: "E pur si muove", dijo Sócrates al apurar la cicuta por orden de Nerón." O del cuentecillo famoso de Andrés Alfonzo: "Hermanos míos: Los cuatro Evangelistas son tres: Saúl y Enós."

El entendido, el entendido siquiera a medias, sonríe. El irresponsable también sonríe. Eso no tiene importancia. Así será para los lectores enterados. Pero hay también la cáfila inconsciente e innumerable. Las falsas anécdotas se repiten, se consolidan, pasan las fronteras. Se pierde su origen. Adquieren y ostentan abuelos ilustres. Se hacen indiscutibles y las acogen los historiadores. Las anécdotas, a la vez que género literario, son pajes de la historia. Mientras en los grandes salones del palacio mansión de la gran dama, se celebran los consejos que absuelven o condenan a las grandes figuras de la Vida humana, o se ensalzan las glorias de los mejores, en patios y pasadizos los pajes se divierten contando entre risas y guiños casos curiosos. De los pajes, algunos son veraces y justos; otros, pícaros y de mala fe. Pajes de esos, los hay que hacen merecida carrera y son admitidos en los salones principales. Otros llegan a deslizarse en la alcoba de la Historia y merced a celestinas historialistas profanan la majestad de la Musa.

Vista así la anécdota como auxiliar de la Historia, precisa ser cautos y desconfiados para admitirlas. En manos de irresponsables y malandrines la anécdota suele servir, no para auxiliar a la Historia, sino para falsificarla. En América, tanto como en Europa, hay gentes dedicadas a tan productiva manufactura. Vienen luego los distribuidores de la materia elaborada, que se entusiasman con la mercancía, la sirven a la muchedumbre lectora y obtienen con tales fábulas renombre, proventos y éxitos de librería. Bolívar y Sucre, para hablar de gente nuestra, son materia de pingüe comercio, y sobre sus despojos rondan moscones voraces de todos colores.

Se cuenta que Huysmans era un tremendo fabricante de anécdotas. Se cuenta asimismo que los Goncourt, de buena fe, con amplias fauces, deglutían por verídicos los cuentos de Huysmans

y por historia los guardaban para su famoso Diario. Venezuela ha tenido despreocupados visitantes que han dado por historia nuestra en libros afamados los chismes oídos de Santiago de León de Caracas, en la esquina de Las Gradillas, en los jardines de algún club o en los corredores de alguna Academia.

No me arriesgo a respaldar como documentos de historia todas y cada una de las anécdotas contadas por Eduardo Carreño. Sí puedo asegurar que no es Carreño fabricante como Huysmans ni tan candoroso como los Goncourt. Sin aficiones de historiador, siente por la obra respeto de artista consciente, en mucho tiene aquellos cánones de probidad, orgullo profesional, amor de los hijos, tan descuidados por los creadores irresponsables. De risa e ingenio es productor Carreño. Risa e ingenio propios, sin amargor de envidias, encuentran natural equilibrio en la risa y en ingenio de los otros. Risa e ingenio son los polos de la brújula que guía el ágil bogar de Eduardo Carreño a través de los bajos y los tremedales de un anecdótico.

Ha de encontrar el lector en este libro datos muy interesantes sobre muchos conocidos hombres de Venezuela. Algo echará menos alguna anécdota de que sea sujeto u objeto el propio Carreño. No la modestia, sino el buen gusto, frena la pluma del autor, y al lector lo privan de otra buena sonrisa. ¿Cómo subsanar la falta sin realizar una agresión no provocada, invadiendo las fronteras y el territorio ajeno con manejos de mal vecino? Aquí de las facultades arbitrales del prologuista a quien se le ha dado carta blanca.

En los buenos tiempos de El Cojo Ilustrado anduvo por estas tierras un poeta de Colombia que había adoptado el seudónimo de Cornelio Hispano.

Escena en la Redacción. Cornelio Hispano corrige pruebas de su Leyenda de Oro. Eduardo Carreño entra y aquél lo invita a que revise las pruebas y le haga cuantas indicaciones le ocurran, con franqueza.

—Vea usted—dice de pronto Carreño—. Vea usted, amigo Cornelio: no se dice villorio; se dice villorrio.

Cornelio se sorprende. El espíritu de don Rufino Cuervo no le asiste; toma el Diccionario y busca afanoso.

—No cabe duda; pongamos villorrio.

EDUARDO CARREÑO

Pero ahora se presenta una dificultad: Gregorio rimado con villorrio.

—¿Qué hacemos?

—Pues muy sencillo—le dice Carreño—: ponga San Gregorio.

Cierta mañana estaban reunidos en un "bar" cercano a la Plaza Bolívar tomando las "once" o mejor las doce, varios amigos, poetas, periodistas y empleados públicos. Uno de ellos, quien representaba a la vez las tres armas, era Eduardo Carreño. También estaba un señor del interior de la República, recién llegado a Caracas, amigo de algunos de los presentes. Durante la charla, alguien hizo presentaciones.

—Pero ¿es usted el señor Carreño?—dijo el visitante.

—Pues sí—contestó Carreño un tanto cohibido—. Soy el señor Carreño.

—¿El escritor?

—Pues sí... el escritor—de nuevo respondió Carreño, como a quien se le arranca una confesión penosa.

Desde ese momento el visitante se excedió en atenciones.

—Permita usted, señor Carreño...

—Estando yo aquí, no puedo consentir, señor Carreño.

Cuando terminó la reunión y cada quien se dispuso a tomar el camino de su casa, Carreño expresó su agradecimiento al nuevo amigo.

—Me ha colmado usted de atenciones. Le soy deudor...

—No, de ninguna manera... Yo soy el deudor. Le debo a usted los momentos mejores de mi vida. Siempre había deseado venir a Caracas para conocerle, y hoy he tenido la suerte de estrechar la mano ilustre que escribió el Manual de Urbanidad y buenas maneras.

S. KEY - AYALA.

Caracas, 1941.

Las más felices ocurrencias, las anécdotas más felices que ofrece a cada paso la práctica de la vida suelen quedarse ignoradas y perderse a la postre por falta de una mano curiosa que las escriba y divulgue. Y con ellas piérdese para siempre la grata memoria de los sujetos ingeniosos a quienes se debieron, tal como si no hubieran pasado por el mundo.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.



Virginia Almándo R.

CARACAS

Place a quien tan deshilvanados renglones perguena entretener sus ocios con la lectura de viejos libros que poseen la virtud de evocar el pasado adormecedor, en sentir de Lemaitre. Es género de distracción completamente inofensivo y está al alcance de todas las fortunas, porque no hay que ser tan pobre que no disponga de cincuenta céntimos de bolívar para darse tamaño gusto.

Sobre todo, en Caracas abundan las librerías de lance adonde van a parar, irremisiblemente, las obras que solazaron a nuestros abuelos, hoy convertidos en polvo deleznable. De ellas vamos a extraer varias minucias para advertencia y edificación de pecadores, a las cuales añadiremos algunas entresacadas del azar de la vida y de las referencias de personas veraces.

La anécdota, como se ha dicho, no sólo es la moneda de la historia, sino la realidad viviente. En opinión de Plutarco, la anécdota es la sal, la gracia de la historia. Muchas veces pinta un personaje o una época. Fué Macaulay uno de los que creyeron que la historia está formada en gran parte con los chistes y las menudencias del vulgo, y es por eso por lo que abundan en sus enjundiosos ensayos. Anotó Merimée al respecto: «No amo ni busco en la historia sino las anécdotas»; Balzac dió su opinión sobre ellas de este modo: «La anécdota es el pasaporte de toda moral y el antinarcótico de todos los libros»; Voltaire, después de consignar la frase un tanto peyorativa: «A la historia no debe dársele sino lo que sea digno de ella», se contradijo cuando escribió al abate Vally: «¡Qué importa que una anécdota sea verdadera o falsa! Cuando se escribe para distraer al público, ¿es necesario ser tan escrupuloso para sólo decir la verdad? ¡Qué importa que una anécdota no sea la verdad material si es ella la verdad moral!»; y el escritor y poeta colombiano José Manuel Marroquín asentó: «Muy errados van los que juzgan que se pierde poco cuando se pierde la memoria de las cosas menudas y comunes de cada época.» «Don-

de falta el documento —dice el ilustre crítico Baldomero Sanín Cano— las anécdotas pueden suministrar elementos utilísimos de investigación. La anécdota puede no tener fundamento histórico. Su valor depende de que haya circulado realmente en vida del autor, haya o no logrado pasar por verdadera entre los contemporáneos. El hecho de que haya sido propalada en su tiempo, aunque carezca de verdad histórica, ilumina la hora por el hecho solo de haber circulado».

Sin que la menor duda quepa, fué Francia, y lo sigue siendo, la nación donde la espiritualidad sentó sus reales y donde ha tenido mayor número de cultivadores tal género literario, al parecer insignificante, a cuyo esplendor y auge hubo de contribuir su alado idioma, hecho de todos los primores y de todas las sutilezas. Allí salieron a luz tres obras fundamentales: *El Improvisador Francés*, publicado en veintiún tomos; la *Enciclopedia de Panckouche*, que forma el suplemento de la *Enciclopedia del siglo XVIII*, y la *Colección de Anécdotas Antiguas, Modernas y Contemporáneas*, aparte del famoso *Diccionario Enciclopédico de Anecdotes*, por Edmond Guérard; doctos volúmenes que han servido para el cabal conocimiento biográfico de hombres notables y para la sintética pintura del medio en que actuaron.

No persiguió el autor, al componer esta obrilla, ningún propósito de trascendencia; bien sabe que de toda carece y que tampoco la realza valor literario alguno, por ser de simple solaz y esparcimiento. Ignora, asimismo, si los más de los compariotas que en ella figuran están embozados en breves líneas; pero sea de ello lo que fuere quiso ex profeso que en la narración anecdótica no imperase ningún orden, ateniéndose al proloquio de un escritor nuestro, según el cual en Venezuela el orden es un desorden de primer orden, y así quiso también que su desordenamiento coadyuvase al mayor incentivo, si alguno tiene.

Tampoco el despreocupado autor puso nada de su propia mi-nerva; porque las chispas de ingenio que aquí fulguran brotaron todas ellas de quienes lo poseyeron y lo poseen, alto y agudo, y luego se trasladan al papel con el fin de que sean en lo áspero de la ruta, alivio y recreo de caminantes.

Ni es bien adornarse con ajenas plumas; y, sin más preámbulo, vayan saliendo los donaires de otros a como caigan las pesas.

«Los bienhechores de la humanidad no nacen cuando empiezan a ver la luz, sino cuando empiezan a alumbrar ellos», según la profunda frase de Simón Rodríguez, quien abrió los ojos allá por los años de 1766 a 1770. Fueron sus padres don Cayetano Carreño y doña Rosalía Rodríguez. Aunque dijo una vez ser oriundo de la tierra de María Santísima, mereció serlo porque fué unido con la gracia hispalense que paseó por el mundo. Hoy es sabido que se mecía su cuna en esta villa de Santiago de León de Caracas.

No faltó quien tratase de afirmar lo turbio de su origen y que era hijo exposito. Mas, sea de ello lo que fuere, es lo cierto que se adelantó a su época y a la patraña urdida, la cual desvirtuó con este concepto: «De ordinario, los hombres gustan de salir de la naturaleza para estudiarla.»

Le obligó a cambiar de apellido un disgusto con su hermano. El primer nombre supuesto que usó fué el de Samuel Robinson.

Pocos personajes hay en la historia de Venezuela más anecdóticos que el maestro del Libertador. Su extravagancia fué inaudita; original su talento. Fué también un incomprendido. Hubo quien pusiese en tela de juicio la grande influencia que ejerció en Bolívar, la cual es innegable, ya que, como afirmó Saavedra Fajardo: «El maestro se copia en el discípulo y deja en él un retrato y semejanza suya.»

Supo ser trotamundos o dromómano pertinaz. Echóse a andar a la briba por cuantos son términos remotos, sin más caudal que el de sus ideas estrafalarias ni más don que el don divino de una locura, razonable. A usanza de Giordano Bruno y de Paracelso, quienes, según José Enrique Rodó, representan a maravilla el tipo del *vagabondaggio*, el intrépido pedagogo recorrió las primeras ciudades de Europa y gran parte de las de América. Propósito suyo fué el de ir difundiendo de nación en nación el tesoro de su ciencia. «Yo no quiero parecerme a los árboles—exclamó—que echan raíces en un lugar, sino al viento,

al agua, al sol, y a todas las cosas que marchan sin cesar». Nadie mejor que él llevó a cima tan curioso pensamiento.

En una de sus andanzas se topó en París con el discípulo de su predilección, de manos a boca. Este acababa de enviudar; y como la melancolía lo tomase de presa, le aconsejó que se divertiese.

A mas andar fué con Bolívar a Italia, donde floreció el arte y fructificó el derecho. Y fué asimismo en la Ciudad de las Siete Colinas, en el Monte Sacro, donde asistió al vaticinio del juramento. Después partióse para Rusia a fundar una escuela.

Muchos años más tarde se restituyó a América atraído por la gloria de Bolívar. Cuando era éste víctima de rudos ataques, Rodríguez tomó sobre sí la defensa y publicó *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un Amigo de la Casa Social*, obra de suyo interesante.

Don Simón arrogóse el cometido de difundidor de luces por todas partes. En Valparaíso fundó un plantel, al cual anexó una fábrica de velas, sobre cuya puerta hizo grabar la siguiente inscripción: «Luces y virtudes americanas, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo». Pensó a la continua que la profesión de velero era más noble de lo que podía parecer. «En el siglo de las *luces*, ¿qué ocupación puede haber más honrosa que fabricarlas y venderlas?»

Había fundado con antelación un colegio en Londres que alcanzó cierta boga, lo cual le permitió blasonar de ser «hasta hoy el único americano del Sur que haya ido a Europa a traer dinero: los demás van a dejarlo allí». Cuando hizo esa aseveración, no anduvo desacertado.

Hallándose en dicha ciudad, a fin de salir de un atolladero económico, se ingenió para dar al traste con las plumas de ave que se usaban entonces para escribir y fijó la elegancia y hermosura de la caligrafía y el dibujo, perfeccionándolos, y logró de esta suerte la transformación en la escritura para su mayor eficacia y rendimiento.

Fruto de las observaciones que adquirió Rodríguez, durante cincuenta años de peregrinación por Europa y América, lo constituían sus manuscritos que, como un tesoro, llevaba ocul-

to siempre consigo, y en los cuales fincó toda su esperanza. Los bautizó con el nombre de *Sociedades Americanas*. A tal propósito escribió: «La meditación y la experiencia me han suministrado *Luces*. Necesito un *Candelabro* para colocarlas: ese candelabro es la *Imprenta*. Ando paseando mis manuscritos como los italianos pasean sus *Titirimundis*. Soy viejo, y aunque robusto, temo dejar de un día para otro un baúl lleno de ideas para pasto de algún gacetero. Temo morirme sin dejar mi obra publicada: si así sucede, yo habré perdido un poco de gloria, que pronto se olvida en el sepulcro; pero los americanos habrán perdido algo más, pues no pueden ser indiferentes el ser señores de su suelo, del cultivarlo para sus señores; el conservar un nombre que los recomiende o el tener que tomar otro para existir...» A aquel hombre despreocupado en apariencia, tuvo, no obstante, la obcecación de la fama.

Puso todo empeño don Simón Rodríguez en que América fuese original; y para ello tomó por base la escuela y la implantación de una pedagogía netamente americana. Tres eran las formas fundamentales de esa transformación: educación popular, dedicación a oficios útiles y aspiración fundada en la propiedad. No sólo pedía pan y enseñanza, sino también tierra. «Una revolución política pide una revolución económica», dijo. Y agregó: «Al que no sabe, cualquiera lo engaña; al que no tiene, cualquiera lo compra.»

Con los auspicios de Bolívar, en Chuquisaca se propuso fundar una escuela modelo. Después establecería otras análogas en cada Departamento de la República. Los alumnos que de ella saliesen, provistos de enseres de labranza, se distribuirían en los terrenos baldíos del Estado. Esto era lo que él llamaba «colonizar el país con sus propios habitantes». Todo marchaba a pedir de boca, mas pronto comenzaron las hablillas. El sistema preconizado por don Simón Rodríguez y otras innovaciones alarmaron a los padres de familia cuando se dieron cabal cuenta de que sus hijos iban para albañiles, carpinteros y herreros. Llegó el rumor a oídos de Sucre, a quien había obsequiado con un no muy católico banquete; solicitó informes del señor Calvo, prefecto a la sazón del Departamento: los rindió desfavorables y se ordenó la clausura del colegio. Los padres adujeron que le habían confiado la educación de aquellos niños

para que los enseñase a leer y escribir y no para que fuésen obreros. Don Simón adujo, asimismo, en su defensa, que los estaba instruyendo para ciudadanos.

Don Fabio Lozano y Lozano, uno de sus biógrafos más puntuales, hace así el retrato suyo:

«Frente alta, sienes descarnadas, orejas grandes y prominentes, occipucio voluminoso, ojos del color del acero, azul-gris, nariz semiborbónica, boca grande, hecha de una línea, y recia mandíbula de busto romano. No de enjutas carnes, aunque de temperamento linfático; fuerte de contextura y de tonelaje visible, saliente como hecho a golpe de escoplo por un artista del Renacimiento. Un casacón verde oscuro, de amplio faldamento, sobre un chaleco hasta los muslos, no vendría mal en aquel tronco, que, a decir verdad, no tiene toda la esbeltez que reclamara un esteta: calzón de tripe, calcetines negros y grandes zapatos con hebillas de plata. Item más: corbatín blanco, y por coronamiento un gorro frigio, negro y de seda y con borla; borla que le obliga a cabeceos a manera de cornadas y que tiende a golpearle el apéndice nasal con más frecuencia de lo que sus discípulos e interlocutores desearan. Lengua capa de paño de San Fernando, cuando va de paseo.»

Sería por demás prolijo relatar todas las peripecias de don Simón Rodríguez, pues su vida fué una sola peripecia.

Ocurre otro tanto con las copiosas anécdotas atribuidas a él, rebosantes de intención, agudeza, ingenio y desenfado.

Murió el 28 de febrero de 1854. Se ignora el nombre del sitio; unos dijeron que en el puerto de Huaymas, que al parecer no existe; otros, que en la ciudad de Huaylas, o en una posada cerca de San Miguel de Piura, o en La Huaca; pero lo más seguro, según las últimas investigaciones, es que fué en el pueblo de Amotape, donde recibió sepultura. Cuando la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, trasladaron sus cenizas al Panteón de los Próceres de Lima, el 11 de diciembre de 1924. En el acto, para que resultase mayor el contraste, hizo la apología del incrédulo empedernido don Simón Rodríguez el fervoroso creyente monseñor Rafael Ma. Carrasquilla, arzobispo de Bogotá. Ofreció el gobierno del Perú al gobierno de Venezuela reintegrar los restos de Rodríguez a su patria; pero éste los rehusó por juzgarlos apócrifos.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

En asunto de amores y amoríos, a fe que don Simón se las traía. A juzgar por su fealdad procera, por el desorden de su vida y por el descuido de su indumento, no debió de ser propiamente un Don Juan de Mañara.

Antes de entregarse de lleno al ejercicio de la enseñanza, el día 25 de junio de 1794, contrajo matrimonio en esta ciudad con doña María Ronco. Se carece de datos verídicos que comprueben su honorabilidad como *pater familias*.

Por el año de 1823 lo presentó don Andrés Bello a la Sociedad de Emigrados Españoles. Hacía pasar entonces por mujer suya a una pizpireta muchacha, lirio del Sena a la cual enseñó las más rotundas interjecciones y escabrosidades del castellano, sin rodeo alguno.

Según propia confesión, en Chuquisaca vivía a lo sultán, si bien en mal estado: y no faltó quien le atribuyese eróticos líos con unas monjas. En Lima, ciudad que Venus ha favorecido siempre, debió de holgar a todo su talante.

Refiere un historiador, Irisarri, que el año de 1846, halló a don Simón Rodríguez en Ibarra, burgo del Ecuador adentro. Allí estaba abarraganado con una india robusta a quien nombraba Teresona.

Tenía dos chicos y una chica, «llamados el mayor de ellos *Choclo* y el otro *Sampallo*, nombres quechuas que significaban el primero la mazorca del maíz tierno, que llaman *elote* los centroamericanos, y el otro, una especie de calabaza que asada tiene el nombre de castaña, y la llaman en Centro América *azote*. La chica tenía por nombre *Zanahoria*».

Don Simón decía que les puso nombres de vegetales a sus hijos para que no se confundiesen con los otros.

Un individuo le arrebató a su compañera. Pasó una semana. El viejo filósofo pensó, de seguro, en el Génesis: «No es bueno que el hombre esté solo», y le espetó al seductor esta carta:

«Mi muy estimado: Sírvase devolverme a mi mujer, porque yo también la necesito para los usos a que usted la tiene destinada. De usted atento amigo y seguro servidor, *Simón Rodríguez*.»

Por lo que a la paternidad se refiere, don Simón Rodríguez

Hevó su ironía despiadada a burlarse de sí propio; y así escribió a un militar amigo suyo:

«Quedo enterado de que a usted le ha nacido un hijo: si es varón, debe eliminarse, porque los hombres son asesinos, ladrones, bandidos, y también debe eliminarse si es mujer, porque las mujeres son el pecado. El mejor camino es no tener hijos. Pero como yo los tengo, usted dirá que me contradigo. Pero no hay tal... Es que mi casa es vitada por muchos amigos.»

En uno de los viajes de Simón Rodríguez—y cuenta que fueron muchos—, se topó de manos a boca en París con su discípulo predilecto Simón Bolívar, a quien la muerte de su juvenil esposa María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza, habíale llenado de pesadumbre y consternación, y hubo de darle este consejo eufórico: «Mi amigo, diviértete, júntate con los jóvenes de tu edad, ve al espectáculo, en fin, es preciso distraerte, y este es el solo medio para que te cures.»

El discípulo no echó la admonición a mala parte.

Mal se avenía el carácter de Sucre, todo nobleza y rectitud, con el de Rodríguez, todo rebeldía y excentricidad, por lo cual anduvieron a la greña.

Cuando llegó el pedagogo a Bolivia, desempeñaba la presidencia de la República el gran mariscal de Ayacucho. A despecho de las explícitas y reiteradas recomendaciones del Libertador, Sucre no podía tolerar más las impertinencias y los escándalos del antiguo maestro de escuela.

En carta de Sucre para Bolívar puede leerse:

«Vea usted que un hombre tan bueno, de tanto talento y de tanta instrucción como don Simón, haga tales disparates. Yo estoy aturdido de semejantes cosas, y espero que él venga para que me informe por qué lo ha hecho.» En seguida agrega que lo atolondró con sus desatinos y expresó el deseo de que con Dios se marchase.

No tomó esta vez don Simón las de Villadiego, sino que, en

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

despique, ofreciéndole a Sucre en La Paz un banquete no muy platónico por cierto, en el cual figuraban bacines flamantes, en lugar de vajilla.

Aunque Gil Fortoul niega la veracidad de la anécdota, Lascarría y otros la corroboran. Ni faltó quien la atribuyese a individuo intrigante y de ingenio que se propuso malquistar al pedagogo con el polemarca; pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que la historieta de origen escatológico se ha popularizado.

Las crónicas refieren que cuando se impuso de la especie en Santiago de Chile don Andrés Bello, se desquijaró de la risa.

Un día le presentaron a don Simón Rodríguez a Manuel Uribe Angel, quien al estrecharle la mano le dijo:

—Señor don Simón: Tengo mucho gusto en conocer al maestro del Libertador.

Sardónicamente le repuso:

—Tengo, fuera de éste, algunos títulos más para pasar con honra a la posteridad.

Refiere el propio Uribe Angel que, a la caída del crepúsculo, en sus platónicos paseos con Rodríguez, a las márgenes de un arroyo que mereció ser el Iliso, a pesar de tan prosaico nombre de Machánga que lleva, como subiese de punto el interés de Uribe Angel por el relato con ribetes de autobiografía, que don Simón estaba haciendo, éste le interrumpió de modo brusco: «Tú quieres pormenores sobre mi existencia para hacer una novela: pues no los tendrás...» Y sonrió con malicia.

En el *Post scriptum* de una misiva de don Simón para Bolívar, en la que a vuelta de unos comentarios sobre asuntos atañedores a política y educación, le recomienda a un operario en esta forma:

«El nombre del carpintero francés es Brutus Simón. ¡Qué casualidad! ¡Tres Simones en un negocio! ¡Cómo irá mi cartalibranza! Señor don Simón: Recomiendo a usted al maestro Simón.—SIMON.»

Don Simón fué uno de los precursores del nudismo. So pretexto de enseñar anatomía a los discípulos suyos, se paseaba por el salón del colegio, en el traje que usó nuestro buen padre Adán en el Paraíso.

En el pueblo Azángaro, cerca de Titiaca, el viajero francés Laurent Saint Cricg que recorría el mundo bajo el seudónimo de Paul Marcoy, se encontró con don Simón Rodríguez, quien hubo de brindarle su hospitalidad; lo invitó a cenar y cuando el viajero fué a darle las gracias por el obsequio, le contestó en un francés de corrección irreprochable.

—Sois francés, según veo, y hasta aseguraría que de la parte meridional.

—Sí—le contestó con gran sorpresa del agasajado—; pero también vos sois francés.

—Lo mismo que inglés, alemán, italiano o portugués: hablo estas lenguas tan correctamente como la vuestra.

Oigamos un breve cuento que el mismo don Simón nos relata:

Había en el jardín de un convento un naranjo muy viejo. El síndico lo hizo cortar—mandó hacer un crucifijo y lo colocó en la iglesia—. Hubo entre las monjas una que se acusó al confesor de la repugnancia que sentía al querer adorar la imagen; y al preguntarle el confesor *por qué*, le respondió llorando:

—¿Qué devoción quiere usted que me inspire, si lo conocí naranjo?

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Mauro de Tovar, obispo que residió en Venezuela durante la Colonia, tuvo frecuentes altercados con los gobernadores hasta el extremo de que en una ocasión vióse obligado a abandonar el país. Fué tanto su odio que se negó a llevarse consigo los bienes que poseía en la capital. Cuando llegó al camino que conduce a La Guaira, exclamó, sacudiéndose las sandalias:

—De Caracas no quiero ni el polvo: ¡ahí se lo dejo!

El historiador José Gil Fortoul, empleando la terminología española de la época, no vaciló en calificar a Miranda de «noble aventurero». Noble porque en el nuevo y en el viejo mundo consagró su vida a pelear por lo que entonces se llamaba la libertad de los pueblos, y aventurero porque no diferenciaba los medios de realizar el ideal de su vida.

Fué la fatalidad el hada madrina del «noble aventurero». Si en Europa le sonrió fugazmente la fortuna, en su patria le fué adversa. Mariscal de Campo del Ejército francés del Norte, derrotó en Valmy a los prusianos y puso cerco a Amberes. Goethe, refiriéndose a la última batalla, dijo una frase inmortal: «En este mismo sitio y en esta misma hora principia una nueva era en la historia del mundo.» Complicado en la traición de Rumouriez, defendiése con arrebatadora elocuencia ante el odioso Tribunal revolucionario y resultó incólume su honor militar. Por ser «un hombre libre entre cadenas», como a sí propio se llamó, hubo de sufrir persecuciones y encarcelamiento.

Después del fracaso de su primera expedición a las costas de Ocumare, Miranda salió de Curazao con rumbo a La Guaira, donde desembarcó el 11 de diciembre de 1810. Vestía el uniforme de general de Francia del 93: el bicornio con plumas sobre la cabellera empolvada, la corbata negra, el aro girondino en la oreja, el dormán azul con hojas de oro, la banda en que lucían los colores republicanos, de la cual colgaba el sable corvo, ceñido el calzón blanco, altas las botas con espuelas doradas. A pesar de sus sesenta años manteníase erguida su mayestática figura. Miranda se echó en brazos de Bolívar y de Tovar y Ponte, a quienes comisionó la Junta de Caracas para darle la bienvenida.

Al principio se recibió a Miranda con demostraciones de júbilo.

bilo; pero duraron poco porque juzgó la misma Junta que era una contradicción monstruosa admitir en su territorio a un sujeto proscrito por sus antecedentes cuando gobernaba Fernando VII. La animadversión contra Miranda era ostensible; los criollos ultramontanos que le seguían teniendo por hereje, al referirse al arete de los girondinos, lanzaron a la calle una copla que así concluía:

*En la oreja tiene el aro
que llevará en el Infierno.*

Todo se oponía a que Miranda tomase participación en los asuntos de la política militante, pero era tan bizarra y tan fuerte su personalidad, que a la postre se impuso.

Ausente de Venezuela durante cuarenta años era lógico y natural que se tuviese a Miranda por extranjero en su patria; a ello contribuían el refinamiento de sus gustos, sus modales cortesanos, su educación esmerada y su gran cultura adquirida en los centros intelectuales de Europa. Esta circunstancia influyó no poco en su desprestigio; y fué Bolívar, profundo conocedor del medio circundante, el primero en predecir su fracaso.

Asistió Miranda a la firma del Acta de Independencia, después de cuya declaratoria hubo en el país brotes de reacción realista contra el Gobierno republicano. Hubo asimismo en Caracas, Valencia y Coro conatos e intentos de sublevación, que fueron bien pronto dominados. Sobre todo en Valencia revistió caracteres alarmantes; y fué entonces cuando el Poder Ejecutivo vióse obligado a destacar un ejército al mando del teniente general Francisco de Miranda quien puso en pie de guerra a unos cuatro mil hombres. El fué quien sustituyó al marqués de Toro, el cual, nombrado en un principio, sufrió un descalabro y tuvo que regresar maltrecho a Maracay. Los realistas, con un ejército exiguo, se adelantaron hasta La Cabrera, punto estratégico ubicado entre Valencia y Maracay.

Miranda estableció su Cuartel General en Maracay; después de algunos encuentros con el enemigo, formalizó el sitio de Valencia. Alegaron los insurgentes que la sublevación era obra de los curas, por donde las bases de la capitulación debían ser negociadas con ellos, a lo cual respondió Miranda con ironía: «Si

no se rinden incondicionalmente, yo procuraré que la llegada del arzobispo sea apresurada por el cañón y las balas...» Sin asomos de duda, el movimiento revolucionario había sido dispuesto por los frailes «contra los herejes, los ateos y los francmasones de Caracas». Al fin, la ciudad capituló. Bolívar fué uno de los comisionados para traer el parte a la Junta de Caracas.

Por esta acción de armas, el Generalísimo recibió el beneplácito del Congreso, al declarar que «Miranda merecía el más alto elogio por la firmeza desplegada contra los valencianos que persistieron en la oposición a la causa de la justicia, demostrando que une a sus altos talentos militares aquellos sentimientos benévolos que pueden promover felizmente los desig-nios de las provincias independientes».

La campaña pacificadora de Miranda y el buen éxito con que la condujo granjeáronle cierta popularidad; mas, a pesar de ello, no alcanzó a ganarse la confianza de la oligarquía cara-queña, que le hostilizó por todos los medios imaginables.

Sin disputa, lo que más desconsoló a Miranda fué la pérdida del Castillo de Puerto Cabello, cuya defensa había confiado a Bolívar; mas ello se debió a la traición de Francisco Fernández Vinoni, quien en compañía de Antonio de Guzmán, sublevó la guarnición apoderándose de ella, proclamando la autoridad de Fernando VII.

Cuando llegó a oídos de Miranda la noticia fatal, exclamó con amargura:

—¡Venezuela está herida en el corazón!

Monteverde seguía entretanto su arrolladora campaña y después de tomar a San Carlos, marchó sobre Valencia, la cual no llegó a resistir heroicamente, como se esperaba.

Mientras tanto, las autoridades españolas se apercibían a someter a los insurgentes. El capitán general Miyares, desde Coro, había confiado al capitán de fragata Domingo Monteverde enviar desde allí, con destino al Centro, una expedición pacificadora, que pronto amenazó a la República en sus albores.

Las desercciones en el ejército de Miranda y la lentitud con que se procedió, lo cual valióle no pocas censuras; también el terremoto del 26 de marzo de 1821, que sepultó a Caracas en ruínas y el hecho de haber acaecido en Jueves Santo, coyuntura que aprovechó el clero para exaltadas manifestaciones de

fanatismo, y Bolívar para su viril apóstrofe: «Si la Naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca», habían convertido a Venezuela en un verdadero caos, del cual era muy difícil sacarla.

A Miranda, agotados todos los recursos, no le quedaba más camino que la capitulación. Nadie se atrevía a proponérsela, por el temor de una repulsa; pero él insinuó al marqués de Casa-León, por entonces director de Rentas del Estado, que la propusiese.

Casa-León, hombre sagaz, pérfido y oportunista como pocos, dijo que deseaba más que otro alguno esta capitulación. El 12 de julio comenzaron las negociaciones en Valencia, y, finalmente, el marqués de Casa-León, en nombre de Miranda, negoció con Monteverde los puntos en desacuerdo y la capitulación se firmó en San Mateo el 25 del mismo mes de 1812.

Violó el pacto Monteverde, contra lo cual fueron inútiles todas las protestas de Miranda, quien antes de su partida para el arsenal de la Carraca, a cumplir la condena, había venido de Puerto Cabello o La Guaira; no bien advirtieron allí su presencia cuando hubo manifestaciones hostiles y tumultuarias. El precursor, presa de honda pesadumbre, que caminaba por entre las sombras de la noche, linterna en mano—y no como Diógenes buscando un hombre, porque a todos los conocía—, profirió esta frase que en sí resume la tragedia del pueblo venezolano y parte de su historia:

—¡Bochinche..., bochinche..., esta gente no es capaz sino de bochinche!

Durante el día de la batalla de Carabobo, almorzó el Libertador en el alto de Buenavista, desde donde se otea un hermoso paisaje que lentamente iba apareciendo, a medida que se disipaban las brumas que cubrían la llanada, en donde a la sazón hallábanse los bizarros tercios de La Torre, apercebidos al combate.

Bolívar examinó con grande interés la posición y formación realistas, dando al punto las órdenes para el célebre movimiento de flanco que debía ejecutar Páez. Acto continuo aderezóse una refacción para el Estado Mayor, mientras las tropas se

aprestaban a cumplir la consigna. De un rancho vecino trajeron dos mesas pequeñas y unas cuantas sillas. Los más de los oficiales sentáronse en las piedras.

Siempre tuvo por costumbre Bolívar, aun en los tiempos de paz, como en los palacios de Potosí, Lima y Bogotá, la de seguir con toda puntualidad el consejo del mariscal Villard de comer con sus oficiales. Proponíase el Libertador, no ya medir el talento de sus conmlitonos, como apunta el famoso vencedor de Denain, sino ilustrar a soldados bisoños que, sin preparación previa, habían ascendido a los más descollantes puestos de la milicia. Efectivamente, allí estaban pregonando a derechas lo rústico de sus modales el negro Rondón, en cuyo pecho se albergó la grandeza heroica; Sedeño, el mestizo, y otros del mismo jaez, contrastando con Ambrosio Plaza, descendiente de los Obelmejías y los Bolívar; con el gallardo Mariño, el apuesto Manrique y con la flor y espuma de la oficialidad inglesa. Como acontecía por lo general, Bolívar tenía la palabra.

—Ahora siete años—decía—nos hallábamos en este mismo campo al frente de otro ejército realista; pero, ¡qué diferencia!, nuestra situación era de todo en todo inversa. Ocupábamos nosotros el sitio que ocupan ellos hoy. Entonces teníamos en contra nuestra la opinión de la gran mayoría del pueblo y la del mundo entero; porque con Bonaparte había fracasado la revolución en Europa, al paso que hoy nuestra patria está casi toda libre y el orbe nos admira.

—A ver—dijo metiendo baza uno—, ¿quiénes están aquí de los vencedores de 1814?

—Fuera del general Mariño—contestó el Libertador—encuéntrense los generales Plaza y Sedeño.

Giró la conversación sobre la batalla que en breve iba a refirse.

Interrumpió alguien:

—¿Por qué será que los dos generales de división se hallan tan silenciosos?

—Estaba pensando—respondió Sedeño—en qué bonito muerto haría Plaza, aludiendo sin disputa el llanero a las finas facciones y a la tez sonrosada del mantuano.

—Y yo—repuso Plaza—estaba reflexionando en cuál será la bárbara temeridad que le llevará a usted al fin de su vida.

—Puede ser, señores—objetó el Libertador—que el día sea de muerte; mas téngase por seguro que será de gloria y los méritos que ya en él se hicieron pasarán a la más remota posteridad, porque ésta será la jornada decisiva de nuestra lucha; con lo cual quiso borrar la mala impresión que produjeron las frases de Plaza y de Sedeño.

El vaticinio se cumplió. Antes de la puesta solar, aquellos dos próceres habían dejado de ser. Plaza, digno de los honores de un heroísmo eminente, cayó lanzándose a rendir el batallón «Barbastro». Sedeño, el «bravo de los bravos de Colombia», tuvo noticia de la muerte de su compañero, y, sin embargo, se arrojó varias veces temerariamente, como lo había hecho en tantas batallas, contra las bayonetas del «Valencey», sucumbiendo asimismo nimbado de gloria (*).

Después de la trágica noche del 25 de septiembre de 1828, en que le salvó la vida al Libertador la hembruna y seductora Manuela Sáenz, fuese a habitar la «Quinta de Bolívar» situada en los alrededores de Bogotá. Allí se efectuó el fusilamiento, en efígie, del general Francisco de Paula Santander. Celebraban entonces los amigos del Libertador festejos en aquella quinta. Esa vez asistieron muchos empleados distinguidos, un grupo de particulares y el batallón «Granaderos». A todos los recibió la gentil quiteña con su acostumbrada afabilidad y finura; mas en medio del entusiasmo que reinaba aquel día, sus invitados hicieron un muñeco ridículo de trapo, al cual colgaronle un letrero que decía: «Francisco de Paula Santander, muere por traidor». Lo colocaron contra una de las paredes de la quinta, de espaldas a la concurrencia. Un fraile acercóse a la grotesca figura y fingió prestarle los auxilios religiosos que se acostumbra dar a los ajusticiados; hecho lo cual un pelotón del «Granaderos» disparó sus rifles entre el aplauso, la rechifla y

(*) Los datos para esta anécdota nos los suministró el experto crítico militar Vicente Lecuna; se publicó por primera vez en *El Nuevo Diario*, de Caracas, y se halla incluida en *El humorismo del Libertador*, obra de Juan Churión, Caracas, 1916.

las carcajadas del concurso. El alférez Quevedo Rachels, que se excusó de mandar la escolta, fué arrestado.

Impuso de lo acontecido el general José María Córdoba a Bolívar, quien, montado en cólera, lo desaprobó clasificándolo como cosa de locos y se propuso hacer el más decidido esfuerzo para que Manuela Sáenz se marchara de Colombia adonde ella quisiese.

Como buenas y fugaces hijas del despecho, las palabras de Bolívar para Córdoba fueron rectificadas en seguida; y así le escribió una carta a Manuela Sáenz en la cual se daba albricias por el recibo de tres suyas; le dijo que se verían muy pronto y concluye de este modo: «Pues, amiga, así soy yo que te ama con toda su alma.»

Transcurridos los años, muerto Bolívar, a quien siempre tributó enfervorizado culto, la libertadora del Libertador vivía en Paita, humilde pueblo del Perú, muy pobre y llena de alifafes y dolamas. Allí recibió la noticia de la muerte de su marido el doctor Thorne. Y también la visita de Garibaldi, quien había llegado enfermo y a quien curó en su casa la quiteña; la de don Simón Rodríguez, con sus ochenta años a cuestas y además con el propósito inquebrantable de seguir enseñando a niños y a jóvenes. Lo habían echado de Cochabamba por sus ideas anticlericales; bajo el brazo llevaba un libro: *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*. Y contó que cuando no le hicieron caso como pedagogo se ocupó en fabricar velas, o en las labores del campo. Entre sus muchas tragedias llegó hasta la casa de Manuela Sáenz con la de haber perdido en un incendio los manuscritos de un nuevo libro. A este propósito solía decir: «Este incendio redujo a pavesas el baúl que encerraba el dichoso porvenir del nuevo mundo.» Como insinuase Manuela Sáenz a don Simón que se hicieran mutua compañía, respondióle:

—No, Manuelita, no. Dos soledades no pueden nunca hacerse compañía.

En vista del abandono en que se hallaba sumida y de su inmensa desgracia, Manuela Sáenz pensó en el suicidio. Era tan grande su pasión hacia Bolívar, que exigía un desenlace trágico. Sin pérdida de tiempo, dirigióse al villorrio de Guaduas, y a ejemplo de Cleopatra, se hizo morder con una víbora. «Su

espíritu también estaba mordido por los múltiples venenos de todos cuantos la odiaban», escribió Boussingault. Después del conato de suicidio, nunca más volvió a vestir de capitana, ni a usar pistolas, ni a montar a caballo. La gordura comenzaba a apoderarse de su cuerpo, ya de cuarenta y cinco años. Leia los clásicos latinos y españoles. Con el producto de sus granjerías sustentábase. Las fidelísimas negras Nathán y Jonás la acompañaban. También se entregó a cuidar varios perros que vivían en su casa; puso a cada uno de ellos el nombre de generales que habían sido desafectos al Libertador, para seguir mandándolos y tenerlos junto a sí, o para que, sumisos, se echasen a sus pies. Sin duda, ésta fué su mejor venganza. Los generales Páez, Santana, Córdoba, La Mar, Santa Cruz y Santander estuvieron constantemente al lado suyo, como esclavos abyectos.

Cúponos la honra de conocer a la señorita Mariana Camacho Clemente y Bolívar, hija de don Gabriel Camacho, apoderado que fué del Libertador y de doña Valentina Clemente de Camacho, hija a la vez de doña María Antonia Bolívar, la célebre hermana mayor del grande hombre. casada con don Pablo de Clemente.

Siempre habremos de recordar con sumo agrado cómo la conocimos. Fué una mañana espléndida de sol en que todo coadyuvaba a encender en nuestro espíritu el culto por Bolívar; y juzgamos propicio el momento para visitar a la noble viejecita, de las últimas supervivientes por entonces del ilustre capitán, cuando era muy chica y correteaba como una locuela por los amplios corredores de la casona de Las Gradillas.

La sala donde nos recibió, de una elegante sobriedad, estaba decorada con los retratos de egregios varones, ascendientes suyos, que, ya con la espada, ya con la pluma, dieron a la Patria excelso brillo. Se nos presentó vestida de blanco, que tan bien armonizaba con las enantes endrina cabellera y con el candor de su alma. Y era tal su esmerada pulcritud que, al contemplarla, nos pareció una azucena.

Poniendo un melancólico dejo en la voz, nos dijo:

—Ya a mí nadie me conoce; los que me conocían han muerto.

Y con el pañuelo de eucarística blancura enjugó una lágrima silenciosa, menudo aljófara vertido a la memoria de quienes la quisieron en el mundo.

Luego habló del Libertador, a quien conoció en el año 27, cuando hizo su entrada triunfal en Caracas. Ceñía a sus sienes los vívidos laureles de Junín y el nombre suyo se dilataba famoso por los ámbitos de la tierra. Tenía a la sazón doña Mariana seis años cuando, movida a curiosidad, penetró en el cuarto donde estaba el héroe acostado en una hamaca. Al verla, Bolívar, incorporándose, le preguntó: «¿De quién eres?» A lo que respondió: «De mamá». Entonces él, tomándola de la mano, le dijo: «Llévame donde está ella.» Y posando la boca sobre el lirio infantil de la frente, imprimió un beso de ternura que siempre recordó y que tuvo como preciada ejecutoria. El Libertador, dirigiéndose a la madre de la niña pizpireta, le previno: «No la dejes volver a salir, porque la casa está llena de soldados.»

Si, como apuntó un monje artista, las buenas mujeres no admiten parangón sino con las piedras preciosas: los rútilos diamantes, las pálidas perlas, los rubíes de sangre, las esmeraldas verdes como renuevo primaveral, los zafiros que son síntesis del cielo, doña Mariana poseyó en sí un tesoro abreviado: el de la inocencia y la gracia que conservó incólume hasta la edad provecta.

En la casta frente que consagró Bolívar con un ósculo de paterno cariño, a ningún mortal le fué dado borrar la huella con sus labios. A uno tan sólo ella le otorgó ese don: al Caballero de la Muerte.

Como jefe de la Guarnición en La Victoria actuaba el general Francisco de Paula Alcántara; en los contornos de la ciudad se había alzado el general José Antonio Páez, lo cual se apresuró a participar al ministro del Interior y Justicia, quien dióle por toda respuesta que dejase obrar a Páez libremente porque era amigo del Gobierno. Siguió éste imperturbable en

sus propósitos hostiles y también el ministro en la ratificación de las órdenes de que siguiese dejando a Páez obrar. Por último, ya cansado Alcántara, le dirigió al ministro un telegrama, concebido en los términos siguientes:

«Excelentísimo señor ministro. He dejado a Páez obrar tanto que lo ha hecho hasta en este su atento servidor.—*Francisco de Paula Alcántara.*»

Deseoso el general José Antonio Páez de poner término a la guerra que asolaba el país, aprobó el convenio celebrado entre él y el general José Tadeo Monagas, el 15 de agosto de 1850, por el cual se le daban garantías. Violóse el convenio y Páez fué reducido a prisión en Valencia, sin ningún linaje de consideraciones.

Cuando venía Páez, preso, por el camino de La Victoria, Monagas tuvo una conferencia con los doctores Diego Bautista Urbaneja y Diego Caballero sobre la conducta que debía observar con su antiguo conmillitón. Le aconsejaron que pusiera personalmente a Páez en libertad y que lo llevase consigo a su casa. «La idea es muy generosa—contestó Monagas—; pero si traigo a mi casa al general Páez, él llevará a cabo la revolución hasta consigo mismo.»

Angel Quintero, megalómano, espíritu de suyo colérico y vehementemente, que había desempeñado el Ministerio del Interior y Justicia y que tanto influyó en la Dictadura de Páez, se hallaba entre los prisioneros, y cuando entraron éstos a Caracas la muchedumbre frenética pedía con voces estentóreas:

—¡Queremos la cabeza de Angel Quintero!

Y el prócer, erguido, contestó, sin perder la serenidad un punto:

—Tiene la preferencia el general Zamora, porque la pidió primero.

Transcribimos del magistral estudio de Santiago Key-Ayala sobre *Eduardo Blanco y la génesis de Venezuela Heroica*, la siguiente bellísima anécdota:

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

«Otra luz, distinta atmósfera. En cierto momento, cansados los partidos contendores, central y federal, pensaron transigir diferencias. Se preparó una entrevista de los caudillos, quienes habían de encontrarse en tierras de Carabobo. Encontráronse en efecto Páez y Falcón y cabalgaron el uno al lado del otro en derechura de la casa de la conferencia. Iban con ellos oficiales brillantes, y un espíritu cordial animaba a entrambas comitivas, como si de pronto se hubiese levantado el viento nuevo que había de borrar odios, preocupaciones y rencores. Llegaron a una altura donde la sabana de Carabobo se ofrecía clara como en un lienzo de artista. A una frase de Falcón, Páez rompió a hablar de la gran batalla de 1821. «Allá estaba Bolívar...» «Por allí entramos...» «Allá se plantó la Legión Británica...» Lentamente el viejo caudillo se iba animando, y se le oía con recogimiento. Revivía aquellas horas que fueron para él de gloria suprema. Aunque hablaba para todos, parecía dirigirse, como por costumbre, a Eduardo Blanco, que le quedaba cerca. El campo de Carabobo se animaba; resucitaban los escuadrones y los regimientos y se chocaban con estrépito. Formábanse en cuadro los derrotados españoles, y los llaneros montaban los infantes a la grupa de sus caballos para ir a estrellarse contra el enemigo... De pronto Falcón, caudillo y poeta, pone su mano en el hombro de Eduardo Blanco:

—¡Joven—exclama—, está usted oyendo la *Iliada* de los propios labios de Aquiles!»

En edad proecta, el general José Antonio Páez, a quien acompañaba en esa ocasión su edecán Eduardo Blanco, visitó un cuartel de Caracas donde había unos cañones tomados al enemigo en la célebre batalla de Carabobo. El bizarro guerrero, como si evocase sus antiguas proezas, con lágrimas en los ojos y visiblemente conmovido, besó los cañones, insinuando al futuro autor de *Venezuela Heroica* que imitara su ejemplo.

Tras un intento infructuoso, Eduardo Blanco se detuvo y dijo:

—Lo siento mucho, general; pero mis labios no se hicieron para besar cañones...

El general Páez sufría, con más o menos frecuencia, de ataques epilépticos. En las acciones de armas de Chire, El Yagual, Gamarra, Ortiz, Cojedes, Mata de la Miel, las Queseras del Medio, Carabobo y otras, fué víctima de horribles convulsiones que le privaban del uso de la razón, pero que al cesar hacían que apareciese el guerrero en todas sus facultades prodigiosas. Comúnmente, le producía esas convulsiones la presencia de un ofidio.

Refiere Aristides Rojas que cierta noche estaban reunidos en Maracay tres veteranos de la Independencia: Páez, Soublette y Piñango, los cuales departían amigablemente en el dormitorio de la casa del primero de los mencionados. Después de la conversación sobre varios temas y tras un momento de silencio, Soublette se incorporó en su hamaca y dijo, dirigiéndose a Páez:

—Mi general, ¿hay algo que le haya infundido a usted miedo, temor o espanto?

—Sí—contestó Páez, poniéndose en pie—. Hay algo que me produce no sólo miedo, sino que me aterroriza de tal modo que tengo que ser víctima: es la vista y presencia de una culebra.

Entonces preguntó Piñango a Soublette:

—Yo no temo a la culebra—dijo Soublette—; pero sí al toro. Cuando militaba en los Llanos, me llenaba de terror al pasar delante de esos animales, sobre todo si fijaban en mí sus miradas.

—A mí—dijo Piñango, cuando los compañeros a la vez le hicieron la misma pregunta—: a mí no me asusta la presencia de la culebra, aunque esté armada, ni me preocupan las astas del toro. Yo no temo sino a las seguidillas del poeta Arvelo.

Efectivamente, Rafael Arvelo había vapulado al prócer por los años de 1846 y 1847.

Por Decreto de 6 de octubre de 1830, el Congreso designó a Valencia capital de la República, provisionalmente, después de un debate que duró varios días. Las razones en que se basaban los grupos opuestos, más que políticos, eran de orden sentimental y subjetivo. Por entonces Miguel Peña representaba el regionalismo triunfante.

En el fondo, el general Páez amaba a Valencia, que tenía

también respeto y admiración por Peña; mas a Páez lo mismo le daba ejercer el Gobierno en Caracas, porque ya, después de la muerte de Bolívar, no temía a los caraqueños. Se inclinó, pues, ante el núcleo más numeroso, que asimismo era el más vehemente.

Antes del 26 de mayo de 1831, día en que trasladó el Gobierno a Caracas, Peña, enfermo y cansado de intrigas, se despidió de su jefe con estas palabras:

—Me quedo, mi general; usted sabe que el gato sólo acompaña a su amo hasta la puerta de su casa.

El doctor Carlos Arvelo era un insigne médico que prestó servicios de mucha entidad a los patriotas durante la guerra de Emancipación. En el año 14, cuando las fuerzas de José Tomás Boves entraron en Caracas Arvelo se ocultó en los alrededores de la ciudad. El jefe español, que venía enfermo, lo hizo buscar para que le prestase asistencia profesional, con la promesa de que no le molestaría. Logró Arvelo curar al terrible asturiano, y le pidió la libertad de un amigo condenado a muerte.

—Saque usted mismo de esa gaveta—concedió Boves—un papel donde está la lista de los que van a ser fusilados y borre de ella los tres nombres que desee.

Arvelo efectivamente borró tres nombres, entre los cuales estaba el suyo.

No es aventurada la afirmación de que el general José María Carreño fué el militar que recibió en la guerra emancipadora el mayor número de heridas; catorce de importancia, entre las cuales una que le cercenó el brazo derecho.

Después de algunos contratiempos en la campaña de Oriente, Bolívar emprendió el camino de Guayana; entre los oficiales que le acompañaban iba José María Carreño; alguien le previno que había una emboscada para asesinarlo, pero Bolívar le tranquilizó con estas palabras:

—Despreocúpese porque aquí viene Carreño, que es mi parabalas.

Efectivamente, en el sitio indicado se oyó una descarga y resultó Carreño con una herida de gravedad en el pecho.

Ya en Guayana, hubo la rebelión del general Manuel Piar a quien juzgó un consejo de guerra compuesto por el almirante Luis Brión, quien lo presidió; los generales Pedro León Torres y José Antonio Anzoátegui; los coroneles José Ucroz y José María Carreño, y los tenientes Judas Tadeo Piñango y Francisco Conde; actuó como fiscal el general Carlos Soulette.

En sitio público y en presencia del Ejército, recibió el general Piar la muerte, con la misma serenidad y con la misma intrepidez que en todo tiempo y sazón había demostrado.

Transcurridos los años, se instauró un proceso contra Antonio Leocadio Guzmán, redactor de *El Venezolano*, por los delitos de conspiración, de amenaza de destruir el Gobierno legítimo y las instituciones y otros graves cargos por el estilo.

Guzmán asumió su propia defensa, con el indiscutible talento que le caracterizaba y con la habilidad de un experto jurista.

Pasó el tribunal la causa al presidente de la República, general José Tadeo Monagas. «por si quería hacer uso de su facultad de conmutación». Este consultó con sus ministros, entre quienes se hallaba el general José María Carreño, que desempeñaba la cartera de Guerra y Marina. Sus colegas Rafael Acevedo y Manuel Vicente de las Casas optaron por la conmutación; pero Carreño se opuso, aduciendo, entre otras razones, que él era enemigo irreconciliable de los facciosos; que como tal juzgaba al señor Guzmán; que lo creía merecedor de la muerte; que la conmutación equivaldría a disculpar en algún modo la conspiración más criminal que recordaba la historia de Venezuela; que él había sido juez en la causa de Piar y votado por la muerte cuando se trataba de una conspiración en proyecto, y ahora no vacilaba en el mismo sentido porque se trataba de una conspiración consumada que habría costado a la República mucha sangre inocente.

Refiérese que Carreño dijo en arrechucho violento;

—En este asunto no doy mi brazo a torcer,;

Un guasón que lo estaba oyendo, exclamó en seguida:

—¡Cómo va a dar su brazo a torcer, si no lo tiene!

El 12 de junio de 1847 expidió Monagas el Decreto conmutativo. En la parte final dice: «Se conmuta la pena de muerte impuesta a Antonio Leocadio Guzmán en la expulsión perpetua del territorio de la República, con tal prohibición de volver a pisarla, que si llegare a suceder se ejecutará la sentencia de muerte sin necesidad de nuevo juicio.»

Renunció Carreño el cargo ministerial de que estaba investido.

Fué expulsado Guzmán el 14 de junio. Por una de tantas paradojas como suelen suceder en nuestro país, no pasaron muchos años sin que Guzmán volviera a la patria para desempeñar primero el Ministerio del Interior y Justicia y para ocupar después la vicepresidencia de la República.

Antonio Leocadio Guzmán estaba preso cuando se lanzó su candidatura para la presidencia de la República, a fin de oponerla a la gubernamental de José Tadeo Monagas. Hubo represión contra la candidatura opositora. Sin embargo, algunos electores dieron muestras de alto valor cívico. El doctor Manuel Montenegro, de San Carlos, se apresuró a votar por Guzmán. Alguien observóle que su candidato era un preso, y replicó Montenegro indignado:

—¡Voto por el preso!

—Pero señor, piense que se trata de un enjuiciado.

—¡Voto por el enjuiciado!

—¿No ve usted que es casi seguro que le condenen a muerte?

—¡Entonces, pues, voto por el muerto!

Aun cuando no sea de índole rigurosamente anecdótica, sólo a título de curiosidad y como prenda de sutil ingenio, se incluye en estas páginas el interrogatorio que, con motivo del primer centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, en 1883, abrió *El Bien Público*, de Neiva (Colombia). Después el *Papel*

Periódico, de Bogotá, reprodujo el cuestionario que en el menor número de palabras puso de relieve altos hechos del grande hombre.

Al doctor Ramón Manrique se le exigió contestar en tres palabras:

—¿Cómo fué más grande Bolívar?

—En el infortunio.

A Heraclio Padilla, en dos palabras:

—¿Cuál fué la virtud característica de Bolívar?

—La constancia.

A Ignacio A. Trujillo, en una palabra entre comillas:

—¿Cuál fué la respuesta más elocuente de Bolívar?

—«Triunfar».

A Pedro Martínez, en siete palabras:

—¿Cuál fué el error de Bolívar como hombre público?

—Juzgar a los demás por sí mismo.

A César García, en seis palabras:

—¿Qué relación hay entre Bolívar y la libertad americana?

—La del Creador a la creación.

Al doctor José María Lombana, en dos palabras:

—¿Qué es el 25 de septiembre a la luz del Centenario?

—Error patriótico.

A Federico Vargas de la Rosa, en tres palabras:

—¿Qué son tres siglos de servidumbre comparados con Bolívar?

—Tiniebla y luz.

José Domingo Díaz, en opinión de Santiago Key-Ayala. «es-crime sin misericordia la pluma del diarista político y graba en hierro su nombre, que brilla con fulgores fúnebres, en parte propios, en parte reflejo de las pasiones partidarias. Su figura comparece monstruosa, pero descubre al poeta cuando da su recuerdo final a esta ciudad de Caracas, su cuna, que de cielos benignos recibió el don de poner ternuras imprevistas en el corazón de las fieras».

Escribió una obra virulenta, *La revolución de Caracas*, y fué enemigo acérrimo de Bolívar, de cuyo apellido sacó este anagrama: *Obra vil*. Los patriotas, en respuesta, idearon otro

anagrama con el nombre y el apellido del gran caraqueño:
Todo lo libertó.

Para celebrar una victoria, se dió un banquete al Libertador. En él se hallaban presentes los generales José Antonio Páez y José Gregorio Monagas.

Bolívar, alzando la copa, dijo con énfasis:

—¡Brindo por Monagas, la primera lanza de Venezuela!

Páez lo miró de reojo, y al punto rectificó Bolívar:

—¡Brindo por Páez, la primera lanza del mundo!

A la Academia fundada por el Padre Sojo y dirigida por Juan Manuel Olivares, perteneció José Angel Lamas. Como por el año de 1806 eran exiguos los recursos de que disponía la Iglesia Metropolitana, a fin de celebrar las fiestas de la Semana Mayor el joven músico, dolido de su pobreza, concibió la oportuna idea de reunir a varios de sus colegas con el objeto de componer y ejecutar las piezas que fuesen necesarias para servir en la Catedral los Oficios del Jueves y Viernes Santo.

Cayetano Carreño, Pedro N. Colón y José Angel Lamas fueron escogidos para escribir las composiciones sagradas y hallaron inspiración suficiente a crear tres obras inmortales: el primero, *La Oración en el Huerto*; el segundo, *el Pésame a la Virgen*, y el último, *el Popule Meus*

Cuentan las crónicas que después de los Oficios de la mañana, el canónigo magistral invitó a los tres músicos a almorzar, y que habiendo bebido éstos más de la cuenta, regresaron medio calamocanos a la Metropolitana. Habían ejecutado ya un trozo del *Popule Meus* cuando Lamas, interrumpiendo la orquesta, rogó a Carreño que le acompañase algo que iba a improvisar. El violín del egregio artista dejóse oír predominando, y el auditorio, sorprendido, percibió una melodía como de arpas angélicas: otra parte de la composición grandiosa. La autenticidad de este episodio, puesto en tela de juicio, posteriormente la han desvirtuado personas duchas en la materia.

Raros serán los lectores a cuya noticia no hubiese llegado la

anécdota de un inglés de buen gusto que, de paso por Caracas en los Días Santos, oyó el *Popule Meus* y preguntó a un su amigo:

—¿Quién es el autor de tan sublime obra?

—Un venezolano: José Angel Lamas.

—¿Y en dónde está la estatua de ese hombre?

Por desdicha, la admiración de los pósteros aún no se la ha erigido.

Merecen también recordarse dos insignes músicos que pertenecieron a la Academia del Padre Sojo: Juan Meserón, flautista, fundador de una escuela de música en Petare, y José Antonio Caro de Boesi, guitarrista.

Dice un antiguo verso:

La música a las fieras domestica.

A José Tomás Morales asimismo le gustaba la música. Meserón se había afiliado al partido republicano y estaba puesto en capilla. Antes de que se le ajusticiase, pidió a sus carceleros una flauta y conseguido que la hubo, comenzó a ejecutar en ella magníficos trozos que los conmovieron.

El oficial encargado de la escolta fué en casa del jefe español para comunicarle:

—General: el reo que vamos a fusilar es un canario.

—¡Cómo! ¿Un canario? Entonces es de mi tierra.

—Es un canario por la flauta; la toca admirablemente.

—Tráigame ese canario para verle la pluma—ordenó Morales.

Llevado a presencia del generalísimo español, Meserón logró conmovérselo con los mágicos sonos de su flauta.

—Eres un verdadero canario, le dijo. Toma para alpiste. Y le puso en la mano un par de onzas añadiendo: «Un hombre de tan rara habilidad no debe morir: estás en libertad, y si quieres puedes quedarte conmigo en mi banda.»

Con menos fortuna corrió Caro de Boesi, quien pagó su férvido patriotismo con la vida, pues fué fusilado por el propio Morales en Cumaná, en 1814.

Ya Pedro Carujo, partidario resuelto del militarismo y de los golpes de cuartel, había dado señales ostensibles de xenofobia en *El Republicano*, periódico que redactaba o le redactaban—lo mismo es para el caso—contra la candidatura presidencial del doctor José María Vargas. Entre otros reparos le opuso el de que era poseedor de varios idiomas extranjeros y el de que había ido a buscar en tierras exóticas la ciencia, por no haberla encontrado en la suya, y otras lindezas de la misma laya.

El nombre de Carujo había adquirido la más triste fama, por la participación que tuvo en el atentado contra la vida del Libertador, por el año de 1828. Su entrevista con el doctor Vargas es célebre en nuestros anales. Como la medida más eficaz para evitar la guerra civil, fué a exigirle al probo ciudadano la renuncia a la Presidencia de Venezuela, tomando por base que el Gobierno estaba vencido y que el hecho del 8 de julio iba a ser el derecho del día siguiente; y el doctor Vargas, revestido de filosófica serenidad, adujo entonces que el Poder que estaba ejerciendo no era renunciable sino ante el Congreso y que jamás reconocería el presidente de la República la autoridad de una revolución a mano armada.

—Señor doctor —interrumpió Carujo—. El mundo es de los valientes.

—¡No! El mundo es del hombre justo; es del hombre de bien y no del valiente, el que siempre ha vivido y vivirá feliz sobre la tierra y seguro sobre su conciencia.

La austeridad de estas palabras no lograron impresionar a Carujo ni a los conjurados. Juan Nepomuceno Chaves, secretario privado de Vargas, corrió a la ventana gritando: «¡Viva el doctor Vargas! ¡Viva la Constitución!» Catorce horas duró la torturante escena. Ante la tenaz resistencia del magistrado, Carujo hizo entrar al oficial de la escolta del presidente y con el sable desenvainado dió la orden de detener a los presentes. Este oficial era Julián Castro, futuro presidente de la República.

El caraqueño Feliciano Montenegro y Colón desempeñó, bajo el Gobierno español, un cargo de poca importancia en la Secretaría de Guerra hasta que estalló el movimiento revolucionario

de 1811. Volvió con Morillo y cuando se consolidó la independencia de su patria, estuvo desterrado por algún tiempo.

Acogido a la amnistía decretada por el general José Antonio Páez, regresó al país, donde se dedicó a la enseñanza. El tratado sobre *Geografía general para uso de la juventud de Venezuela*, es obra suya.

El 19 de abril de 1836, abrió el «Colegio de la Independencia» —donde se educaron los hijos de Páez—, en la esquina que hoy lleva su nombre, una de las más céntricas de Caracas; lo cual dió pie para que uno de sus numerosos enemigos escribiese este pasquín en los muros del plantel educativo:

*«¡Oh, Colón qué inteligencia!,
tu escuela hay que bendecirla:
pero, ¿por qué en tu demencia
la llamas de «Independencia»
si no supiste servirla?»*

En diciembre de 1843, un director del Banco Nacional, llamado Juan Pérez, propuso acusación contra el autor de unas *Seguidillas* que aparecieron en *El Relámpago*. Los versos no llevaban firma, pero desde el principio se achacaron a Rafael Arvelo, poeta epigramático, el cual no se atrevió a asumir la responsabilidad de su obra ante la justicia, y se citó en lugar suyo, conforme a la Ley de la materia, al editor del periódico. Lo era Ramón Villalobos, un pobre diablo que prestaba su nombre a los escritores de la oposición. El miedo se apoderó de Villalobos y ocultóse, al igual de Arvelo.

He aquí el cuerpo del delito:

*Don Juan Galindo Pérez
El alma diera,
Por no aflojar la hacienda
De la heredera;
Y andan diciendo
Que ya la tal hacienda
Va pereciendo,*

VIDA ANECDÓTICA DE VENEZOLANOS

*Como el ladrón Juan Alba
Tiene dinero...
Muchos son los delitos
De don Juan... pero
Es cosa fea
Que azotado en la argolla
Un Alba-sea.*

*Mete en tu casa un rico...
Le das... Ya entiendo.
—Y haz que al instante otorgue
Su testamento.
—Bien, y que sea
Yo nombrado heredero.
—¡Tonto! Albacea.*

*—¿Quién es aquel que azotan
Con crueldad tanta?
—Un infeliz que hambriento
Robó una cabra.
—¿Y el que pasea
Rodeado de adúlantes?
—¡Un albacea!*

*—¿Por qué lleva escondidas
Don Juan las manos?
—Porque las tiene llenas
De albaceazgo.
—En Galilea
Vapulan esos males
Con Panacea.*

El abogado de Juan Pérez alegó entonces que la responsabilidad incumbía a Antonio Leocadio Guzmán, dueño de la imprenta de donde salió el libelo, pues demasiado se sabía que Villalobos era un editor nominal, inapto para hacer versos, de industria desconocida y absolutamente pobre. Era costumbre de la época la de estampar firmas de personas reclusas en los lazaretos, o de reos condenados a presidio, o de personajes imaginarios, a quienes no se podía reducir a prisión. Para

evitarlo, el código de 1839 dispuso que sería responsable del escrito el impresor «cuando el original resultase firmado por persona o personas en la cual o en las cuales no pueda hacerse efectiva la responsabilidad legal, ni al tiempo de la impresión ni al de la acusación». Al efecto, citado Guzmán, fundó su defensa en que Villalobos era ciudadano venezolano en ejercicio de sus derechos, lo cual bastaba para permitirle publicar o imprimir cualquier obra; que no estaba degradado ni preso, sino en libertad y en aptitud de responder de sus acciones; que aun suponiéndole incapaz de pagar la multa a que se le condenase, ésta podía sustituirse con la de prisión correspondiente señalada por la Ley; que la ocultación de Villalobos no era motivo suficiente para hacer pesar toda la responsabilidad sobre el impresor, y otros razonamientos por el estilo. El jurado de imprenta declaró que Guzmán debía responder del escrito en vez de Villalobos.

Bajo la presidencia del juez de primera instancia, doctor Isidro Vicente Osío, el nuevo jurado debía calificar el escrito; Guzmán se defendió con su acostumbrada elocuencia; la turba que le acompañaba rompió en estruendosos aplausos y apagó la voz del juez que reclamaba silencio. El juez, atemorizado, se trasladó a la casa del general Carlos Soublette, presidente de la República, para manifestarle que no tenía libertad y que el motín era inminente; Soublette le aconsejó que volviese a su despacho, que se hiciera respetar con el apoyo de las leyes y que si el pueblo continuaba sublevado, agitase la campanilla: frase ésta famosa en nuestros fastos; concluyó Guzmán su alegato en medio de las aclamaciones frenéticas de sus partidarios; la turbamulta dió «muera» a la Oligarquía y al Gobierno y regresó el jurado con el veredicto de absolución. En tal embrollo anduvieron mezclados nada menos que Juan Vicente González, dos hijos de Soublette y Pilar Meneses, que capitaneaba a los estudiantes universitarios, mientras Soublette permanecía en su casa, pensando tan vez, como dice Gil Fortoul, a quien seguimos en esta relación, «que la libertad es el mejor pararrayos en las tempestades populares».

Cuando el general Carlos Soublette desempeñaba la Presi-

dencia de la República, era Mariano Uztáriz gobernador de Caracas. Otra manifestación popular hubo, en favor de Antonio Leocadio Guzmán, la cual pasó en actitud hostil por enfrente de la casa del primero.

Uztáriz, instalado en ella, le preguntó a Soubllette:

—General: ¿qué hacemos? La situación es crítica y se agrava por momentos.

Soubllette le respondió, sin perder un momento su calma de estoico:

—Eso pregunto yo; porque no soy sino el presidente de la República y usted es el gobernador de Caracas.

Juan José Churión refiere en *El teatro en Caracas*, que por 1843 trabajó aquí una Compañía de arte dramático, entre cuyos actores figuraba Francisco Robreño, el cual compuso y llevó a escena un juguete cómico, intitulado *Excelentísimo Señor*. Era una sátira contra el general Carlos Soubllette, quien, cuando tuvo conocimiento de ella, hizo llamar al autor y actor para que se la leyese. El hombre se cohibió al principio, pero hubo de acceder ante los ruegos reiterados del presidente. Concluída la lectura, éste le dijo sin inmutarse:

—Todo está muy bueno; además de que no me trata a mí tan mal; no tiene sino ligeras burlas, y créame usted: Venezuela no se ha perdido ni se perderá porque un ciudadano se burle de un gobernante; se perderá porque un gobernante se burle de sus conciudadanos.

A Fermín Toro, cuya fealdad patricia se hermoseaba en la tribuna, le confió el Gobierno la misión delicadísima de gestionar el reconocimiento de la Independencia de la República por la antigua metrópoli.

El 30 de marzo de 1845, Francisco Martínez de la Rosa, poeta romántico y político liberal, firmó el Tratado de Paz y Amistad con Venezuela, después de las gestiones largo tiempo demoradas de Soubllette y de Fortique, a las que dió motivo un incidente harto enojoso: cierta frase del ministro español des-

dorosa para Venezuela. Soubllette entonces todo hubo de arros-trarlo, inclusive el rigor del invierno, y vióse a punto de sus-pender la negociación, la cual no continuó sino después de reti-rada la frase. Esa actitud de Soubllette le valió las más cum-plidas alabanzas de hombres eminentes como Lord Clarendon, Wellington y otros. Cupo a Toro en suerte la de coronar tan difíciles asuntos diplomáticos. Al propio Martínez de la Rosa habíale tocado, en 1844, iniciar el reconocimiento de derecho de nuestras Repúblicas, y así lo anunció a las Cámaras de Próce-res y Procuradores del Reino, cuando expresó la voluntad del Gobierno de Isabel II de establecer las relaciones internacio-nales con México.

Firmo Toro el acta, de trascendencia notoria, el día 7 de agosto de 1846, con lo cual ganó insigne honra, no ya sólo para su nombre, sino también para todo Venezuela.

No desaprovechó la reina coyuntura tan simpática, a fin de invitar para un sarao fastuoso en el Casino de Madrid a nues-tro representante diplomático y al general Juan José Flores. otro notable venezolano.

Bailó Toro con la reina. En Caracas se propaló la noticia; y fué entonces cuando el general Carlos Soubllette, a la sazón presidente de la República, hizo circular la nueva de que el prócer había pisado el traje de la reina, desgarrándolo.

Don Fermín, hombre de mundo, restituído a la patria, se avistó con el gran repúblico:

—¿Crees, por ventura, que sé bailar a la perfección para cometer semejante desaguisado?

—No lo dudo un momento. Soy el inventor de la especie, y lo hice en obsequio tuyo. Sin ella ningún compatriota te hubiera perdonado el éxito clamoroso y que, además, hubieses bailado con la reina de España.

Tenia el general Carlos Soubllette la costumbre de pasearse, a la hora del crepúsculo, por las calles caraqueñas, en unión del coronel Belford Histon Wilson, el leal edecán del Libertador y quien era representante diplomático de la Gran Bretaña; coincidían en topar con un negro incivil que se empecinaba en no darles la acera. Ante la insistente actitud del irrespetuoso

peatón, Soubllette, requerido por Wilson, le reclamó que si acaso ignoraba que él era el presidente de la República. Y el negro hubo de responderle:

—Si lo sé, pero aquí *toitos semos* iguales.

A lo que el demócrata Soubllette se limitó a decirle:

—Bueno, entonces, y en obsequio de esa igualdad, una vez tomas tú la acera y otra la tomo yo.

Admirable fué la estratagema inventada por el general Soubllette para quitarse de encima a los enfadosos, aun cuando fuesen de alto copete: le había dado la orden a su esposa de que al verlo con alguno de ellos le recordase la hora de tomar las cucharadas.

Cierta vez estaba Soubllette conferenciando con Páez y se oyó de pronto una voz femenina:

—Carlos, ya es hora de que tomes las cucharadas.

Páez, con astucia llanera, enterado de lo que pasaba, marchóse en seguida.

Entonces Soubllette dijo a su esposa:

—Mujer, ¿qué has hecho? ¡Si era nada menos que el general Páez quien estaba hablando conmigo!

Soubllette fué inmediatamente en casa de Páez a darle todo género de excusas, pero éste lo tranquilizó con amabilidad risueña:

—Despreocúpese, don Carlos; su receta contra los fastidiosos es infalible; yo no había caído en la cuenta de que lo estaba importunando con mi conversación y doña Olalla me lo indicó a tiempo.

José Manuel Fernández hubo de prestar su apoyo al gobierno del general Carlos Soubllette; y Francisco Michelena y Rojas se presentó en la mansión presidencial para hacerle saber que él se negaba rotundamente a seguir prestándole el suyo, porque aquel buen señor tenía dos prostíbulos números 56 y 58, situados entre las esquinas de Los Albañales y La Cruz de la Vega.

Soublette, con cierta malicia, encontró bien esa resolución, pero no encontró asimismo bien que Michelena y Rojas estuviese tan bien enterado de tales direcciones.

Tan pronto como llegó a conocimiento del general Soublette el haberse sancionado un decreto de amnistía por el Congreso de 1858, resolvió regresar a Venezuela, y tuvo estas frases llenas de elación patriótica:

«Algunas faltas he debido cometer cuando mi patria me ha castigado: si algo valen mis palabras, os encarezco la unión entre todos como hermanos y la obediencia al Gobierno.»

Juan Vicente González nació en Caracas por el año de 1808 y murió en la misma ciudad el 1.º de octubre de 1866. Nunca salió de sus alrededores, lo cual no fué óbice para que por su mucha ciencia mereciese de sus contemporáneos el calificativo de «monstruo».

Se ignora quién fué su progenitor. Con respecto a la madre suya escribió: «Una mujer del pueblo formó mis entrañas, y una mujer que amaba al pobre, que era la compañera del que sufría, cuidó mis primeros años.» Alusión a doña Josefa Palacios y Obelmejía, viuda de don Pedro de la Vega, muerto en las reyertas de Ocumare, en poder de Rosete.

Debió la educación, «en su infancia sin madre», al presbítero José Alberto Espinosa; fué pupilo del convento de Neristas de San Felipe; luego pasó a la Universidad, y con la protección del padre José Cecilio Avila, se graduó de bachiller el 28 de junio de 1830. Estudió Cánones y quiso abrazar la carrera del sacerdocio, de la cual hubo de separarse; pero siempre conservó sus creencias católicas a través de todas las vicisitudes de su vida.

Una de sus mejores semblanzas la trazó el ilustre polígrafo Lisandro Alvarado, en la *Historia de la Revolución Federal en Venezuela*:

«En los retratos que de él se conservan aparece feo, afeitada

su barba, su cráneo al parecer dolicocefalo. Glotón, desaliñado en sus modales, voz delgada y desapacible. Con una estatura procerosa, bien que de torso algo encorvado y abultado vientre, veíasele atravesar las calles apoyado en un grueso bastón y sin revelar mucha pulcritud en su vestido. Olvidadas hoy las escenas ridiculas a que le condujeron sus enemistades políticas y personales, bastan a adivinarle y a comprenderle sus escritos: zafio para zaherir, exquisito para elogiar, fatigando a sus enemigos con una ironía destemplada, alentando a los suyos con entusiastas ditirambos. En caso de necesidad llenaba todas las columnas de su periodico sin colaboración y con producciones apasionadas, y a veces salvajes por el nervio y la vigorosa entonacion, por el descuido y la colera que las animaban. Contrariadas por otra parte sus ideas, ni reparaba en si era amigo o enemigo el objeto de su censura. ni en si era poderoso el enemigo.»

Por el año de 1861 fué encarcelado el periodista rebelde en las Bóvedas de la Guaira. Tomó entonces la pluma para trazar cuadros dantescos. «El dolor ha sido el pan de mis días y el sueño de mis noches.» Y surgió así el *Eco de las Bóvedas*, en el cual dijo que nunca del árbol de su vida colgaron flores y que aloe y mirra destilaron solamente de sus tantos heridos. Como el pájaro implume se esconde bajo el ala maternal, él no halló más regazo que el de la providencia, en su infancia sin madre, en su adolescencia abandonada, en su juventud sin amores.

Hasta el calabozo de Juan Vicente González sólo llegaba el tumbo lejano de las olas, al chocar contra la escollera; y un cielo caliginoso, sin fulgor de estrellas ni de luna, lo cubría como techumbre de plomo. Y de su seno brotaban olor de sangre y hálitos de muerte.

Entonces escribió: «Eso que ves, polvo de hombres, tumba llena de podredumbre y huesos, fué una nación en otro tiempo.

»Veda. Ninguna aspiración noble, ninguna creencia, ningún pensamiento común, ningún amor. Todo ha muerto en ella; todo lo ha perdido, hasta el instinto de la conservación.

»A tal abismo llegan los pueblos en que se ha extinguido la vida del espíritu; en que el sacrificio es odioso y los apetitos mandan y se han olvidado el deber y la justicia.

»La abyección de las naciones es el poder de los tiranos.»

El largo cautiverio a que lo redujo, sin fórmula de juicio, desde luego, la Dictadura de Páez, lo invirtió González en escribir alguna sátira política o alguna hermosa *Meseniana*, y en componer —trabajo por demás penoso y difícil— su *Manual de Historia Universal*. «Esta obra —dice el autor—, emprendida con calor entre las bóvedas y la cárcel, continuada bajo los cerrojos de una nueva prisión y en los negros calabozos de la *Rotunda*, acaso se resentía de los miserables objetos que me rodeaban. Espero, sin embargo, que lejos de que hayan entibiado mi entusiasmo por la libertad y el progreso, mi horror a la injusticia y la sangre, habrán exaltado estos sentimientos, haciéndolos más activos por el sufrimiento personal y el ajeno y por el espectáculo odioso de la iniquidad. Divertiría a mis indiferentes lectores si hubiese de referirles todos los obstáculos que hube de superar para la formación de este libro y para su impresión, cuando tenía que aprovechar el silencio de la noche para escribir y dividía el insomnio del pobre recién nacido que se sufocaba con su madre en un calabozo oscuro y frío. A cada instante el estrépito de los cerrojos y puertas de hierro, la voz dura del carcelero, el espanto y el hambre pintados en los semblantes, la degradación y los vicios como distracción al dolor, la agonía lenta del preso político, para el que no había médico ni hospital. Clandestinamente pasaban a la imprenta los originales; disputáronse varias veces las pruebas al oficial de guardia; y hacían penitencia entre ambos rastrillos los inocentes *in folium* de Baronio y de Ayala.»

Cuando la caída de José Tadeo Monagas en 1858, otra vez esgrimió Juan Vicente González la pluma del diarista de combate. Fundó *El Heraldo*, su más alta preseña. Las frases, arlete; los editoriales, catapulta. «El fuego patriótico de mi corazón, escribió en 1864, ahí, ahí está en ese *Heraldo* que buscáis; que si alguna vez con la vela en la mano estuviese para expirar la Patria moribunda, bastaríale recostar su frente sobre sus páginas, para alentarse nuevamente y vivir.» Fuego sacro en donde se consumió su existencia borrascosa.

Aunque hizo versos mediocres, fué, sin embargo, poeta: un gran poeta en prosa. ¡Qué prosa la suya! En Venezuela nadie ha podido superarla, ni siquiera imitarla. Así lo promulgan largamente las *Mesenianas*, la más hermosa flor de su vida y la

flor más hermosa de su estilo. Se inspiró en las del poeta francés Casimiro Delavigne para escribir las suyas, y así pudo exclamar: «Mesenia, la de los tristes cantos que inspiraron los míos». En la *Meseniána* que dedicó a Teófilo E. Rojas, con motivo de la inhumación de sus restos, el insigne escritor venezolano hace la autocrítica de su estilo:

«Green algunos al leer escritos los acentos escapados de mi corazón, que son creaciones del ingenio, frívolos juguetes de la exaltada fantasía. Miden por sus sensaciones los latidos de mi pecho, arrojan mis dolores en el molde de sus vanidades, y acusan de exagerada la imaginación mía por la debilidad exagerada de la suya. ¡Ay!, esos pensamientos son los ramos agitados por la tempestad del árbol de mi vida; y al tocarlos brotan sangre como los del bosque encantado por Armida. Mi estilo no es el pan laborioso del hombre, regado con el sudor del rostro: como la vegetación de los climas meridionales, espontánea, poderosa, él viste risueños valles o escarpadas rocas, multiforme, quimérico, extravagante, pero expresión purísima de mis sentimientos. Conmigo idéntico, si cristalizáis las ideas que hace visibles, no obtendríaís un mosaico de abigarrados colores, sino un mineral fundido con la sangre de mi pecho al fuego de mi corazón..., de mi corazón consumido en busca de la gloria y la felicidad.»

Partidario decidido del axioma de Quevedo de que

*Pues amarga la verdad,
quiere echarla de la boca,*

González la dijo sin circunloquios ni temor alguno. Llamó a Sotillo «viejo criminal»; a Angel Quintero, «histrión sonoro»; a León de Febres Cordero, «león en la paz y cordero en la guerra», a José Austria, «Talleyrand decrepito, máquina floja que mueve y hace rechinar el espantoso Aranda», y así otros denuestrós de la misma laya.

Derrotado el comandante Clemente Zárraga en Maiquetía, el año 1859, aseguró el polemista que el combate se perdió por falta de jefe. Trató éste de asumir su propia defensa, alegando que había cumplido con su deber, y le replicó González, «pues si el combate no se perdió por falta de jefe, es claro que se perdió

por sobra de jefe». En cierta ocasión el diputado Eladio Lara lo amenazó con un silletazo, en la posada de Bassetti: «No podía esperar otra cosa—le increpó—del asesino de los frailes de Guayana.»

Aquel hombre de excepción, que llenó con páginas imperecederas, como el mármol y como el bronce, nuestros anales, vivió en la mayor pobreza, a pesar de que con muy poco se conformaba: con un árbol, un panal y un nido.

Ya próximo a entrarse en los dominios de la eterna sombra, fueron a visitarlo unos amigos; y como tuviesen empeño en tranquilizarle sobre su fin cercano, replicóles con voz apagadamente melancólica:

—Vana esperanza, hijos míos: el sol de mañana no alumbrará mis tristes ojos.

El entierro se efectuó el 2 de octubre de 1866, a las seis de la tarde con asistencia de los institutos docentes de la ciudad. Según *El Federalista*, el acompañamiento fué numeroso. Habló en el cementerio el doctor Gerónimo E. Blanco, director del «Colegio Vargas». Fueron comedidas sus palabras. «Bajo estas puertas—dijo—que se abren a la eternidad, Juan Vicente González no puede tener otro enemigo que no sea la ignorancia.» Amenodoro Urdaneta escribió un artículo en *El Porvenir* acerca de los últimos trabajos de González. Se habló entonces de los grandes méritos del institutor, no así de los del periodista, debido, sin disputa, a lo difícil y peligroso de las circunstancias. Hubo silencio para quien proclamó una vez con su verbo arrebatado y convincente: «La libertad de imprenta, reconocida por la Constitución, no es el privilegio ni la concesión de un partido, sino el derecho imprescindible de los venezolanos.»

Reposaban sus restos en el derruido columbario de «Los Hijos de Dios», sin que señal alguna—lápida, inscripción o cruz—permitiese reconocer el sitio donde se encontraban.

Con olvido incalificable dejaron perder las generaciones posteriores el sepulcro de quien se esforzó en poner el nombre de la patria en señera cumbre de gloria.

Día de auténtico júbilo fué para Juan Vicente González el 17 de diciembre de 1842, porque con el fúnebre atuendo de la

entrada de las cenizas del Libertador en Caracas, vió realizado su nobilísimo deseo.

Tuvo por la más clara ejecutoria la de haber sido el primero en mantener siempre enfervorizado el culto del héroe, como símbolo y afianzamiento de la nacionalidad venezolana.

Publicó entonces *Mis exequias a Bolívar*, donde recogió los escritos en prosa y verso que durante once años consagró a exaltar las ínclitas hazañas del Epónimo.

Con el designio de cumplir la última voluntad del Padre de la Patria, la de que sus huesos reposasen en el lugar que fué su cuna, el Gobierno de Venezuela nombró en ese año una Comisión compuesta de los señores doctor José María Vargas, general José María Carreño y Mariano Uztáriz.

«Y el múmero de los Cerritos Blancos, el ilustre Carreño a quien herían todas las balas», según la hiperbólica expresión del autor de *Venezuela Heroica*, estaba hecho un viviente acerico.

Entonces Juan Vicente González escribió un suelto intencionado en uno de sus periódicos, que así concluye:

«Y van los restos de Carreño a recibir los restos de Bolívar.»

Disímiles en todo eran Juan Vicente González, redactor de *El Heraldo*, y Pedro José Rojas, redactor de *El Independiente*, ambos a dos periodistas audaces, vigorosos, incisivos, brillantes, iniciadores de una hermosa y original literatura desconocida entonces en el estrado de la prensa, al decir de un escritor de aquel tiempo. También todo en ellos era antagónico: estilo, método, miras, ambiciones, caracteres, hábitos y figura. Rojas era un bizarro tribuno; González un polemista contumaz. Vestía Rojas con elegancia y pulcritud; González no se cuidaba en absoluto de su indumento.

El estilo de Rojas era llano, brioso, uniforme y sencillo; el de González, elevado, ardiente, pomposo y desigual. El uno, buen dialéctico, ahondaba en el convencimiento y la persuasión; debatíase el otro en el terreno de lo personal. La inteligencia de Rojas era vasta y fina: la ilustración de González, profunda. Rojas había militado en las filas conservadoras; González en los dos bandos. El primero formaba en el grupo

de los llamados «dictatoriales» y el segundo en el de los «constitucionales». ¿Qué mucho, pues, que se anduviesen a la greña? Hubo entre los dos un magnífico, enconado y admirable duelo de prensa, en el que se esgrimieron gallardamente las armas poderosas del talento.

González, espíritu vehemente, creyó en Páez y fué idólatra suyo mientras representaba las opiniones constitucionales; pero se tornó de improviso en su adversario inexorable cuando supo que aspiraba a la Dictadura, por influencia de Rojas. González era catedrático de Historia Universal en el colegio «Santa María». Como era cada vez mayor el número de oyentes de aquellas lecciones, el licenciado Manuel María Urbaneja, director del instituto por entonces, alquiló un local aparte y cónsono con las clases de Juan Vicente González, quien, una vez puesto en camino para darlas, tuvo conocimiento de que el general José Antonio Páez había asumido la Dictadura; al posesionarse de la cátedra, comenzó la lección en esta forma:

—Ya os he hablado bastante de Atila; os he presentado su retrato moral; mas como es posible que topéis con Atila por las calles de Caracas, vengo a presentaros su retrato físico: cabeza de gato, ojos aletargados y azules, cuello de toro: la mano del Eterno se ha encallecido tratando de doblegar la cerviz de este bárbaro y no ha podido conseguirlo.

No bien se percató Rojas de tales vociferaciones, cuando fué reducido a prisión Juan Vicente González. En su celda de la Rotunda, desprovisto de obras consultativas y sólo fiado de su memoria estupenda, compuso el *Manual de Historia Universal*, como antes se consignó. A este propósito se refiere que un día Páez visitó la prisión; advertido de su presencia González, se asomó sigilosamente a la puerta de su calabozo y apretando los puños, le increpó: «Dime. ¿qué has hecho de la gloria impostora que te fabriqué con mis alabanzas? ¡Miserable, que te sientas a la orilla del sepulcro a gritar que es mentira todo lo bueno que de ti he dicho!»

Mis libros se intitula una de las *Mesenianas* de Juan Vicente González, en la cual da inconcuso testimonio del amor que en todo tiempo y sazón profesó a ellos. Y como disfrutaba de una

colosal memoria, inmediatamente la obra leída entraba a ser parte del propio acervo. De ahí el remoquete de «Tragalibros» con que generalmente se le conocía.

En el año 1862 el Gobierno de la Dictadura contrató en Londres el sonado empréstito de un millón de libras esterlinas. Tuvo participación en él Pedro José Rojas, sustituto y secretario general de Páez.

De manos a boca se toparon González y Rojas.

Este le dió un saludo irónico:

—Adiós, Tragalibros!

—¡Adiós, mi hembra!

Para deferir a los deseos manifestados por la señora Bárbara Nieves, a quien llamaban familiarmente «Barbarita», amante del general José Antonio Páez, a la sazón presidente de Venezuela, uno de sus consejeros y áulicos, el doctor Miguel Peña, propuso en el Congreso que fuese la ciudad de Valencia la capital de la República, en lugar de Caracas.

Juan Vicente González, con su agresividad ostensible se limitó a negar la proposición de esta suerte:

—¡Bárbara es la proposición y sólo cabe en cabeza de peña!

Juan Vicente González, refiriéndose a uno de los caudillos liberales que llevaba, a modo de trágico trofeo en su morral, las saladas cabezas de los Belisarios, dijo que dos tigres salieron subitáneamente al camino para darle este saludo, en reconociéndolo: «¡Adiós, hermano!»

Cuando el entonces general Juan Crisóstomo Falcón hallábase proscrito en Bogotá, publicó un manifiesto en el que justificaba su conducta y relataba los acontecimientos, a la vez que exponía sus propósitos.

A ojos vistas, la redacción de tal documento era obra del secretario general, coronel y licenciado Antonio Guzmán Blan-

co. Ya lo presumía así Juan Vicente González, cuando escribió en uno de sus periódicos que seguramente provenía de aquel «bicho pedantesco, que recibió de su padre la empalagosa charla y las mañas del gitano».

Eran temidos en el Congreso sus apóstrofes e invectivas.

En una de las sesiones se trató del establecimiento de los Obisposados de Barquisameto y Calabozo, y de fulminar un anatema contra los acontecimientos del 24 de enero de 1848 y otros temas de menor monta.

Como es de suponerse, las discusiones llegaron al colmo del apasionamiento, y sobresalían por su exaltación Juan Vicente González y Francisco Michelena y Rojas, apodado «El viajero universal». A entrambos les aplacía personificar los debates, agrediendo de continuo.

Momento hubo en que González hizo cargos contra Michelena y Rojas y éste le respondió:

—Sepa el señor diputado que yo he recorrido el mundo entero.

A lo que replicó González:

—Sí; pero como el tonel, en el fondo del barco.

Como se anotó en la anécdota anterior en el Congreso había entonces acaloradas disputas: tratábase de la creación de los Obisposados de Barquisameto y Calabozo; de fulminar un anatema contra el 24 de enero del 48; de las medidas que era necesario tomar para la terminación de la guerra federal; de la creación de una Secretaría de Fomento, y de los preliminares del juicio que debía seguirse al expresidente Julián Castro.

En la Cámara de Diputádos, sobre todo eran más encendidas las discusiones, y cuando terciaban en ellas Juan Vicente González y Francisco Michelena y Rojas, los asuntos se hacían personales y los denuestos y las imprecaciones llovían a más y mejor. Por lo general, sentábanse el uno frente al otro. En cierta oportunidad, Michelena y Rojas dijo al mencionar o te-

sús: «el infame galileo», y González, indignado, levantándose de su curul, le interrumpió de modo brusco:

—Señor presidente: Mandad encadenarle, no sea que el Señor vibre en estos momentos un rayo sobre él y me caiga a mí en la cabeza.

Sostuvo en *El Heraldo* polémica enzarzada con Cipriano Morales, ricachón y con fama de avariento a quien cubrió de anatemas, a tal punto que dió motivo a personal encuentro.

González consiguió asirle por el cuello de la levita; se la volvió añicos, gritándole:

—Esto te duele más que un artículo.

Un malqueriente se interpuso en su camino:

—Yo no le doy la acera a un canalla como usted.

—Pues yo sí—repuso González—, con fingimiento de cortesía.

Juan Vicente González contrajo matrimonio con la señora Jorja Rodil, quien tenía fama de fea, y le dió a luz un niño. Para celebrar el fausto suceso, González inició su clase de gramática ese día con el análisis léxicológico y sintáctico de la siguiente proposición:

Jorja ha dado a luz un niño.

—Jorja, ¿qué parte de la oración es?

El alumno, tal vez resentido por una reprimenda del maestro, para vengarse, contestó sin vacilar un punto:

—Una interjección de horror.

Famosa fué la reyerta habida entre Juan Vicente González y José Ramón Villasmil. Una vez, a punto de irse a las manos, Villasmil cayó de bruces y González aprovechó la cómica circunstancia para increparle:

—¡Así, miserable, de rodillas, es como debes estar en mi presencia!

Hizo una reseña teatral en *El Herald*, en la que motejó de vieja a una de las artistas, la cual, montada en cólera, enarboló su sombrilla contra González, quien exclamó viendo a los circunstantes:

—¡Por Dios; líbrenme de los furores de esta anciana!

Un militar liberal de truculenta facha, a quien acababa de injuriar en el citado periódico, se le acercó en un café, y lleno de ira preguntóle:

—¿Usted sabe quién soy yo?

El fogoso periodista le contestó a rajatabla:

—No lo sé, pero por su aspecto de belitre supongo que será un general de la Federación.

Se refiere en los *Perfiles Venezolanos* que González optó a la Cátedra de Literatura en la Universidad Central; y con el propósito de apabullar a su oponente, se presentó de súbito con un libro abierto; se lo puso en las manos, diciéndole:

—Tengo mis dudas de que tú sepas leer; vamos, lee; sácame pronto de la incertidumbre.

Otra vez, instalado González en un café público, se le acercó un perdonavidas de quien había escrito horrores, para inquirirle:

—¿Por qué ha dicho eso usted de mí?

Se levantó de su asiento y enarbolando el bastón, a guisa de clava:

—Y tú ¿quién eres?

—El general Fulano.

—Entonces lo dije porque es verdad.

Hombre de suyo revoltoso, Pilar Meneses acompañó a Antonio Leocadio Guzmán en sus campañas subversivas de 1840. Meneses, que se las daba de escritor, pergeñó un artículo en el que le hacía algunas sugerencias al general José Tadeo Monagas, sobre reformas administrativas.

Se ignora si el artículo era obra de Meneses; mas es lo cierto que se lo llevó a Juan Vicente González, con quien había tenido ciertos tiquismiquis, para que lo publicara en *El Diario de la Tarde*, amenazando a su director si no lo insertaba en las columnas de su periódico.

Acostumbrado a decir la verdad, Juan Vicente González no cejó nunca ante las amenazas; leyó el artículo y no conviniéndole las ideas expresadas en él, se lo devolvió al presunto autor con la siguiente esquila:

«He leído con creciente interés su bien meditado artículo que a leguas se ve que es suyo por el estilo impecable y la armonía de los conceptos; pocas veces habré leído algo igual; pero si lo publico, S. E. el Presidente querrá que lo tome por modelo, y el público lector no querrá sino leer cosas de tan igual y levantado mérito, y como eso sería cosa materialmente imposible, le devuelvo su admirable artículo, rogándole que no lo publique en mi diario, ni en ningún otro, sino en alguna revista literaria.»

Meneses, que no entendió la sutil ironía, mostraba orgulloso la esquila a sus amigos.

Desde 1846 se distinguió Pilar Meneses como agitador. Fue en sus mocedades compañero de González y ahora se hallaban distanciados.

Corrió la fama de que Meneses había sido uno de los victimarios del comandante Antonio José Váquez, preso por delito político, en la cárcel de Caracas, bajo el Gobierno del general José Gregorio Monagas.

Meneses, para hacer fisga del traje poco limpio de González, se llevó las manos a las narices:

—Foo; me hiede a godó.

—Es la sangre de Váquez que te sofoca.

Cuando Antonio Leocadio Guzmán fundó en Caracas *El Venezolano*, Juan Vicente González se contó en el número de sus colaboradores.

Con motivo del 9 de febrero de 1844, que sirvió para dividir el partido del Gobierno y el de la oposición, con los nombres de conservador y liberal, Juan Vicente González escribió en *El Venezolano* sobre tal suceso, así como también sobre el Jurado y la libertad de imprenta; atacó a la oligarquía, declarándose francamente liberal, pero nunca demagogo. Guzmán, hábil político, amado de las masas, a quien llevaron en triunfo, llamándole «el segundo Bolívar», pensó no ya en otros candidatos, muy superiores a él en antecedentes y conducta, como Salom, Mariño, Urbaneja, Aranda y el padre Blanco, sino en sí propio. Al abrirse la lucha electoral, postuló Guzmán su candidatura con un manifiesto al país en el cual puso de relieve las inquietudes del momento. Juan Vicente González se pasó entonces al sector contrario.

Durante ese tiempo escribió su primera *Meséniana*, con el título de *Bolívar*. En ella invoca el nombre del héroe; le pide «una cítara de ébano para lamentar los tristes hados de Venezuela», y le dice qué hace. Bolívar le ordena con este estribillo: «Hiere, hiere; lejos el sueño de tu frente: la constancia es la heroicidad del valor: hiere sin piedad a los enemigos de la patria». Y valiéndose de circunlocuciones, hirió también a Felipe Larrazábal y a sus hermanos, a quienes apellidó los «Marciales» y a varios otros. Y así concluye: «Yo respeté tu espada recostada sobre tu ataúd: pido sólo a tu corazón un rayo del patriotismo que lo animaba, una chispa de tu genio a tu mirada de relámpago. Voy a combatir porque me mandas. Alrededor de la patria, como aves de rapiña, arrojan graznidos fúnebres y aullidos lastimosos, hambrientos de pillaje y sangre esos malvados... Jefe vil de esa infame facción, ven el primero a servir de trofeo a la patria victoriosa.»

El 5 de julio, cuando vió pasar Juan Vicente González una manifestación popular dando gritos rabiosos, exclamó: «Son los espalderos de Alfarache que insultan el gran día nacional y proclaman al hijo donde el padre daba la señal para el asesinato de los patriotas.»

En su *Anecdotario venezolano*, Juan José Churión, *El bachiller Munguía*, habla de un banquete con que el Club Caracas celebró su instalación, el 17 de febrero de 1856; discurrieron allí el doctor Joaquín Herrera, Jacinto Gutiérrez y el general José Tadeo Monagas, que resumió los brindis. También hablaron Antonio Leocadio Guzmán y Juan Vicente González, quienes eran enemigos desde el día del enojoso asunto de *El Venezolano* y desde que éste sacó a Guzmán de debajo de un fogón y lo hizo preso, allá por el año de 1847.

Algunos amigos trataron durante la fiesta de reconciliarlos y lo consiguieron a medias. A la hora del champaña, Antonio Leocadio Guzmán, que tenía afluencia de palabras, para mortificar a González, dijo que pensaba escribir una Historia de Venezuela, desde el principio del mundo hasta nuestros días.

—¿Y cómo se las compondrá usted para hablar de la época precolombiana?—preguntó González.

—Eso no tiene importancia. Buscaré datos en los archivos españoles y si no en los chinos; porque fueron los chinos, sin duda, los primeros en venir a América, muchos siglos antes de Colón. Por vía de paréntesis, Guzmán estaba tratando entonces con el Gobierno sobre un contrato para traer la inmigración china.

—Sin duda usted pensó en una inmigración china para que le lavasen la ropa.

—Mi plan es tan vasto que para desarrollarlo me llevaré veinte tomos regulares. En Venezuela, por desgracia, no ha habido historiadores. Baralt es demasiado frío; Austria no dice mayor cosa en su *Bosquejo Militar*; Montenegro y Colón, es un Colón que no ha descubierto nada hasta ahora; Codazzi no hace más que dar codazos a la Geografía; el padre Blanco, Azpurua, Yanes y otros no han aportado sino documentos, en su mayor parte conocidos.

Después de hablar más de media hora, Guzmán terminó diciendo:

—Esa sí será una Historia completa, porque hasta el presente no ha habido quien tenga, como yo, el talento y la ilustración necesarios para escribirla. Como ven ustedes, no dejo cabo sin atar.

—Creo que sí le queda un cabo por atar.

—¿Cuál? ¡No lo veo!

—El cabo que sólo queda por atar y por meter en un manicomio es el futuro autor de semejante adefesio. Porque no en balde se llama usted «Leocadio», y de «Leocadio» a «locario» hay poco trecho y la diferencia no es mucha.

Relata el mismo Juan José Churión, quien popularizó el seudónimo de *El Bachiller Munguía*, que «en 1849, el Licenciado Juan Vicente González había fundado su célebre colegio «El Salvador del Mundo», sito entre las esquinas de Veroes y Jesuitas, y por una de esas contraposiciones del carácter, a los chicos internos del colegio les tenía a media asta y poco alpiste, pues, decía, como su homónimo el Licenciado Cabra, que el no comer es «salud y otro tanto ingenio».

«Caso curioso: el Licenciado González se parecía al Licenciado Cabra en no dar de comer a los alumnos, lo mismo que el señor Feliciano Montenegro y Colón, Director del colegio de «La Independencia»..., y como todos los directores de colegio con internos; pero Cabra de flaco parecía una cervatana, en tanto que González, de puro rollizo parecía un tonel. No comía el uno, como sus discípulos; el otro trabaga como Gargantúa.

Como el Licenciado González era gran latinista, le llamaban los profesores del colegio, y lo propalaban los chicos a la chitacallando: «Fabio Gurges», sobrenombre que dieron los romanos al general Fabio Quinto Máximo, a quien apodaron «Gurges» (glotón), y le decían también «Flavius Dentatus, ventri natus, vesana gula», y le sacaron estos versitos:

*Tres cosas me tienen preso
de amores el corazón:
el plátano, el chicharrón
y la caschapas de queso.*

En cierta oportunidad, aseguraba el Licenciado que lo único que no le gustaba en los banquetes a que lo convidaban (cuando alguno tenía valor para semejante cosa) eran los postres.

VIDA ANECDÓTICA DE VENEZOLANOS

—¿Por qué?—le preguntaron—. Lo natural es gustar algo dulce después de la comida.

—No es eso—respondió González—; es que como la palabra «postre» viene de «postrero», eso anuncia que la comida se acabó; y yo preferiría que me empezaran de nuevo por la sopa.

Hubo en esta ciudad un barbero que casi todo el día se lo pasaba echando pestes de Juan Vicente González.

Se volvía un energúmeno comentando los editoriales de *El Herald*. Ya hubiera él querido tener al alcance de su mano a ese miserable escritor: lo hubiera hecho pedazos.

Sabedor Juan Vicente González de la inquina del desuellacaras, se presentó con la mayor tranquilidad en el saloncillo suyo. Y lo llamó para hacerse afeitar. El rapista, un poco trémulo, realizó su tarea.

González pagó, y listo ya para salir se encaró con el figaro, increpándole con su voz chillona:

—¡Cobarde: me has tenido en tus manos y no te atreviste a cumplir tus amenazas!

La Liga de Defensa Nacional tuvo a su disposición, puesto al servicio del público, un local con aparatos *ad hoc* donde podían retratarse de frente y de perfil, gratuitamente, los venezolanos que desearan inscribirse en el Censo Electoral, siempre que no estuvieran impedidos para el caso.

¡De frente y de perfil! Esto nos trajo a la memoria una anécdota —él, que las tuvo ingeniosísimas—, de Juan Vicente González, «el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica», según la bizarra expresión de Cecilio Acosta.

Epoca de lucha feroz aquella en que comenzaba a imponerse el Partido Liberal, con sus mil y una fechorías y el consiguiente pavor de los volátiles.

Falcón, apodado «Doña Juana», tal vez por su carácter conciliador y benévolo, andaba por las sierras de Coro, con la bandera amarilla enarbolada.

Juan Vicente González, desde las columnas de *El Heraldó*, en un *Perfil* que se hizo famoso, le espetó este saludo:

«Ahí viene, envuelto en su pabellón de color de miedo, el Cain de Coro.»

Cuando llegó Falcón a Caracas, triunfante, en vez de perseguir al famoso periodista, le compró la biblioteca y trató de colmarle de honores, lo cual puso de resalto la magnanimidad del Caudillo.

Como alguien recordara el escrito a González, éste exclamó al punto:

—Entonces lo estaba viendo de «perfil»; ahora lo estoy viendo de «frente».

El general Pedro Arismendi Brito, de memoria esclarecida, fué y lo sigue siendo, a pesar del olvido injusto en que se le tiene, prestante figura en nuestras letras y militar de bizarra actuación en nuestras discordias civiles, a tal punto que Abigail Lozano le dedicó esta estrofa:

*¡Salud, bravo Arismendi,
al par guerrero y vate,
en cuyo pecho late
sin miedo el corazón;
la sangre de los héroes
que por tus venas gira
su intrepidez te inspira,
su arrojo de león!*

Una de sus debilidades consistía en el uso de un chambergo de alas inmensas. Entre las esquinas de San Francisco y Sociedad hubo hace años una sombrerería que ostentaba en la puerta principal, a modo de anuncio llamativo, un descomunal sombrero.

Todas las mañanas, puntualmente, pasaba por allí el poeta José Antonio Calcaño, redomado socarrón, para hacer la ineludible pregunta:

—¿No ha mandado aún el general Arismendi por su sombrero?

En cierta oportunidad, don Pedro lanzó su candidatura a

la Presidencia de la República; y cuando la retiró, dijo en un manifiesto que sus enemigos no habían hallado en él más defecto político, a no ser el de su sombrero, tan proverbial era la fama.

Fué el general Arismendi discípulo predilecto de Juan Vicente González, en el «Colegio del Salvador del Mundo».

Con el título de *Boves* escribió un drama, e invitó con insistencia al licenciado para que asistiese al estreno, a lo cual accedió con gusto.

Concluída la representación, fué el autor al palco donde González se hallaba:

—Maestro, ¿qué le ha parecido?

—¡Estupendo! ¡Es el *Boves* de los dramas!

Los poetas y escritores solicitaban, de consuno, el fallo aprobatorio de Juan Vicente González para sus producciones. Heraclio Martín de la Guardia había estrenado con buen éxito sus dramas históricos *Luisa de Lavalier* y *Cosme de Médicis*. Quiso leer a González una nueva producción: *Parisina*, del mismo género, antes de entregarla a la Compañía que actuaba por 1858 en el antiguo Teatro Caracas.

Impuso por condición el crítico para la lectura que se le preparase un bien aderezado almuerzo; y el poeta, en medio de su penuria, se ingenió para dejar satisfechas, en lo posible, las amplias tragaderas de «Tragalibros».

Preparado el almuerzo, lo mejor que se pudo, puesto a la mesa el licenciado se dió comienzo a la lectura de *Parisina*. Al llegar al final del último acto, en vista de que González no daba muestra alguna de asentimiento, inquirió el poeta:

—¿Cómo le ha parecido, maestro?

—¡Magnífico!

—¿En verdad que le ha gustado?

—¡Mucho! ¡Suculento!

—¡Cómo suculento! ¿El drama?

—No, hombre, el almuerzo.

Oriundo de Maiquetía, Alejandro Peoli regentaba en la Universidad de Caracas las clases de Gramática y Literatura. Fué escritor de prosa castiza, poco brillante, y también crítico exigente y quisquilloso. Anduvo siempre a caza de gazapos. Un yerro gramatical era para él crimen atroz, y así la emprendió a garrotazo limpio nada menos que con Juan Vicente González y Abigail Lozano.

La crítica de Peoli no era propiamente contra el escrito, sino contra el escritor. Tuvo, sin embargo, buena pupila: se «metió» con Juan Vicente González, quien le devolvió golpe por golpe, injuria por injuria. En el arte difícil del insulto era González maestro consumado. Al referirse al patronímico de Peoli, no bien oliente que se diga, lo definió en latín para mayor claridad: *Crepitus ventris*.

Observa Santiago Key-Ayala, en su magistral estudio sobre *El epigrama en Venezuela*:

«De Juan Vicente González se recuerdan unos tantos epigramas que con seguridad le pertenecen. No cabalgaba muy a sus anchas en el verso el gran escritor y polemista. De sus frecuentes torneos con el crítico Peoli queda el epigrama, improvisado o adaptado, que le endilgó:

*Allí viene Peoltno,
allá Peolino viene:
no viene como conviene,
pues viene como con vino.*

Fermin Toro murió en Caracas el 22 de diciembre de 1865, en la quinta de Anauco, propiedad del marqués del Toro, y con la cual soñó Bolívar para descansar de las vicisitudes de su vida atormentada. Juan Vicente González, que siempre defendió al gran tribuno de la Convención, le dedicó tal vez la más personal de sus *Mesenianas*: con Toro desaparecía el más alto exponente de un período histórico que, al decir de Cecilio Acosta, había dado a Venezuela «días serenos, paz sabrosa y bellos ánales».

Tuvo la *Meseniana* enorme revuelo; se dieron por aludidos en ella el general Jacinto Regino Pachano, quien salió a la

palestra con el seudónimo de *Manaure*, en defensa de lo que llamaba las conquistas civilizadoras del Partido Liberal; y Alejandro Peoli, a quien Juan Vicente González, después de zaherir con alusiones personales, por último le clavó en el pecho este dardo mortal: «¡Ea, idiota, de rodillas ante ese sepulcro que encierra los restos de un hombre de bien; inclina la frente abyecta y ve si la virtud que allí se exhala puede vivificar tu corazón difunto!»

Se refiere que Alfonso de Lamartine el año 1856 tuvo el propósito de escribir la *Vida de Bolívar*.

El autor de la *Historia de los Girondinos* era manirroto y disponía entonces de escasos recursos económicos.

A fin de realizar el proyecto, se abrió una suscripción en la librería de Rojas Hermanos, de cuarenta y seis francos, o sean doce pesos macuquinos, por los cuatro volúmenes de que constaría la obra.

No obstante la penuria de aquellos tiempos, ya que el cólera seguía devastando a Caracas, alcanzó a trescientos el número de los abonados, cuyos nombres remitió el señor E. Philip a Lamartine. A su vez el Gobierno excitó al Poder Ejecutivo, a los gobernadores de Provincias y a los rectores de las Universidades para que se suscribieran a la obra del célebre autor francés del *Curso familiar de literatura*.

Expresó el eximio poeta su gratitud al pueblo venezolano en hermosa carta; pero, según decires, Juan Vicente González se limitó a comentar por lo bajo:

—Vamos a ver cómo será ese Bolívar traducido al francés. De seguro que también puede resultar en la pluma de Lamartine un Napoleoncito.

La ciudad de Valencia vió nacer a Rafael Arvelo el año de gracia de 1814. Erá hijo de Cayetano Arvelo, abogado, y de la señora Margarita Rodríguez. Elegido su padre diputado al Congreso de Colombia en 1823, le acompañó a Bogotá, donde prosiguió sus estudios en el Colegio del Rosario: regresó a Vene-

zuela el mismo año. Figuró en la política militante desde 1838 y desempeñó en ella, a partir de esa fecha, cargos públicos de la mayor importancia, tales como diputado al Congreso, gobernador de Provincia, ministro de Estado y presidente interino de la República en 1867.

Dióse a conocer como escritor en 1842. Fué risueña y festiva su musa, inexhausta la vena del repentista admirable y admirado, que a cada instante hacía de él un improvisador oportuno e ingenioso: el chiste y la agudeza partían de su numen como jabalinas luminosas; a ellos asociaba permanente e inquebrantable firmeza de intención, con lo cual se esforzaba en imponer las ideas suyas y las tendencias políticas de la época. Observador sagaz y fustigador terrible, sus sátiras y retruécanos, apenas salidos de su pluma o de sus labios, corrían de boca en boca por todos los ámbitos de la República. Fué, y lo sigue siendo, uno de nuestros poetas más populares.

«Situado entre Lozano y Maitín, anota Enrique Bernardo Núñez, en medio de una generación turbulenta y docta, Arvelo es un realista del mismo linaje de Quevedo y Rabelais. Pero él no se dedica a ofrecer una pintura de su época. Centellea su risa juguetona, alegre y mordaz, entre las luchas del momento, tal como salía de sus labios, por lo que su obra fragmentaria tiene más carácter de improvisación. Nunca, al parecer, le dió importancia ni se dispuso a compilarla.»

Muchas de sus composiciones satíricas se han perdido; poco antes de morir Arvelo rechazó algunas de las que se le atribuían. Las que pudieron salvarse aparecen mutiladas en las ediciones del «Parnaso Venezolano», hechas por A. Bethencourt e hijos, en Curazao (1889).

Fué Arvelo poeta regocijado. Supo, como el que más, disfrutar de los placeres de la mesa. Se le ha comparado muchas veces con Quevedo; mas precisa confesar que el señero Señor de la Torre de Juan Abad, descolló tanto en lo festivo como en lo serio, en lo cual nuestro compatriota es más que deficiente. A él se atribuyen multitud de anécdotas que, por su color subido, no son para relatadas en público.

El general Carlos Soublette manifestó en solemne oportunidad que lo que más temía en el mundo eran las seguidillas de Rafael Arvelo.

Murió en Caracas el año 1878, y sus restos reposan en el Panteón Nacional, como ciudadano eminente de la República.

El día 15 de marzo de 1841 se promulgó la «ley de espera y quita»; la cual, por los vicios que entrañaba, era el tema obligado de todas las conversaciones. En la casa del general Diego Ibarra, antiguo edecán del Libertador, asistió el poeta Arvelo a una comida. Enfrente le quedaba la señorita Elena Echenagucia; y en el momento de trincar un pavo, hizo una de sus más celebradas improvisaciones:

*Tus ojos, bella Elenita,
cruelles acreedores son,
pues cobran al corazón
sin dar "espera ni quita".*

*El que los mira una vez,
su alma y quietud enajena;
y no hay usurero, Elena,
que exija tanto interés.*

*Yo tengo acá mis razones
de deudor para decir
que no es bueno consentir
logreros de corazones.*

*Y si a las bellas alcanza
esta ley que hoy fué cumplida,
debes quitarme la vida,
o darme, si no, esperanza.*

*Por una Elena ardió Ilión:
la historia la pinta bella;
tú, Elena, más linda que ella,
incendias mi corazón.*

*Mas... soy casado... ¡Te alabo...!,
y qué haces tú, ¿despreciarme...?
soy capaz de suicidarme...
¡Con esta pierna de pavo!*

Durante las elecciones de 1846, uno de los candidatos presidenciales era José Félix Blanco, presbítero y soldado de la guerra emancipadora. *Mistiforis* es el título de la sátira que escribió Arvelo contra el prócer, en la cual predijo la invención del aeroplano, como ya alguien en ello paró mientes:

*¿Necesitáis caminos? Os abriré el del cielo;
exceptuando el de Guamas, ninguno habrá mejor.
Y llegarán las almas en un ¡Jesús! de un vuelo
al trono del Eterno, en coches de vapor.*

Cuando formó gabinete el mariscal Juan Crisóstomo Falcón, confió la cartera de Hacienda a la idoneidad de Rafael Arvelo.

Encargado de la Presidencia de la República, se trataba en gabinete un asunto de extrema gravedad. Arvelo pidió la opinión a sus colegas, y como todos estuviesen en desacuerdo, el poeta les dijo con gran circunspección:

—El de Coro manda otra cosa.

En dos cuartetos describe Rafael Arvelo a un enemigo suyo:

*Su cara suave de excusa
a cualquiera carcajada.
Es una mezcla formada
de buitre, mono y lechuza.
Cada facción una injuria
es de su naturaleza;
el alma "contra largueza",
su cuerpo "contra lujuria".*

Rafael Arvelo, versado en asuntos crematísticos, llamaba «época de los flautistas» a la de las crisis económicas de Venezuela.

Como un amigo lo interrogase acerca del sentido esotérico de la frase, le contestó el humorista:

—En Venezuela todos, sin ser músicos, hemos nacido flautistas, porque como la pobreza ha sido la deidad que preside nuestros destinos, por fuerza hemos aprendido a hacer lo que hacen los flautistas: tapar un agujero para abrir otro.

El embrollo en que se halló metido Arvelo, a causa de las célebres seguidillas que firmó Villalobos, según ya vimos, no lo echó nunca a mala parte; y en *Las hallacas*, recuerda así al personaje:

*Concédeme una sola "seguidilla",
dame tu salpimienta y tus adobos,
la "nueva lira de zarzaparrilla",
tu genio, en fin, insigne "Villalobos",
para espantar los "lobos" de la "villa",
que con "orden", "progreso" y mil engaños
ofrecen hoy la "paz" a los rebaños.*

Vino a Venezuela el conde M. I. Velázquez, Caballero pontificio, en son de reclamaciones personales. Arvelo endilgóle una epístola en que puede leerse:

*Mala letra, renglones desiguales,
Sucio el papel y pésimo el estilo;
Errores garrafales de sintaxis;
La prosodia también puesta en martirio;
Y la desventurada ortografía
Llorando a cada paso del escrito...
¿Dudarse puede, con indicios tales,
Que nació Conde quien la carta hizo?
¿A quién se "esconde" que de no ser Conde,
El autor debe ser Duque o pollino?*

Sobre las preposiciones sin y con, escribió Arvelo:

*Es mal de preposición
el que nos mina tenaz:
"con" la paz y "sin" la paz
la cuestión es "sin" y "con".*

*Y el "sin" y "con" ya nos tiene
en un estado bien ruin,
y es que no quiere irse "sin"
cuando mira que "con" viene.*

*Quien tal hace es un mal "sin":
si el "sin" vergüenza tuviera,
largárase, y "con" viniera,
y tuviera aquel mal fin.*

*Ya "con" venía a la unión
pero el "sin" "con" ciencia obró,
de manera que estorbó
que viniera triunfal "con".*

*El mal "sin" saber no más
lo que contiene en el buche;
es un brujo, es un estuche
para hacer lapas la paz.*

*Mas "con" viene a la nación
porque a la nación conviene
y veremos qué fin tiene
el cínico "sin" y "con".*

Describe así el poeta las angustias de un cesante:

*En fin mi sombrero a tal
Ha llegado situación,
Que es por quebrado y pelón
Un "tesoro nacional".
La trasposición violenta
Que acabo de hacer no ignoro;
Mas debes tener en cuenta
Que iba a nombrar el "tesoro".*

Escribió el mismo a propósito de unas reclamaciones inglesas:

*A Jonh Bull no es posible
Negarle nada,
Porque lo pide "todo"
¡Con tanta gracia!
El "guismi monis"
Es tan dulce en la boca
De sus cañones,
Que cuando así reclaman
Alguna cosa.
Les diera yo... no digo
Vida ni bolsa,
Sino almorranas,
Niguas y sabañones,
Bubas y sarna.*

Arvelo era ministro de Estado cuando el conflicto de Venezuela y Holanda por la posesión de la Isla de Aves y las reclamaciones de los judíos de Coro. El día 5 de agosto de 1857, el plenipotenciario de la República, Francisco Conde, y el ministro de los Países Bajos, señor van Reitz, suscribieron una Convención en Caracas. Para celebrar el arreglo se efectuó un banquete y Arvelo improvisó este brindis:

*Volviendo a lo principal,
Yo la vida abandonè
Desde el instante fatal
En que atrevido acepté
La silla ministerial.
Desde entonces, ¡maldición!
Paso los meses enteros
Hablando de abolición,
De empresas mil, de un millón
De caminos carreteros.*

... ..
*¿Qué más? En este momento
Que llevo el vaso a la boca,
Se ocupa mi pensamiento
En ver cómo no les toca
Ni el cero del diez por ciento.*

Refiriéndose al convenio celebrado, dijo entre otras cosas:

*A pesar de los pesares,
Siempre tuve la esperanza
De que acabase la danza
Más con dares y tomares
Que con espada y con lanza.*

Si hubo poetas antagónicos en el mundo, esos poetas se llamaron José Heriberto García de Quevedo y Rafael Arvelo. El uno, romántico; el otro, satírico. El primero era la pulcritud misma en su persona y en la manera de expresarse; el segundo era campechano y amigo de las frases crudas, sin eufemismos ni circunlocuciones de ningún linaje. ¿Qué mucho, pues, que se anduviesen a la greña?

En las *Obras Poéticas y Literarias de Don José Heriberto García de Quevedo*, publicadas en París (1836), hay varias Odas a Italia, con una dedicatoria a los italianos. En ellas hace mérito de la Oda que le dedicó a Pío IX, a raíz de su advenimiento al Pontificado. De modo que es difícil saber a cuál de ellas se refiere Arvelo en la improvisación que dirigió al poeta García de Quevedo, después de haberle oído su *Oda a Italia*.

*Toca Marín el violín
y Colón toca el violón;
mas cuánta desproporción
entre Cunén y Marín
y entre Farriere y Colón.*

*Hago esta comparación
para establecer por fin
que a Quevedo en parangón
son cual Cunén a Marin
o como a Farrier Colón.*

*Así, presentarme aquí
como vate, es disparate,
soy un barbo en jaque-mate
desde que a Quevedo vi.*

*Hoy, que sus versos oí,
le dicho a mi musa: ¡tatel,
y exclamando acá entre mi:
¡Ese es genio y no aguacate!*

*Oir un verso ramplón
a todo el mundo incomoda,
¡y más después de una oda
hinchida de inspiración!*

*Hago, pues, resolución
de callar antes que toda
esta bella reunión
vaya a decir con razón:
¡Ese es galerón, no oda!*

He aquí la nota que dirigió Arvelo al secretario de la Cámara,
el 18 de marzo del 1844:

*En la presente sesión
Se hizo la relación
De esta representación,
Y, abierta la discusión,
Se propuso la moción
De que se hace inserción:
"Que pase la petición
Contra la vapulación
A cualquiera comisión,*

*Para que sin dilación
Diga cuál es su opinión
En la presente cuestión,
Y cuál la resolución
De conveniente adopción
En semejante ocasión."*

*Como tuvo aprobación,
Se pasó a la comisión
Única de redacción
Por ser de su atribución.*

El día 12 de mayo de 1870, el general Antonio Guzmán Blanco, después de haber ocupado la capital de la República, salió de nuevo a campaña sobre Aragua y Carabobo. El 16 del mismo mes se hallaba en Valencia y fué a visitar a Rafael Arvelo, quien padecía quebrantos de salud. Una hija del poeta recibió al jefe de la revolución triunfante, con quien mostróse un tanto descortés, a tal punto que le preguntó si era cierto que sus tropas habían cometido todo género de atropellos y desmanes cuando entraron en Caracas. A los pocos minutos transcurridos fué el visitante a saludar al enfermo, de quien inquirió sorprendido:

—¿Cómo es posible que siendo usted tan liberal, tenga una hija tan goda?

A lo cual respondió el famoso humorista:

—Ese es mi secreto: en casa los hombres somos liberales y las mujeres conservadoras.

Cierta dama, casi quintañona, que hacía esfuerzos inauditos por oponer a la injuria del tiempo el carmín de doña Elvira, sostuvo discusión con Rafael Arvelo, quien le dijo:

—Gentil amiga, usted se parece mucho a nuestra madre la Tierra. Como ella, también tiene hermosos panoramas, paisajes seductores, sonrosadas auroras y melancólicos ocasos.

—Muchas gracias, don Rafael, es usted muy galante.

—Pero se parece también en otra cosa.

—¿En cuál?

—En que, como la Tierra, ni los más ilustres sabios han podido descubrir la edad que tiene. ¿No conoce usted, por ventura la frase de Voltaire: «Nuestro planeta es una vieja coqueta que no ha querido nunca revelar su edad?»

—Señor Arvelo, usted es un atrevido y me ofende.

La señora alejose, no sin antes dar muestras de indignación, pero don Rafael concluyó:

—¡Qué se habrá imaginado esta vieja inmunda! Creyó tal vez en el encanto de las auroras y de los crepúsculos, pero no cree seguramente que la Tierra sólo le llevará en edad, seis o siete años a lo sumo.

En carta de Panurgo el Jorobado a Guillermo Saltragón, en su hacienda del Algarrobo, Rafael Arvelo juega del vocablo y alardea de sutil ingenio:

*Sabrás, amigo Guillermo,
que vivo en la capital,
limpio como un federal,
y como la patria enfermo.*

*Es decir, que estoy aquí
en "Caracas" la "gentil",
cuna de Bolívar y
del diez y nueve de Abril.*

... ..

*Y no imagines que llamo
limpio a todo federico;
alguno entró limpio en "Mamo"
y hoy puede dar fe-de-rico.*

Más adelante agrega:

*Mi gazusa envidia a Esau
las carísimas lentejas:
cual Job devoro mis quejas
cantando el "quiqui-ñau".*

*Y falta del ambigú
del primogénito hambriento,*

*me comí en este momento
el acento de esa-ú.*

*Para colmo de trabajos,
Juan mi hermano y Luis mi amigo
se han conducido conmigo
como dos grandes marrajos.*

*Me deben, les cobro, y nada
he podido conseguir:
se disculpan con decir
que está su hacienda arruinada.*

*Que los vándalos entraron:
que los godos se metieron;
que los vándalos cogieron,
y que los godos robaron...*

*Diles que no me acatarren
más con vándalos y godos,
pues doy por cierto que todos
no hacen más que ir-i-barren.*

*Que yo no almuerzo ni salgo
de desnudez con lamentos,
y lo que quiero es un algo
que alivie mis sufrimientos.*

*Ahora que instruído te dejo
de mis miserias extremas,
voy a pedirte... no temas,
que es solamente un consejo.*

*Tengo un hijo, Juan Pascual,
de los tres el más muchacho,
que se ha puesto en un despacho
de teniente... o general.*

*Mas como la mercancía
está en completo abarrote,
con gusto preferiría
inclinarlo a monigote.*

*Porque teniendo amistad
con Su Ilustrísima, espero
que le dé, al cumplir la edad,
el destino de porrero.*

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

*Allí, seguro ya el pan,
puede con labia y lisonjas,
aspirar a sacristán
de algún convento de monjas.*

De un modo patético describe lo precario de la situación en que una vez se hallaba el poeta:

*Estoy tan limpio y pelado,
Que ando sucio como el suelo,
Sin con qué pagar lavado,
Sin con qué cortarme el pelo.*

*Abrasado por el frío,
Bendigo al ángel maldito,
Ya reviento de vacío
Y el hambre me tiene ahito.*

*La vida sin pesos duros
Es para mí duro peso:
Sin qué hacer me hallo en apuros
Y de puro flojo, tieso.*

*Hoy me destapo los sesos:
Por corto paso de largo,
Si no descargo los pesos
Que resultan en tu cargo.*

Tuvo por muy señalada honra la flor y espuma de la sociedad caraqueña la de invitar a Rafael Arvelo a sus banquetes, con el designio de que los sazonzase con las áticas sales de su ingenio. Tomó en uno de ellos por símbolo una manzana, e improvisó de esta guisa:

*Por una cual la presente
Perdió el Paraíso Adán;
Si hubiera sido Guzmán
Se traga hasta la serpiente.*

El 24 de enero de 1848 es una fecha nefasta en nuestra historia. Desde el 19 del mismo mes y del mismo año Caracas

era un volcán. El asunto de la mayor importancia consistía en tratar sobre la traslación del Congreso fuera de la capital de la República, para darle curso al juicio de responsabilidad contra el general José Tadeo Monagas. En votación secreta, treinta y dos Representantes contra doce votaron por la traslación a Puerto Cabello en el plazo de diez días. Se comunicó al Senado el acuerdo traslativo, y la Cámara de Representantes hubo de terminar su sesión secreta resolviendo formar una guardia de ciudadanos que asegurase el derecho de policía en el recinto donde celebraba sus sesiones. El doctor Miguel Palacio, presidente del Congreso, designó como jefe de esta policía al coronel Guillermo Smith, ministro que fué de Hacienda y de Relaciones Exteriores y quien en aquella sazón era director del Banco Nacional, hombre de altas prendas personales. Se le dió el encargo de que solicitase las armas requeridas en el Ministerio de Guerra y de que mostrara, además, su nombramiento al gobernador de la Provincia y al jefe político del Cantón. El ejercicio de un derecho absolutamente indiscutible precipitó la catástrofe.

Se apresuró la Cámara de Representantes a usar de su derecho de policía, porque circulaban insistentes rumores de que el pueblo en armas invadiría el recinto del Congreso y lo disolvería a tiros, si declaraba con lugar la acusación contra Monagas; rumores que se creyeron tanto más fundados aún cuanto que al decretarse la sesión secreta y despejarse la barra, un grupo de espectadores, de aspecto sospechoso, quedóse atisbando por las ventanas el carácter que la deliberación tomara.

Al anochecer del día 23, sabido por todo el mundo lo que había pasado en la sesión secreta de la Cámara de Representantes, subió de punto la agitación de los liberales, al mismo tiempo que la alarma de los conservadores. A menudo pasaban frente al antiguo convento de San Francisco grupos armados de los milicianos que el Gobierno había conseguido concentrar en la capital. El gobernador de Caracas pidió a Smith que disolviese la guardia.

A la mañana siguiente, los señores representantes volvieron a reunirse en sesión secreta. El asunto que ocupaba su atención entonces era un oficio del ministro del Interior, en el cual se les recriminaba por su conducta, equívoca al parecer. No creía

el Gobierno que la Cámara tuviese derecho a nombrar una guardia como la que puso a las órdenes del coronel Smith. Tres sesiones consecutivas se efectuaron ese día, una de las cuales se prolongó hasta las doce y media, hora en que se produjo gran revuelo por la presencia del doctor Tomás José Sanabria, ministro del Interior, que venía a leer el Mensaje anual del presidente. Acto continuo, José María de Rojas propuso que éste permaneciera en la Cámara y que se llamase a sus colegas para que todos diesen cuenta de las medidas de seguridad pública tomadas por el Gobierno y necesarias a la libertad e inviolabilidad de los miembros del Congreso. La moción, unánimemente fué aprobada.

En la plazuela de San Francisco la muchedumbre se mostraba inquieta por el retardo del ministro: corrió la voz de que estaba preso o amenazado de muerte. Mientras estaba el ministro Sanabria esperando en la Cámara a sus colegas Rafael Acevedo y Francisco Mejía, que no acudieron, alguien gritó desde la barra: «¡Han asesinado al doctor Sanabria!» Y la turbamulta se precipitó contra la guardia, forcejeando por invadir el recinto. En este momento hubo tiros, quedando muertos el miliciano Miguel Riverol, Juan Maldonado, sastre, y Pedro Azpurua, hijo del pueblo. El vicepresidente Rojas, sacando un puñal, amenazó con él al doctor Sanabria:

—¡Si los asesinos entran por esa puerta usted será la primera víctima!

Y Cristóbal Mendoza también saltó, pistola en mano, gritándole a Sanabria:

—¡Malvado! ¡Este es el fruto de tus doctrinas!

Hizo esfuerzos Juan Vicente González para que le oyesen leer párrafos de una carta de Páez, en la que invitaba a sus amigos a morir como espartanos.

Un estudiante, Antonio José de Sucre, sobrino del gran mariscal de Ayacucho, instó al doctor Miguel Palacio para que permaneciera en su puesto:

—¡Sabremos morir como espartanos!

A lo cual replicó al punto:

—Yo no soy de esa tierra, sino llanero de Mijagual y no tengo la costumbre de morir enchiquerado.

Era rector del Seminario Tridentino el presbítero doctor

José Manuel Alegría, razón sana, probidad sin mancha, piedad sencilla, fe incontrastable, como dijo en elogio suyo Juan Vicente González. Al oírse los primeros disparos, a las tres de la tarde, llamó el rector a Vicente G. Guánchez, entonces bedel del Seminario, y ordenóle:

—Señor Guánchez, cierre bien la puerta de la calle.

Retirado el rector a sus habitaciones, bajó dos horas después, y encontró la puerta que había ordenado cerrar, abierta del todo.

—Señor Guánchez, ¿por qué abrió usted la puerta?

—La abrí porque ya habían cesado los disparos.

—¡Ah! ¿Usted cree que los disparos han cesado?

—Sí, señor.

—Pues se engaña usted, señor Guánchez: esos disparos no han cesado ni cesarán en largo tiempo: ellos resonarán lúgubremente en el oído de muchas generaciones.

Agazapado en un rincón, el representante caraqueño Delfín Cerezo cayó de rodillas a los pies de su colega el presbítero José Vicente Quintero, pidiéndole la absolución, mientras el barquisimetano doctor Antonio M. Sotello lloró, no se sabe de fijo si de pavor o de rabia. Prevalido de la confusión, Silverio Galarraga amenazó con un trabaço al doctor Francisco Díaz, diciéndole: —«Tú me sentenciaste a muerte. ¿Recuerdas? Ahora, prepárate a morir.» Y si no falleció allí el doctor Díaz fué porque en aquel preciso instante anuncióse la llegada del presidente de la República. Otros se precipitaron por las escaleras buscando la salida, y Juan Vicente González, a quien acompañaba el senador liberal Estanislao Rendón, escaló una pared, subió al tejado y de este modo pudo escapar. Una bayoneta anónima hirió en el pecho a Santos Michelena, el repúblico integérrimo, que, trasladado a la Legación británica, murió el 12 de marzo. Los representantes José Antonio Salas, F. Argote y Juan García murieron en el arroyo.

Cuando estos trágicos acontecimientos se desarrollaban, apareció el presidente de la República acompañado de sus ministros, de personas adictas y de su fiel amigo Juan Antonio Sotillo, comandante de su guardia. Bastó su presencia para que cesase el tumulto. El pueblo, entusiasmado lo vitoreó:

—¡Viva el salvador de la democracia venezolana!

Por la noche no faltó quien aconsejase a Monagas la conocida fórmula de Carujo: el hecho frente al derecho, ni quien le aconsejara nombrar jefe del Ejército al general Santiago Mariño, su viejo conmlitón, para que marchase en seguida a los Llanos, donde era probable que se sublevara el general José Antonio Páez en nombre de la legalidad. Pero más sensato el vicepresidente de la República, doctor Diego Bautista Urbaneja, le aconsejó asimismo que procurara volver a reunir el Congreso para reanudar, aunque fuese en apariencia, el régimen constitucional; y el presidente, político astuto, se apresuró a agarrarse a esa tabla de salvación. En la mañana del 25 tomó a empeño el de juntar a los miembros desperdigados del Congreso. Los más influyentes —Toro, García, Nadal, Rojas— protestaron y dieron por disueltas las Cámaras. En la de Representantes faltó uno para formar quorum; a Monagas se le ocurrió la idea de ir a convencer a José María de Rojas, que se hallaba refugiado en la Legación británica. También estaba allí don Santos Michelena, herido ya de muerte, y le aconsejó: «Vaya, José María, la patria reclama este sacrificio.» Rojas convino al fin en asistir a la sesión del 25, si bien a condición de que Monagas le acompañase después a su refugio. Fué entonces cuando Toro prorrumpió en su célebre apóstrofe:

—Decidle al general Monagas que mi cadáver lo llevarán, pero que Fermín Toro no se prostituye.

Se comentaba por la noche del 25 en la tertulia del presidente la reinstalación del Congreso. Un testigo presencial escribe: «Varios elogiaban la habilidad de la medida y discurrían acerca de su influencia sobre el orden público; otros referían la pena que les había costado conducir al Congreso a este o a aquel diputado. El presidente, que oía la conversación negligentemente reclinado sobre un sofá, la interrumpió con estas lacónicas palabras, que han quedado profundamente grabadas en mi memoria: «La Constitución sirve para todo.»

Por el año de 1858 existió en Caracas un instituto literario histórico-jurídico, donde todas las semanas se discurría sobre temas propios de su índole, sin perjuicio de hacerlo respecto a

EDUARDO CARREÑO

otros. Con ocho días de anticipación nombrábanse los oradores de orden. Pertenecían al ateneo ilustres varones como Manuel Norberto Vetancourt, Enrique Pérez de Velasco, Fernando Arvelo, Pedro Gual Domínguez, Carlos Tirado, Antonio José y Manuel María Silva, José Antonio y Eduardo Calcaño, Heraclio Martín de la Guardia, Marco Antonio Saluzzo, Pedro Arismendi Brito, Jacinto Gutiérrez-Coll, José Antonio Carrillo y Navas, Mariano Espinal y Ramón Briceño.

Este último, ansioso de notoriedad, joven, turbulento y audaz, en una de las reuniones hebdomadarias, subió a la tribuna, sin haber sido designado orador de orden, sino *ad libitum*, y comenzó a disertar sobre la Biblia, con la mayor libertad; dijo que las Sagradas Escrituras abundaban en historias de asnos, trayendo a colación la burra de Balaán, la pollina en que hizo su entrada en Jerusalem el divino Redentor, acompañada de otros borricos más. Lleno de consternación por tal desacato, monseñor Silvestre Guevara y Lira, arzobispo de Caracas y Venezuela, ocurrió al general José Tadeo Monagas, a la sazón presidente de la República, para exigirle una reprimenda; pero éste lo tranquilizó diciéndole:

—Deje quietos a esos muchachos. No hace muchos días que en una de sus juntas se discurrió acerca del tiranicidio y se asintió a la opinión del discursante, que era afirmativa: se debía matar al tirano. Y el tirano soy yo, señor Guevara.

La Revolución «Azul» debió su nombre al color de su divisa. La capitaneó el general Miguel Antonio Rojas y extendióse por todo Venezuela. Convecido el mariscal Juan Crisóstomo Falcón de que no podía restablecer la paz, entregó la Presidencia de la República al general Manuel Ezequiel Bruzual, conocido por «el soldado sin miedo».

Triunfantes los «Azules» en el combate de Las Adjuntas, entraron en Caracas, previo un tratado que se firmó en Antímano, en el cual el jefe de la Revolución reconocía el gobierno de Bruzual.

El general José Tadeo Monagas, al frente de los revolucionarios orientales, marchó sobre la capital, y entró en ella durante el mes de junio de 1868. Acto continuo formó un gobierno

plural, presidido por el doctor Guillermo Tell Villegas, a cuyo cargo estaban los asuntos civiles, y los militares al del general José Tadeo Monagas.

Depuesto Bruzual, atricheróse en Puerto Cabello y proclamó la legitimidad de su gobierno: rendida la plaza y herido de gravedad Bruzual, fué a morir en Curazao.

De nuevo triunfantes los «Azules» y en paz casi todo el país, convocóse el Congreso y se propuso como candidato a la presidencia de la República al general José Tadeo Monagas: pero habiendo fallecido éste en El Valle, a fines de 1868, se eligió presidente a José Ruperto Monagas, su hijo, y vicepresidente al general Esteban Palacios.

De los más contrapuestos sectores políticos venían los jefes de la Revolución «Azul». Y así los hubo conservadores y liberales de todos los matices.

Mientras se restablecía la legalidad, suscitóse entre ellos una discusión sobre la mejor forma de dirigir los destinos de Venezuela.

Uno de los caudillos allí presente propuso un gobierno de Triunviros.

No faltó quien comentase:

—Los Triunviros siempre dieron excelentes resultados, pero con una sola condición...

—¿Cuál condición?—inquirió Monagas.

Uno de los consejeros contestó al punto:

—Que uno de los triunviros esté enfermo y el otro ausente.

Hacia 1819 vió la luz en la ciudad de Coro Heriberto García de Quevedo. Poseyó el don de lenguas y era muy versado en literaturas antiguas y modernas; viajero infatigable, recorrió casi todos los países de Europa, el Asia Menor y parte de Africa. Distinguióse como poeta romántico y le cupo la honra de colaborar con José Zorrilla en los poemas intitulados *Pentápolis*, *María* y *Un Cuento de Amores*. Participó activamente en la política española: *El Siglo XIX*, órgano de los intereses liberales, fundado en Madrid por su ilustre compatriota Rafael María Baralt, pasó a la dirección de García de Quevedo.

También dirigió *El látigo*, periódico de exaltadas tendencias demagógicas. Por defender a la Reina de España, se batió en duelo, y hubo de resulfar con heridas graves; cuando se restableció de ellas, invistiósele de un importante cargo diplomático y se le envió a Venezuela. Restituído a la patria, supo conciliarse las mayores simpatías, por su trato culto y su caballeresca prestancia; ejemplificó y coadyuvó al más intenso cultivo de las letras. Publicó en París sus *Obras Poéticas y Literarias* en 1863. Murió en dicha ciudad, durante los días de la Comuna.

Amenodoro Urdaneta, hijo del general Rafael Urdaneta, fué autor de textos de gramática, lectura, aritmética y ortografía, que sirvieron de auxiliares en los colegios y escuelas del país; fué, además, poeta, y gran cervantista que escribió su *Cervantes y la Crítica*, obra extensa y concienzuda, la cual le valió el encomio de escoliastas exigentes.

En una oportunidad topóse en Caracas García de Quevedo con Urdaneta y le dirigió esta redondilla:

*Señor don Amenodoro,
a quien el mundo se humilla,
¿ha comido usted tortilla
que tiene el bigote de oro?*

A lo que contestó Urdaneta:

*Don Heriberto, no es de oro
mi bigote: es el diamante
que en la campaña de Coro
logró el "Batallón Brillante",
comandado sin desdoro
por mi padre, el arrogante,
donde vió la luz del día
don Heriberto García.*

José Ramón Villasmil vió la luz en Maracaibo el año de gracia de 1813.

Gran latinista, compuso un texto para auxiliar la enseñanza

del idioma de Virgilio. Redactó, en colaboración con varios escritores, algunos periódicos de diversa índole. En extremo eficaz, fué, al decir de Felipe Tejera, «Diputado al Congreso, donde se distinguió por sus satíricos apóstrofes y sus alusiones irónicas y zahirientes». Más adelante agrega: Alto, derecho y macizo de cuerpo, de frente despejada, bizco, tez trigueña, aire arrogante, voz sonora y limpia y andar precipitado.

Fué, además, enemigo acérrimo de Juan Vicente González. En más de una ocasión los puños surtieron mayor efecto que epigramas e invectivas. *Arcades ambo*.

Cuando Guzmán Blanco se disponía a tomar a Caracas, Villasmil pronunció un discurso inflamado, en el cual excitó al pueblo a su defensa y terminó diciendo:

—¡Los galos están a las puertas de Roma!

Pocos días después de saqueos consecutivos, los cuales se han hecho afrentosa institución en Venezuela, uno de los triunfadores se topó con Villasmil en la calle y le dijo:

—¿Conque, señor Villasmil, los galos están a las puertas de Roma?

Y éste contestó incontinenti:

—No, señor; ya han tomado el Capitolio y puesto la ciudad a saco.

A la inversa de Villasmil, era el general Jacinto Gutiérrez, conocido por el remoquete de «Cabeza de quincalla», bajo de estatura, hábil político y padre del poeta parnasiano Jacinto Gutiérrez-Coll y del popular compositor Pedro Elías Gutiérrez. Hizo una moción en el Congreso, la cual calificó Villasmil de «pigmea».

Entonces Gutiérrez, al replicar, adujo que alguien había calificado su proposición de «pigmea», porque todos no podían observarla de igual modo: unos la veían por el lado «derecho» y otros por el lado «tuerto».

Una vez paseaban en coche por las calles caraqueñas el general José Tadeo Monagas y Jacinto Gutiérrez. Se oyó de súbito un grito estentóreo:

—¡Adiós, «Cabeza de quincalla», ladrón!

—¿Con quién reza lo de ladrón?—inquirió Monagas.

—Lo de «Cabeza de quincalla» es conmigo—fué la contestación de Gutiérrez.

Entre los hombres de ciencia más descollantes que Venezuela ha tenido, figura en primer término Vicente Marcano. Corta fué su vida—pues nació en Caracas el año 1848 y murió en Valencia el 17 de julio de 1892—, pero fecunda en obras de la mayor importancia.

Marcano hizo curso completo de Ingeniería; mas su innata vocación y sus aptitudes sobresalientes le llevaron al estudio de la Química. Siendo muy joven, se trasladó a París, donde ingresó como cursante en el Liceo San Luis, la Institución Davigneau de Lanneau y la Escuela Central, para entrar luego como aprendiz en el Laboratorio de Wurtz, quien, al decir de un biógrafo, ejerció decisiva influencia en nuestro compatriota, «por el vigor matemático y su espíritu de generalización». Fué mucho lo que debió al maestro insigne.

Con antelación, Marcano había sido discípulo de Selle y de Cavour y tuvo por compañeros y directores a Naquet, Gautier, Salet, Grimaux y otros de los más renombrados químicos franceses.

Con el propósito de serle útil a su patria y de difundir los profundos conocimientos adquiridos en Francia, durante cinco años de rigurosos estudios, Marcano regresó a Caracas, en cuya Universidad fundó la clase de Química Industrial, que hubiera sido de gran provecho científico y práctico para la juventud de entonces, si no se hubiese visto forzado a suspenderla al poco tiempo a causa de que se cerró el Instituto con motivo de la guerra civil de 1870.

Frustrado el tan patriótico esfuerzo, volvió a la tierra de su predilección. Uno de nuestros más eximios escritores consignó: «Estaba en Francia, donde había perfeccionado sus primeros estudios y había encontrado rumbo a su vocación científica, cuando la guerra del año de 1870 llevó a los prusianos al sitio de París. Marcano, alma pura y noble, con la pureza y la nobleza del agradecimiento a la tierra ilustre donde tenía

sus maestros, donde asimiló toda la disciplina necesaria para trabajar por su patria de nacimiento, se aprestó al servicio de su patria intelectual. Trabajó como químico en laboratorios de urgencia bajo el fuego enemigo, para fines terapéuticos; rescató heridos en sitios barridos por la metralla; ayudó como practicante en las operaciones de los hospitales de sangre, exponiendo a cada momento su vida; sin tomarse punto de reposo padeció los dolores de los mejores franceses ante el duro espectáculo del enemigo triunfador. Fué un bravo».

Por su heroico empeño, la Junta de la Asistencia Pública decretó para Marcano una medalla de oro, en demostración de gratitud, tan pronto como se reorganizó el Gobierno de la República Francesa.

Restituído de nuevo a Venezuela, Marcano analizó las aguas de alimentación de Caracas, como también muchas aguas minerales; recogió y estudió las tierras nitradas y fosfatadas; practicó un importante reconocimiento de las quinas venezolanas; dibujó un mapa mineralógico del país, que exhibió junto con una copiosa colección de minerales y otros productos, en la Exposición de París de 1878, como comisario de la República.

Recorrió los territorios del Distrito Federal, el Estado Aragua, el Lago de Valencia, el Alto Orinoco y el Amazonas, con el fin de «inaugurar el estudio de las razas indias que poblaron a Venezuela antes de la Conquista, aplicando a la etnología patria los procedimientos antropológicos».

Publicó Marcano algunos libros de índole científica y literaria, ya con su nombre o bien bajo pseudónimo, aparte de muchos artículos y conferencias. Entre los primeros cuéntanse la *Cartilla de Agronomía* y las *Nociones de Química Agrícola*, de las cuales publicó fragmentos; pero la obra que contribuyó mayormente a que su nombre se hiciese famoso, la constituyen los *Elementos de Filosofía Química, según la teoría atómica*. En carta proemial el ilustre químico Naquet calificó a Marcano como uno «de sus mejores discípulos, por no decir el mejor»: frase tan justiciera como consagrante.

Miembro residente de la Sociedad Química de París, fué nombrado nuestro compatriota, cuando trabajaba en el Laboratorio de Boussingault; otra medalla de oro mereció en Francia, por su exhibición de Química Tropical en la Exposición

de París, antes citada; se le nombró Miembro corresponsal de la Sociedad de Emulación de la Industria Nacional de Francia y, el Ministerio de Agricultura lo propuso, y fué aceptado. como Caballero de la Legión de Honor, insignia que no pudo recibir por haberle sorprendido la muerte.

Naquet, Wurtz y Muntz quisieron proponer a Marcano para Miembro del Instituto de Francia, a condición de que renunciase a su nacionalidad venezolana.

Entonces dijo el sabio, con elación patriótica:

—No cambio yo la honra más alta que me otorguen todas las Academias del mundo, por la de ser compatriota de Simón Bolívar.

Si algunos pecados se le han de remitir al general Antonio Guzmán Blanco, es por virtud del Decreto sobre Instrucción Pública, gratuita y obligatoria, que promulgó el 22 de junio de 1870 y que refrendó el doctor Martín J. Sanabria, a raíz del triunfo de la Revolución de abril de aquel año.

Cuando el doctor Pedro José Rojas, oligarca, leyó el 1.º de julio la circular en que el ministro Sanabria hacía la participación de la nueva trascendental a los presidentes de Estado, en reunión de amigos se puso a hacer comentarios y a ponerle «peros» a la circular, en la cual hay un párrafo que reza así: «Ella (la Revolución Liberal) tiene una «misión que Henar» y comprende que esa «misión» consiste en lo político, en «realizar» la República».

Y Rojas dijo entonces:

—«¡Qué de disparates escriben estos hombres que ignoran que hay leyes de expresarse con propiedad para mandar bien! Los políticos no tienen «misión», porque no son «misioneros» u hombres evangélicos; lo que tienen es «comisión» o encargo de hacer el bien del pueblo; además, las «misiones» o «comisiones» no se «llenan», porque no son barriles, sino se «cumplen». Así es que yo aplaudo ese Decreto sobre Instrucción Pública, porque tanto Guzmán como el ministro Sanabria aprenderán siquiera a leer, ya que escribiendo lo hacen tan detestablemente mal. En cuanto lo de «realizar» la República, veo que la están realizando a precio de gallina flaca».

Tanto citó Laureano Vallenilla Lanz el apotegma de Murillo Toro: «En América todos somos café con leche: unos, un poco más café; otros, un poco más leche», que casi todos los lectores lo tomaron por suyo, no siéndolo.

El doctor Manuel Murillo Toro, sin ser un escritor de mucha brillantez, era en cambio un hábil periodista, que desde las columnas de *El Tiempo* ejerció en su país grande influencia política y social; en el campo de las ideas preparó el triunfo del partido que dirigía. Fué presidente de la República de Colombia y trató, por todos los medios posibles, de suavizar los delitos políticos. Fué, además, orador insigne. Cuando llegó a Caracas, pobre y proscrito, ¿qué mucho, pues, que otro insigne orador nuestro, Jesús María Morales Marcano, injustamente preterido, le diese la bienvenida?

No escogió para ello un diapasón altisonante, sino uno breve y sencillo: «Ha llegado a Venezuela un americano verdaderamente ilustre.» Lo cual maldita la gracia que le hizo a Guzmán Blanco, el «Ilustre Americano», en el ápice del poder y de la vanidad; expidió la orden conminatoria que cumplióse acto continuo, y el notable humanista cumanés fué a dar con sus huesos en la cárcel.

Con gran pompa litúrgica se celebraba aquí la Semana Mayor. El Nazareno de San Pablo iba en hombros de los fieles, el Miércoles Santo, por las calles de Caracas, entre murmullo de oraciones y perfume de incienso.

El insigne orador Jesús María Morales Marcano, fervoroso creyente, al paso de la procesión no cumplió con el deber de destocarse, porque el travieso mosto se le había subido a la cabeza.

Se le acercó un amigo suyo para preguntarle:

—¿Qué le ocurre, doctor? ¿Cómo es posible que ante esta solemne manifestación religiosa se halle usted en ese estado?

Y Morales Marcano contestó con aquella su voz tribunicia:

—Cuando la Divinidad perece, importa que la humanidad tambalee.

En la época de Guzmán Blanco se promovió un certamen con el tema: *El poder de la idea*. El premio consistía en metálico.

Muchos fueron los concurrentes y el insigne poeta Francisco Guaicaipuro Pardo ganó el premio por unanimidad. En liras de entonación pindárica elogió a los personajes que más contribuyeron a la civilización del mundo, entre otros Galileo.

Guzmán Blanco, personificación de la vanidad, leyó la oda, y como no figuraba su nombre en parte alguna, ordenó con voz airada:

—Díganle a Pardo que le cobre el premio a Galileo, agregando: «Eso es para que tenga idea del poder, ya que tan bien enterado está del poder de la idea».

Es conocida la anécdota. Lo que se ignora es la segunda parte.

Andando los tiempos, vino la reacción de Alcántara contra Guzmán. Una noche estaba Pardo en el velorio de un personaje de campanillas. Entre los asistentes estaba también Eduardo Blanco, grande amigo del poeta. De pronto, en medio de las conversaciones, a media voz, hizo irrupción Pardo, quien venía del interior de la casa:

—¡Eduardo, Eduardo: apareció Galileo!

Laureano Villanueva, a la sazón ministro del Interior, acababa de pagarle a Pardo el premio del famoso poema.

Después de la pelea del Corozo, cuando ardía la sabana, Guzmán Blanco notó que su macho estaba herido. Al desmontarse para curarlo, se le acercó Luis Level de Goda, el cual venía también herido, entre dos soldados, y le dijo con voz desgarradora:

—¡Antonio! ¡Estoy herido!

—¡Y mi macho también!—fué toda la respuesta.

—Esa frase no se me olvidará nunca.

A los treinta y cinco años justos, Level de Goda le recordó con acritud la frase a Guzmán Blanco, en la *Historia Contemporánea, Política y Militar de Venezuela*.

El general Antonio Guzmán Blanco, ya ocupada la Presidencia de la República, vióse obligado a sofocar varias revueltas; y temiendo, no sin razón, que el general Adolfo A. Olivo se pusiese en armas, lo mandó hacer preso con mucho sigilo, porque era hombre por demás temible y peligroso.

Según públicos decires, Olivo debía su enemistad a Guzmán Blanco desde que éste trató de enamorar a su esposa.

Al dar la orden de prisión, Guzmán Blanco encargó a los encargados de cumplirla, que Olivo nada oliese.

—Pierda todo cuidado, general: nada olerá—le dijeron.

—¿Por qué?

—Porque es chigo.

Sin embargo, Olivo llegó a oler el queso de la tostada, logrando ponerse a buen recaudo.

Cuando los comisionados de efectuar la orden punitiva, fueron a casa de Guzmán Blanco a participarle la evasión, éste hubo de advertirles:

—No les dije que el chigo olía demasiado.

—Y lo peor no es eso, general, sino que lo ha dejado a usted con dos palmos de narices.

José León, apodado «El hombre de la cajita», a causa de haber sido durante algún tiempo depositario y distribuidor del dinero disponible de los presidentes de la República, padecía de las hemorroides: siempre llevaba oculta la mano en sitio donde no da el sol, según la frase de Quevedo.

Guzmán Blanco celebró una recepción oficial en la Casa Amarilla, a la que asistió don Pepe; y cuando abalanzóse para saludar al presidente, extendiéndole con efusión la diestra, éste le dijo:

—A ti te quiero mucho: no me des la mano. ¡Dame un abrazo!

Persona de honorabilidad reconocida, con trazas de mendigo, compareció en presencia de Guzmán Blanco: barba y cabello crecidos; el traje a túrdigas; el andar dificultoso.

Guzmán Blanco, al verlo, inquirió acerca de su situación precaria:

—¿No me ve, general? Mi aspecto deplorable se lo está diciendo a voces.

Movido a compasión, Guzmán Blanco dió una orden al secretario suyo, por apreciable suma de dinero, y le instó para que fuera a cobrarla en día determinado.

La persona de marras, en el colmo del júbilo, se hizo afeitar y teñir las canas y mandó también hacer un flux flamante; cuando fué a cobrar la orden, Guzmán Blanco lo divisó, y sorprendido de la rápida metamorfosis, apresuróse a manifestarle:

—Dígale a su padre que ya su asunto quedó resuelto de manera satisfactoria.

El doctor Diego Bautista Urbaneja, a la sazón ministro de Relaciones Interiores, acusó ante la Cámara del Senado al doctor Eusebio Baptista, senador por el Estado Trujillo, de falta de respeto al general Antonio Guzmán Blanco, presidente de Venezuela, en cuyo nombre denunciaba el hecho para la reparación debida.

Baptista, hombre de carácter integérrimo y de limpias ejecutorias, era enemigo de Guzmán Blanco; en Congresos anteriores había censurado algunos contratos hechos durante su Administración, por lo cual el autócrata le tomó cierta ojeriza.

Las crónicas de la época se refieren a lo acaecido. Se hallaba Guzmán Blanco en la esquina de San Francisco, entre partidarios y servidores, cuando acertó a pasar por allí el doctor Baptista. Al avistarse mediaron palabras descompuestas; y como al regresar éste de la Imprenta Bolívar, situada entonces en la esquina de Sociedad, encontrábase el Primer Magistrado en el mismo punto, se renovó el incidente enojoso. Cuando Guzmán Blanco notó que Baptista bajaba de la acera le dijo con voz enfática:

—Ese necio quiere alucinar al Congreso con sofismas... sí... quiero que me oiga.

Al oír estas palabras, el senador por Trujillo se detuvo, y

quedóse mirando con fijeza al presidente, quien se abalanzó hacia él para preguntarle en tono iracundo:

—¿Qué hace usted allí?

—Estoy en la calle, señor. ¿No es permitido estar en la calle?

—Sí, pero esa es una provocación.

—No, señor; estaba oyéndolo a usted.

—Usted ha debido seguir su camino: me ha faltado al respeto y debe ir preso.

Hubo intervención conciliatoria en algunos individuos, cuando Guzmán Blanco dió la orden a un oficial para que condujese a la cárcel al doctor Baptista, quien quedó momentáneamente en libertad; pero después de la denuncia del ministro de Relaciones Interiores, la Cámara dispuso que se le expulsase de su seno para instaurar el proceso y someterlo a juicio, como se le sometió en efecto.

Años más tarde, la misma Cámara levantó la sanción de su Acuerdo de 5 de abril de 1881, en virtud del cual había despojado al senador por Trujillo de su inmunidad parlamentaria y de los derechos que por ejercicio del cargo le correspondían y declaraba ahora «que el doctor Baptista por su entereza republicana merecía bien de la patria».

Con el fin de zanjar las dificultades por la renuncia del arzobispo Silvestre Guevara y Lira, la Santa Sede nombró a Monseñor Roque Cocchia delegado apostólico para entenderse con el Gobierno de Venezuela sobre la organización eclesiástica.

Llegó el nuncio a La Guaira y el presidente Guzmán Blanco se opuso a que desembarcase. Entonces el nuncio le dirigió un mensaje telegráfico, donde le manifestaba el deseo suyo de que sólo quería hacer una corta visita a Caracas para admirar el recién construído templo de Santa Ana, uno de los más hermosos de América, obra de Guzmán Blanco.

Enorgullecido el presidente, al convenir en el desembarco, se avino también a celebrar una entrevista con el delegado apostólico, no en Caracas sino en Macuto, adonde el general debía

trasladarse por aquellos días. El delegado, junto con el doctor Vicente Parejo, quiso adelantarse en el camino para saludar al presidente; llegó hasta Pariata, en las afueras de Mariquetía. Fué allí donde Monseñor Cocchia, al avistarse con Guzmán Blanco, hubo de colmar su vanidad desmedida, con esta hiperbólica frase:

—«¡Bendigo a la Divina Providencia que me permite conocer al moderno Carlo-Magno!»

Un solo rasgo es suficiente a patentizar la hombría de bien y las acrisoladas virtudes del doctor Nicanor Borges. Después de haber desempeñado los puestos más importantes en la judicatura y en la administración y ejercido la Presidencia de la República, vivía en decorosa pobreza. Súpolo Guzmán Blanco, y de acuerdo con su Gabinete, en uso de las facultades extraordinarias de que estaba investido, creyendo favorecerlo y para premiar de ese modo sus eminentes servicios, le envió una orden por crecida suma. Sorprendióse el íntegro republico, y en persona la devolvió a Guzmán Blanco, quien lleno de contradicción, hubo de preguntarle:

—¿Qué eso, doctor?

—Eso es—le contestó en seguida—, que nada me debe el Gobierno, pues recibí siempre el sueldo señalado por la ley.

Hombría de costumbres austeras y de gran carácter, el doctor José de Jesús Paúl Garmendia se enemistó con el general Antonio Guzmán Blanco, en cuyo Gobierno servía.

Paúl, alejado de la cosa pública por completo, estableció una pulpería en Las Adjuntas, la cual personalmente regentaba.

Guzmán Blanco, que solía frecuentar el pueblo de Antimano, llamado pomposamente por aquel tiempo el Versalles de Venezuela, se detuvo en el negocio, y siguiendo la costumbre que se había impuesto, el doctor Paúl le atendió en persona.

Sorprendido Guzmán Blanco, hubo de preguntarle:

—Doctor Paúl, ¿qué hace usted en este modestísimo establecimiento?

—Pues ganarme con decoro la vida.

Pidió Guzmán Blanco un desayuno y se lo sirvió el mismo Paúl. Le exigió el primero que pasase por Caracas para hablar con mayor detenimiento; accedió el segundo y durante la entrevista que tuvieron, Guzmán Blanco le expuso los maravillosos planes que tenía para la regeneración y el progreso del país, e invitó insistentemente a Paúl para que con él colaborase, a lo cual negóse de manera categórica.

Un poco molesto Guzmán Blanco por la repulsa, inquirió:

—Y entonces, doctor Paúl, ¿a qué ha venido?

—A cobrarle el desayuno.

Refiere Juan José Churión, *El Bachiller Munguía*, que el general Antonio Guzmán Blanco después de su entrada triunfadora en Caracas, por el año 1870, dió un espléndido sarao al que invitó a los «lincheros» y «demoledores», entre los cuales se hallaba un sujeto que se deshizo en zalemas y desplantes, con el propósito de que el «Ilustre» parase en él su atención, hasta que logró conseguirlo. Guzmán Blanco, ya inquieto, le preguntó:

—¿No es usted el coronel Peláez?

—Justamente, señor; el general Pérez.

—¿No fué usted diputado en el Quinquenio?

—Eso es, en el Septenio.

—¿Es usted de Guanare?

—Sí, señor, de Carache.

—Si mal no recuerdo ahora, ¿usted escribió un folleto contra los liberales?

—Contra los godos; tiene usted razón.

Guzmán Blanco se quedó absorto ante aquel hombre que le barajaba tan bien los tiros, y el sujeto de marras, volviéndose a los otros áulicos que pretendían tomarle el pelo, hubo de decirles:

—Es increíble la memoria fenomenal que tiene Guzmán; de todo se acuerda.

Ante el abuso de confianza de que sólo se le llamase por su patronímico a secas, Guzmán le replicó:

—¿Por qué usted no me da mi título de General o el de Ilustre Regenerador y Pacificador de Venezuela?

—Señor, le respondió, porque a los grandes hombres siempre los he oído llamar Napoleón, Washington, Bolívar y a usted, por lo tanto, sólo debemos llamarle Guzmán...

Al día siguiente le dieron un cargo de confianza en el Gobierno.



A los treinta años, en 1880, Andrés Jorge Vigas acababa de abandonar la Universidad Central, donde se le había conferido el grado de doctor en Derecho. Más que la ciencia de Justiniano, su vocación innata lo llevó al periodismo, a tal punto que hasta hace poco tiempo fué el decano entre nosotros.

De Manuel Pimentel Coronel, inspirado poeta y también del gremio, es esta frase:

—Vigas es un redactor de *La Opinión Nacional* que vive todavía.

Guzmán Blanco se propuso, contra viento y marea, introducir en el país la Constitución suiza. Como se discutiese en el Congreso con potísimas razones el proyecto de reformas a la Constitución, Vigas escribió una serie de editoriales contra ella. Hombre de talento, Guzmán Blanco, se percató de que estaban bien documentados y mejor escritos.

Hizo llamar a Fausto Teodoro de Aldrey, a quien preguntó:

—¿Conoce usted a ese mozalbete que escribe en no sé cuál papelucho contra mis ideas suizas?

—Sí, general; me dicen que es un joven recién graduado en la Universidad donde estudió Derecho.

—¿De la Universidad? ¡Nido de idiotas! ¡Si lo sabré yo, que también estuve allí! Llámeme a Vigas para que aprenda a ver la viga en el ojo suyo y no la paja en el ajeno.

No bien se desocupó Guzmán Blanco de sus tareas oficiales, cuando Andrey se atrevió a interrogarle de nuevo:

—Bien, general, ¿qué hacemos con Vigas?

—Lo nombra redactor de la *Opinión Nacional* y lo manda

a mi Secretaría, para que vaya notando la diferencia que hay entre la política libresca y la política práctica.

Aprendió tanto Vigas, que al año siguiente lo nombraron agregado civil a la Legación de Venezuela en Washington.

De marmórea blancura, correctamente vestido, magro de cuerpo y ágil de pluma, fué decano y maestro de periodistas el doctor Andrés Jorge Vigas.

Dejó un libro admirable, *Perfiles Parlamentarios*, y un opúsculo sobre disquisiciones gramaticales. Era conocido generalmente por «el viejo Vigas», quien, dicho sea de paso, tuvo siempre para la juventud palabras de estímulo.

Departiendo en la Plaza Bolívar con un colega suyo, se le escapó esta frase tan dolorosa como verídica:

—El que escribe para comer en Venezuela, no come ni escribe.

Espíritu de suyo rebelde, Luis Correa Flinter fué redactor con otros compañeros de *El Yunque*. También fundó en Caracas *El Martillo*, *La Mandarría*, *La Maceta* y demás instrumentos de herrería, con el propósito de machacarle a Guzmán Blanco la cabeza.

Dijo en cierta ocasión Correa Flinter que iba a escribir un artículo para que lo metieran en la cárcel. Y así lo hizo. En él motejó de tirano al general Antonio Guzmán Blanco, quien ordenó llamar al periodista.

—Mira tú: me han dicho que has publicado un artículo con el objeto de que te metan en la cárcel.

—Es cierto, general.

—Pues voy a complacerte.

Y en profiriendo estas palabras, llamó a un edecán y dió la orden de arresto.

No bien había salido Correa Flinter, cuando el presidente de la República le hizo volver a su presencia.

—Dime una cosa, ¿quién es el tirano aquí: lo eres tú o lo soy yo? Dímelo también con toda franqueza.

—General: yo no lo soy, de seguro.

—Naturalmente. Si tú estuvieras en mi lugar harías lo mismo o peor que yo, porque es muy fácil criticar los actos públicos, vistos por fuera, como lo hacen todos esos vagabundos que están lejos del poder. Así es que si el tirano soy yo, te ordeno que vuelvas a tu periódico a seguir escribiendo sandeces y majaderías contra mi Gobierno y contra mí, porque tú no irás a la cárcel cuando quieras, sino cuando yo lo disponga.

Eduardo O'Brien era pintor de brocha gorda y periodista de lucha.

Con el nombre de *El Combate* publicó en Caracas un periódico que duró largo tiempo.

Varias veces O'Brien escribió contra Guzmán Blanco, quien dió la orden de que compareciese en la mansión presidencial, por cuyos corredores se paseaba el autócrata, con movimientos teatrales y dando voces estentóreas:

—¡O'Brien! O'Brien! ¿En dónde está O'Brien? ¡Manden a buscar a O'Brien!

El cuál se adelantó para el reconocimiento.

—General: yo soy O'Brien.

Entonces Guzmán Blanco se puso las gafas; lo examinó de pies a cabeza, y como si fingiese dudar de la autenticidad de la persona, le dijo a voz en cuello:

—Lo he mandado llamar para que pinte el frente de una casa.

Cierto general había prestado servicios de alguna entidad a la causa de la Federación, en mérito de lo cual se dirigió a Guzmán Blanco, a fin de que le facilitase dinero para ponerse la dentadura.

El entonces Presidente de Venezuela defirió a los deseos de su antiguo compañero de armas, y le extendió una orden por \$ 500. Incurrió éste en la inocentada de añadir un cero a la derecha.

La Tesorería, al advertir la adición, protestó la orden, e informó a Guzmán Blanco, quien en tono socarrón dijo:

—Si así muerde sin dientes, ¿cómo será cuando los tenga?

En 1882 trajo a Venezuela Gerardo Borges dos teléfonos microfónicos y se hicieron los primeros ensayos en las Estaciones establecidas entre Caracas y Petare, con éxito por demás satisfactorio.

Cierto doctor, cuyo nombre se escapa a la memoria, era amigo incondicional de Guzmán Blanco; adolecía del grave defecto de que olíale muy mal la boca, a causa de una dispepsia gastrointestinal, y resolvió darle una telefonema desde Petare.

—General: Esta es una verdadera maravilla; todo se le debe a usted exclusivamente; si usted no estuviera mandando, no hubiese teléfono posible ni tan siquiera quien lo inventara. Estoy oyendo complacido la voz del Ilustre Americano, como si la estuviese oyendo en su misma presencia y fluir de sus mismos labios.

—Gracias, muchas gracias, doctor; todo cuanto usted dice es la pura verdad, mal que les pese a los godos.

Y Guzmán Blanco, al descolgar la bocina, se volvió hacia Carlos María Velázquez, director del teléfono, para manifestarle:

—No sé si será aprensión mía, pero hablando con el doctor por este aparato, me parece que lo he oído.

Valentín Espinal, hijo del austero repúblico del mismo nombre, era conservador a ultranza. En las fiestas conmemorativas del centenario del nacimiento del Libertador, mostróse reacio a cumplir con ciertas disposiciones edilicias en su domicilio particular situado entre las Gradillas y San Jacinto, donde también estaba la imprenta, junto con el catre y otros objetos de uso personal, que siempre tenía listos para sus frecuentes visitas a la Rotunda, de la cual era huésped asiduo.

Como se contaba en el número de los enemigos de Guzmán

Blanco, el prefecto lo hizo comparecer a su despacho y le dijo:

—¿Por qué usted no ha compuesto el frente de su casa, conforme a lo ya ordenado?

—Porque materialmente no he tenido cómo componerlo.

—Pues le concedo a usted el plazo de quince días, y si no cumple se le condena a pagar cien pesos de multa.

Con cien pesos de multa menos podré componer la casa en quince días.

—Si no está para esa fecha, le pondremos entonces doscientos pesos de multa.

—¿Para que pueda menos? ¡Qué lógica tan estupenda tienen estos malditos liberales!

Ya cansado el prefecto le dijo a Espinal que hiciese lo que le diera su real gana.

Transcurridos los años, Valentín Espinal fué víctima de otro prefecto, Rómulo Guardia, antiguo periodista y hombre atrabiliario.

Cuando murió Guardia, a manos de Enrique Infante, en las Gradillas, Espinal exclamó contemplando el cadáver:

—¡Murió de muerte natural!

Por el año 1874 presentó el general Antonio Guzmán Blanco, en su carácter de presidente de la República, su mensaje anual al Congreso. Con el tono enfático que le era característico, habló más de una hora.

La contestación estuvo a cargo del presidente de las Cámaras Legislativas. Se extendió en ella más de lo pautado en el Reglamento. Solían entonces amarrar unos asnos en los alrededores del Capitolio Federal; uno de ellos dió un rebuzno, y Guzmán Blanco aprovechó la coyuntura para interrumpir la perorata:

—¡Que callen a ese animal!

El orador interminable, dándose por aludido, preguntó con asombro:

—¿A mí, general?

A lo que respondió el «Ilustre», reprimiendo una irónica sonrisa:

—;No, mi amigo, al otro!

El 17 de marzo de 1872, a plena luz tórrida, fué fusilado en Taguanes, cerca de Tinaquillo, el general Matías Salazar, quien en sus años mozos cobró afición a la tauromaquia, señalándose por su valor y destreza.

Maestro de escuela más tarde; escribiente de abogado; comerciante; agricultor; ocupaciones éstas que mal se avenían con la indomitez de su carácter, por lo cual abrazó la carrera de las armas. En 1858 afilióse a las fuerzas de la revolución: Guamas constituyó su mayor triunfo.

Militó con Falcón y con Guzmán Blanco, de cuyas filas desertó cuando el segundo desempeñaba la Presidencia de la República, para luego invadir Salazar el país, acompañado de algunos jefes del partido conservador. Felipe Larrazábal fué el consejero suyo.

Adversa como le fué la fortuna, ya prisionero, lo juzgó un gran Tribunal, compuesto de veintitrés generales en jefe, que le condenó al último suplicio.

Tuvo Guzmán Blanco valor suficiente para proferir la frase: «El tremendo deber está cumplido». Y después esta otra: «Ese muerto es mío», echárselo a cuestras y pasearlo a través de la Historia.

Francisco Díaz Flores (*Modesto*) en la segunda edición de sus *Fábulas*, se refiere al trágico acontecimiento:

*En el campo de Taguanes
hay una cruz
que arroja lúgubre luz...
¿Acusa acaso los manes de Matías?
No, que en ella escribió un sable:
¡Aquí yace el memorable
Decreto de Garantías!*

A punto de estar concluída la fábrica del hermoso templo de Santa Ana, Guzmán Blanco encomendó la ejecución de los frescos que exornan el interior, al artista Manuel Otero, quien se dió a la tarea de documentarse lo mejor posible sobre cuadros existentes en algunas pinacotecas de Europa.

Bastante adelantada la obra, Guzmán Blanco fué por sí mismo a examinarla. Todo lo halló a la medida de sus deseos, con la sola excepción de la imagen de San Pablo. Hizo notar al pintor que el rostro del apóstol era diferente del que había admirado en un museo de Londres: hacíale falta la profusión fluvial de las barbas, característica del presidente de Venezuela. Consultado el asunto por Otero, cayó en la cuenta de que entre la representación plástica del apóstol y la de Guzmán Blanco había cierta remota semejanza y era preciso halagar su vanidad. Con perspicacia suma el artista, comprendiendo de lo que se trataba, borró el trasunto del santo y lo suplantó con el de Guzmán Blanco, quien le sirvió de modelo. Al advertir éste la rápida transformación, exclamó complacido:

—Ahora sí —dijo al pintor— ha logrado usted aproximarse a la realidad; ese es San Pablo: me hace recordar al que vi en Londres.

Cuando la demolición de las estatuas, la turbamulta penetró en la basílica de Santa Ana, con el objeto de destruir el santo; y ante la protesta popular, el cura párroco, provisto de escalera, brocha y carbón negro, subió vertiginosamente a la cúpula y en un santiamén borró la figura del apóstol de mentirijillas.

Guzmán Blanco, no del todo satisfecho con la medalla que mandó acuñar para la celebración del nacimiento de Bolívar, en que por una razón de perspectiva, el rostro suyo supeditaba al del Libertador, y por las litografías profusas del mismo jaez, hizose erigir en vida también dos estatuas de tamaño heroico: la una, ecuestre, en la plazoleta situada antiguamente entre la Universidad Central y el Capitolio; y la otra, pedestre, en la parte más alta y visible de la colina de El Calvario, paseo que bautizó con su nombre. En la primera aparecía, tricorno en mano, como si tomase a empeño dar un saludo pe-

renne, y en la segunda, asumía caracteres mayestáticos, por lo cual el agudo ingenio de Bolet Peraza las denominó «Mangan-zón» y «Saludante».

Lo cierto es que cuando el doctor Juan Pablo Rojas Paúl asumió la Presidencia de la República, suscitóse la consiguiente reacción contra Guzmán Blanco; y todos, quién más, quién menos, pensaron en la demolición de las estatuas; lo cual, según el testimonio del historiador González Guinán, tuvo la aquiescencia del Primer Magistrado.

Era costumbre entre los miembros de la Adoración Perpetua —así se llamaba a los adoradores del Ilustre—, la de ofrendar coronas de siemprevivas, de laureles o de flores naturales, atadas con cintas policromas, a las que daban realce llamativas inscripciones, al pie de «Saludante», en los días fastos. Un 3 de abril, aniversario de Las Queseras, coincidió con la publicación de un folleto de Guzmán Blanco, en el que se motejaba a Páez nada menos que de cobarde. Como éste no tenía aún estatua, los estudiantes, en desagravio, resolvieron sustraer las coronas a las del Ilustre, pisoteándolas. Con antelación, habían arrancado varias veces el famoso retrato suyo del Paraninfo y del salón de exámenes. El acto estudiantil tuvo gran revuelo político, a tal punto que un periódico de Curazao publicó versos alusivos, que los de Caracas reprodujeron.

— ¡Salve! ¡Salve! ¡Saludante!

¿Qué se hicieron tus coronas?

*—Me las han vuelto moronas
los malditos estudiantes;
sobre mi dorso subieron;
me insultaron, me escupieron
y me dieron bofetones.*

*Aunque se burlen de mí,
y me falten al respeto,
mis contratos les espeto
desde la "Rue Copernic".*

*Yo soy un hombre tan "macho",
y tan versado en historia
que a Páez quité su gloria
con una carta y un "cacho".*

Tal fué la génesis de la segunda y definitiva demolición de las estatuas. Los estudiantes, a quienes se unió el pueblo, a los gritos estentóreos de ¡Abajo las estatuas! ¡Abajo Guzmán!, procedieron de consuno y con toda rapidez a llevar a cumplido remate la empresa demoledora, en octubre de 1889. El día 26 del mismo mes se derribó la estatua de Antonio Leocadio Guzmán, pero no fué ésta obra de los estudiantes, sino de los «Industriales del Mercado».

El doctor Ricardo Ovidio Limardo era notable pedagogo y poseía, además, el don de lenguas. Se la pasaba echándole pestes a Guzmán Blanco, quien lo supo y lo hizo llamar, haciéndole creer que sería nombrado ministro de Venezuela en Alemania.

—Le he llamado —dijole—, porque necesito nombrar un ministro competente; y como usted domina todas las lenguas, menos la suya, que es muy viperina, he pensado en usted para algo que puede interesarle y que le expondrá el ministro de Relaciones Exteriores; así es que póngase con él al habla.

—Estoy siempre a sus órdenes, general.

Y salió desalado para la Cancillería.

Ya en presencia del ministro, que a la sazón lo era el doctor Eduardo Calcaño, después de exponerle su asunto Limardo, aquél le dijo:

—Sí, doctor; el general Guzmán Blanco manifestóme su deseo de nombrar al general Aquilino Juárez ministro de Venezuela en Alemania; y como Juárez ignora el alemán por completo, quiere que usted le dé lecciones de ese idioma, para que lo aprenda en tres meses.

Siendo ministro plenipotenciario en París el general Antonio Guzmán Blanco, era secretario suyo Jacinto Gutiérrez-Coll, el introductor en el país de la escuela parnasiana.

Tomó a empeño Guzmán Blanco presentar al exquisito poeta a un tal Porcio, sastre cubano, a quien el antiguo presidente de la República profesaba íntima amistad. Gutiérrez-Coll, hombre

orgullosa en extremo, le tendió la mano con además despectivo. Al alejarse Porcio, Guzmán Blanco insinuó a Gutiérrez-Coll: —Jacinto; noté disgustado que lo recibiste con mucha frialdad.

A lo cual contestó el poeta:

—Cuando necesite un sastre para hacerme un vestido, me será muy grato conocerlo.

Tal incidente, al parecer de poca monta, logró entibiar las relaciones entre ministro y secretario.

El día 18 de mayo de 1877, se embarcó para Europa, en el vapor «Alemania», el general Antonio Guzmán Blanco, a quien acompañaban su esposa y sus hijos.

Había notorios indicios de reacción contra la personalidad y la obra del Dictador. Como de costumbre, los áulicos de ayer se convirtieron en implacables enemigos suyos. A La Guaira fueron a despedirlo el presidente de la República, general Francisco Linares Alcántara varios ministros del nuevo Gobierno y muchos senadores y diputados. En el banquete que se preparó al efecto, pronunciáronse los discursos de estilo.

A las cuatro de la tarde se despidieron en el muelle, fundiéndose en estrecho abrazo, Guzmán y Alcántara; y refieren las crónicas que como en tal acto asomaron algunas lágrimas a los ojos del Regenerador, quién encarecía al nuevo magistrado el mantenimiento de su antigua amistad, Alcántara, fingiéndose también conmovido, hubo de decirle:

—No tenga cuidado, compadre, que mi amistad para con usted es tan sincera como su llanto.

Una guerra hubo en Caracas donde la sangre no llegó al río. Aunque fué su regocijado rapsoda un general auténtico, que expuso gallardamente su vida en los combates por la democracia y que ofició en los altares de Venus y de Baco, los proyectiles no fueron mortíferos, sino sabrosas hogazas de pan y bizcochos de manteca.

La Guerra Castro-Francesa es el título de un poema burles-

co que tuvo gran resonancia en su época y cuyo autor, José María Reina, yace en el olvido más completo.

Dos hechos sin aparente cohesión (la guerra franco-prusiana y una polémica sostenida entre consumidores y panaderos, integrados en su casi totalidad por súbditos de Napolón III) dieron a Reina asunto para su poema, cuyo mérito primordial consiste en que allí aparecen personajes conocidos en Caracas hace muchos años; y ajenos algunos de ellos, por sus antecedentes y circunspección, a la política y a la literatura.

Cuando apareció *La Guerra Castro-Francesa* explotaban el negocio de panadería Agustín Esquivar, Pablo Ramella, Remí Montauban, Joaquín Barnola, Pedro Bonfante y E. Quintana. Entre los repartidores de pan señalóse el francés Jean Maria, tipo pintoresco si los hubo; cargaba el *surtido* en enormes barriles sujetos al uno y otro lado de bien dispuesta enjalma, que oprimía el lomo de lucio asno, célebre por su inextinguible ardor amoroso, que puso más de una vez en peligro la vida de su dueño. Cuando arremetía a las hembras de su raza, encendidos los ojos, paradas las orejas y las narices humeantes, lanzaba poderosos rebuznos, hasta dar en tierra con la rechoncha personalidad del jinete. Y era de ver entonces cómo la chiquillería se agolpaba en torno del burro, pues volcados los barriles, salían de ellos como de una cornucopia y se desparramaban por el suelo, al alcance de las manos infantiles, los bizcochos de dulce y de manteca; los *butaquitos* y *crinejas*; los *rolletes* y *galletas*, revueltos con los grandes bollos de pan sobado y de pan francés; las doradas y lucientes roscas, espolvoreadas de azúcar; los *bastones* y *hogazas*, rellenos de jamón; las esponjadas *cucas* y las picudas *quesadillas*, todos productos de la industria panadera en aquellos días ya remotos.

Se inició el asunto del pan con un remitido firmado por *Unos de la clase pobre* y dirigido al doctor Eduardo Calcaño, redactor de *El Diario*, en el cual manifestaban que la medida que adoptó el Gobierno declarando libre la importación de la harina sólo beneficiaba a los panaderos, quienes se habían limitado a rebajar medio centavo al bollo de pan, que valía dos centavos en lugar de un cuartillo, cuando ellos ganaban el ciento por ciento en la elaboración. En el número del citado periódico del 17 de agosto de 1870, apareció otro comunicado en donde, bajo las

iniciales C. P. J., se quejaba un consumidor de que la hogaza era tan impalpable, vaporosa y sutil que se comería una docena de ellas sin que aumentara su volumen, ni se dejase sentir ningún peso en su economía. Luego, en el mismo diario, el señor F. A. Castro excitó al Consejo Administrador a que hiciese que los diputados de Abasto, consiguiesen siquiera un día a la inspección de las panaderías, para que viesan que éstas no cumplieron el compromiso de dar ocho onzas de pan por un real al pueblo.

En esta disputa de panaderos terciaron otras personas, entre ellas *La Vraie victime* y *Un Docteur malgré lui*, quienes, desde las columnas de *La Opinión Nacional*, arremetieron contra Félix Castro. La discusión hubo de generalizarse: del pan de trigo se pasó a la enseñanza; de la repostería a la Universidad; de los panaderos a los doctores, con regocijo del público y provecho de los periodistas.

No debe olvidarse que Reina escribió sus *Memorias de la Guerra Castro-Francesa* cuando la guerra civil, no del todo terminada, hacía estragos en el territorio de la República y la exaltación dominaba todos los ánimos. Así el autor escribió en el prefacio: «Una larga cadena de infortunios heroicos y de héroes infortunados; el espíritu del siglo sacudiendo la vieja polvareda de los blasones tradicionales; un trono que sucumbe, y la República que se levanta en medio del fragor de los combates; la ambición devorándolo todo, como un monstruo desencadenado en medio de pingües rebaños; las traiciones de lesa patria; las intrigas de un Gabinete tenebroso, que escondido en las brumas del Norte premeditó con frialdad las ruinas de una gran Nación, que ayer no más danzaba alegre al compás de sus músicas de fiesta; la consternación general, la viudez y la orfandad que lloran a las márgenes de un torrente de sangre, donde vertieron la suya tantas víctimas, bajo la cuchilla liberticida de los invasores». Hijo del pueblo, Félix Castro, que no se avino a contradecir contratos o a contraponer su contracción a los contraventores privilegiados, hubo de soportar la carestía con loable resignación, hasta el extremo de que no llegó a afectar a otros intereses que no fueran los de su propio bolsillo; pero cuando se impuso el monopolio con mengua de los derechos del pueblo, Castro supo cumplir como patriota y como

consumidor, hasta llegar al terreno de una discusión diplomática en que los panaderos se esforzaron por acallarla, y si bien no aumentaron el bollo disminuyéndole medio cobre de su valor antiguo, o lo que equivale a un veinte por ciento menos sobre el precio, cosa que no agradó mucho a Castro, que tenía más vocación para consumir que para comprar, según el testimonio de Reina.

Con las iniciales de J. E. M., que corresponden a José Eustaquio Machado, se hizo de *La Guerra Castro-Francesa* una tirada de pocos ejemplares. No para el comercio. Se imprimió en los talleres tipográficos de «El Cojo». Caracas, 1920. Realzan la edición notas del mayor interés para el conocimiento de los personajes: de ella nos hemos valido para estos apuntes.

Se abre el poema con una carta del lírico al representante del pueblo. El lírico se refiere a don Amenodoro Urdaneta, notable literato y pedagogo. Fué encargado del Consejo de Administración para regentar una de las panaderías que estableció dicha Corporación. Reina dice: «La víctima del gato», por que Urdaneta tenía la nariz algo escoriada.

Dieron el nombre de «Contradanza» a Félix Castro por haber sido uno de los directores de bailes de figura.

He aquí los versos:

*A las causas del pueblo
siempre me ligo,
llenemos los obuces
de pan de trigo.
A la matanza
guerra a los panaderos
buen Contradanza.
Entrega los "musieres"
al populacho
porque jueguen contigo
como muchacho.
Vete a Catuche
a sacar la navaja
fuera de estuche.
Ya que ellos no se batan
con los prusianos
que mueran los franceses
entre tus manos.*

*Sí, gran Bismarck,
ametralla a los pícaros
sin pestañear
Montauban y Bonfante*

*Juan Jean María,
Barnola con Remigio
Ave María.*

*Quiero batalla,
que mueran esos tunos
entre la hornalla;
las armaduras llenas
serán botines,
el pueblo satisfecho
pondrá festines;
y Contradanza
como barril de harina
tendrá la panza.*

*Como los hombres gustan
de las cuquitas
sólo tendran las bellas
dulces tunjitas,
que sin resabios
"El hermano terrible"
pondrá en sus labios.*

*¡Cuántas hogazas grandes!
¡Cuánto rosquete!
El que no forma rosca
será un zoquete.*

*Que borbollón
formarán los de "El Diario"
con "La Opinión".
Sigue, pues, Contradanza,
firme en tus trece,
que la opinión del pueblo
te favorece,
y con tu acero
pondrás a los franceses
diez bajo cero.*

Después del grito a las armas, comparece:

*Amenodoro el lirico, la victima del gato,
la citara desprecia por la cuestión del pan,
y ofrece darlo al pueblo a precio más barato
para quitarle el yugo que impone Montauban.*

*Y al ruido de la nueva, de hogaza más barata,
acuden presurosas con bulla sin igual,
las virgenes que moran a orillas del Caroata
y con sus cantos épicos saludan al rival.*

En la orden general:

*Félix, el Generalísimo
del ejército invasor
manda publicar la orden
al son de pito y tambor.
Téngala todos presente.
Consta del tenor siguiente:*

Art. 1.—*Por Occidente y Oriente,
Septentrión y Mediodía,
la línea de infantería
circulará la ciudad,
y al toque de la corneta,
con la señal de uno y quince,
volaremos como un lince
al frente de Sociedad.*

Art. 2.—*Se prohíbe el aguardiente
y de Venus hacer uso,
para manejar el chuzo
con mano firme y potente,
para los contraventores
todo subterfugio es nulo,
aunque sea bueno el... queso
y muy buenos los licores.*

Art. 3.—*Todo francés que se coja
ha de morir sin cuartel,
ya sea cabo, comandante,
general o coronel.*

VIDA AÑECDOTICA DE VENEZOLANOS

- Art. 4.—*Quien huya del enemigo
o batiéndose repliegue
porque le quemán el pliegue
de la blusa, no es mi amigo.*
- Art. 5.—*Veinte cucas y una hogaza
ha de tener el guerrero
que de todos el primero
ha de morir en la plaza.*
- Art. 6.—*El que rompa más cartuchos
y los quemé en el fusil
se distinguirá entre muchos
por un broche de marfil.*
- Art. 7.—*El que cargue a la bayona
una escarpa o fortaleza
ostentará en la cabeza
de laurel triunfal corona.
Cuartel general de ataque
a la margen del Catuche.
"Amenodo, Futraque".
Es copia fiel, "Come Buche".*

Partes de origen prusiano que dirige el círculo de ataque al general en jefe:

Félix A. Castro

7 y 25 a. m.

*Von Bonifacio Saavedra
jefe de las Guardias móviles,
se ha pasado esta mañana
al regimiento de Húsares;
porque el genio maquiavélico
del general P. Bonjante
lo sedujo con sus dádivas
por detrás y por delante.
Pero ya he dado mis órdenes
para que de hoy en más
al hallarle nuestro ejército
lo fusilen por detrás.*

Alfredo Rothe, (1), proveedor de S. A. el príncipe hereditario de Prusia.

8 y 35 a. m.

*Ha empezado el bombardeo
y una bomba de biscochos
me deja tres hombres mochos...
Es nutrido el tiroteo.*

8 y 35 a. m.

*La galleta fulminante
nos llueve como granizo;
estos hombres del chorizo
tienen alma de elefante.
A Pedro Pablo Mosquera
lo han herido en la trasera.*

A las 9 y 20 a. m.

*En una fuerte embestida
ha muerto "El Indio Clemente", (2)
le arrebataron la vida
con una cuca caliente.
Von Arocha Orellanitas.*

*Al fijar un estandarte
me han herido en mala parte;
cuenta que yo no reculo
aunque me rompan el... pecho,
pues marchó con pie derecho
por el camino de Marte.*

*Mi división alemana
al son de pito y corneta,
toca de triunfo la diana
y yo me hago la... toaleta.*

(1) Alfredo Rothe fué el fundador de la empresa editorial *El Siglo*. Tenía el escudo real de Prusia en la parte más visible de su establecimiento.

(2) El indio Clemente era criado de la familia del general Rafael Urdañeta, ilustre prócer de la Independencia.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

A las 12 y 21 p. m.

*Tomando el fortín de Sota,
esquina de la Pedrera,
donde estaba una bandera
de Boulton y Montauban,
murió "Vicente Farfán" (1).*

A las 12 y 37 p. m.

*Sobre la "india desnuda" (2)
tengo colocado el palo
de mi bandera, no hay duda
que de este tiro me calo
una blanca nariguda.*

Entre otros partes de la zona neutral se leen los siguientes :

*El proyectil de un villano
ha fracturado a Barnola:
le llevó en claro una... mano
se la pegaré con cola.*

*El fuego se hace tan vivo
que un biscocho de manteca
incendió la biblioteca
de "Emeterio Capachivo" (3).*

(1) Vicente Farfán era cantante y cómico de la legua. Desempeñó el papel de Pilatos en las *Entradas de Jerusalén*, que tanta boga alcanzaron en su tiempo.

(2) Con el nombre de la *India Desnuda* se designaba una pila de mármol blanco que en 1844 regaló al Municipio el acaudalado banquero Juan Pérez, para que la colocasen en la plaza de Capuchinos. Estuvo en la plaza de San Pablo; luego en la de San Jacinto y en la plaza de la Misericordia. Hoy se ignora su paradero.

(3) *Emeterio Capachivo*, con este cognomento era conocido Emeterio Hernández, que fué de los primeros que fundaron en Caracas la venta de libros de lance.

«La Delpiniada» fué piedra de toque para el régimen autocrático. Pedro-Emilio Coll, con su pluma elegante, ha sido el último escritor en revivirla. Su proyecto de novela, o *Crónica del Ocaso de Guzmán Blanco*, lo enriqueció con «La Bajada de los Reyes», capítulo en que describe la fiesta que anualmente se celebraba en el eclógico burgo de El Valle, entre el repique de las campanas, la detonación de los cohetes, el júbilo de la chiquillería y el atuendo de todos los circunstantes para celebrar la visita que Gaspar, Melchor y Baltasar, en sus cabalgaduras pintorescas, hacían a Jesús de Nazareth, nacido en un pesebre.

Propúsose el autor hacer un novelín, mitad histórico, mitad imaginario, y a fe que logró su objeto, pues es una relación deliciosa en que los personajes están delineados con tal galanura y firmeza, que se les reconoce sin mucho esfuerzo.

Trátase de «La Noche de Santa Florentina», célebre en los fastos de la historia del humorismo en Venezuela. Consistió en una velada que, aunque de carácter puramente literario, no dejó por ello de revestir contornos políticos y contribuyó a la caída de Guzmán Blanco, quien según el mismo Coll, gustaba de imitar a Napoleón III, tanto en el porte imperial como en el de ser constructor de paseos, teatros, puentes y calzadas. A él le debemos El Calvario y la Plaza de la Misericordia, que tenía antiguamente una gruta y un molino, copia no del todo mala del Parque Monceau, en París. Hoy lleva el nombre del Parque de Carabobo.

Se efectuó dicha velada en el Teatro Caracas, sitio de predilección y esparcimiento de varias generaciones, destruído por el fuego. Héroe del festival fué don Francisco Antonio Delpino y Lamas, el renombrado autor de las *Metamorfosis*.

Una junta compuesta por Lucio Villegas Pulido, presidente; M. V. Romero García, primer vicepresidente; L. F. Caballero, segundo vicepresidente; José Alfonso Ortega, secretario; José M. López, subsecretario, y J. M. Seijas García, tesorero, tomó a su cargo la celebración de la velada en honor del aedo, en quien no pocos ilustres críticos, entre ellos Gil Fortoul, descubrieron a uno de los más bizarros precursores de actuales tendencias literarias.

Transcribimos a continuación algunos rasgos biográficos del poeta, debidos a la pluma cáustica de Romerogarcía:

«El 9 de marzo de 1837, día de Santa Francisca, nació Delpino en Santiago de León de Caracas, siendo sus progenitores el señor Santiago Delpino, de la pléyade de nuestros libertadores, y la señora Belén Lamas, hija del eminente armonista autor del «Popule Meus».

Desde muy pequeño comenzó Delpino a dar notaciones de sus gustos poéticos: un cantar, un epigrama, una redondilla a una hija del Guaire que arrastraba su fatasía con el aire de gentileza en que ellas abundan; he aquí las primicias de su lira juvenil: tenía entonces treinta y un años.

Por supuesto, Delpino se ocultaba para entregarse al culto de las musas; sus padres contrariaban su vocación, y él no sabía resistir a aquellos deseos de dulces satisfacciones por entonces, y de glorias inmarcesibles más tarde.

Delpino estudió primero en el colegio de don Ramón Iradi, situado en esa época entre las esquinas de Velázquez y Santa Rosalía; y luego en el de don Vicente Méndez, en la esquina de la Pelota: obtuvo siempre boletas de aprovechamiento y ejemplar conducta; trofeos esos que el cantor del Guaire depositaba a los pies de su buena madre, cuyo efecto ha llenado siempre el corazón de Delpino.

Aunque nacido en Santa Rosalía, su parroquia predilecta fué la de San Juan. Así da testimonio fehaciente en una de sus primeras composiciones, dedicada a Manzo, el constructor de la vieja Plaza de Capuchinos, hoy atiborrada de profusos adornos churriguerescos, y como para que nada le falte, hay allí una estatua sedente de Andrés Bello, tan grotesca y deforme que está pidiendo a gritos su demolición. Impresiona de suerte que el gran polímata parece confundirse con tanto vago y mal entretenido como suele sestear en los bancos de piedra, a la sombra de vetustos árboles.

A don Francisco le obsequiaron con los pintorescos apodos de «El chirulí del Guaire», «El curufnatá del Guarataro», «El cantor del Caroata» y otros del mismo jaez. Delpino los acogía con la mayor complacencia y trataba por todos los medios imaginables de corresponder a tanta gentileza, porque en el fondo era hombre agradecido.

Consistía su especialidad en las *Metamorfosis*—burdas reminiscencias a Publio Ovidio Nason—, las cuales estribaban en

sonetos con estrambotes, que él se complacía en explicar a su manera. Generalmente dedicaba los sonetos a las bellas hijas de Caracas; y nuestras calles lo vieron más de una vez a Delpino y Lamas, en épocas de Carnaval, repartiéndolos a porrillo, en un coche pintarrajeado, mientras las sonrisas de las damas eran la más gentil recompensa al cantor de Chucha Bejarano, la náyade del Catuche».

Ello es que la noche de Santa Florentina, el 14 de marzo de 1885, tuvo efecto el año trascendente. Lo presidieron el gobernador del Distrito Federal y el Prefecto de la parte occidental. Todos los gremios tuvieron allí representación: desde el humilde artesano hasta el comerciante opulento. «Desde los pupilos de la poesía hasta los miembros de la sucursal de la Academia Española; desde el simple ciudadano hasta los depositarios de la soberanía popular; desde los moradores del Teque y el Estado Zamora hasta los hijos de Albión y de Germania».

Descorrióse el telón a los acordes de una orquesta dirigida por su tocayo Francisco Magdaleno. Representaba la escena la apoteosis del genio. Hacia el fondo, la Junta Directiva; a la izquierda, la tribuna; a la derecha, «todo de negro hasta los pies vestido», el poeta laureado, y sobre lirras y vistosas flores, el retrato suyo. Allí se pronunciaron discursos llenos de disparates y poesías en diversos idiomas, tendentes a la glorificación, la cual constituyó un acto insólito en nuestros anales.

No tenía Delpino más chifladura que la de los versos. Aparte de ella era magnífico sombrerero; y en nuestras discordias civiles había descollado como oficial pundonoroso, a las órdenes del gallardo general Leoncio Quintana. Fué, asimismo, hombre de firmes convicciones políticas y de honradez acrisolada.

El poeta Heraclio Martín de la Guardia tenía la costumbre de destacarse al pasar por enfrente de la estatua de Bolívar, en la plaza que lleva su nombre.

Cierta vez lo sorprendió en el hecho Francisco Delpino y Lamas, quien le dijo:

—¡Cúbrase, colega!

¿Quién recuerda a Carlos Fernández?

Fué uno de los redactores de *El Yunque*, periódico de oposición, que tanto contribuyó al derrocamiento del régimen político de Guzmán Blanco.

La pluma vindicativa de Santiago Key-Ayala, en un estudio sobre *El epigrama en Venezuela*, anota que fué un poeta bohemio: «entendiendo el calificativo como lo entendían y vivían las generaciones literarias de Venezuela en la década de 1883 a 1893, sentir que difiere mucho del que le asignan críticos de hoy. Carlos Fernández fué ese poeta. Sentimental y a la vez humorista a la venezolana, periodista valiente, algunos versos, la memoria de sus artículos de combate y dos o tres epigramas, uno de ellos alado, salvan su nombre del completo olvido».

Los ataques virulentos e incisivos de *El Yunque* llevaron a la cárcel a Luis Correa Flínter y José Mercedes López, a Carlos Fernández y Tomás Ignacio Potentini. Eran huéspedes de honor de la Rotunda para ese tiempo varios notables escritores, entre otros Domingo Santos Ramos, de prosapia procerca y hombre de carácter irascible. Fué en toda circunstancia enemigo de Guzmán Blanco. Dirigió *La Patria*, periódico que se vendía al pregón, por el precio de un cuartillo de real y que alcanzó insólito auge.

A Chirino Mendoza, negro coriano, de contextura atlética y de lamentable educación, a quien apodaban «el negro maldito», se le había nombrado cabo de presos. Domingo Santos Ramos tuvo con él una desavenencia y, en el colmo de la ira, el coriano le rompió un pocillo en la cabeza.

Al día siguiente apareció, escrita por Carlos Fernández, con carbón, en las paredes enjabelgadas del calabozo que ocupaba Ramos, esta redondilla:

*Vendió la Patria a cuartillos
y por tan grave delito
le rompió el negro maldito
sobre la frente, un pocillo.*

Había llegado a su mayor tirantez el asunto de límites con la Guayana inglesa. Manifestaciones patrióticas. Discursos exalta-

dos. Desbordante patriotismo, por cuanto se nos quería arrebat-
tar, *manu militari*, buena porción de nuestro rico territorio.

Categóricas protestas hubo contra la pérvida Albión, según
el calificativo usual de la época.

Carlos Fernández se hallaba sin un céntimo. Era sábado, y
celebró concurso de acreedores.

Fué entonces cuando escribió el epigrama, digno de que se
conservase en la memoria de los pósteros:

*De mi suerte los reveses
me hacen oscuro el mañana:
¡Estoy como la Guayana
en poder de los ingleses!*

Compañero de Carlos Fernández era Tomás Ignacio Potenti-
ni, prosador de cláusulas castizas y poeta de robusta inspiración.
Pagó asimismo tributo a la bohemia y fué una de sus víctimas.
Privados de la libertad, como se dijo, se hallaban Luis Correa
Flinter y José Mercedes López, los primeros redactores de *El
Yunque*, periódico impugnador del gobierno de Guzmán Blanco,
a cuyo derrocamiento hubo de contribuir con artículos vibran-
tes y gacetillas intencionadas, asumió la dirección Potentini, el
cual fué asimismo encarcelado. Gozó *El Yunque* de gran popu-
laridad, a tal punto que el propio Guzmán Blanco, para cercio-
rarse de ella, fué de incógnito a la redacción, situada en una
de las calles más céntricas de Caracas, a la anohecida, en co-
che de alquiler, y adquirió un ejemplar pagado a precio exce-
sivo. Una vez descubierto el autócrata, la muchedumbre allí con-
gregada silbó irónica y estrepitosamente el Himno Nacional con
que solía anunciarse su presencia en los actos públicos.

El nombre de Tomás Ignacio Potentini cobró fama con los
Terroncitos de mirra, décimas patrióticas, acaso lo más popu-
lar de cuanto produjo. Sus epigramas aparecieron interpolados
en la crónica de *El Yunque*; casi todos ellos tienen marcada
intención política y personal. Después los recogió en *Páginas
Sueltas*, obra que sacó a luz en Maracaibo, por 1890.

He aquí algunos epigramas:

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

*Goza un ladrón mercenario
un empleo extraordinario;
mas yo su puesto no envidio,
pues de jefe del presidio
es el primer presidiario.*

*La opinión se desopina,
la voz pública es privada,
la verdad, rectificada;
un canario desafina;
los ingleses hacen mina
de este suelo hospitalario,
sin redención hay calvario,
es vil patraña la ley,
cualquier Quijote es un rey,
y un jumento es secretario.*

*¡Yo soy Catón!—grita Antón.
Será Bruto, y no hay rencilla,
pues no puede ser Catón
quien no ha sido ni cartilla.
—¡Pues soy Catón!—sin rodeo
repite y alza la mano;
y un chusco dice: —lo creo
si me enseña el San Casiano.*

*Con una ilustre figura
habló en reserva Librada,
y de entonces se murmura
que es una niña ilustrada.*

*Si en servicio del que aclamas,
incondicional te llamas,
se me ocurre preguntar
si en la adhesión que proclamas
entra el honor de tu hogar.*

Carlos Benito Figueredo redactaba en esta ciudad un periódico que se vendía al pregón, Hamado *El Granuja*, contra el cual escribió Potentini las siguientes redondillas:

*“El Granuja” no se vende
sin crímenes pregonados;
su director, que lo entiende,
siempre lo llena por ende
de infamias y de atentados.*

Y concluía de este modo:

*El periódico menguado
que excuse un escrito honrado
que la libertad proclame,
es digno de que se llame
un periódico excusado.*

En 1887, el doctor Francisco González Guinán dirigía en Valencia *La Voz Pública*; sus editoriales estaban encaminados a exaltar incondicionalmente la política del general Antonio Guzmán Blanco. Entonces Potentini escribió lo que sigue:

*“La Voz Pública” es mujer;
su género lo asegura:
mujer pública es impura
y de todo mercader.*

Y así terminaba:

*Si en plaza los liberales
no te aplauden, ¡suerte insana!,
¿a quién culpar de tus males?;
es que sus editoriales
se juzgan en la sabana.
Aunque es grande tu idiotismo
y tus sesos son de avispa,
en predicar servilismo
siempre te dura la chispa.*

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Para 1889, el asunto de límites de Venezuela con la Guayana inglesa era extremadamente delicado. A pesar de las viriles protestas de la Cancillería venezolana por el atropello insólito de nuestra soberanía ante el Gabinete de San James, los ingleses seguían avanzando, impeterritos, en el territorio venezolano.

Se oyó entonces la voz de Potentini para condenar el atentado y para zaherir a Guzmán Blanco, en quien recaían sospechas de culpabilidad por sus componendas con los ministros ingleses:

*Pregúntale a tu señor,
patria, por qué la Inglaterra
se roba impune tu tierra;
que te diga por favor
cuándo parará tu honor
que corre con sus reveses;
y está corriendo hace meses;
¡pobre honor!, ¿qué habrá corrido
con los tratos que ha tenido
con los ministros ingleses?*

Se distinguió la primera Administración pública del general Joaquín Crespo, en 1884 y 1886, por el desbarajuste económico. El descrédito alcanzó proporciones alarmantes; se contrajeron deudas en distintos sectores de la nación, porque el Tesoro estaba exhausto, y Crespo, «sereno y confiado», abandonó la Presidencia bajo el ambiente hostil de casi toda la República.

Potentini se hallaba preso en la Rotunda caraqueña y escribió el epigrama que se hizo popular entonces:

*“Héroe del Deber Cumplido”
es un título profundo;
héroe del pagar no ha sido,
¿quién no sabe que se ha ido
debiéndole a todo el mundo?*

Oriundo de las Islas Canarias, Juan Quevedo tuvo actuación destacada en el gobierno de Guzmán Blanco. Fué gobernador del Distrito Federal. Hombre de suyo arbitrario y despótico, se concilió toda la mala voluntad de los caraqueños. Murió asesinado en la población de Los Teques.

Potentini alude a Quevedo en los siguientes epigramas:

*Si todo se ha trastrocado;
al ladrón lo llaman vivo,
a las deudas, efectivo,
y bobo, al patriota honrado.
Es un siervo el gobernado,
y es el abuso denuedo,
llaman discreción al miedo,
a lo negro llaman blanco,
progreso a cualquier estanco,
y a cualquier bruto un Quevedo.*

*Con ser nacional la cosa,
aunque sea lo más bueno,
no vale, que es más sabrosa
la fruta del huerto ajeno.
De allí el hecho natural
que vale más, de ordinario,
en Canarias un turpial
y en Venezuela un canario.*

Según públicos decires, Telmo Romero había comprado un título de doctor en una Universidad extranjera muy desacreditada. Era curandero con fortuna y había también logrado conquistarse el favor del Gobierno. Escribió un libro, *El bien general*, famoso en su época y cuyas páginas contienen fórmulas prácticas, secretos indígenas y un compendio de veterinaria. Se publicó el 26 de julio de 1883, al día siguiente de cumplirse el centenario del nacimiento de Bolívar.

Telmo Romero fué el inventor de un curioso procedimiento para curar la locura. Lo aplicó a los infelices locos reclusos en el manicomio de Caracas. El procedimiento era quirúrgico y los

resultados fueron deplorables, pues el pobre diablo que con vida quedaba, al poco tiempo se iba poniendo más idiota.

En 1886 circularon rumores de que Telmo Romero sería nombrado profesor, aun más, rector de la Universidad de Caracas y de que *El bien general* se adoptaría como texto de enseñanza. Los estudiantes se reunieron el 10 de marzo al pie de la estatua de Vargas y quemaron *El bien general*. Para perpetuar el acto pusieron en circulación una hoja volante.

En las oficinas públicas se exhibía un cuadro litografiado en donde figuraba Telmo Romero y en torno suyo los locos por él curados. En este cuadro se inspiró Potentini para la siguiente décima:

*Salvo de tu férrea mano
llevando en la testa un yelmo,
te saludo, ilustre Telmo,
con cariño americano.
No ha sido tu esfuerzo vano,
ha llegado hasta los cocos;
y si asciendes como pocos,
bien es que la patria mía,
al ver tu autobiografía
te aclame rey de los locos.*

El general Francisco Linares Alcántara, llamado el gran demócrata, ejerciendo la Presidencia de la República, murió violentamente de una pulmonía; pero la imaginación popular urdió la leyenda de que había muerto por haber comido una lechoza envenenada.

A este propósito, Potentini compuso el siguiente epigrama:

—Madre, ¿qué fruta me das?
—Toma, mi adorada niña,
nísperos, mangos o piña.
—Quiero lechoza.
—Jamás,
hija, pues recordarás,

*que Alcantara estaba bueno,
comió y murió, y el galeno
que tales nuevas nos trajo,
repetía por lo bajo
que la lechoza es veneno.*

Para contener el avance del general Cipriano Castro sobre Caracas, en octubre de 1899, el general Luciano Mendoza se había situado con sus fuerzas en La Victoria.

Hombres de pluma había en el ejército de Mendoza. Una tarde se reunieron y después de abundantes libaciones, trajeron en la conversación el nombre de Juan Vicente González. Uno de los contertulios, conocedor de la profunda admiración que sentía Potentini hacia el vehemente polemista, le exigió que improvisase algo y al punto escribió en un papel mugriento esta décima admirable:

*Mueve tu pluma indignada
un espíritu avino:
es tu verbo peregrino
rayo en la cumbre empinada.
Ante tu voz aflautada,
germen fecundo de idea,
oigo aún que se recrea
murmurando el auditorio:
es tu furor oratorio
zarpa erigida en presea.*

No se limitó Potentini a combatir con la pluma a los gobiernos arbitrarios, sino también con la espada. Por este aspecto es conocido muy poco. Inicióse en el ejercicio de las armas a los quince años de edad, cuando la revolución de los generales León Colina y José Ignacio Pulido. Iba Potentini en el cuerpo que comandaba el general Braulio Yaguaracuto, quien le llevaba como segundo al coronel Juan Tarache, con quien tuvo

un lance personal y resultó éste herido de pistola. En el sitio denominado «Las Escopetas», recibió Potentini su bautismo de sangre.

Cuando la revolución reivindicadora, en 1879, proclamó por jefe supremo al general Antonio Guzmán Blanco, se distinguió Potentini en la toma del cuartel de Barcelona.

Durante el mes de octubre de 1899, cuando sobrevino la revolución restauradora, acaudillada por el general Cipriano Castro, prestaba Potentini servicios militares en el Estado Mayor del general Luciano Mendoza, apostado en la ciudad de La Victoria. Se le encomendó un puesto en la vanguardia, y tras breve tiroteo, vióse obligado a retirarse. Entonces el insigne poeta Alejandro Romance, allí presente, le obsequió con unos terroncitos, no de mirra, por cierto, imitándole a perfección el estilo.

Triunfante la revolución restauradora, Potentini sirvió cargos militares de responsabilidad en el Oriente de la república. En Irapa fué jefe militar de la plaza hasta el 3 de junio de 1901, fecha en que se le llamó a Carúpano. Al estallar la revolución libertadora—1902 y 1903—Potentini desempeñaba otro cargo similar en el golfo de Paria, donde recibió un parte del general Nicolás Rolando, amigo suyo de todos los tiempos, en el cual lo invitaba para que entrase en la lucha contra el régimen de Castro. Renunció Potentini el cargo de que estaba investido, e ingresó en las filas rebeldes, con su lealtad y valor acostumbrados.

Estuvo Potentini en casi todas las acciones bélicas que se dieron en el Oriente de la República: Cerro Negro, San Francisco, Guanaguana, Las Piedras y Aragua de Barcelona, donde recibió herida grave. Al último hecho de armas a que asistió fué al de Ciudad Bolívar, el 21 de julio de 1903, donde cayó prisionero junto con otros jefes y oficiales, a quienes se condujo al Castillo Libertador de Puerto Cabello.

Cuando llegó Potentini a la histórica fortaleza, tuvo este apóstrofe valiente:

—¡Oh, Castillo aterrador! ¡Si eres padre de los hombres libres, recíbeme en tu seno!

Ejercía la Presidencia de la República el general Francisco Linares Alcántara, quien por su carácter campechano y su ín-sita prodigalidad, mereció de sus compatriotas el remoque de «El Gran Demócrata».

Corre como suya esta frase de Beaumarchais: ¡Qué brutos son los hombres de talento!

Aprovechando la ausencia de Guzmán Blanco, de quien era enemigo el general Luis Level de Goda, autor de la *Historia Contemporánea, Política y Militar de Venezuela*, tomó a empeño solicitar del jefe del Estado una audiencia, la cual le fué concedida.

Level de Goda era manirroto y esa vez, como muchas otras, estaba urgido de dinero. Se puso las mejores prendas de vestir, y, como vestigio de su pasado esplendor, ostentaba una sortija, con un enorme diamante de limpias aguas.

Alcántara, consecuente con la consigna del primer Duque del Infantado: «Dar, es señorío; recibir, es servidumbre», ordenó que se le facilitase crecida suma, con insólita alarma del secretario suyo.

—General: ¿cómo le entrega esa cantidad fabulosa a un hombre que va a dejarla íntegra, en una mesa de juego?

—¿Y qué menos puede dársele a un mendigo que viene a pedir limosna, con un «solitario» que vale cinco mil pesos?

Era presidente de la República el general Francisco Linares Alcántara el año 1877. Se le acercó un antiguo correli-gionario.

El presidente le hizo esta pregunta:

—¿Cómo estás tú? ¿Cómo andas de situación económica?

—General: yo muy bien; estoy como angelito de ponqué.

—No entiendo el símil. Ten la bondad de explicármelo.

—Es muy sencillo: muerto de risa y clavado por salva sea la parte.

El general Francisco Linares Alcántara, a la sazón presi-dente de Venezuela, tenía conocimiento de que el general Ve-

nancio Pulgar conspiraba. Como Pulgar era hombre sobremañera audaz y valeroso, Alcántara pensaba y repensaba a quién le daría el encargo de ponerlo preso.

Una mañana echó de ver en los corredores de la Casa Amarilla al general J. Quintana, conocido comúnmente por el remoquete de «Peluito».

Al divisarlo, Alcántara comenzó a dar grandes paseos por los corredores de la Casa Amarilla, teatralmente, como sumergido en profunda preocupación, fruncía el entrecejo y soliloquiaba de lo lindo.

Tales gestos llamaron la atención de «Peluito», quien, para honrar su apodo, era hombre de pelo en pecho, y acercándose a Alcántara, le dijo:

—¿Qué ocurre, general?

—Nada, nada. Que necesito prender a Pulgar y ninguno de estos cobardes se atreve.

«Peluito» respondió en el acto:

—General, usted sabe que yo estoy a sus órdenes. Yo me atrevo a prenderlo.

—Bien, contestó Alcántara; tú vas a prender a Pulgar, pero ya sabes, no vayas a dejar que te malogre; vete con tiento; el hombre es muy peligroso.

«Peluito» sabía lo que quería decir la receta de Alcántara. Armado de revólver, se dirigió a la casa de Pulgar, a quien puso preso, sin mayor dificultad. Mientras Quintana iba a cumplir su cometido, Alcántara prosiguió sus paseos por los corredores de la casa presidencial; pero ahora se frotaba las manos de contento. Cierta amigo le preguntó por qué estaba tan alegre:

—Pues muy sencillo: acabo de mandar a prender a Pulgar con «Peluito». Si «Peluito» mata a Pulgar, gana la República; y si Pulgar mata a «Peluito», también gana la República. De todos modos la ganancia es segura.

Hombre honrado a carta cabal, incorruptible y austero en el ejercicio de su profesión abogadil, al licenciado Francisco Javier Mármol no le abandonaba nunca el buen humor; hasta

en los momentos más angustiosos brotaba de sus labios la jovial ironía. Como la bondad del licenciado era de todos ponderada, a él acudían los escasos de bienes de fortuna, con hambre y sed de justicia, para que los protegiese.

En una litis algo peliaguda, fué un individuo al escritorio del licenciado Mármol, a fin de que le defendiese, con su ciencia y pericia. Era el tal individuo de una fealdad que sólo podía competir ventajosamente con la de Esopo. A la hora de arreglar las cuentas, le dijo en tono ingenuo, al darle excusas:

—Puede usted confiar en mi palabra, doctor. Yo soy persona de bien. Estoy emparentado con los Feos de Valencia.

—Mire, hombre—le contestó Mármol—; no necesita usted decirme que es de los Feos de Valencia. Me basta ver que usted es de los feos de todas partes.

El licenciado Francisco Javier Mármol invitó a un amigo a su casa, y a la pregunta:

—Licenciado, ¿esta casa es propia?

Contestó de improviso:

—No, es de lo más impropia. ¿No está viendo usted las gallinas en la sala?

Aunque no faltó quien pusiese en tela de duda su origen venezolano, Miguel Sánchez Pesquera nació en Cumaná, día 12 de noviembre de 1851. Fueron sus padres don Miguel Sánchez Mayz y doña María del Carmen Espinosa de los Monteros, personas ambas de estirpe ilustre.

Desde muy joven Sánchez Pesquera permaneció alejado de Venezuela, pero siempre la recordó con hondo cariño, como lo patentiza el soneto dedicado a Cumaná, que termina de este modo:

*Sacras linfas del claro Manzanares,
corred diciendo al mar cuál fué mi cuna.*

Sánchez Pesquera estudió las primeras letras en Carúpano;

educóse en Puerto Rico y luego pasó a Madrid, donde se doctoró en leyes. Ejerció en la judicatura española cargos prominentes.

Cuando en 1873 se nombró a Víctor Balaguer ministro de Ultramar, Sánchez Pesquera, que acababa de recibir el título de abogado, le envió una de sus composiciones eróticas, sin firma al pie, y una esquila que decía: «Si al leer estos versos me juzgáis digno de vuestra protección, haced el bien. *Daniel Ferrándiz*».

Leyó Balaguer la composición y la esquila, y comprendiendo que *Daniel Ferrándiz* era seudónimo, llamó a Antonio Fernández Grilo para que le dijese quién podría ser el autor de tales versos y contestóle con la mayor ingenuidad: «No sé por qué no están firmados, pero ese estilo no puede ser sino de Sánchez Pesquera.» Inmediatamente Balaguer le envió una tarjeta en que le decía: «Me honro con su visita. Venga usted a verme.»

Cuando Balaguer preguntó a Sánchez Pesquera cuál era su deseo, el eximio poeta contestó con sencillez admirable:

—Mi madre ha hecho inauditos esfuerzos por mi educación y terminada ésta, sólo deseo volver a Puerto Rico para prestarle mi ayuda.

Pocos días después estaba Sánchez Pesquera al lado de su señora madre, y en el seno del hogar conoció a la gentil señorita Boleslavia Picornel y Cardona, con la cual casó en 1887.

Cuando el doctor Eduardo Calcaño era ministro de Venezuela en España, tuvo amistad con hombres prominentes de la ciencia, la política y la literatura; entre ellos se contaba don Juan Montalvo, quien le exigió que le presentara a don Ramón de Campoamor, pues deseaba mucho conocerle.

Para Calcaño era por demás satisfactorio ponerlos en comunicación, y concertó la visita, con tan mala fortuna, que cuando fueron a ver a Campoamor, éste no se encontraba en su domicilio madrileño. Montalvo supuso que era una negativa de la criada y se desagradó en extremo.

Al salir los visitantes de la casa, Campoamor hacía su entra-

da en ella, y los invitó, con demostraciones corteses, a que pasaran adelante. Es de advertir que Campoamor y Montalvo diferían en todo: el uno era jovial y campechano; el otro, presumido y vanidoso.

Después de la presentación, le dijo Campoamor a Montalvo:

—He leído con interés cada vez mayor sus *Siete Tratados*; por cierto que me llamó poderosamente la atención un capítulo en que usted da como cosa bien averiguada que los monos tienen relaciones sexuales con las mujeres de su tierra...

Montalvo no pudo reprimir su callada indignación, como se lo manifestó al retirarse a nuestro compatriota. Desde ese momento cesó la profunda admiración que profesaba al autor de las *Doloras*.

Figura prestante la de Nicanor Bolet Peraza. Nació el 4 de junio de 1838 en Caracas y murió el 25 de marzo de 1906 en Nueva York, donde reposan sus restos. Militó en nuestras guerras civiles y obtuvo el grado de general; fué orador parlamentario de verbo fogoso y temido; improvisador de facilidad extremada, y uno de los escritores más amenos y fecundos de que puede estar orgullosa Venezuela. Cultivó distintos géneros literarios; en su juventud escribió para el teatro varias piezas, como *Luchas del hogar* y *A falta de pan buenas son tortas*; pero no era en el tinglado de la farsa donde habría de alcanzar sus grandes éxitos, sino en el campo de la política y del periodismo. Formó entre los redactores de *La Opinión Nacional*; hacia el año 1877 fundó *La Tribuna Liberal*, y poco tiempo después nombrósele ministro de lo Interior, cargo que dejó para seguir al general José Gregorio Varela en la campaña que culminó con el triunfo de la Revolución Reivindicadora. En 1880 trasladáronse Bolet Peraza y su familia a Nueva York, donde redactó la *Revista Ilustrada*, primero, y después *Las tres Américas*. También tuvo actuación brillante en la diplomacia y representó a su país como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Washington y ante el Primer Congreso Panamericano.

En sus *Apuntes biográficos* refiere Bolet Peraza cómo fué

infiel a las letras de imprenta y también a las de la literatura y cómo incurrió en el feo delito de la reincidencia. Los azares de la guerra le llevaron a la Representación Nacional, lo que hubo de tomar a broma y se rió de aquellos de sus colegas que lo tomaban en serio; elaboró algunas leyes y decretos; adoptó cómodas posiciones, según lo requerían las circunstancias, bien en pie o bien sentado; pronunció discursos; apoyó informes y votó candidatos; proclamó el *quousque tandem*, entre los aplausos del concurso; fué varias veces llamado al orden y cobró dietas.

El carácter jovial y expansivo de Bolet Peraza; su conversación sazónada de ingeniosos chistes y agudezas; su insito desprendimiento y otras relevantes prendas le conciliaron buen número de amigos y aura popular. En política, sin embargo, fué escéptico. Así lo corrobora esta frase, de profundo sentido psicológico, que solía decir en la intimidad a su hijo Julio: «En Venezuela cada gobernante canoniza a su antecesor». La personal simpatía de Bolet Peraza supo comunicarla a sus escritos, sobre todo a los destinados a pintar tipos y describir costumbres. Aunque, a lo que se nos alcanza, jamás compuso versos, páginas suyas hay que son auténticos poemas en prosa.

Cuando murió Bolet Peraza, *La Prensa*, de Buenos Aires, hizo resonar en honor suyo la sirena anunciadora de las noticias trascendentales.

En su artículo sobre *Nicanor Bolet Peraza, o el optimismo por deber*, Santiago Key-Ayala refiere la anécdota que va en seguida:

«Víctima de las travesuras de Bolet era cierto extranjero, de hablar, vestir y andar extravagantes, que ostentaba como complemento directo de su original figura, posado en el índice extendido de su mano derecha, un verde papagayo. Tanto lo molestó Bolet, que un día citó al guasón ante la autoridad correccional. Reunióse para el curioso caso un público nutrido, y ante el magistrado y el auditorio comparecieron indignado el acusador, sonriente el acusado. Expuso el actor su queja en pésimo español y con modales grotescos. Oyó el juez la demanda con difícil gravedad. Y tocó replicar al reo. Bolet pidió unos

cuantos momentos para preparar su defensa. Desapareció de la sala y pronto reapareció. No era ya Bolet. Era el propio demandante, con su misma extravagante vestidura, hablando a la perfección su propio «patois» y ostentando en la mano derecha, posado en el índice extendido, un verde papagayo. Rodó con ruidoso fracaso la difícil gravedad. Juez, testigos, público, el acusador mismo, se acordaron en una sola risotada, que se renovaba a cada palabra de Bolet. Se impuso el sobreseimiento inmediato. Bolet fué llevado en triunfo hasta su casa por el auditorio. A la cabeza del auditorio iba—el más entusiasta de todos—el acusador cambiado en admirador ferviente por obra y gracia de la gracia y el ingenio de Bolet.»

El extrañamiento de Monseñor Silvestre Guevara y Lira puso al gobierno de Guzmán Blanco en situación apremiante, para salir de la cual obtuvo a la postre, por intermedio del nuncio de Su Santidad, Monseñor Roque Cocchia, la renuncia del Optimo Prelado, lo que se apresuró a notificar al Congreso en Mensaje de 1876, donde recomendaba al presbítero doctor José Antonio Ponte como candidato a la provisión del Arzobispado.

Para su publicidad se dió el Mensaje de referencia a *La Opinión Nacional*, adonde solía concurrir un sujeto que siempre andaba a la husma de los recónditos secretos de la política.

Bolet Peraza, espíritu de suyo travieso, era el encargado de leer los originales, y con voz de misterio, subrayó: «Y, usando de la facultad que me concede el artículo 13 de la misma Ley de Patronato, os recomiendo para la dignidad vacante al señor doctor Ezequiel María González».

El sujeto de marras, católico militante, muy amigo del presunto candidato, que era doctor en Teología, corrió desaladamente a su casa.

—Vengo a darte la gran noticia.

—¿Cuál?

—Que el general Guzmán Blanco te recomienda para el Arzobispado de Caracas y Venezuela.

—Es imposible,

Acabo de oírlo en *La Opinión Nacional*, donde con el mayor sigilo corrigen las pruebas del Mensaje.

—¡Pero si soy seglar!

—No importa: ¡Ya te veo mitrado!

A Bolet Peraza le transmitieron la consigna de que mandase colocar retratos de Bolívar, Páez y Guzmán Blanco, en la parte principal de la sala de un edificio público para la celebración de un solemne acto. Bolet Peraza ordenó poner el retrato del último en el centro y el de los próceres a los lados.

Un amigo lo increpó en estos o parecidos términos:

—¡Cómo es posible que hayas ordenado en semejante forma la colocación de los retratos! ¿Ignoras por ventura cuál es el puesto que les corresponden al Libertador y a Páez

—Lo sé de sobra—contestó Bolet Peraza—. Pero si a Guzmán le doy el suyo, pierdo el mío.

Grímpolas y banderolas adornaban el burgo, no distante de las estribaciones del Avila. El ruido de morteros y cohetes interrumpía la paz eclógica. Tratábase de la inauguración de un acueducto, a la cual asistiría el presidente Guzmán Blanco.

Iban en carruaje de lujo Eduardo Calcaño y Nicanor Bolet Peraza, ambos a dos insignes escritores que redactaban *La Opinión Nacional*, órgano del Gobierno.

Desviándose de la calle real, el primero llamó la atención del segundo hacia un gran letrero que, en fondo blanco, destacábase en una pulpería y el cual rezaba:

*No hay más que Dios en el cielo
y Guzmán Blanco en la tierra.*

Lleno de consternación aparente, dijo Bolet Peraza:

—Vámonos de aquí, Eduardo, incontinenti; porque en llegando el «Ilustre», nos depone del cargo y pone en nuestro lugar al pulpero de la esquina.

Con motivo del asunto denominado «negocio del níquel», sobre turbios manejos en el contrato de construcción del ferrocarril de Caracas a La Guaira, el ambiente político tornóse caliginoso en 1877. Circuló por aquel entonces una hoja suelta en que se llamaba a Guzmán Blanco, sin rodeos de ningún linaje, insigne malhechor, bandido, mazorquero de Buenos Aires y otros términos peyorativos. A encender más los ánimos contribuyó Bolet Peraza, con el escándalo que promovió al protestar contra el nombramiento de otro secretario de la Cámara de Diputados, empleo que él ejercía.

Parece que Guzmán Blanco tuvo informes de que Bolet Peraza simpatizaba con los reaccionarios y lo separó del cuerpo de redactores de *La Opinión Nacional*; incidente que movióle a presentar, junto con otros diputados, un proyecto de decreto de honores al general Francisco Linares Alcántara, en el cual se le confería, como en efecto se le confirió, el título de «Gran Demócrata». Influyó Guzmán Blanco para que se destituyese a Bolet Peraza de la Secretaría, en cuyo desempeño se hallaba. Sometida a discusión la propuesta, Bolet Peraza pronunció un discurso contra el régimen del Septenio y su conductor. Entre otras cosas dijo: «Merece bien el nombre de Gran Demócrata quien ha respetado la libertad individual que jamás lo fué en nuestra República; merece el dictado de Gran Demócrata quien ha respetado la libertad de la prensa, hasta el caso de que los temen que el ejercicio de este sano principio, tengan que mendigar con vergonzoso resultado, protestas de hombres liberales para ahogarlo...» «Un título modesto otorgado a tan digno servidor, a tan noble demócrata, ¿puede despertar esas iras que hemos visto estallar aquí en la forma de una silenciosa humillación para este grupo? ¿Qué cosa es ser Gran Demócrata? Gran Demócrata es el que sabe ser humilde y no soberbio, como magistrado; es el que sabe dar a los ciudadanos su puesto; a la Ley, su trono; a la Justicia, su dosel; a la propiedad, su respeto... Eso es lo que es hoy el general Alcántara, eso es lo que vamos a galardonar en él.» «...No, señores, yo no he firmado carta de esclavitud, como Jacob, por otros siete años, para que me den, no a la fecunda Raquel, sino a la estéril Lia.»

Bolet Peraza le había encomendado un discurso contra Guz-

mán Blanco al notable periodista León Lameda; y cuando le llegó a éste su turno, hizo todo lo contrario de lo que había prometido: elogió a Guzmán Blanco.

Después que terminó su perorata, Lameda acercóse a la curul de Bolet Peraza para sincerarse:

—No te asombres; me han dado quinientos pesos para que cometiese tamaña desvergüenza; pero ten la seguridad de que aquí, en estas mismas Cámaras, hay quienes sin tener escrúpulos ni mis apremios económicos, la hubieran cometido por más bajo precio.

Refiere Bolet Peraza que yendo una vez con José Antonio Velutini, se encontró con Felipe Larrazábal.

El biógrafo de Bolívar y a la sazón bibliotecario de la Universidad, los invitó para leerles un estudio sobre Olavide, el célebre autor de *El Evangelio en triunfo*.

Era un obsequio positivo. Larrazábal leía muy bien, y sus oyentes se prepararon para gozar un buen rato.

Se fijó para la lectura el local de la Biblioteca, al día siguiente después del almuerzo.

Llegada la hora, Bolet Peraza y Velutini se instalaron en un restaurante de lujo, sito en el centro de la ciudad. Almorzaron de lo lindo; y el dueño del establecimiento los obsequió con una botella de Burdeos de la época en que «Bonaparte no era todavía Napoleón».

Ya repantigados en cómodos sillones de la biblioteca, en medio de profundo silencio, comenzó Larrazábal la lectura del estudio en cuatro galeradas de tipo condensado.

Opíparo el almuerzo; ingerida la botella del viejo Burdeos; el silencio del ambiente; lo muelle de las sillas, y la voz cantarina de Larrazábal sumieron a los auditores en blando sueño.

Cuando el lector iba por la segunda galerada, suspendió un momento la lectura y miró a sus invitados. Estos, al cesar el arrullo de la voz y muy apenados, dijeron a una:

—Continúe, don Felipe, es muy interesante.

Pero Larrazábal se había dado cuenta de lo sucedido, y guardando las galeradas, les dijo con amable sonrisa:

—Mis amigos, el sueño es una opinión decisiva en literatura.

En *Bons Mots*, artículo de donde se tomó la anécdota anterior, hace Bolet Peraza la evocación de sus recuerdos parlamentarios. Relata que una vez, reunidas las Cámaras del Senado y la de Diputados, Barret de Nazaris, con su peculiar vehemencia oratoria, propuso un acuerdo que tenía de antemano el apoyo de Rafael Arvelo, quien, a causa de los alifafes y las dolamas propios de la edad, apenas si podía moverse de su púlpito; y como la propuesta fuese negada en segunda discusión, Bolet Peraza insinuó que quienes estuvieran por aprobarla, se sirviesen manifestarlo con la señal de costumbre. Permanecieron los padres conscriptos, en actitud estatuaría, sin moverse de sus asientos, con la sola excepción de Arvelo y Barret de Nazaris, que permanecieron en pie mientras duró el debate.

Bolet Peraza dijo, en su carácter de secretario:

—Señor presidente, la proposición ha sido negada.

A lo que Barret de Nazaris exclamó, revelando patriótico despecho:

—¡Es de sentirse!

—Y de sentarse—agregó rápidamente Rafael Arvelo.

Las *Cartas gredalenses* es el único folleto sacado a la luz en vida por Bolet Peraza. Aun cuando la producción suya fué copiosa y variada, no le dió valor de ningún linaje, como lo comprueba el hecho de que rehusó compilarla, y la que corre por ahí dispersa en periódicos y revistas nacionales y del extranjero, suministraría material bastante a formar no uno, sino varios volúmenes de nutridas páginas. Después de su muerte se publicaron dos: *Impresiones de viaje* (Nueva York, 1906), y *Artículos de costumbres y literarios* (Barcelona, España, 1931). En la parte atañedora a Suiza del primero de los libros citados, refiere Bolet Peraza que hallándose en Ginebra, topó allí con cierto amigo, sacerdote fervoroso de Baco y gran sibarita, el cual, en la exaltación de su delirio, solía decir: «¡Viviera yo en esta deliciosa ciudad donde hay un lago de «ginebra» y la atraviesa un río de «ron!»» Se refería al pintoresco lago, célebre en el mundo, y al Rhone (Ródano), afluente del lago Lemán, que después de partir en dos la noble y hermosa urbe y de reflejarla

en el claro espejo de sus ondas, va a juntársele para confundirse con la corriente del Arve, que desde la cumbre de las montañas alpinas se desprende.

Durante el año de 1895 celebróse el centenario del prócer José Gregorio Monagas, el libertador de los esclavos en Venezuela, suegro de Bolet Peraza. Con tal motivo, el Gobierno de la República le hizo especial invitación para que asistiese a las fiestas conmemorativas, la cual aceptó de buen grado, como si tuviese el presentimiento de que habría de ser éste el último retorno a la tierra natal. Llegó a la casa de su familia situada en la esquina de Miracielos. Fueron a visitarlo numerosos amigos y admiradores; entre ellos se hallaba don Félix Soubllette, insigne poeta y escritor, púlcro en todo, en su persona y en su arte, y quien abrevó en la fuente de Juvencia.

Cuando Bolet Peraza le dió con el mayor júbilo un abrazo, le dijo:

—Tú no eres Félix Soubllette, sino Fénix Soubllette.

José Martí, en su magistral necrología, se refiere de este modo a la generosidad de Cecilio Acosta:

«Cuando tenía que dar, lo daba todo: y cuando ya nada tenía, daba amor y libros. ¡Cuánta memoria famosa de altos cuerpos del Estado pasa como de otro y es memoria suya! ¡Cuánta carta elegante, en latín fresco, al Pontífice de Roma, y con sus cartas! ¡Cuántos menudos artículos, regalo de los ojos, pan de la mente, que aparecen como de manos de estudiantes, en los periódicos que éstos dan al viento, y son de aquel varón sufrido, que se los dictaba, sin violencias ni cansancio, ocultándose para hacer el bien, y el mayor de los bienes, en la sombra».

A pesar de su ínsita modestia, Acosta tuvo claro concepto del propio valer; y así exclamó en alguna ocasión: «Lo que yo digo perdura».

Prevalidos de tan excesiva bondad, iban a solicitarlo en su rincón recoleto muchos señores para que les escribiese un ar-

título, que ellos tenían la avilantez de autorizar con su firma, o bien para que se lo corrigiese. Ni faltó individuo audaz, de fortuna cuantiosa que fué a manifestarle su entusiasmo por un escrito de Acosta acerca de inmigración y que en los puntos de vista tratados coincidían; le exigió asimismo que le escribiese algo sobre el tema, pues aunque él lo dominaba, no tenía la facilidad suficiente para expresarse, recalcando en lo de la coincidencia.

Ya molesto Acosta, que era la bondad personificada, replicó al advenedizo:

—Yo, buen amigo, siento mucho no poder complacerle, porque creo que no coincidimos sino en una sola desgracia: en que yo soy pobre y no lo merezco, y usted es rico y tampoco lo merece.

Con el poder atractivo de su pluma, Bolet Peraza hace una breve y admirable evocación: la de Cecilio Acosta, con quien le unieron lazos de amistad sincera y de profunda admiración. Acosta, según se afirma, distaba mucho de ser un buen conversador; en el trato familiar se expresaba no sin dificultad, perezosamente y con tropiezos. No obstante, si a un contertulio se le ocurría asomar un tema de alguna importancia y solidez, entonces, como si le pusieran en contacto con una pila de Volta, su cuerpo y su ánimo se erguían de súbito, los ojos le relampagueaban, la frente parecía ensancharse, y de sus labios brotaba la elocuencia, afilante e imprevista. Acosta vivió siempre en la mayor pobreza; en carta para un amigo de Colombia se quejaba con amargura: «No hay en Venezuela incomodidad que nos sobre, ni malandanza que no nos atribule.

Ocasión hubo en que cierto doctor, condiscípulo suyo, se le acercó para leerle un manuscrito de dimensiones alarmantes:

—Te buscaba para leerte esto—le dijo—y echó mano del rollo de papeles.

Era nada menos que una serie de notas cruzadas entre el perpetrador de aquella soporífera lectura, administrador para entonces de una institución benéfica y presidente de la misma. Tratábase de la defensa y rectificación de algunos gazapos que,

en sentir del presidente, le habían saltado encima al hurgar el balance anual del administrador. Por vía de paréntesis, Acosta gozaba justa fama de distraído, y con el objeto de reconcentrar más su atención, escogieron el zaguán de la fotografía de José Antonio Salas, como el sitio más cónsono para semejante holocausto.

El sujeto de marras leía con énfasis tribunicio, y Acosta le daba a todo su asentimiento: «¡Bien, muy bien!». Prosiguió la lectura, coronada por un párrafo enérgico, y la víctima le alargó efusivamente la mano, profiriendo estas palabras:

—¡Bravo! ¡Soberbio! ¡Muy merecido!

Suspendió la lectura el mentado condiscípulo, y asiendo a Acosta por las faldas de la levita, lo increpó con rudeza:

—¿En qué estás pensando, demontres? ¿Cómo me dices que esto está magnífico, que está soberbio, que está bien merecido, cuando lo que te acabo de leer, hombre de Dios, no es mi contestación a ese mequetrefe, sino la nota insultante en que por poco me llama ladrón?

Proverbial es la penuria que injustamente padeció Cecilio Acosta, por lo cual en más de una ocasión tuvo que recurrir a los prestamistas de dinero.

Estando una vez con varios amigos, se le acercó cierta señorita con el propósito de que le pagase una deuda. Los compañeros de don Cecilio empezaron a dar bromas a la señorita, respecto de su edad, pues ella venía diciendo que sólo contaba veintinueve años: edad en que se había plantado.

La señorita, para eludir burlas, terminó diciendo:

—Bueno, don Cecilio, ¿cuándo puedo ir para que me abone la cuenta?

—Cuando usted haya cumplido los treinta años. Si usted se digna pasar por casa, es señal evidente de que los ha cumplido.

Estratagema galante de que se valió don Cecilio para quitarse a la cobradora de encima.

Víctima de los ataques virulentos de Antonio Leocadio Guzmán fué Cecilio Acosta, quien asumió su defensa en un artícu-

lo intitulado *Los espectros que son, y un espectro que ya va a ser*, donde, después de llamarle «Viejo impenitente, falso profeta, practicón político, *Petrus in cunctis y Paulus in nihil*, evangelista sin fe, máquina de palabras vacías y siempre las mismas, diccionario sin definiciones», hace de este modo gráfico la etopeya del pseudo prócer:

«Tú recibiste educación frailuna en Cádiz, y llegaste a Venezuela para ser correveidile de proyectos monárquicos que sólo sirvieron a Bolívar de motivo de santa indignación. Paseaste por las calles de Valencia el acta de desconocimiento de la autoridad del Libertador. Fuiste cortesano y adulator de Páez. Se te hace cargo de especulador y de procurador de malas obras. Has vivido toda tu vida de cizaña para la discordia, de invenciones para la calumnia y de hacer el mal por el mal mismo y por ver correr las lágrimas. Y no sabes que Cecilio Acosta tiene una vida sin manchas?»

En los tiempos de la última presidencia de Guzmán Blanco, hacia 1887, era presidente de la Cámara de Diputados—«a la que no se llamaba entonces «Baja», porque no se quería bajeza ni en los títulos», según la digna expresión de Key-Ayala—, el general Juan Calcaño Mathieu, hábil político y orador irónico.

El general Marco Antonio Silva Gandolphi había tomado la palabra y en el uso de ella pasó más de una hora, entre el bostezo de los padres conscriptos y el sueño de los otros en sus pupitres. Aprovechó la coyuntura el presidente de que el orador pedía un vaso de agua para decir, agitando la campanilla:

—Se suspende la sesión hasta mañana, a fin de que descanse el diputado Silva Gandolphi.

—No estoy cansado, señor presidente, y ahora es cuando voy a entrar en materia.

Intervino Calcaño Mathieu de nuevo:

—Pues se suspende la sesión para que descanse la Cámara, que sí está por demás aburrída.

Cuando se inauguró el acueducto de Caracas, hallábase en la ciudad el escritor argentino Héctor Varela, oportunista de más

de marca, a quien confió Guzmán Blanco el discurso de orden. Después que concluyó de decirlo, entre los mayores ditirambos, en presencia del «Ilustre» y de su comitiva, subió de modo imprevisto a la tribuna M. A. Silva Gandolphi, por entonces estudiante, y comenzó su perorata con este exabrupto:

—«Venezuela gime bajo la más espantosa tiranía. Bajo la espantosa tiranía del progreso».

Silva Gondolphi, hombre de gran talento, después tuvo su merecida recompensa.

Si bien no es propiamente una anécdota, se quiere dejar aquí constancia del discurso de orden que pronunció el general Silva Gandolphi en el Panteón Nacional, por el enorme revuelo que alcanzó entonces. Al hacer el panegirico del gran mariscal de Ayacucho, cuando se dirigió al presidente de la República, en la parte final, interrumpióse de pronto, y dijo que desde lo alto de la tribuna advertía en algunos rostros cierta impresión reveladora de que no eran interpretadas en recto sentido sus palabras; y que se hacía solidario de sus afirmaciones, pero en justa medida, e improvisó frases encaminadas a explicar con la mayor brevedad, que respecto de nuestras desdichas no podía arrojar el peso de todas las responsabilidades únicamente sobre determinado sector; y en tal sentido le dirigió este apóstrofe al jefe del Estado: «¡Vos, señor, sí, vos y vuestros predecesores; y los que os defienden y los que os combaten; los hombres prominentes de todos nuestros partidos; los principales representantes de nuestros gremios sociales, indiferentes en mucha parte, a las grandes cuestiones de interés público; todos, quienes más, quienes menos, todos debemos abatir aquí humillados la cabeza, porque todos somos culpables!»

Henrique Chaumer, hombre de reconocida pulcritud y de claras ejecutorias, muerto a manos de vil asesino en las calles de Caracas, por la denuncia ante el Concejo de desfalcos en la Administración de Rentas Municipales, era dueño de acreditada

sastrería, y para aquel entonces ocupaba una curul en el Congreso.

El general Juan Calcaño Mathieu desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores, y Chaumer lo interpelló a fin de que rindiese cuenta sobre asuntos atañedores al cargo

De propósito deliberado, el ministro compareció a destiempo, disculpándose de esta guisa:

—Ciudadano presidente: Doy excusas a la honorable Cámara por haberme presentado fuera de la hora señalada, pero la culpa no es toda mía, sino de mi sastre el señor Chaumer, quien no me envió el traje en la oportunidad debida .

Con sintéticos rasgos trazó Andrés J. Vigas, en sus *Perfiles parlamentarios*, la silueta de Vicente Amengual: «Es un poliedro político. Cuando cualquier convulsión del organismo nacional lo echa a rodar, es seguro que el día de la tranquilidad el poliedro se ha detenido perfectamente estable sobre una superficie plana.

«Débese esto a la experiencia que tiene de nuestras cosas y de nuestros hombres viejos, cuya tumultuaria confusión dominaban su calma invariable y frío razonamiento.

La más de las veces su rígida figura sirve como de pararrayos en medio de la tempestad. Y ni le perturban las iras de arriba, ni le inquieta el clamoreo de abajo. Cuando todos marchamos a tientas por entre tinieblas, Amengual las atraviesa impasible, como espectro que fuera desafiando con reposado continente a todos los espantajos de la sombra.»

No poseyó Amengual vasta cultura, pero la vivacidad de su inteligencia todo lo suplía. Era orador parlamentario de palabra afluente y de poderosa dialéctica; por intrincados que fuesen los debates, él sabía sortearlos y a veces resolverlos con habilidad y pericia.

Buen político a la venezolana, siempre estuvo pronto para hacer un servicio; y si no estaba en sus manos hacerlo, entonces lo prometía, con lo cual quedaba muy bien con todos.

Una de las peculiaridades consistió en su manera de firmar: el nombre en una línea y el apellido en la otra; y no faltó

quien dijese que cuando Amengual estaba arriba, don Vicente estaba abajo.

Hubo entre sus contemporáneos quien comparase a Amengual con Cánovas del Castillo; pero, según nuestro parecer, a quien más se asemejó fué a Sagasta, el sagaz estadista que sirvió en todos los gobiernos, aunque no pudo el político venezolano exclamar como el político español:

—Si caigo, caeré del lado de la libertad.

En 1870 desempeñaba el Consulado General de Bélgica en Caracas el señor Carl Hahn, padre del célebre compositor y músico Reinaldo Hahn, nacido en Caracas y recién muerto en París. Como por aquel entonces se permitía a diplomáticos y cónsules todo género de licencias, llamó al Gobierno que presidía el general José Ruperto Monagas y a la Junta de Fomento: Salteadores de camino, que se robaban con el mayor descaro el dinero de los peajes en la carretera de Occidente.

Se armó la gran trapatiesta. Los periódicos le cayeron encima al cónsul, quien después de haberse enriquecido en Venezuela, ahora la vilipendiaba. El Gobierno se limitó a retirar el *exequátur* al cónsul. Eran ministro de Guerra por entonces el general Ignacio Galán; ministro de Relaciones Exteriores, el doctor Juan Pablo Rojas Paúl, y ministro de Relaciones Interiores, Vicente Amengual. El primero, más exaltado, quería declarar a Bélgica, sin demora, la guerra; el segundo, sólo deseaba arreglar el asunto por la vía diplomática, y el tercero, también era partidario de las transacciones amistosas.

Galán, con colérico arrechucho, exclamaba:

—¿Pero cómo vamos a permitir que se nos llame ladrones y de la última ralea?

Intercedió Amengual para apaciguar la patriótica indignación del ministro de Guerra:

—Después de todo, puede que tenga usted la razón. No seré yo quien se la niegue. Pero, con la mayor confianza, dígame, general: ¿Cuántas gallinas se ha robado usted en sus campañas heroicas?

Cuando el general Joaquín Crespo ejercía la presidencia de la República, un diputado por Apure acudió ante él con el propósito de exponerle un proyecto de medidas vernáculas para aumentar, con sus propios elementos, la población de Venezuela: premios a la plurinatalidad, concursos de eugenesia, auxilios a los matrimonios pobres, protección a la infancia desvalida y otras innovaciones de la misma especie.

—Uno de los males que venimos padeciendo—argüía con énfasis—es la escasez de habitantes y abundan las teorías para remediarlos. El proyecto que acabo de exponer a su consideración todo lo abraza: lo abraza en su parte económica, lo abraza en la etnográfica, lo abraza en la estética, lo abraza en la sociológica; en fin, es preciso abrazar todas esas reformas saludables, sin pérdida de tiempo.

A todas éstas, a Vicente Amengual, ministro a la sazón, que lo estaba oyendo, le chocaron el uso y el abuso del verbo abrazar, y dijo:

—Todo lo que usted acaba de exponer está muy bueno; pero aquí entre nosotros, para que aumente la población, no son reformas las que necesitamos abrazar; hay que abrazar algo más sólido: ¡Mujeres!, por ejemplo.

En tiempos de Rojas Paúl, cuando la reacción contra Guzmán Blanco, fué cuando le pusieron a don Vicente Amengual el alias o sobrenombre de *Cujicito*.

El cují es conocido en nuestra botánica tropical (*Acacia macrabata* o *Acacia foétida*), no sólo por su olor penetrante e inconfundible, sino que como planta vivaz de las llanuras áridas, donde arraiga y florece un cují la tierra se vuelve horra y no produce vegetación alguna, pues él todo lo absorbe.

En esta última aceptación fué en la que lo quiso llamar su implacable enemigo don Domingo Antonio Olavarría, cuando dijo aludiendo al propio don Vicente:

—Este hombre es un cují; se va a plantar y nos va a dejar a todos fuera.

Y Olavarría sacó del apellido *Amengual* el siguiente anagrama: *La mengua*.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Don Vicente Amengual era un psicólogo intuitivo. Cuando estaba de tertulia con sus amigos y tenía que marcharse del corro, les decía:

—Bueno, aprovechen ahora que me voy para que hablen mal de mi cuanto se les antoje.

Así era, en efecto; apenas se alejaba decían de él las mayores atrocidades, todo lo cual le tenía muy sin cuidado.

A tanto Hegó el prestigio de Amengual, que numerosos amigos pensaron en él para la proclamación de su candidatura a la Presidencia de Venezuela; pero conecedor de su congénita prodigalidad mejor que otro alguno, los hizo desistir de tal propósito:

—No, amigos míos, en eso no deben pensar; ustedes conocen mi generosidad, y la renta no alcanzaría para distribuirla entre todos mis partidarios.

La escena se desarrolló en la hacienda de «La Quebrada», cerca de La Victoria. El general Joaquín Crespo le previno a uno de sus conmlitones:

—Yo quisiera ver con qué cara se va a presentar ante mí don Vicente Amengual, quien era muy amigo suyo y figuraba como uno de los primeros autores del continuismo en el gobierno de Andueza Palacio.

Como es sabido, en 1892 triunfó la revolución legalista, acaudillada por Crespo. A los tres días compareció don Vicente ante el caudillo. Crespo extrañó mucho la visita, y así lo manifestó al saludar a don Vicente, quien dijo, sin perder su calma absoluta:

—Yo tenía que estar de la parte contraria para que la revolución triunfase.

Al poco tiempo se le confió la cartera de Relaciones Interiores.

Después de la tumba de las estatuas de Guzmán Blanco y la muerte de Alcántara, estalló la Revolución Reivindicadora,

que trajo al primero desde Europa a ocupar el solio presidencial, una vez más. Como en el banquete de recepción se encontrase el general José Antonio Velutini, quien se había señalado entre los enemigos del «Ilustre», alguno de los presentes, al brindar, hizo referencia a ello. Al sentirse aludido, alzó la copa y para congraciarse con Guzmán Blanco, declaró que tanto era el mérito de éste, que no solamente lo llevaban los amigos al Poder, lo cual nada significaba, sino que lo había sido, y en ello se cifraba su mérito excepcional, por los propios adversarios, convencidos como estaban de sus errores y de que Guzmán Blanco era el único grande hombre que podía salvar a Venezuela en tan difíciles circunstancias.

Por las calles de Barcelona paseaba el general José Antonio Velutini, acompañado de un amigo suyo.

—Parece mentira —le dijo— que a un hombre de tanto talento como tú, no se le hubiera ocurrido escribir versos.

—No, nunca los he escrito —contestó Velutini—; pero creo que podría escribirlos.

Y de pronto improvisó este madrigal, hasta ahora inédito:

*No me puede querer, pero la amo;
la escuda su virtud y huye de mí;
pero huyendo se vuelve si la llamo
y diciendo que no, dice que sí.*

El general José Antonio Velutini, conocido hombre público de larga actuación en la política venezolana, tenía al general Aniceto González como secretario privado.

Era González hombre de fácil redacción, pero adolecía del defecto de extenderse demasiado en la contestación de la correspondencia, lo cual mortificaba mucho a Velutini, partidario como el que más de la concisión epistolar. En repetidas oportunidades había hecho observaciones a su secretario sobre el particular, sin que éste llegase a complacerle.

—Sé lacónico, Aniceto —rogaba el prócer, cuando daba a González precisos datos para la contestación de alguna carta.

—¿Cómo no, general?; cuente con que sabré atenderle—murmuraba el tozudo secretario.

Ocasión hubo en que Velutini daba sus instrucciones a González sobre una carta de interés notorio:

—Escribele una carta a Fulano y le dices esto y aquello.

Y previniendo la objeción del secretario a las anteriores indicaciones hechas sobre la concisión, agregó:

—Sé lacónico, pero breve.

Aristides Rojas nació en Caracas por el año de 1826. Murió en la misma ciudad el 4 de marzo de 1894. Doctor en Medicina y Cirugía por la Universidad Central, ejerció la profesión en la República y en las Antillas, después de haber perfeccionado sus estudios en los Estados Unidos y Europa. Dejó de ejercer por muy particulares razones y se consagró al comercio de libros. La «Librería de Rojas Hermanos» adquirió fama en Venezuela. Hacia 1846 dióse a conocer como escritor de varios géneros literarios y científicos. Publicó en París, en 1876, *Un libro en prosa*, lleno de erudición y amenidad. Sacó a la luz más tarde *Estudios históricos*, *Leyendas históricas*, *Humboldtianas*, *Obras escogidas* y otras de prolijo recuento. La Biblioteca Nacional publicó en 1934 la *Bibliografía de don Aristides Rojas* (1826-1894). Aunque nuestro insigne compatriota fué individuo de la Academia de Historia matritente; de la de Bellas Letras de Chile; de la de Ciencias Físicas y Morales de La Habana; de la Sociedad de Geología de Francia y algunas otras, por modestia o por orgullo, se negó a pertenecer a la Academia Nacional de la Historia, donde tiene erigido un busto en mármol.

Para nuestro Santiago Key-Ayala, no fué Aristides Rojas un hombre, sino «una institución». «Fué modesto y nada ambicioso. Tuvo fortuna personal, la suficiente para recabar y gozar una independencia silenciosa. Pudo acercarse y dejar acercarse a los hombres de la política, sin que ellos pretendieran manchar con halagos mezquinos su veste ideal de patricio, consa-

grado con desinterés a un noble culto. Pudo dar, sin tener que pedir, recibir ni mercar, y ser colaborador en acción de cultura, progreso y buen nombre de Venezuela, con hombres y gobiernos distintos.»

Martí dijo de Rojas que llevaba la América en sus hombros.

Don Aristides supo ser ciudadano ingenuo, sin afectaciones de ningún linaje; los jóvenes que se le acercaban para pedirle consejos, los obtenían doctos y oportunos de sus labios paternos; paseó su aparente indiferencia por las calles de Caracas, que lo tuvo siempre por un hijo preclaro. La sencillez fué norma de su vida; la dignidad su escudo. Es por eso por lo que su nombre es cifra y compendio de virtudes ciudadanas.

Oriundo de Santo Domingo, José María Rojas fué el progenitor, entre otros hijos, del que llevó su propio nombre y el de Aristides. Era comerciante en telas; estableció aquí un almacén que le valió, junto con bienes de fortuna, el remoquete de «El Rev Pabilo».

Su hermano José María, por sus pujos de aristócrata, era el antípoda de Aristides. Suya es la frase que lo define a cabalidad: «Los Monagas sólo dejaron negros con centavos y centavos negros.»

A tanto dar consiguió, prevalido de influencia diplomática, el título de marqués, otorgado por la Santa Sede. Cuando criticó a Guzmán Blanco su discurso inaugural de la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, éste hubo de replicarle con acritud: «Su crítica es tan ridícula como su marquesado.»

Cuando lo del título, parientes y admiradores fueron a felicitar a don Aristides, por la grande honra que a su hermano se le había conferido. Les contestó Rojas, irónicamente risueño:

—Han tenido fracaso completo.

—No tiene por qué felicitarme. José María ha sufrido una vergonzosa degradación; porque, como hijo de un rey, debió de ser príncipe al menos, y no marqués a secas.

Refiere el pintor Antonio Herrera Toro, que en una oportunidad fueron a pasear don Aristides y él por Sabana Grande. Vió Rojas unas bellas trinitarias, y le dijo:

—¡Qué hermosas! ¡Pintamelas, Herrerita!

—¿Con ese calor, doctor Rojas?

Por toda respuesta, don Arístides abrió su inseparable y enorme paraguas, y en tono de zumba, volvió a decirle:

—Las flechas de los persas no prestaron mejor sombra al héroe de las Termópilas.

Con doble amor de botánico y de poeta, Arístides Rojas amaba las flores. Cierta día, al pasar la quebrada de Baruta se halló con unos labradores que Hevaban un blanco ataúd y se dirigían al templo de Chacao. Sobre la urna se veía una corona de helechos, clavellinas y azahares. Los cargadores se detuvieron para reemplazarse, y Rojas les preguntó por quién Hevaban a enterrar.

—Es una niña que ha muerto —le contestaron— en el mayor infortunio.

—¿Y esas flores son recuerdo de ustedes?

—No, eran sus flores preferidas que la consolaban de sus padecimientos, y quiso también que la acompañaran en la muerte.

Desempeñaba el doctor Raimundo Andueza Palacio la Presidencia de la República.

Acompañado de sus edecanes, dirigíase de la Casa Amarilla, donde habitaba, a la esquina de Las Monjas.

En el trayecto se tropezó con don Arístides, ya muy cegato. Como se diese éste cuenta de la importancia del personaje, se descubrió con todo el respeto, algo cohibido y dándole la acera, hubo de decirle:

—Pase primero el presidente.

El cual añadió en seguida:

—¡Pasa el presidente: el sabio no pasará nunca!

El día 30 de enero de 1846 es una fecha trascendental para Venezuela, pues señala el nacimiento en Caracas de un poeta: Juan Antonio Pérez Bonalde. Y él supo ser poeta en todo, en

su vida y en su obra; en su vida, que coronó el infortunio para que fuese más perfecta; y en su obra, que es un solo canto ininterrumpido a la inmortal Belleza.

Si, en sentir de un filósofo contemporáneo, el poeta es un hombre para quien el mundo es transparente, para Pérez Bonalde tuvo la transparencia de una lágrima, pues las más de sus estrofas, ¿qué otra cosa fueron sino lágrimas, y lágrimas de proscrito, que son las más acerbas? Así lo corroboran *Vuelta a la Patria*, *Flor*, *Pobre poeta*, los *Nocturnos*, *Tristezas de la Lira* y otras admirables composiciones.

Desde su adolescencia comenzó el dolor a aleccionar a Pérez Bonalde; a causa del triunfo de la Revolución Federal, su padre se refugió en Puerto Rico, donde hubo de consagrarse a la enseñanza; allí fundó un plantel con la ayuda de sus hijos; desde muy joven el poeta cobró grande afición al estudio de las lenguas antiguas y modernas, que poseyó con absoluto dominio, hasta hacerse un polígloto consumado. En 1870 trasladóse a Nueva York, donde fué por mucho tiempo agente activo de la casa Lanman y Kemp, empleo que le facilitó sus largos viajes por diversos países. El hijo predilecto de Apolo se vió forzosamente obligado a officiar en los altares de Mercurio. Regresó a Venezuela en 1890 y murió dos años después, el 4 de octubre de 1892, en el puerto de La Guaira.

Pérez Bonalde publicó en Nueva York las obras que en seguida se enumeran: *Estrofas* (1877); *Ritmos* (1880); *El Cancionero*, de Henrique Heine (1885), traducción del alemán, con prólogo de Juan Fastenrath, y una carta de Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien está dedicada la versión; *El Poema del Niágara* (1882), con prólogo de José Martín; *El Cuervo* (1887), de Edgar Allan Poe, con prólogo de Santiago Pérez Triana, y publicó también en Caracas, el año de 1980, un opúsculo primoroso, *Venus Victrix*, la marmórea página de Paúl de Saint Victor, puesta por Pérez Bonalde en pulcros versos castellanos. Otras obras suyas hay que, por desgracia, se han perdido, como una traducción en hexámetros del poema de Lucrecio, *De rerum natura*, y un libro de memorias, amén de muchas composiciones sueltas.

Una vez tan sólo alcanzó Rufino Blanco-Fombona a ver a Pérez Bonalde, pero fué tal y tanta la impresión que le pro-

dujo, que su fisonomía no se le olvidó jamás. Suyo es el rápido perfil siguiente:

«Vestía un traje de franela blanca. Su cuerpo, robusto, más parecía de militar que no de poeta; el pecho, ancho, fortísimo, bueno para llevarse de frente las legiones enemigas; la mano, propia para la empuñadura de la espada; todo él respiraba un aire marcial. De sus labios fluía un torrente de palabras; voces sonantes, líricas. Diestra y siniestra, ambas manos movíalas en la acción, vivamente. Tras el cristal de los lentes relampagueaban con negra luz las pupilas. El cuello era de toro, la tez bronceada, el pelo rizo, la barba nazarena.»

No se limitaron las aptitudes extraordinarias de nuestro eximio compatriota sólo a la poesía: fué músico, y en el piano interpretaba a Bach y a Beethoven, y fué, asimismo, uno de los primeros en hacer la defensa entre nosotros de la combatida figura de Ricardo Wagner; prosador de cláusulas robustas y castizas, sostuvo polémica ruidosa con Felipe Tejera, a propósito de la publicación de sus *Perfiles Venezolanos*; pintó pequeños cuadros y acuarelas en sus ratos de vagar; ducho en arte coquinarario; cazador de certera puntería y giróvago infatigable.

En una de las distribuciones de premios que anualmente y con toda solemnidad celebraba el colegio «Santa María» en el antiguo Teatro Caracas, el licenciado Agustín Avelado, director del plantel, anunció que entre la concurrencia encontrábase un gran venezolano que acababa de llegar del extranjero.

Tomó en seguida del brazo a Pérez Bonalde, a quien condujo hasta el proscenio. El público, nutrido y selecto, púsose en pie de pronto para tributarle una ovación frenética; exigióle que leyese uno de sus poemas, y para deferir a sus deseos, el poeta recitó, hondamente emocionado, su Elegía a la muerte de Gautier Benítez, que así comienza:

*¡Oh, no envidiéis al que en la herida frente
lleva cual fiero dardo
la inspiración ardiente,*

*la codiciada llama
que viva luz derrama
y gloria en torno al aplaudido bardo!*

*¡Oh no!, no le envidiéis; de la áurea rama
que sus sienas corona, cada hoja
representa un martirio, una congoja,
una herida profunda, un desencanto,
sangre del pecho, o de los ojos llanto.*

Díaz aciagos para Venezuela. El gobernante de turno, por un error político que sumió al país en el caos, quería continuar arbitrariamente en el ejercicio del Poder. Hubo manifestaciones tumultuarias, como de costumbre; el pueblo, amotinado al pie de los balcones de la Casa Amarilla, clamaba por la presencia del primer magistrado, el cual apareció a la postre con sus ministros, edecanes y áulicos, detrás de las cortinas purpúreas, al través de las vidrieras; el público guardó silencio; en la acera de enfrente, un orador novel lo interrumpió con esta magnífica frase inicial de su discurso:

«Hay rumores, ciudadano presidente, que no llegan hasta la altura de vuestros balcones, pero que minan sus bases.»

Un hombre, confundido con la muchedumbre, llamaba, sin embargo, la atención por la prestancia del porte y por la melancolía del semblante; de los labios suyos todos estaban pendientes: era Pérez Bonalde, a quien vió por primera y última vez Rufino Blanco-Fombona.

En su evocador artículo *Recuerdos de escritores*, Santiago Key-Ayala hace la relación de una visita que hizo al poeta:

«Gutiérrez-Coll y Pérez Bonalde fueron amigos del corazón, no obstante lo diverso de sus temperamentos personales. Entre las anécdotas que nos contó aquel día Pérez Bonalde y en las cuales figuraba don Jacinto, hay una que deseo refrescar, porque su autenticidad ha sido negada y aun tachada de in-

vención contra el poeta. La oí de los propios labios de Pérez Bonalde.

Una noche los dos grandes poetas y amigos salían del Teatro de la Opera de París. Conversaban ya en el peristilo, cuando Pérez Bonalde dijo a su amigo:

—Mira, Jacinto, aquel señor que viene por ahí. ¡Qué monada de barbita!

Era un francés de regular edad, con barba rubia, encrespada y retorcida, la cual le daba un aire muy pintoresco.

—¡Qué monada! —volvió a decir Pérez Bonalde—. ¡Si me dan ganas de restregársela!

—¡Déjate de locuras! ¡Vamonos!

—Pues no puedo resistir a la tentación, Jacinto.

Se lanzó contra el francés y con ambas manos le restregó la barba. El francés, primero sorprendido y después encolerizado, prorrumpió en frases de indignación. Comenzaba a enterarse la gente, y Gutiérrez-Coll, a la vez que contenía la risa, apeló al supremo recurso de tales casos. Por detrás de Pérez Bonalde, con gran serenidad, hizo una seña al francés. Se golpeó tres veces la sien con el índice doblado y luego hizo un gesto de ¿qué le vamos a hacer? No hubo necesidad de repetir la transmisión. El agredido comprendió y desapareció a toda velocidad. Momentos después en la terraza de un café, Pérez Bonalde reía de la aventura con su reír franco y estruendoso.»



Cuéntase de Pérez Bonalde, que en una travesía de España a Inglaterra, varios compañeros de viaje le exigieron que recitara su magistral versión de *El Cuervo*, de Edgar Allan Poe. Iba entre los del grupo un inglés de porte aristocrático y de corteses modales. Cuando terminó el poeta venezolano la recitación, hubo de preguntarle:

—Usted estaba recitando *El Cuervo*, ¿no es verdad?

—Sí, le contestó. ¿Sabe usted español?

—No, pero adiviné por la música de los versos que era el

poema de Poe; no es preciso tampoco saber castellano para entenderlo.

Se trataba nada menos que de Sir Henry Irving, el trágico eminente.

Santiago Pérez Triana, en su notable obra *De Bogotá al Atlántico*, alude a Pérez Bonalde, «hombre de actividades múltiples y de versatilidad maravillosa; poeta de corazón, artista de sentimientos clásicos, vivía perennemente en una especie de Olimpo, en donde habitaban las deidades de la poesía, de la belleza y del amor. Hablaba ocho idiomas con tal perfección, que al escucharle aquellos para quienes cada uno de ellos según el caso era lengua nativa, creía conversar con una patriota. Sus versos son reconocidos como de poeta genuino, vaciados en molde clásico. Hay en ellos, ora relámpagos en que brilla la luz del cielo de Grecia, ora notas de tristeza que parecen ecos remotos de la lira de Dante, ora esas vaguedades y melancolías indefinidas peculiares de los poetas alemanes y escandinavos. A más de esto, era escritor de prosa elocuente, robusta y frondosa. Mas no se crea que aquí paraban sus habilidades; pues sentado al piano, sabía arrancarle a ese instrumento melodiosísimos acordes, y ejecutaba en él, con igual facilidad y siempre con profundo sentimiento artístico, ya una sonata de Beethoven, ya una fuga de Bach, ya una danza cubana, o un canto netamente hispanoamericano. Con el pincel había logrado demostrar gran talento en algunos pequeños cuadros y acuarelas pintados en sus ratos de ocio. Para cerrar la enumeración de sus habilidades artísticas, debe hacerse mención de que era un admirable conicero ecléctico y cosmopolita, que con igual acierto preparaba un arroz a la valenciana, una «matelotte» de anguila, como aquella en que se complacía Alejandro Dumas, ya un manjar de alta cocina, ya un plato humilde de su país, como unas «caraotas» fritas y un sancocho de gallina. Item más: con la pistola o el rifle en la mano, tenía una puntería certera, que le era vedado por los dueños de los establecimientos respectivos, que ya le conocían, entrar en competencia en aquellos casos en que el vencedor se le adjudicaba

un premio en dinero y como floretista, no tiene rival conocido en toda la isla de Manhattan.»

También Pérez Triana refiere que en un café de Nueva York solían reunirse, junto con él, José Martín, Pérez Bonalde y Roberto de Narváez. Casi todas las noches una muchacha de veinte a veinticinco años, bella y graciosa, iba a ofrecerles por bajo precio ramilletes de flores. Acompañaba generalmente a la florista una hermana suya, como de quince o dieciséis años. Aunque ya había puesto en almoneda sus encantos la linda ramilleteera, cuidaba con solicitud de los de la niña. El azar los había dispersado: Pérez Bonalde partióse para Rusia a cumplir una comisión de la casa comercial en donde era empleado: Martín, consecuente con su generoso empeño de poner por obra la libertad de Cuba, asimismo se hallaba ausente, como Pérez Triana. Sólo allí permanecía Narváez. Al cabo de dos años volvieron a reunirse en el mismo café y a la misma hora, sin que faltase ninguno de ellos. Acercóse también a la reunión la menor de las floristas; y como notasen por su aspecto que había caído, el último de los escritores nombrados, movido a piedad, requirió pluma y papel para trasladar sobre el mármol de la mesa este madrigal, lleno de indecible ternura:

*De tu virtud e inocencia
dime, florista, ¿qué hiciste?
Bien lo dice tu presencia:
eran flores, las vendiste (1).*

Los últimos años de Pérez Bonalde transcurrieron en el abandono y la miseria; a él le viene que ni de molde la frase atribuida a nuestro Andrés Bello: «Venezuela, madre de extraños y madrastra de sus propios hijos.» Uno de los colombia-

(1) Aunque la redondilla no es propiamente de Pérez Bonalde, no ha faltado quien a él se la atribuya; la incluimos en este recuento anecdótico para esclarecer el punto y para que, aun cuando sea de Roberto Narváez, santafereño, poeta de sensibilidad exquisita, uno de los primeros traductores de Carducci en América y secretario que fué de la legación de Colombia en los Estados Unidos, se deje aquí constancia de que la minúscula joya es digna de cualquiera de los dos eximios poetas.

nos de mayor talento que nos han visitado, el fogoso periodista de combate Juan de Dios Uribe, narra en el prólogo a las *Possias Originales y Traducciones Poéticas* de Antonio José Restrepo cómo conoció a Pérez Bonalde en los Estados Unidos, y cómo hubo de estrecharse más su amistad con él en Venezuela. Hombres de mundo los dos, estaban de acuerdo en echar a la existencia un poco más de vino que de lágrimas y, para el efecto, instalábase a conversar largo y tendido en una botillería situada en el Puente de Hierro, o en otro lugar propicio a los esparcimientos espirituales y espirituosos. Aunque ya no hacía versos, acaso por desdén, por desilusión o por abandono, Pérez Bonalde gustaba de recitar sus magistrales composiciones y de hacer recuento de sus largos viajes.

Fué el cantor de *Vuelta a la Patria*, según se anotó, trotamundos empedernido, y poseyó, como pocos, el don de lenguas, a tal punto que, náufrago en las costas escandinavas, según el testimonio de un su amigo, aprendió el danés mientras aguarda otro buque, o se le secaba la ropa.

Cuando en el ya desaparecido café de «El Comercio», se congregaban jóvenes exaltados en los últimos acontecimientos políticos de 1892, Pérez Bonalde, para quien siempre estuvieron expeditas las rutas del destierro, en un rincón a solas meditaba y callaba.

El poeta y periodista Manuel Pimentel Coronel fué osado a interrumpir tan filosófico silencio:

—Que quiero irme —le contestó con un acento entremezclado de tristeza y de fastidio—. Que la parodia de lo grande me corre; que el ridículo me asedia.

Otro colombiano, el poeta y escritor Alirio Díaz Guerra, en su libro *Diez años en Venezuela*, relata que después de una comida de carácter íntimo, la cual terminó a la una de la

madrugada, fué a acompañar a Pérez Bonalde a su casa de habitación, sita en el barrio de La Trinidad. Cuando llegaron al templo de Las Mercedes, en el silencio de la hora y bajo el resplandor de la luna, subieron las escalinatas del atrio, en el centro del cual destacábase la figura procerosa de Pérez Bonalde.

—Vuelvo a sentirme hombre —le dijo— al respirar este aire y al recibir la ráfaga de afecto de tantos corazones hermanos míos; con ello cobro nuevas fuerzas: las necesito, porque quiero todavía hacer frente al dolor que me está asesinando.

Y exclamó, puestos los ojos en la altura:

*Flor se llamaba: flor era ella,
flor de los valles en una palma,
flor de los cielos en una estrella,
flor de mi vida, flor de mi alma.*

Un sollozo convulsivo ahogó la última palabra de la estrofa, y sacudió Pérez Bonalde la cabeza como de quien quisiese alejar de sí una visión fatídica.

—No sabes—añadió el poeta—cuán largo y rudo ha sido el calvario de mi vida. Cómo he llegado a la cumbre sin desfallecer, no me lo explico; quizás en alas de mis quimeras. Yo, que nací para soñar, para rendir culto a la belleza, para destilar mi corazón en estrofas, para vivir de rodillas y en el silencio del camposanto de mis dolores, tuve que subir también, impulsado por la necesidad, otro calvario no menos desesperante: el del ridículo. En éste se hicieron más dolorosas las heridas que sangran en mi alma; y, sin embargo, tenía que reír ante el espectáculo de verme editando en Nueva York el Almanaque de Lanman y Kemp, para ensalzar las excelencias olorosas del Agua Florida y las Píldoras Catárticas de Bristol.

La entrada triunfante de la Revolución Legalista en Caracas, por octubre de 1892, coincidió con la muerte de Juan Antonio Pérez Bonalde, acaecida el 4 de ese mes en las costas ribereñas del Caribe.

Murió de cara al mar cerúleo, tantas veces surcado y can-

tado por él. Es fama que el altísimo poeta ,después de haber puesto en inimitables estrofas castellanas *El Cuervo*, de Edgar Allan Poe, quiso poner en igual forma *Las Campanas*, del mismo atormentado autor, y que daba largos paseos, al amparo de las sombras nocturnas, recitando versos, por los malecones, a voz en cuello, acaso en busca del ritmo estelar que Pitágoras oía.

No faltó quien lo diputase por loco.

En razón de lo anómalo de las circunstancias, la muerte de Pérez Bonalde pasó punto menos que inadvertida. En hombros de humildes pescadores y de hombres del pueblo fué conducida la urna de tosco pino al cementerio de La Guaira, donde permaneció hasta el año de 1903, en que la juventud literaria de entonces trasladó sus restos a la necrópolis de la ciudad donde se mecía su cuna.

Sobre la tumba del poeta, la mano de la piedad colocó una lápida y en ella esta inscripción sencilla:

*Envidiad, ¡oh, mortales,
al poeta infeliz, después de muerto!*

Ulteriormente, el Congreso de la República acordó a Pérez Bonalde los honores del Panteón Nacional; sus restos reposan en el augusto recinto desde el día 14 de febrero de 1946.

Cedemos a la tentación de insertar aquí los últimos versos que escribió Pérez Bonalde, con el título de

HOJAS SECAS

*¡Cuán cortos los días
del reino estival!
¡Cuán breves las horas
de amor y lealtad!*

*Huyeron las brisas
del cielo de abril;
volaron los sueños
del pecho infeliz.*

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

*Y vuelven los soplos
del tiempo otoñal;
ya vuelven los fríos
del alma sin paz.*

*Emigran las aves
del fresco vergel;
ya el alma abandonan
anhelos y fe.*

*Al árbol sus hojas
el viento arrancó;
la duda sus dichas
robó al corazón...*

.....
*¡Adiós, primavera,
verano gentil!
¡Adiós, esperanza,
del pecho infeliz!*

.....
*¡Ya viene el invierno,
callado y glacial;
ya viene la muerte,
ya viene la paz!*

Mal se avenía la miseria corpórea con la vivacidad del ingenio. A él parece dedicada esta frase de un cronista español contemporáneo sobre el hijo de Arezzo, a quien llamó el gran burlón de las andanzas tristes. En efecto, José María Núñez de Cáceres supo reírse de todo y de sí mismo; encarnó, mejor que otro alguno, entre nuestros hombres de pluma, el tipo aretinesco, llevado al culmen del más desconcertante cinismo.

Hijo del famoso abogado Núñez de Cáceres, oriundo de Santo Domingo, él supo llevar con honra el nombre ilustre. J. M. Núñez de Cáceres nació en Maracaibo hacia 1822.

Juan Ignacio de Armas nos dejó este retrato del escritor prolijo:

«Tiene por cuerpo un haz de nervios, por ojos dos saetas atravesadas en los vidrios de los espejuelos, y por cráneo el calderón del diablo, como una fragua incesante de donde salieran a un tiempo máquinas, juguetes, telas, cañones y cristales. Cualquier edad puede artibuirsele, desde los veinticinco hasta los sesenta años; cualquier ocupación le es propia, desde el retozo infantil hasta la abstracción completa de todo objeto externo; cualquier tono le cuadra, desde el más austero, que usa en sus pasatiempos literarios, hasta el más gracioso, que revela en los mismos temas y ejecuciones de sus gramáticas; cualquier faz que se busque se encuentra en su abrumadora erudición, desde el carácter helénico que es su base, hasta el alemán que es su cúspide, sin que nunca deje de ser esencialmente criollo; cualquier doctrina puede beberse en sus escritos, desde la filosofía cristiana hasta la estoica.»

Núñez de Cáceres cursó en la Universidad Central los estudios de Jurisprudencia y completó los literarios en Alemania, donde recibió el grado de doctor en Filosofía por la Universidad de Hulle. Dedicóse luego al aprendizaje de los idiomas, hasta poseer el griego, el latín y el hebreo, entre las lenguas muertas; y el francés, el inglés, el alemán, el italiano y el portugués, entre las lenguas vivas. Fué profesor de ellas en distintos institutos venezolanos, así como en Nueva York y Filadelfia. Imprimió textos de enseñanza de grande utilidad para la adquisición de los conocimientos idiomáticos.

Nuestro compatriota viajó por Italia, Francia, Rusia, Inglaterra, Holanda, Grecia, Palestina, el Norte de Africa, Moldavia, Turquía y los Estados Unidos.

Un prodigio la memoria de Núñez de Cáceres; su fecunda y su facundia, inexhaustas. Compuso mil sonetos *A Petrona*, mediocres los más, por de contado; escribió tres poemas con el título de *Las Ruinas*, *La Cachurriada* o *Las Metamorfosis de Ovidio* y *La Venezoliada*. El segundo, que consta de cinco mil octavas reales, es una sátira terrible contra el estado político y social de las naciones hispanoparlantes. Dejó, además, un volumen de *Pensamientos sueltos*, entre los cuales pueden leerse los siguientes, cogidos al azar: «En Venezuela, el que no se vuelve loco es porque no tiene juicio.» «Los hombres persiguen al talento por envidia, y a la virtud por celos.» «La

Constitución de Venezuela ha sido con frecuencia como los guantes que no vienen bien a todas las manos, sino a las que les conviene.» «La Historia es una vieja sempiterna que marcha constantemente a su juventud.» «El principio verdadero a que tienden los fines políticos de Venezuela es éste: sacar cosas de todos los casos y no hacer caso de todas las cosas.» «Hay dos países en que sólo se vive de glorias: el cielo y Venezuela.» «Tan imposible es adular de balde como amar sin interés.» «Venezuela es una caja de Pandora sin fondo y sin fondos.» «Todos los tiranos son de cualquier modo víctimas del porvenir, y verdugos de sí mismos.» «La verdad y la honradez son los más grandes inconvenientes de los intereses.» «En Venezuela hemos llegado a no tener de la esperanza ni el cabo. Al fin llegaremos en Venezuela al cabo de la buena esperanza.» «El mundo es demasiado bueno, si fuera obra del diablo; mas, como obra de Dios, es demasiado malo.» «Venezuela es el país donde hay menos cabezas propias para pensar, y más juicios ajenos que seguir.» «Los políticos no tienen palabra de honor, por más que sean ellos los que tengan el honor de la palabra.» «Al fin no tendremos en Venezuela ni en dónde tener lo que tenemos.» «En la mayor parte de los venezolanos, la vida privada no es otra cosa, sino la privación de los bienes de la vida.» «En Venezuela es mucho y con frecuencia demasiado lo que se quiere; y con frecuencia poco, o siempre nada, lo que se puede.»

Núñez de Cáceres era calígrafo notable; en la uña del pulgar escribía el Padre Nuestro.

Era también pintor, y esa vez lo fué de brocha gorda.

Por diciembre, ordena la Prefectura del Distrito Federal que los propietarios pinten los frentes de sus casas, so pena de multa. Núñez de Cáceres se dió a pintar la que habitaba, en persona.

Una mañana llevó a Pedro-Emilio Coll para que la viera.

—¿Qué te parece?

—¡Magnífico!

—¿Crees tú que la obra está concluída del todo? Pues ahora falta que venga un granuja, y, con carbón, escriba una palabrota, o pinte una figura obscena.

Era Núñez de Cáceres, además, como dicho queda, consumado polígloto. Puso sus vastos conocimientos al servicio de la instrucción pública. Fué por mucho tiempo catedrático de lenguas en el colegio «Santa María». Fué también grande amigo del licenciado Avelado, y refiriéndose a su religioso fervor, dijo a cierto colega, en son de burla:

—Avelado cree que yo creo que él cree.

A fuero de literato consciente, Núñez de Cáceres amaba los libros, pero con ese modo suyo de llevar las cosas más serias de la vida a zumba y vaya, compuso el siguiente epigrama sobre el verso del poeta latino: «Habent sua fata libelli»:

*Un libro filosofal
escribió Tomás Escoba,
y a razón de a real la arroba
detalló el original
Tuvo suerte tan fatal
el filosófico escrito,
que un posadero maldito
que fué quien lo remató,
al punto lo destinó
a envolver pescado frito.*

Para optar al grado de bachiller se requería entonces el certificado de suficiencia en dos idiomas vivos y dos muertos.

Como a un estudiante le faltara alguno, se dirigió tímidamente al antiguo profesor, a fin de que tal falsedad la autorizase con su firma. Le ofreció determinada suma.

—No tenga ningún temor—le dijo Núñez de Cáceres—. Si me paga el doble, le firmo en sánscrito la boleta de curso.

Varias jóvenes pizpiretas quisieron tomarle el pelo a Núñez de Cáceres, porque se lo teñía.

—Me pinto las canas—les advirtió—. porque estoy en un país donde no se las respeta.

En uno de sus libros escribió Núñez de Cáceres:

«Cuando los nobles y los ricos aceptan esos obsequios con que solemos adularlos en casa, si no dicen con el verso antiguo:

*Si ves un pobre a la mesa,
con un rico en compañía,
o el rico le debe al pobre,
o es del pobre la comida,*

si dicen sin duda: una cosa es que uno vaya al excusado, y otra cosa es que el excusado venga a casa de uno.»

Pocos políticos en España gozaron de mayor popularidad que Manuel Ruiz Zorrilla, cuya es la frase: «Los españoles, o son católicos, o son racionalistas. Los católicos lo esperan todo del milagro. Los racionalistas todo lo esperan de la Lotería Nacional».

Dijo Montesquieu que las monarquías se fundaban sobre el honor y las repúblicas sobre la virtud. Y el fervoroso demócrata progresista obtuvo enorme prestigio por la virtud de sus ideas, por el amor entrañable que les profesó y por la sencillez oratoria con que las expuso.

Se hallaba Ruiz Zorrilla desterrado en París hacia 1888. Su casa era la casa de todos los compañeros en la adversidad, pues era asimismo generoso y cordial. A su retrato le daban culto y le hacían rogativas muchos correligionarios. En poco estuvo que en ídolo se convirtiera.

En el banquete que los republicanos españoles ofrecieronle en París, se invitó a los venezolanos Gutiérrez-Coll y Núñez de Cáceres, quien se puso en pie con insólita extrañeza del polí-

tico y del concurso, y a la hora del champaña pronunció el siguiente brindis:

—¡Levanto mi copa y brindo por don José Zorrilla, el autor de *Don Juan Tenorio!*

Cuando el general Antonio Guzmán Blanco fundó en Caracas el observatorio astronómico que lleva el nombre ilustre de Cajigal, trajo al francés Martín de Saint Etienne para que se encargase del manejo de los aparatos y de las observaciones consiguientes.

El astrónomo, que también era gastrónomo, hizo muy buenas migas con el doctor Núñez de Cáceres y frecuentemente con él almorzaba.

En una oportunidad Saint Etienne le planteó este problema:

—Dígame, doctor, ¿cuánto tiempo gastaría un hombre para venir desde la estrella Sirio hasta nosotros, si caminara un millón de leguas por segundo?

Tras breve meditación, le contestó así Núñez de Cáceres:

—Si el hombre que viene de Sirio es usted, le aseguro que en saliendo de allá a las once y media, llegaría a las doce meridian en punto a almorzar conmigo.

Con esta receta del anfitrión, el astrónomo francés no portó más por la casa del escritor mordaz.

Al progreso intelectual de Venezuela pocos extranjeros coadyuvaron tanto como el profesor Adolfo Ernst, quien nació en Alemania el año de 1832. Era doctor en Filosofía de la Universidad de Leipzig. Hombre científico de profundos conocimientos, recién llegado al país se dió con ahinco al estudio de sus orígenes, su historia natural, sus anales políticos; y, en resolución, cuanto constituye su grandeza, la cual evidenció ante el mundo con luminosas publicaciones, hechas en diferentes idiomas. La bibliografía suya es por demás extensa y variada. Catedrático eminente, a él le cupo la honra de regentar la asignatura de Ciencias Naturales en la Universidad Central,

a cuyo servicio estuvo por más de treinta y ocho años. En ella abrevó, como en fuente inagotable, toda una generación de pensadores, los cuales riñeron rudas batallas por el imperio de las nuevas doctrinas. Fué director del Museo Nacional, donde, no ya se limitó a conservar las colecciones donadas por el integérrimo doctor José María Vargas, sino que las aumentó con objetos de gran valor. Prestó a la antigua biblioteca de la Universidad el inestimable servicio de formar el primero de sus catálogos metódicos. Fué el primero, asimismo, en divulgar en el país la teoría de Carlos Darwin.

Aunque no hablaba el castellano con soltura, Ernst, en cambio, lo escribía con ella y no sin elegancia, de lo cual dan fe muchos de los artículos del sabio.

En cierta oportunidad, dirigió una pregunta a un discípulo, y como éste contestase una barrabasada, le insinuó con sonrisa maliciosa:

—Esos disparates no se dicen aquí, sino enfrente—señalándole el Congreso.

Entre los números del programa para celebrar la fecha del primer centenario del nacimiento del Libertador, figuró el de la fundación de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española.

Llevóse a efecto el acto el día 27 de julio de 1883. Pronunció el discurso inaugural don Antonio Guzmán Blanco, a la sazón presidente de la República y director del docto cuerpo.

Versó el discurso de referencia sobre «el origen del habla de nuestra madre patria, sus transformaciones y adelantos, sus actuales excelencias, sus futuras mejoras, y, en conclusión, su literatura, de que es hija la nuestra, con ciertas modificaciones de colorido y forma».

El general Guzmán Blanco se juzgaba omniscio y en todo se metía, pero esta vez «metió la pata», como se dice en jergonza caraqueña, pues trató de sustentar la tesis de que los versos castellanos se miden por pies, como los latinos. Su contrincante, don Felipe Tejera, sostuvo que se miden por sílabas.

Hubo discusión enzarzada: don Julio Calcaño intervino en

ella, a favor del «Ilustre». Se apeló al testimonio de Ernst director de la Biblioteca Nacional para entonces.

Uno de los escritores que terciaron en el debate se encaminó a ella, con el fin de que se le suministrara un libro que viniese en corroboración del aserto de Guzmán Blanco:

—¿Tiene usted alguno, por casualidad?—preguntó a Ernst.

—¡Magnífico!, por cierto.

—¿Puede usted facilitármelo?

—Con el mayor gusto.

Al poco rato se presentó Ernst con el discurso de marras.

Auténtica joya floral del valle de Caracas, en el centro de la urbe yergue sus ramazones la mayestática Ceiba de San Francisco. No faltó quien dijese que merecía figurar en los cuarteles del escudo de la ciudad. Una vez, cuando pensaron derribar la Ceiba, so pretexto de que sus raíces se alimentaban con los despojos mortales de un ya clausurado cementerio vecino, y de que al prolongarse por el subsuelo ponían en peligro la fachada de la iglesia de San Francisco, fué el sabio naturalista Adolfo Ernst quien tomó para sí la defensa del procero árbol. Conocida es la anécdota. Como le pidiesen consejos sobre el particular, contestó con seriedad un tanto irónica:

—El remedio está claro: como la Ceiba es sagrada, hay que tumbar el templo y reconstruirlo en otra parte.

El doctor Francisco de Paula Alamo, director de la Junta de Acimatación, pidió prestado al doctor Adolfo Ernst un martillo que utilizaba en la biblioteca de la Universidad de Caracas.

Como pasasen algunos días sin que le fuese devuelto, el doctor Ernst llamó a uno de los bebedes para darle este encargo:

—Lira, hágame el favor de ir a la Junta de Aclimatación y dígame al doctor Alamo que no «me aclimate» más mi mar-tiño.

Siempre se distinguió la juventud universitaria por su espíritu de oposición, de rebeldía e independencia. Estaba Guzmán Blanco en todo su apogeo, cuando acertó a pasar por el frente de la Universidad Central; hubo silbatina y algarada; y él, sin inmutarse en apariencia, pero herido a fondo en su vanidad, se encaró con el grupo:

—¡Yo también fui estudiante!

Cierto día atravesaba el general Joaquín Crespo, a la sazón presidente de la República, la antigua Plaza de la Ley, que hoy no existe, por obra y gracia de la barbarie, sita entre la Universidad y el Palacio Legislativo. Y una reunión de estudiantes, en las puertas del recinto universitario, le hizo objeto de una rechifla acompañada de calificativos por demás irrespetuosos.

Imperturbable, como si marchara bajo el plomo y el silbido de las balas, siguió calle adelante el caudillo. Y a las repetidas insinuaciones de Anfiloquio Level, por entonces gobernador del Distrito Federal y quien esa vez le acompañaba, de que le diera órdenes para reprimir la escandalosa actitud de la turba estudiantil, contestó con laconismo:

—No se preocupe, que ya tengo mi resolución tomada en el asunto.

Calló Level, comprendiendo que el presidente no deseaba hablar más sobre lo sucedido. Pero, llegado que hubieron a Santa Inés, en el momento de despedirse, se dirigió al general Crespo, sugiriéndole:

—General, espero sus instrucciones sobre el caso de los estudiantes.

Y el caudillo, grave y sereno, como de costumbre, dió por toda respuesta:

—Ah, sí, no me acordaba... Ya tengo hecha mi resolución: no paso por la Universidad más nunca.

El año 1892, antes de entrar el general Joaquín Crespo victorioso en Caracas, pasó revista a sus tropas, las cuales venían empapadas por la lluvia torrencial que cayó durante tres días consecutivos. Echó de ver que los músicos venían a pie, porque escaseaban las cabalgaduras.

Crespo dió la orden de que se apeasen de los caballos los coroneles y los capitanes, añadiendo:

—Coroneles y capitanes los hago yo todos los días, pero un músico cada cien años.

Un periodista colombiano escribió una hoja volante contra el general Joaquín Crespo, que a la sazón desempeñaba la presidencia de la República. Al cabo de algún tiempo solicitó una audiencia, que le fué concedida.

Ya en Santa Inés, entonces residencia presidencial, el periodista se deshizo en genuflexiones y zalemas.

—¿A qué se debe la honra de verlo en esta casa?

—General: ha sido una de las grandes aspiraciones de mi vida la de conocerlo personalmente; y como abrigo el propósito de fundar un diario político en Caracas para defender incondicionalmente su gobierno, desearía contar de antemano con su aprobación y apoyo.

Crespo se lo quedó mirando fijamente y le hizo esta pregunta a rajatabla:

—¿Es usted escritor?

—A esa profesión me dediqué desde muy joven y creo haber corrido con buena suerte; mi pluma siempre ha estado al servicio de toda causa noble y justa.

—Lo celebro muy de veras y en lo que me crea útil puede contar conmigo.

—Cualquiera indicación que me haga, o cualquier deseo suyo, constituye un mandato para mí; haré lo que tenga por conveniente ordenarme.

—Gracias, muchas gracias; pero antes deseo exigirle que me dé su nombre y apellido: son tantas las personas que me piden audiencia, que es muy difícil para mí recordarlas después por sus nombres,

El periodista, en el colmo del azoramiento, vaciló en dar el suyo: era hombre perdido.

Y sacando Crespo de una de las faltriqueras la hoja que había hecho buscar en el archivo, la dobló cuidadosamente y la puso en manos de su interlocutor, añadiendo:

—Señor mío—le intimó Crespo con severidad—, no estamos aquí para perder tiempo: es lo que deseo y mando; sé que usted sabe de memoria su escrito; eso no tiene gracia para mí. Lo que le exijo es que lo lea de modo que pueda oírlo yo muy bien, con la entonación necesaria, a fin de no perder ni una sílaba siquiera.

Hecho una estatua quedó el presunto periodista.

Concluida la lectura, dijo Crespo:

—Supongo que usted recordará por qué puerta entró: puede salir por la misma.

En compañía del general Joaquín Crespo, a la sazón presidente de la República, iba paseando en coche por las calles de Caracas el doctor Alberto Smith, amigo suyo.

A pleno pulmón un granuja gritaba:

—¡El último robo del general Crespo!

Inquirió de su acompañante el aludido:

—¿Que es lo que están pregonando?

—Cosas para usted muy desagradables.

—Pero dígame con toda franqueza, ¿qué es lo que pregonan?

—¡El último robo del general Crespo!

—Smith, y ¿quién le habrá dicho a esta gente que va a ser el último?

El general Joaquín Crespo, hijo de humilde cuna y de auténtica austeridad republicana, concedía frecuentemente audiencias de carácter privado. Solicitó una de ellas, en 1893, el general Cipriano Castro, quien antes se tuvo por amigo de Crespo y ahora no lo era. El solicitante, al verlo, se adelantó para darle un abrazo; Crespo lo rechazó con varonil franqueza:

—Usted ha pedido una audiencia al presidente de la República, y aquí estoy para oírle; pero usted no puede abrazar a Joaquín Crespo, porque Joaquín Crespo no es ya su amigo.

Al discurrir del tiempo, hacia 1895, se recibió una carta conminatoria y amenazante de Castro, en la cual le hacía graves cargos al Gobierno por el asunto de límites con la Guayana inglesa. Comentábase el documento, y José Ramón Núñez, secretario del presidente, le preguntó:

—¿Qué contestamos, general?

Y el guerrero, imperturbable, respondió con toda serenidad:

—Dígale que para el consejo es demasiado tarde y para la amenaza demasiado temprano.

Refiere Key-Ayala, con la veracidad que le caracteriza, la siguiente anécdota del general Joaquín Crespo:

«Cuando el debate electoral que dió la presidencia de la República al general Ignacio Andrade, candidato de Crespo, las candidaturas francamente anticrepistas pidieron autorización para celebrar una gran reunión pública. Accedió el Gobierno con ciertas restricciones. Se estableció una especie de trocha militar que dividió a Caracas en dos porciones: una al Oriente; la otra al Occidente. La occidental quedó como territorio vedado a los manifestantes. Por medio de retenes en las bocacalles se trazó la línea divisoria de las dos porciones a lo largo de la calle Norte-sur 1. El centro de la ciudad, donde estaban los principales sitios públicos, quedó prácticamente desierto a la hora de la asamblea. La Plaza de la Misericordia y sus calles adyacentes fueron el campo de la manifestación. Hubo despliegue de banderas y discursos. Todo pasó en buen orden.

«Los amigos de Crespo habían acudido a Santa Inés para rodear a su jefe. Crespo les despidió con buenas palabras.

«—Váyanse ustedes más bien a la Plaza de la Misericordia. Vean todo y regresen a contarme. Quiero saber la verdad.

«Al gobernador, en especial, lo encargó de apreciar el valor

de la manifestación. Cuando regresaron trajeron las mejores noticias.

«—Aquello no vale nada. Unos cuantos muchachos.

«—Estudiantes, bulla, gritería.

«En resumen, «cuatro gatos»; los famosos cuatro gatos que salvan el honor de las más pobres concurrencias.

«Crespo oyó con mucha calma. Después dijo:

«—Pues no. Yo también, después de ustedes, salí en un coche a ver la manifestación. Allí estaba todo Caracas. Y sepan que no estaban por amor a Rojas Paúl, ni a Hernández. Estaban por odio a mí.

«Acertaba tan sólo en parte el caudillo. Se había hecho del todo impopular; mas, todo no era odio a su persona. Había la aspiración a las prácticas civiles que había prometido la revolución legalista y que el gobierno de Crespo había burlado. La opinión no se satisfacía con la libertad relativa de la prensa, ni con el vacío de las cárceles públicas. Pedía honradez en el manejo de los intereses públicos; pedía honradez en las elecciones. Se alzaba contra la comedia que iba a rematar en la imposición del candidato oficial. El odio tremendo, irconciliable, vendría después de la jornada del 1.º de septiembre de 1898, y se desbordaría en Caracas la noticia de la Mata Carmelera!»

Un individuo llamó por el teléfono y atinó a hablar con Nina Crespo, distinguida pintora y nieta del prócer:

—¿Hablo con la casa del general Perfecto Crespo?

—No, señor: el único general Crespo, perfecto, murió en La Carmelera el año 1898.

De todos los Papas que se han sentado en la silla gestatoria, uno de los pocos que estuvieron en la América del Sur fué Pío IX, cuando era cura de menor cuantía y se llamaba el conde de Mastei Ferretti. Residió en la República Argentina—donde Rivadavia lo trató de la peor manera—, en el Perú, en Colombia y Venezuela, de paso por La Guaira.

Cuando el ilustrísimo señor Silvestre Guevara y Lira, a la

sazón arzobispo de Caracas y Venezuela, estuvo en Roma, le llevó a Pío IX un regalo de los fieles de la Arquidiócesis caraqueña, consistente en apreciable suma de dinero.

Pío IX recibió el donativo con demostraciones de júbilo y recordó a Venezuela con cariño.

Entre los obsequios iba uno enviado por Josefa Barceló, el cual simulaba un diminuto árbol de cuyas ramas pendían monedas de oro, como si fuesen frutas.

—¡Qué bello árbol produce Venezuela! Si da frecuentemente «esas frutas», mándeme semillas para sembrarlas en el Vaticano.

Supo el doctor Federico Urbano adunar mucha ciencia a jovialidad extremada. Profesor de algunas Cátedras en la Universidad Central, supo también conciliarse el afecto de sus discípulos.

En una ocasión el doctor Diego Bautista Urbaneja se topó con él de manos a boca en los Tribunales:

—Doctor Urbano: yo con su cara de tonto y mi talento, sería presidente de la República.

Pues bien; para las elecciones presidenciales de 1898 a 1902, presentaron su candidatura los generales Ignacio Andrade, José Manuel Hernández, Pedro Arismendi Brito y los doctores Juan Pablo Rojas Paúl y Juan Francisco Castillo.

Andrade era el candidato oficial; Hernández, el popular; Rojas Paúl, muy devoto, contaba con gran parte del clero; Juan Francisco Castillo, hombre de presencia y *galantuomo*; Arismendi Brito, además de general, poeta.

El doctor Urbano hizo la siguiente síntesis ingeniosa:

Para Hernández, las «masas»;

Para Andrade, las «mesas»;

Para Rojas Paúl, las «misas»;

Para Castillo, las «mozas», y

Para Arismendi Brito, las «musas».

En el desempeño de la Jefatura Civil de la parroquia de San Juan se hallaba el coronel Agustín Tirado Medina, hombre de carácter, muerto en mala hora.

Como le impusiese una multa al doctor Urbano, éste, después de satisfacerla, lo despidió de cortés modo:

—Adiós, señor Urbano.

—Mire, amigo, aquí el «urbano» es usted y el «tirado» soy yo.

Cuando el terrible terremoto de 1900, que sumió a Caracas en consternación y duelo, una señora le hizo al doctor Urbano la siguiente pregunta:

—¿Usted cree que repita el temblor?

—No creo, porque no lo han aplaudido.

Por el año de 1894 se reunió el Centro Científico Literario en el local que ocupaba la «Sociedad Amigos del Saber». Vamos a relatar una sesión tumultuosa que allí hubo.

Con los exiguos recursos pecuniarios de que disponía el expresado Centro, se comisionó a Gil Fortoul, Manuel Revenga, y Luis López Méndez, entonces en Europa, a fin de que seleccionasen el mayor número de obras, con el designio de formar una biblioteca, cuya custodia confiaron a Luis M. Urbaneja Achelpohl, uno de los más esforzados fundadores del criollismo.

Refiérese que cuando fueron varios escritores a participarle al general Joaquín Crespo, presidente de la República, la instalación de la Sociedad, éste inquirió con malicia Manera: y ¿cuántos sabios son ustedes?

Una de las conferencias estuvo a cargo de Pedro V. López Fontainés, escritor soporífero.

Tomó la palabra e hizo una exposición prolija que sobremanera cansó al auditorio. Cuando todos estaban en la creencia de que iba a terminar, dijo:

—Estas palabras son la introducción de un trabajo que voy a leerles.

Al punto, Rafael Bolívar, montado en cólera, sacó el revólver del bolsillo y apuntando al orador, gritó:

—¡Si lee, lo mato!

El presbítero Juan Hilario Bosset, caraqueño, llegó a desempeñar el arzobispado de Mérida; y cuando tomó posesión de la Diócesis, se dió cuenta de que eran muy pocos los aspirantes a sacerdotes, en vista de lo cual solicitó niños pobres y humildes para darles instrucción en el Seminario: algunos de ellos ordenáronse. Varios jóvenes quisieron mortificar al obispo con una treta de mal gusto: amarraron un borrico que vagaba por las calles y le colgaron del pescuezo un cartel que decía: «Señor obispo, vengo a que me ordene»; lo condujeron al zaguán del palacio episcopal y tocaron a la puerta, dispuestos a esperar el resultado. En desquite, preparó el obispo un nuevo cartel y con la misma cuerda sustituyó el letrero anterior con otro que rezaba: «Ordeno lo que da la tierra».

Hijo del pueblo y de un humilde pueblo del Estado Aragua, Paulo Emilio Romero (*Paolo*), hubo de señalarse como poeta, periodista, dibujante, escritor de costumbres y autor dramático: en su obra, poco extensa y diseminada, predomina el sello de la espontaneidad. Fundó en Caracas *El Nene*, *El Espectador*, *La Caricatura*, *El Autógrafo* y la *Ilustración Venezolana*, que, aunque de vida fugaz—no pasó del 5.º número—, imprimió, sin embargo, honda huella en la cultura del país y fué parte a revelar las sobresalientes aptitudes de *Paolo*.

Cuando pintor, dejó un buen retrato de Gutenberg y varios paisajes del interior de la República, sobrios de colorido; y cuanto poeta, escribió numerosas composiciones de diversa índole, algunas de las cuales alcanzaron popularidad como *Pétalos sueltos*, y publicó un breve opúsculo en los talleres tipográ-

ficos de «El Cojo», hacia 1883, con el título de *Madrigales y Cantares*.

Paulo Emilio Romero murió anónimamente en Madrid, el 5 de febrero de 1888. Con fecha ulterior se fundó en Caracas la «Sociedad Paolo», integrada por el doctor Doroteo de Armas, presidente; doctor Domingo Alas, vicepresidente; Miguel Eduardo Pardo, secretario, y Enrique García Flores, tesorero. Los animaba el propósito de publicar las obras del poeta, que, por desdicha, no se llevó a efecto.

Paolo era amigo de dar bromas. En la población de Cagua vivía un tendero que siempre se la pasaba en el almacén de bata floja, pantuflos y gorro bordado, del cual pendían tres motas como patriótico símbolo de la bandera nacional, pues una era amarilla, azul la otra y roja la última. De ahí los remoquetes que le colgaron de «Viejo Pabellón» y «El viejo de las tres motas».

Ojeriza mal disimulada cobró *Paolo* al pintoresco personaje. Una vez fué a la tienda y le compró, por irrisoria suma, un muñeco, dos pelotas, una caja de cartón y un metro de cinta; todo lo cual se lo llevó para su casa y devolvióselo al día siguiente con un tarjeta en que escribió estos versos:

*A ti, señor de las «motas»,
distracciones muy remotas
quiero descarte y no peco:
cuando te canse el muñeco,
juega con las dos pelotas.*

El tendero, montado en cólera, fué en busca de *Paolo* para tomar venganza de por sí; pero éste lió los bártulos y cogió el camino de Villa de Cura, a pie y a escape.

Años más tarde, le preguntó Rafael Bolívar:

—¿Cuándo vuelves a Cagua?

—Tan pronto como se vaya el hombre de las motas.

Otro que tal, Rafael Bolívar, conterráneo de *Paolo* y costumbrista de gracia autóctona, autor de dos libros, *Guasa pura* y *Cuentos chicos*, recibió, en el día de sus natales, el telegrama que se copia:

*Recibe, hermano en Apolo,
por la corriente magnética,
la expresión pura y sintética
de mi cariño.—PAOLO.*

El telegrama sirvió de patrón a Rafael Bolívar para que, en igualdad de circunstancias y *mutatis mutandi*, se lo endilgara, a fin de congratularse con él, a cierto presidente de Estado.

César Zumeta llegó a Bogotá, muy joven, cuando estaba en todo su apogeo don Felipe Pérez, quien «en sus campañas periodísticas de *El Relator* fué donde mostró dotes si no de grande estilista, sí de hábil y diestro luchador, que sabía manejar todos los resortes de la prensa moderna, con discreción y decoro, y en ocasiones, con elevada imparcialidad».

Ingresó en dicho periódico Zumeta, bisoño en las labores del diarismo; él, que a más andar, llegó a ser maestro en ellas. Don Felipe le dió el encargo de que pergeñase una reseña, la cual empezó con una descripción prolija de la aurora.

El viejo veterano del periodismo, leyó, y tomando el lápiz del censor, previamente:

—Muy bueno—dijo, y empezó a tachar sin misericordia. Mejor es que lo resuma todo en una sola palabra:

Amanecia.

Fué don Felipe Pérez quien dió a Zumeta la clave de la síntesis: vigor, nervio y elegancia de su pluma.

El 1.º de enero de 1896, el señor Jesús María Herrera Irigoyen, para celebrar el quinto año de la fundación de *El Cojo Ilustrado* con un número de gala, exigió autógrafos a distinguidos literatos, a hombres de ciencia y a cultores de las bellas artes, y como por el orden alfabético le correspondía el último puesto a César Zumeta, sintetizó su pensamiento de modo insuperable:

«*El Cojo Ilustrado* pasa hoy revista a la legión de los llama-

dos; la posteridad le pasará un día al grupo de los elegidos: y dijérase que de entre la brillante desfilada de tantas esperanzas y de tanta noble ambición se oye el clamor del antiguo circo: «¡Oh, tiempo!, los que van a ser olvidados, te saludan!»

Cuando Francisco Linares Alcántara, el hijo, en tiempo de Gómez, tuvo a su cargo la cartera del Ministerio de Relaciones Interiores, nombró a César Zumeta director de la Sección Administrativa; y al doctor Víctor Antonio Zerpa, de ilustre recuerdo, director de la Sección Política, hizo el pronóstico que no tardó en cumplirse:

—Llegó quien va a reemplazarlo.

Tiene fama de indeciso Zumeta. De ahí que se propalase el equívoco:

«Los asuntos con Zumeta no llegan nunca a su meta».

Pero el que vamos a tratar lo resolvió de modo admirable con sus puntos y ribetes de ironía.

Nuncio de Su Santidad lo era Monseñor Carlos Pietropaoli, diplomático de gran argucia que supo granjerarse el aprecio de la «real familia», hasta ser el confesor de ella, y se inmiscuó también en nuestros asuntos políticos, a tal extremo que en la inauguración de un puente proclamó, a voz en cuello, las excelencias del partido liberal; pecado grave, según la Iglesia Católica.

Consiguió para Gómez la Orden Piana, galardón con el cual se propuso echar por tierra la Ley de Patronato Eclesiástico.

A la oficina de Zumeta llegó Laureano Vallenilla Lanz, dependiente por entonces del Departamento como director del Archivo Nacional; y Zumeta, frotándose las manos como tiene por costumbre y con ese rictus suyo en que hay reflejos de puñal florentino:

—Compañero —le dijo—, dispéñeme; ahora no puedo atenderle, porque tengo tres pes encima: la Ley de Patronato, la Ley de Pensiones y la Ley de Penitenciarías.

En ese instante compareció el portero:

—Don César: ¡Monseñor Pietropaoli!

—Esa otra pe no me la pego ni pegándomela.

Pietropaoli delegó, por virtud de las reiteradas negativas, sus facultades en Monseñor Gobbini, secretario de la Nunciatura.

Visitas casi de diario. Evasivas diplomáticas. Saludos cortes. Falencia todo.

Ya cansado Gobbini, amenazó a Zumeta:

—Pierda toda preocupación, señor ministro. Nadie como usted sabe que las relaciones entre la Iglesia y el Estado son eternas.

Cedió Zumeta ante la amenaza y resolvió recibir a Pietropaoli.

Hubo el siguiente canje verbal de ratificaciones:

—Señor ministro: La Santa Sede vería con mucha complacencia que los obispos pertenecientes a la Diócesis venezolana fuesen italianos. Es gente más ilustrada, desde luego, y propendería con la mayor eficacia a la cultura de esta nación carísima.

—Excelentísimo señor: Mi Gobierno aceptaría, asimismo, con la mayor complacencia su proposición; pero, como en todo contrato existe la reciprocidad, vería también con orgullo patriótico que el padre Calixto González ocupara una silla en el Sacro Colegio.

Era el candidato de Zumeta un auténtico abisinio.

¡El Nuncio se tiró de espaldas!

Un día fué César Zumeta a la redacción de *El Nuevo Diario* y le preguntó al portero por Laureano Vallenilla Lanz:

—En este momento está hablando con el doctor Dagnino.

—El dañino es Laureano —atajó Zumeta.

En un automóvil iban sentados Gil Fortoul, Vallenilla Lanz y Zumeta. Gil Fortoul ocupaba el centro, y Zumeta dijo:

—Este es un verdadero «sandwich»: el diablito está en el medio.

Una vez César Zumeta, hablando con unos amigos, comentó este caso curioso:

—El puesto más resonante que yo he tenido fué el de vicecónsul ad honorem en Nueva York. Años más tarde, cuando había perdido ya mi pomposo cargo, recibí una carta con esta dirección: «Señor César Zumeta, ex-vicecónsul *ad honorem* de Venezuela en Nueva York».

Nuestro compatriota añadió, no sin cierta ironía:

—¡La sombra de una sombra!

Quien este relato anecdótico escribe llegó un día a París, muy enfermo, de paso para Vichy, adonde iba a tomar las aguas salutíferas.

César Zumeta estaba al frente de la Legación de Venezuela, y al darle excusas nosotros por no haberle visitado en oportuno tiempo, nos dijo:

—Por mí no se preocupe: yo no soy diplomático de carrera, sino diplomático a la carrera.

A César Zumeta le tocó presidir varias sesiones, por el año de 1930, en su carácter de jefe de la Delegación Venezolana de la Sociedad de las Naciones. Entre los ilustres hombres de Estado que figuraban en el alto cuerpo estaba el gran político y orador francés Aristides Briand, quien para esa época ya comenzaba a dar señales de enfermedad y de fatiga y frecuentemente, durante las reuniones, se quedaba dormido.

Era costumbre de dar a quienes habían presidido el Congreso, al final de cada período, como recuerdo, el martillo de madera con que dirigieron el debate. El día en que se le hizo a Zumeta la entrega formal, Briand con afectuosa ironía, elogió la actuación suya y concluyó diciendo:

—Hay que reconocer que ha hecho un uso muy cuerdo y muy moderado de su pequeño martillo.

A lo que Zumeta respondió de súbito:

—Señor presidente: ha sido por el temor de despertarlo.

Si hubo extranjero que propendiese con ardor y entusiasmo comunicativos a la patria cultura, ese extranjero se llamó Christian F. Witzke.

Un amigo de vivaz ingenio lo definió así: «Un venezolano que nació por equivocación en Dinamarca»; y a fe que dijo la verdad, porque entre la patria de Hamlet, el príncipe de las grandes cavilaciones, y la de Bolívar, el héroe de las grandes acciones, él optó por la segunda.

La comprensión y los conocimientos proficuos de mister Witzke, como se le llamaba familiarmente, lo capacitaron para prestar a nuestro país servicios de mucha entidad; y si ofició por largo tiempo en aras de Mercurio, también solió llevar ofrendas a Clío, musa de la cual fué hierofante fervoroso.

Como se consume el grano de incienso en el turíbulo, así en el alma de Witzke estuvo siempre encendido el culto del Libertador, cuyo nombre pronunciaba con peculiar tono enfático. El contribuyó, con su propio peculio, asimismo, a la fundación del Museo Boliviano, del cual fué el primer director, lo que tuvo por muy señalada honra.

Se hubiese llamado a engaño quien lo juzgara por el porte. No ostante sus barbas bíblicas y su aspecto de Moisés de Miguel Angel, como buen hijo del Norte, el hondón de su espíritu estuvo lleno de candor infantil. Su mano se alargó infinitas veces para socorrer al desvalido, sin alarde alguno. Fué envidiable su bonhomía. De ahí que disfrutase de tanta popularidad entre nosotros.

De continuo anduvo entre papeles empolvados y venerables infolios, a la husma del dato preciso que puntualizó luego en las «Efemérides», forma útil y práctica para la divulgación de nuestros fastos históricos. Una simple frase, exenta de galas retóricas, es bastante a evocar toda una vida, y una fecha con-

signada en la oportunidad, logra las más veces revivir el preterito más que una narración prolija.

Cuando Witzke hizo donación de su biblioteca particular, gentilmente, a la Academia Nacional de la Historia, nos leyó, traducido por él, un pasaje de cierta obra de Bismarck, y el cual trataremos de reconstruir en estos anecdóticos apuntes.

Eusebio Blasco, que escribía con igual corrección el castellano y el francés, solicitó una entrevista del férreo canciller, quien se la concedió de buen grado.

Sabia Bismarck, por experiencia propia, que el licor es enemigo de guardar secretos; por lo cual dió instrucciones al criado suyo para que tuviese descorchada una botella de coñac durante la entrevista.

Aposentados en salón de lujo los dos personajes, hizo el canciller pregunta inesperada:

—¿Cuál cree usted que es la nación más grande del mundo?

El periodista, después de agotar sus conocimientos geográficos, no atinó con ninguna. Y no sin una sardónica sonrisa, dejó escapar el canciller esta sola palabra:

—¡Venezuela!

—¿Y por qué ha de ser Venezuela, canciller, la nación más grande del mundo?

—Porque, a pesar de todos los malos gobiernos que ha padecido, no han logrado acabar con ella.

Terminadas la entrevista y la botella, Blasco se alejó imperturbable, sin dar trastrabilleos.

Bismarck, dirigiéndose al criado:

—El español es un hombre.

La juventud, casi siempre iconoclasta, hace poco tiempo trató de iniciar un movimiento reaccionario contra la generación llamada de *El Cojo Ilustrado*, aquella generación que tanto contribuyó al mayor lustre de Venezuela y entre cuyos supervivientes recordamos los nombres prestigiosos de Eloy G. González, Santiago Key-Ayala, César Zumeta, Pedro César Domínicí, Pedro Manuel Arcaya, José Tadeo Arreaza Calatrava, Leopoldo Landaeta y algunos que se nos escapan voluntariamente, en la rapidez con que pergeñamos estos apuntes, entre

los cuales deslizóse la muerte y consiguió borrar varios nombres —no así de la gloriosa posteridad—, y notamos con dolor que muchos se van, sin tener quienes los reemplacen.

Espíritus generosos, para contrarrestar el movimiento reaccionario, se propusieron rendir público homenaje de simpatía a la mencionada generación. Fué en aquella oportunidad cuando propusimos que se honrase también la memoria de uno de los hombres que, honrándose a sí mismo, honró a la patria: aludimos entonces al señor don Jesús María Herrera Irigoyen, fundador de la pulcra revista.

Respecto a ella ha escrito Key-Ayala:

«En 1881 apareció el número primero de *El Cojo Ilustrado*. No fué entonces sino una publicación de pequeño formato, de cuatro páginas en papel satinado, grabados, «recreaciones» y demás material ameno de interés corriente. Corría con la dirección José María Reina, el interesante poeta bohemio autor de «El Gallo» y «La guerra Castro-francesa». Era una publicación anunciadora, propagandista de la Empresa. Se distribuía gratis.

»En 1891 apareció la histórica revista de *El Cojo Ilustrado*. Su vida pública es bien conocida y puede seguirla en colecciones, cada día más escasas, consultables en nuestras bibliotecas públicas; consulta incompleta a ratos, por los destrozos que lectores vandálicos realizan en los números, subrayando de modo muy elocuente la paradoja de nuestra cultura.

»La dirección literaria de la nueva revista fué confiada a don Manuel Revenga. Se le atribuye más aún la idea inicial de la publicación. Revenga, bien aprovisionado de lectura selecta, con amplias dotes para el buen leer y el bien escribir, de cultura universalizada, tendió más a lector y artista sibarita que a la creación. Aun solía esconder su actividad escritora con la coraza defensiva, el seudónimo, por pensar acaso que aquélla le perjudicaba para otras actividades en las cuales era experto. Por todo esto, la figura cultural de Revenga es conocida muy poco de las generaciones actuales.

»Al parecer, *El Cojo Ilustrado* se encontraba con dos generaciones filosóficas, literarias, políticas y artísticas, en actividad. La más antigua era la llamada de «los académicos», a los cuales no hay que confundir en un grupo de ideas ni de ten-

dencias afines. Eran los sobrevivientes de las viejas luchas; los que de un lado y del otro habían acompañado o combatido el régimen transformador presidido por Guzmán Blanco. Eran los Calcaños, Felipe Tejera, Saluzzo, Heraclio, Guardia, Límardo, Rojas (el Marqués), Rafael Villavicencio, Eduardo Blanco, hombres que habían encontrado su camino en la vida o se habían resignado con lo que les asignó la suerte; de relativa anchura de fortuna, o pobres de vocación, no discutida. A un lado de ellos, soldados sueltos, ilustres francotiradores, Aristides Rojas, Gutiérrez-Coll, Bolet Peraza, Pérez Bonalde. Todos ellos podían considerarse contemporáneos, amigos de Herrera Irigoyen.

»La segunda era la contemporánea y afin de Revenga: Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Romerogarcía, Zumeta, Luis López Méndez, Arturo Michelena, Cristóbal Rojas, Salvador Llamozas, Alejandro Urbaneja, Picón Febres. También estaban enrumbados, aunque no hubiesen alcanzado su nivel definitivo.

»Poco después irrumpe una tercera generación que viene, intelectual y geográficamente de todos los puntos del horizonte, con dos relativas vinculaciones, la edad y la vestidura elástica del modernismo. Estaban muy lejos de haber encontrado su puesto bajo el sol, y pocos habían dado con el rumbo para hallarlo.»

Fué don Felipe Tejera quien dió al señor Herrera Irigoyen el remoquete de «El Tirano», esta vez en sentido cariñoso; y a fe que pocos ejercieron como él tan benignamente la tiranía: la tiranía perfecta del orden. No compartió, por de contado, el pensamiento de su amigo y colaborador Núñez de Cáceres, de que en Venezuela el orden es un desorden de primer orden; antes bien, para el señor Herrera el orden lo fué todo: fué él mismo su personificación. Daba regocijo visitar las oficinas y los talleres de «El Cojo», para admirar su limpieza absoluta y ordenamiento. El vió realizada una de las aspiraciones de San Agustín: «El resplandor del orden».

No era tan fiero el señor Herrera como lo pintaban y se le suponía. Con el designio de desvirtuar en cierto modo la fama de la rigidez de su carácter y para dar pábulo a burlas de buen tono, el director de *El Cojo Ilustrado* mandó hacer un álbum

donde podían, con libertad plena, escribir sus colaboradores todo lo malo que de él pensasen.

José Tadeo Arreaza Calatrava, el poeta, le hizo una caricatura magnífica y puso al pie la leyenda: «El Tirano» rechazando unos versos de Arreaza Calatrava. Nadie pase sin hablar al portero.»

En una página escribió Pedro-Emilio Coll: «Sospecho que el señor Herrera oculta bajo su calva comercial un germen de chifladura literaria; aún más, creo que en el mayor secreto escribe poemas decadentes. Acaso su grande ideal es ser colaborador de *El Cojo Ilustrado*; desgraciadamente, el severo director no quiere aceptarle sus versos... porque son muy malos.»

De Francisco Sales Pérez, el famoso costumbrista, es la siguiente síntesis, en que se refiere a la sonrisa un tanto enigmática del señor Herrera Irigoyen:

*Si ponéis en infusión
una libra de quinina,
un caribe, un escorpión,
una garra de león,
un colmillo de pantera,
y un frasco de aji chirel,
la suegra más dura y fiera,
tendréis un retrato fiel
de la sonrisa de Herrera.*

Escribió Alejandro Fernández García lo que se copia: «Este álbum es una nueva demostración de la vanidad de Herrera Irigoyen, quien, cansado como las viejas coquetas del rumor de las alabanzas, quiere escuchar ahora la voluptuosa acrimonia de los dicerios.»

Son del gran satírico Víctor M. Racamonde estos versos:

*¿Manso usted? Oiga usted: váyase a China,
y si al volver de la primera esquina
el primer Li-Hun-Chang, uno cualquiera,
no exclama al ver su gesto
(exclamación en chino, por supuesto):
—Este hombre debe ser una pantera,
un calabrés ladino,
diré, señor Herrera,
que es un imbécil Li-Hun-Chang el chino.*

Y de Maximiliano Guevara :

*Me parece que hay mucho de ensañamiento,
tratándose de un pobre del pensamiento,
pues el "inofensivo" señor Herrera,
que está inutilizado por la cojera
literaria, y camina tras los poetas
midiendo las estrofas con sus muletas;
y hace lo que los otros, sin ser tan malo,
a todo el que se burla le tira un palo.*

Un joven completamente anónimo se presentó en la redacción de *El Cojo Ilustrado*, con un artículo para que lo publicasen.

—¿Y quién lo recomienda a usted?—preguntó el señor Herrera Irigoyen.

—El que firma.

Con detenimiento leyó el artículo el señor Herrera Irigoyen; lo halló bien escrito y, para los efectos de la publicación, ordenó el pago.

Al poco tiempo el autor, José Eustaquio Machado, formaba entre los redactores de la prestigiosa revista.

Promovió *El Cojo Ilustrado* un segundo Certamen Literario, para premiar la mejor crítica, el mejor cuento y el mejor poema. Reunidos el día 3 de diciembre de 1903 el jurado, constituido por el doctor Eduardo Calcaño, quien lo presidió, el general Pedro Arismendi Brito, el doctor Francisco Pimentel y los señores Andrés Mata y Manuel Pimentel Coronel, a fin de dictar el veredicto.

Alcanzarón premios: José Gil Fortoul, el de crítica, por su «Literatura Venezolana»; Alejandro Fernández García, por su cuento «La Bandera», y Udón Pérez, por su poema «La venganza de Yaurepara».

Manuel Díaz Rodríguez fué invitado especialmente al Certamen; y él, que no había menester gloria ni dinero, incurrió

en la debilidad de concurrir con un cuento, «Música Bárbara». Al día siguiente de conocerse el resultado del veredicto, llamó el autor, por el teléfono, desde el campo, al director de la revista para manifestarle el disgusto que le había proporcionado la apertura del sobre contentivo de su firma. Le dió explicaciones el director de *El Cojo Ilustrado*, las cuales no le satisficieron.

Llamó nuevamente por el teléfono Díaz Rodríguez al señor Herrera Irigoyen para decirle «que le daba las gracias porque sabía a ciencia cierta que en el Certamen se había efectuado un «cucambé»; y como el director de *El Cojo Ilustrado* le replicase que no comprendía lo dicho agregó: «Se lo explicará su conciencia».

Díaz Rodríguez puso en boga la palabra «cucambé», de etimología dudosa, en el sentido de intríngulis o chanchullo literario, cuando lo que en realidad significa es escondite, juego de niños.

En 1903 comenzó a publicar *Tartarin*, periódico humorístico, que redactaba en Valencia Alejandro Maduro, crónicas llenas de gracia e intención, suscritas con el seudónimo de *Alfredo*. A ciencia cierta, nadie sabía quién se ocultaba tras el antifaz literario. A diversos autores se atribuían, mas del verdadero autor ninguno sospechaba. Casi todas las crónicas se referían a la redacción de *El Cojo Ilustrado*, por donde desfilaban poetas y escritores vistos con ojo certero y pintados con habilidad suma.

Transcurrido algún tiempo, después que desapareció la curiosidad de saber quién era *Alfredo* y con ella desaparecieron también muchos de los personajes aludidos, el año 1928 se publicó un folleto cuya portada así reza:

J. M. Herrera Irigoyen. Defensa culta que hizo bajo el seudónimo de "Alfredo", en el periódico "Tartarin" de Valencia por los ataques de los literatos jóvenes y los académicos de la Lengua; que no podían hacer en "El Cojo Ilustrado" lo que ellos deseaban. (1892-1915). Caracas, 1928.

«El Vate», por antonomasia. Así le conocían a Alejandro Romanace los contemporáneos suyos; y a fe que el honroso distintivo veniale de perlas. Desgalichada la figura, un tanto qui-jotesca; la palabra algo dificultosa; el carácter poco expansivo, si bien cordial en el fondo. Fué un poeta brillante; cultivó con igual soltura y galanura la lírica y la épica; el troquel favorito para verter su inspiración gallarda fué el soneto; los compuso admirables: varios de ellos son auténticas medallas. Romanace no decayó nunca; sus chistes y donaires se repetían y aún se repiten con frecuencia.

Por el año de 1892 vino a Caracas el general Cipriano Castro, en ejercicio de la Diputación por el Estado Los Andes. Se distinguió en el Congreso como excelente orador pueblerino: hablaba, al decir del vulgo, hasta por los codos, y cada dislate cantaba el credo. Con toda honradez se debe confesar que en las Cámaras Legislativas ulteriores hubiese estado más que a tono.

Hay que hacerle justicia: Castro, aunque de escasa ilustración, no era estulto. Para esa época le placía rodearse de hombres de talento. Hizo muy buenas migas con Alejandro Romanace, a quien tuvo admiración y aprecio.

En una ocasión, Castro, ya presidente, nombró al poeta Fiel de Peso en la Aduana de La Guaira, y al poco tiempo lo pasó con igual cargo a la de Puerto Cabello.

Cuando fué a dar las gracias por la promoción, Romanace añadió compungido:

—General: usted ha resuelto que yo muera de «pesar».

Romanace se hallaba en ejercicio del cargo de Fiel de Peso de la Aduana de Puerto Cabello, junto con un funcionario de correos, y reconocían los bultos por la vía postal llegados.

Proclamaba Romanace la procedencia y el aforo de cada uno. El funcionario postal comprobaba con sus propios documentos.

Dijo Romanace:

- Artículos de goma. De Holanda.
—No, Romanace, no son de Holanda.
Arguyó el poeta:
—Pues son de los Países Bajos.
Eran, en efecto, de uso privadísimo.
-

El general José Félix Mora fué un combatiente valeroso de la Revolución Legalista, de la cual fué asimismo soldado incansable en la costa de Puerto Cabello. Era pasado de horno y tenía un lenguaje de lo más pintoresco. No obstante, en triunfo la Revolución, Crespo llevó a Mora al ejercicio de la presidencia del Estado Carabobo. Había por entonces en Valencia una generación de escritores satíricos, entre ellos, los dos famosos Alejandro: Alejandro Romanace y Alejandro Maduro, que no dejaban a sol ni a sombra al denodado guerrillero.

Un día apareció en la prensa un soneto suscrito por José Félix Mora, en el cual se hacían valer algunos de los más usuales adefesios del presidente del Estado y aludía también a personajes políticos. Como el soneto, a poco de circular se hiciese célebre, se discutió su paternidad. La versión más admitida es la de que fué de uno de los Alejandro, o de los dos en colaboración. Lo que sí podemos afirmar es que entre Alejandro anduvo el juego. Se cuenta que habiendo citado Mora en su despacho a los presuntos autores, diéronse éstos sus mañas para convencerle de que, en efecto, era el propio Mora el autor del soneto, porque llevaba su firma.

Reza así el soneto:

DESPLIQUEMONOS

Por lo que potes contigo
Fray Simón Isla.

*Por más que Crespo me ha telegramiado
de que cumpla con él mi compromiso,
dándole sin tardar dato preciso
de si conspira o no Manuel Corado.*

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

*Esa es calurnia azás, le he contestado
en un pliego cerrado como oficio,
pa que sepa que yo hago un sacrificio
por aquellos que me han encurulado.*

*Eso lo prueba a don Rafael Correda
que me tirda de vir e inconsecuente,
que yo no soy falaz cual la moneda;*

*Pues siendo, como soy, su presidente,
bien pudiera dejar rodar la rueda
y hacerlo afusilar impurnemente.*

José Félix Mora.

En Valencia tuvo un artista el raro capricho de esculpir en mármol blanquísimo de Carrara un busto del general José Félix Mora.

Alejandro Maduro escribió en su periódico un suelto sobre la exactitud de tan original obra de arte y así concluía:

—El parecido es perfecto.

Siendo muy joven, entró el poeta Alejandro Romanace en la redacción de un periódico a ejercer humildes funciones de tijero, cuando comenzaba a despuntar su gallardo ingenio.

Entonces le insinuó a un compañero de oficio, con su congénita gracia:

—Alcánzame las tijeras, que estoy muy apurado, y se me va la idea.

Una vez fué Romanace a visitar a un amigo enfermo en el hospital, y al pasar por el laboratorio, exclamó ante un feto conservado en alcohol:

—¡Tan joven, y entregado al aguardiente!

EDUARDO CARREÑO

Otra vez se acercó a Romanace un sablista, y como le manifestó que no había comido, el poeta le aconsejó que tomase la Emulsión de Scott.

José Félix Mora desempeñaba la presidencia del Estado Carabobo.

Circuló en Valencia una hoja volante contra Mora, quien citó a Romanace como autor de ella:

—Tengo «informenes» de que usted escribió el anónimo.

—Esos son «chísmenes», general, fué la respuesta.

Excelente comilón era Alejandro Romanace, y se le invitaba con frecuencia a convites familiares, como a don Rafael Arvelo, más que por el gozo de verle engullir, por el que proporcionaba con sus oportunos chistes.

Asistió a un ágape. En la fuente no había sino un pato muy pequeño. Se dió a pensar que sería uno para cada comensal, y como así no aconteciese, con gran sorpresa del anfitrión, una sonrisa dibujóse en la comisura de sus labios:

—¿De qué se ríe usted?

—De lo que estará pensando el pato.

—¿Y qué piensa el pato?

—Sin duda piensa que lleva todas las de perder, porque es mucha la gente para él solo.

Tulio Febres Cordero es uno de los escritores más laboriosos, brillantes y amenos de que puede blasonar la República. Fué profesor de la Universidad de Mérida durante veinticinco años. Fundó en dicha ciudad *El Lápiz*, acaso el periódico más pequeño que se haya publicado en Venezuela: él propio lo escribía y lo imprimía; introdujo en sus breves páginas la imagotipia; con una proclama de Bolívar hizo una del héroe, admirable por todos los respectos. Recopiló sus mejores tra-

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

bajos en dos volúmenes, intitulados *Archivo de Historia y Variedades*.

Ya paralítico, y en la mayor pobreza, recibió don Tulio el año 1934 el ofrecimiento de un presidente estatal para que aceptase la presidencia de la ilustre municipalidad de Mérida, con sueldo elevado. Hubo de manifestarle el mensajero que el cargo era puramente honorífico; que no tendría que asistir ni actuar en el Concejo, pues ya el noble anciano apenas si podía moverse en su butaca de cuero: lo único que se le exigía era la estampación de la firma.

Don Tulio, con amabilidad, pero con carácter, le contestó al emisario:

—Dígale al señor presidente que le agradezco la honra; pero que Tulio Febres Cordero no suele autorizar con su firma sino lo que escribe con su pluma.

Según la observación de Baldomero Sanín Cano, el santafereño Manuel Ancizar vivió en Venezuela mezclado a la vida civil del país, sin las formalidades de la nacionalización y como ciudadano de América.

En efecto, estando en Venezuela, y como venezolano, al doctor Ancizar le dió el nombramiento de ministro plenipotenciario de la Nueva Granada, el general Tomás Cipriano de Mosquera, a la sazón presidente de la República. Ancizar aceptó el cargo y Venezuela reconoció a un venezolano en su carácter de ministro. Cuando abandonó a Venezuela, llamado por el Gobierno granadino, desempeñó cargos públicos en aquella nación, sin dejar por ello de ser venezolano y sin los requisitos que se requieren para cambiar de patria. El caso no es único: Antonio Leocadio Guzmán asistió como diputado a la Convención de Rionegro sin dejar de ser venezolano.

Hombre de gran talento y de vasta cultura, Ancizar publicó la *Peregrinación de Alpha*, donde hay algunas descripciones de lugares venezolanos.

Con el carácter de secretario de la Legación de Colombia, llegó a Venezuela el doctor Diógenes A. Arrieta; luego fué

EDUARDO CARREÑO

encargado de Negocios. Tuvo a su cargo la redacción en jefe de *El Siglo*, donde publicó la biografía del doctor Juan Pablo Rojas Paúl, que después recogió en un volumen de cortas páginas el año de 1889. Cuando Rojas Paúl asumió la presidencia de la República, llamó a Arrieta para que con él colaborase. Una circunstancia hay que hacer valer: el magistrado era católico practicante y su apologista, radical de ideas exaltadas, lo cual no fué óbice para que la amistad suya fuese de lo más estrecha y para que no hubiese discrepancias entre ellos, por asuntos religiosos. Así, el notable escritor colombiano desempeñó puestos de suma confianza y responsabilidad: fué diputado al Congreso; ministro de Fomento, y miembro fundador de la Academia Nacional de la Historia. Su retrato figura en sitio de honor en la biblioteca del docto Cuerpo.

Arrieta publicó en esta ciudad las siguientes obras: *Ensayos literarios*. Imprenta de la «Opinión Nacional», 1883. *Colombianos contemporáneos*, en el mismo año y en la misma imprenta, con prólogo de Guzmán Blanco, y *Hojas sueltas*, en la tipografía de «El Cojo», 1888. Dejó inéditos dos tomos de *Recuerdos de Venezuela*: algunos capítulos salieron a luz en periódicos y revistas de Caracas.

A última hora, Arrieta fué nombrado ministro en el Gobierno de Andueza Palacio. Se le designó para que formase en la comisión que envióse a El Guayabo, en donde acampaban las fuerzas de la revolución victoriosa, a proponer a Crespo condiciones de paz, las cuales no sólo fueron rechazadas enérgicamente, sino que el jefe se negó a recibir a los comisionados, y éstos quedaron inscritos en la lista negra. Al entrar Crespo en Caracas, Arrieta pasó a ocupar una celda en la Rotunda.

Alirio Díaz Guerra, amigo y compatriota del preso, y quien había prestado servicios de entidad en la Secretaría privada de Crespo, fué a interceder ante él por la libertad de Arrieta. Le hizo ver que su esposa estaba en Curazao gravemente enferma, con varios hijos y sin ningún linaje de recursos.

Crespo, con su hidalguía acostumbrada, no sólo dió la orden de excarcelación de Arrieta, sino que le remitió suma apreciable.

El día 6 de agosto de 1897 murió Arrieta en el burgo de El

Valle. Para entonces encontrábase en Caracas el famoso libe-
lista y liberal colombiano José María Vargas Vila, quien pro-
nunció ante la tumba recién abierta unas palabras de revuelo
escandaloso.

He aquí un párrafo:

«¡Duerme en paz al calor de una tierra amiga, a la som-
bra de una bandera gloriosa, lejos de aquel Imperio Monacal
que nos deshonra. Duerme aquí en tierra de libres. Tu tumba
será sagrada. Aquí no vendrán en la noche silenciosa los lobos
del fanatismo a aullar en torno a tu sepulcro, hambrientos
de tu gloria; chacales místicos no rondarán tu fosa, y las hie-
nas, las asquerosas hienas, no vendrán a profanar tu tumba
desenterrando tus huesos para hacer con ellos el festín de
su venganza! ¡Duerme tranquilo, has muerto en una patria
en que sería glorioso haber nacido!»

Y a fe que Vargas Vila no profirió la última frase en vano,
porque donde quiera que estuvo defendió a Venezuela con
brillo y ardimiento.

Hallándose Vallenilla Lanz en París se topó con el autor de
Los Providenciales, quien le previno:

—Hay que convencerse: Venezuela es un país de escritores.
Con excepción de uno—a quien no queremos mencionar, aunque
su nombre acuda a la memoria—, todos tienen talento.

—No así en Colombia, país de académicos. Al usted llegar, el
primero a quien le citan es a don Santiago Pérez.

—Y bien, ¿qué ha hecho don Santiago?

—Un drama que nunca se representa ni se vende. Y San-
tiaguito, que se vende todos los días.

Vallenilla Lanz se lo refirió a Pérez Triana, quien dijo muy
por lo bajo:

—El marica tiene aún talento.

Paseaban por el bulevar de los Capuchinos, en París, el
general Manuel Antonio Matos y don Antonio Vargas, her-
mano del escritor. Eran muy buenos amigos.

Vargas Vila había hecho virulenta campaña contra quien

más tarde fué empresario de la revolución libertadora. Entre otras lindezas lo llamó «el payaso de los guantes blancos».

Sin embargo, es de justicia reconocer que en el desastre de La Victoria, Matos enarboló su gran paraguas, precursor en cierto modo del célebre de Chamberlain, y fué uno de los últimos en retirarse, con lo cual dió testimonio de valor sereno.

Después lo confirmó en su desembarco por Coro.

Se encontraron los tres de manera imprevista, y hubo la presentación del caso:

—Mi hermano José María.

—Manuel Antonio Matos.

—Muchas gracias. Hace tiempo deseaba hallarme con usted, porque ahora va a conocerme personalmente y se le presentará una ocasión magnífica para rectificar.

—O para ratificar, señor general, que será lo más probable.

Y siguió de largo Vargas Vila.

Fué siempre característica de Matos la indiscreción; y Venezuela, el país de las paradojas, la tuvo muy en cuenta para confiarle el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Era canciller, en efecto, cuando las fiestas conmemorativas del centenario de nuestra Independencia. En ellas tuvo representación Carlos Arturo Torres, plenipotenciario de Colombia, poeta y literato prominente.

Bien pudo exclamar él con Rubén Darío:

¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!

¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!

Torres murió durante los festejos. Murió «trufado», según confesión propia.

Había tenido Matos algunas desavenencias con José Peralta, ministro del Ecuador; y cuando estaban velando el cadáver de Torres, en la Casa Amarilla, Matos se complació en hacer el panegirico del difunto en frases exaltadas, y terminó de esta guisa;

—¡Qué lástima tan grande: morirse un hombre eminente como Torres y no morirse un estúpido como Peralta!

El cual se hallaba presente, a espaldas de Matos.

Sin inmutarse, le dijo:

—Muchas gracias, general, pero siento no poder complacerle todavía.

No a humo de paja se apuntó más arriba que Venezuela es el país de las paradojas: el propio Matos es corroborador del aserto.

Bajo la presidencia del general Rafael Reyes se le llamó para el arreglo de asuntos económicos en Colombia, en los cuales tenía versación. Suyo es el apotegma sobre los impuestos, de perenne actualidad en Venezuela: «Al mismo burrito le pone doble carga y le disminuyen la ración».

En aquella circunstancia fué cuando le manifestó a un periodista que en Venezuela, al contrario de la República vecina, los liberales eran fervorosos creyentes y los conservadores ateos consumados.

Y adujo el ejemplo de Tomás Michelena, quien hizo la breve y original autobiografía que aquí viene de molde:

«Nació Tomás Michelena el 21 de diciembre de 1835.

»No ha sido nada: ni doctor, ni general, ni académico, ni masón, ni *liberal*, ni católico. No le cuelga en el pecho ninguna condecoración ni medalla.

»Comenzó a borrar cuartillas a la edad de cuarenta años, y ha publicado las siguientes cosas:

»Un estudio político-social con el título de «Tres gotas de sangre en tres siglos».

»Cuatro novelas: «Débora», «Un tesoro de Caracas», «Margarita Rubistein» y «La Hebrea».

»Un estudio social: La libertad para la mujer.

»Biografía de don Santos Michelena.

»Id. del general José Antonio Páez.

»Dirigió y redactó dos diarios políticos: *El Economista* y *El Radical*, por algo más de cuatro años.

»Tiene siete obras inéditas y dos volúmenes de artículos y cuentos.

»Fué quemado en efígie por los liberales *guzmancistas* en Guanare.

»Fué militar en su juventud, y llegó a obtener el grado de coronel, y después de viejo *apareció* como plenipotenciario en Londres, en 1893.

»Es miembro correspondiente del Ateneo de Guatemala.

»Alcanzó la singular fama de haber ofendido a Dios, y se celebró un desagravio en la Catedral, con tal motivo».

Cuando comenzó la solemnisima fiesta, don Tomás fué el primero en presentarse, con asombro inaudito de beatos y beatas. ¡El Diablo en Misa! ¡*Vade retro!* Todos a una comenzaron a echarle la cruz; y él, sin inmutarse, les decía:

—Este festejo es en honor mío, y nadie tiene más derecho que yo a tomar en él la participación debida.

De pasada un recuerdo, aunque no lo haya menester, al ilustre polímata Menéndez y Pelayo, quien siempre tuvo alabanzas para nuestros preclaros varones y quien hizo en memorable ocasión esta síntesis preciosa:

«La antigua Capitanía General de Caracas, hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado a la América Española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello.»

El historiador de las *Ideas estéticas en España* fué, como es por demás sabido, bibliófilo apasionado. Es esta noble afición, porque como alguien ha dicho llena la vida de una larga y apacible voluptuosidad. Afortunadamente, para el vulgo permanece hermética. Los espíritus superiores logran darse cuenta de ello. El hombre que ama los libros es contemporáneo de todas las edades, y puede transportarse fácilmente a a ellas y vivir a todo su sabor en la que más le plazca.

¡Excelso don el de poder estar en compañía de seres que no existen y que, no obstante, ejercen poderosa influencia en nosotros!

Don excelso, a la verdad, porque nos permite «soñar con el pasado, que es despertar a todos los hombres que dentro de

nosotros llevamos, prolongando la vida de un modo inverso!»

Y esa pasión es, sin disputa, la más enaltecedora de cuantas caben en pecho humano. De ahí que uno se dé cuenta cabal de lo trascendente de la frase que pronunció, ya moribundo, el autor de los *Heterodoxos*:

— «Qué lástima, morirme cuando me quedaba tanto que leer todavía!»

En esta queja, salida del hondón del alma, se resume la vida de quien cifró en los libros la síntesis de todos los amores.

Fué Gabriel E. Muñoz uno de los poetas más elegantes que hemos tenido.

En sus comienzos rindió parias a la musa de la sensualidad. «Un amante de la luz y del color, un fauno que hacía cantar en la noche sus avenas melodiosas», valga la frase de Luis Correa.

A buscar inspiración más tarde fué a la Hélade inmortal. Dejó composiciones como *El himno de las bacantes*, *El canto del cisne*, *Eros*, *Pulor*, *La muerte de Pan*, *Epigrama*, las cuales recogió el mismo Correa en opúsculo precedido de breve y hermoso comentario sobre la personalidad de Muñoz: *Helénicas* se intitula.

Aunque no descolló como prosador, dejó, sin embargo, una *Historia del capitán general don Domingo de Monteverde*, que está inédita aún. Estuvo trabajando en ella por mucho tiempo. Acopió datos de suma importancia para esclarecer sucesos de la primera República venezolana.

En el cementerio es el título de un popular soneto suyo. En él pide que, como imagen de su vida, coloquen un nido en la oscuridad de su sepulcro.

Varios amigos y admiradores se propusieron llevar a remate la bella aspiración. Se proyectó el monumento, pero como casi todo lo que tiende a dignificar a los hombres ilustres en nuestro país, no pasó de mera tentativa.

«Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu», afirmó Nietzsche; y Gabriel E. Muñoz, pocos días antes de su

muerte se rasgó las venas, y con su propia sangre escribió estos versos desesperados, que por primera vez se publican:

¡En esta hora de pena,
 el estado de mi ánima te pinta
 que me he roto una vena,
 porque el rudo dolor me enajena,
 y sólo mi sangre es quien puede
 servirme de tinta
 y expresarte lo hondo,
 lo negro, lo aciago,
 del abismo sin fondo
 del dolor que me causa este estrago!
 ¡Sin dicha en la vida,
 viendo el mal en perpetua asechanza,
 al sondear en mi pecho la herida,
 siento sólo que estoy en un yermo,
 y soy un enfermo
 que de alivio no tiene esperanza!
 ¡Qué vale que sirva mi sangre
 hoy mismo de tinta!
 ¡El color que mi pena te pinta,
 el color de mi pena
 con cruel malandanza!

Teresa Carreño vió la luz en Caracas, el día 22 de diciembre de 1853. Fué su padre Manuel Antonio Carreño, el ponderado autor del *Manual de Urbanidad y buenas maneras*; su abuelo, Cayetano Carreño, músico y compositor que gozó de fama difundida en su época, hermano de Simón Carreño, quien, a causa de un serio disgusto con él, cambió su nombre por el de Simón Rodríguez. Llevó con dignidad la madre suya el patronímico de Clara García de Sena y Rodríguez del Toro.

Fué una artista precoz Teresa Carreño. A los tres años de edad tarareaba trozos de ópera; a los cuatro arrancaba a las teclas del piano, con sus dedos gráciles y diminutos, sonidos armoniosos. Su madre la refía: —El piano es un instrumento

delicado y no se ha hecho para que los niños jueguen con él; pero la reprimenda le importaba muy poco, pues seguía practicando los ejercicios asiduamente y a hurtadillas. Una vez la sorprendió su padre, cuando al entrar en la casa, oyó que alguien estaba tocando un aria de «Lucía de Lamermoor»: era Teresita, que tomada por sorpresa, cerró el piano y echó a correr. El padre cogióla en brazos y al percatarse de que la hija suya era un portento, lágrimas de emoción arrasaron sus ojos. La niña, enjugándolas, prometióle que no volvería a hacer más aquello, pero su progenitor, que también era pianista, comenzó a darle las primeras lecciones.

Para formarse una idea de lo proficuo que fué la enseñanza paternal, nada tan elocuente como lo que ella misma refiere a este propósito: «El hecho —dice— de que hubiese comenzado desde muy temprana edad mis estudios fué una gran ventaja para mí. La voz del piano me atraía, y ya desde los tres años intentaba arrancarle sonidos al instrumento. A la edad de seis años y medio comencé a estudiarlo seriamente, y de tal manera que a los nueve ya tocaba piezas tales como la «Balada en la bemol» de Chopín. Me fué, por otra parte, sumamente provechoso el haber tenido en mi padre un maestro ideal. Habiendo él observado cómo me gustaba el piano, decidió enseñarme sin pérdida de tiempo. Era él un apasionado amante de la música, y es indudable que, de no haberse encaminado, por bien de su patria, hacia la política, habría llegado a ser un gran músico. Desarrolló un maravilloso sistema de enseñanza pianística y la labor que conmigo realizó la aplico yo ahora a mis discípulos.

Tanta fué su afición desmedida, que Teresa Carreño, a los ocho años, sorprendió al público de Nueva York con sus conciertos. Oportunidad hubo en que tocó ante el presidente Abraham Lincoln, el libertador de los esclavos. Los padres de la niña, no sin razón, temieron que ésta llegaría a turbarse, pero ella los tranquilizó con estas palabras: «Cuando son artistas y gentes importantes los que me oyen, toco mejor, pues entonces me siento como en la gloria.» Era tan pequeña, que se requería un taburete para montarla en él. Cuando regresó de uno de sus conciertos, la madre preguntóle: «Dime, Teresita, ¿qué prefieres ser tú; una princesa o una artista?» La res-

puesta no se dejó esperar: «Claro que una artista, mamá, y lo seguiré siendo por toda mi vida.» La dificultad consistía ahora en que la oyese Gottschalk, tenido entonces como el rey del piano en América. El estaba cansado de oír «niños prodigios», que, a la postre, no vienen a ser tales, sino simples niños majaderos. A tanto dar, logró Manuel Antonio Carreño que el gran pianista la oyese. Cuando Teresa Carreño hubo terminado de tocar, Gottschalk, conmovido, la abrazó y posando un beso en la frente sin mancilla, exclamó: «¡Bravo! Este no es un «niño prodigio», sino un verdadero genio... Me encargaré de su educación musical y será mi mejor discípula.» Quedó consagrada de ese momento; su gratitud fué perdurable. También adivinó la pianista en Mac Dowell aptitudes extraordinarias: contribuyó eficazmente a su formación artística y fué con él a Europa, donde lo introdujo en los círculos musicales hasta que el compositor norteamericano se impuso y se le consideró como uno de los más grandes de su tiempo.

La carrera emprendida por Teresa Carreño fué de triunfos. En París, Rossini le dió una carta de recomendación para el compositor Ardití. Gounod, Grieg, Brahms y otros músicos famosos tuvieron para ella cálidas frases de elogio; los críticos franceses la compararon con Mozart y con Listz. Resolvió entonces irse a Alemania, donde alcanzó sus mayores éxitos y la consolidación de su prestigio universal. Treinta años permaneció allí consagrada por completo a la enseñanza y a sus numerosas giras de arte; se hizo tan popular, que la llamaban cariñosamente «la mamá de Berlín». Y cuenta que tuvo que enfrentárselas a Camila Pleyel, y lo que era más grave todavía, a Clara Schumann, viuda del egregio compositor y el pianista más célebre de Europa. De propósito escogió la intérprete venezolana los «Estudios sinfónicos» de Shumann para su estreno en Berlín, con lo cual dejó a Clara zaguera: la ovación que le hicieron llegó hasta el delirio.

Viene aquí de molde una anécdota interesante. Brahms y d'Albert eran muy amigos. El primero se mostraba reacio a creer en la competencia de las pianistas. Una vez fueron a visitarlo d'Albert y su esposa Teresa Carreño, a quien le exigieron que tocara una pieza en el piano. Accedió con gusto, y cuando terminó d'Albert preguntó a Brahms: «¿Qué dices tú

ahora?» Y al insigne compositor no le quedó más remedio que contestar: «Pero es que tu mujer no es una pianista, sino «un» pianista.» En otra oportunidad d'Albert inquirió de Brahms por qué no se casaba, y éste le dijo: «Lo haré cuando consiga una mujer como la tuya.»

El autor favorito de Teresa Carreño era Beethoven. En cierta ocasión manifestó a un periodista, después de un concierto dado en Bruselas: «Beethoven satisface a la vez el espíritu y el corazón.» También dijo en otra oportunidad: «Para mí es una empresa muy seria tocar la música de Beethoven. Cada vez que la toco le pido a Dios, en cada nota, que me guíe en la interpretación que él esperaba se les diera a sus composiciones...» Y, efectivamente, Beethoven era el solo maestro que no interpretaba a su muy personal manera, por ser, como es sabido, el más inalterable de los compositores.

Profunda admiradora de Grieg, el Chopín del Norte, la pianista venezolana tocó admirablemente su gran concierto para piano. Muchos fueron a felicitarla y llegó entre ellos un señor de baja estatura y de agilidad extrema, el cual manifestóle:

—Ese pasaje que usted ha interpretado a su manera, es como precisamente debe tocarse.

—¿Y quién es usted?—inquirió ella.

—Soy Grieg. Edward Grieg, y vengo a decirle que no sabía que mi concierto era tan hermoso hasta que lo he oído interpretado por sus maravillosas manos.

No se limitó nuestra artista a ser simple intérprete, sino que fué también compositora. Escribió el *Himno a Bolívar*, con letra de Felipe Tejera, para que fuese estrenado en el primer centenario del nacimiento del Libertador (1833), el vals *Mi Teresita* y algunas otras piezas.

Gozó fama Teresa Carreño de mujer hermosa y arrogante, por la rectitud del cuerpo, la cabeza altiva y el brillo fascinador de los ojos: su figura procerosa llenaba todo el proscenio. «La Walkiria del piano», dieron en llamarla. Schumann Heinke calificóla de «Reina del teclado por la gracia de Dios.» Tocó en Bruselas el «Claro de luna», de Beethoven, pocas semanas después de haberlo interpretado allí el eximio Pablo Paderewski, habiendo sido ella más aplaudida que el polaco. Los críticos dijeron entonces que los aplausos para la venezolana

«iban dirigidos más a la belleza que al arte»; mas otros les advirtieron que el «arte y la belleza son inseparables».

No puede revocarse duda que por la ley del atavismo, Teresa Carreño heredó de su abuelo don Cayetano el talento musical y de su tío abuelo don Simón el carácter atrabiliario y levantisco; de modo que cuando tenía una contrariedad o le desagradaba una persona, escapábase frecuentemente de sus labios como un estribillo esta frase: «Yo soy una Carreño». La madre suya no consiguió quitarle la pésima costumbre de remangarse las mangas para ponerse a tocar el piano y tal vez cuando tenía un altercado con alguno de sus esposos.

La vida conyugal de Teresa Carreño fué un tanto borrascosa y no puede proponerse por modelo de virtudes. Cambiaba de maridos como de trajes. Uno de ellos se llamaba Eugén d'Albert, pianista y compositor, nacido en Glasgow (Escocia), hijo de familia francesa, naturalizado alemán. Fué el más culto y talentoso de los que compartieron con ella el tálamo nupcial. Llevó al matrimonio con Teresa tres hijos de uno anterior, y a su vez ésta llevó también otros tantos hijos. Tuvieron sucesión, y como es frecuente en tales casos, los hijos peleaban entre sí. Entonces d'Albert decía a su esposa: «Mira, que tus hijos y los míos se andan peleando con nuestros hijos.»

Fuera de este matrimonio, que fué el tercero de la serie, Teresa Carreño casó a los veintiún años con Emile Souret, y a los veinticuatro con Giovanni Tagliapietra.

Con antelación había manifestado la genial artista: «Mi mayor felicidad, mi único anhelo es volver a la Patria amada; es un martirio constante para mí esta ausencia que se prolonga en demasía». Llegó a Caracas el 15 de octubre de 1885; imponente fué el desfile de más de dos mil personas que fueron a recibirla; una banda militar le dió el saludo de bienvenida; habló Gonzalo Picón Febres, en nombre de nuestra sociedad, y ella, con la voz ahogada por el llanto, apenas si pudo exclamar: «Mis lágrimas os dirán cuánto experimenta mi corazón en este instante. ¡Yo no merezco tanto!» Y entre vitores y flores hizo su entrada en la ciudad que meció su cuna.

En 1885 estuvo Teresa Carreño por última vez en Caracas. Se la recibió con una frialdad inconcebible. Incurrió en el error

de meterse a empresaria y trajo una Compañía de Opera que resultó un fracaso. Durante una representación llovieron los tomates a porfía y un desalmado lanzóle una piedra a la cara, que, de dar en el blanco, hubiese concluido de una vez para siempre la gloriosa existencia de la artista.

Murió Teresa Carreño en Nueva York, a los sesenta y cuatro años de edad, el 14 de junio de 1917. Presidieron los funerales Paderewsky, Walter Darmrosch, Albert Spalding, Mischa Elman y otras preclaras figuras del arte musical. Pocos meses antes de su muerte había manifestado a un amigo suyo que deseaba «dormir en el regazo de la Patria el sueño de la tierra»; y conforme a los deseos también manifestados por ella, sus huesos incineráronse y luego se trasladaron al cementerio de Caracas, donde se conservan en ánfora de bronce, con una inscripción en latín que, traducida, reza de este modo:

Aquí descansan, con el culto debido a su memoria insigne las venerables cenizas de la caraqueña Teresa Carreño, a quien el docto Apolo ilustró en las artes musicales.

Marta Milinowski, discípula de Teresa Carreño, escribió en inglés la mejor biografía suya que se conoce y que, por desgracia, no ha sido vertida aún al castellano.

En París conoció Eduardo Schafino a Arturo Michelena, hacia 1885; junto con él estaban el pintor venezolano Cristóbal Rojas y el escultor chileno Virgilio Arias, que, por vía de paréntesis, es el autor del busto de Michelena erigido en uno de los jardines del Capitolio de Caracas; éste, a su vez, pintó un retrato de Arias, que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Santiago de Chile.

Dice el escritor argentino que de todos los artistas de nuestro Continente fué Michelena el primero en alcanzar la celebridad europea; y, en efecto, el candoroso joven lo merecía, porque era excesivamente bueno y de una modestia avasalladora. Poseía un temperamento magnífico de pintor; su retina era el instrumento de perfecta precisión puesta al servicio de sus sensaciones, y la técnica adquirida con su maestro Laurens, no tenía nada que envidiar a la técnica más rigurosa.

Cuando en 1887 expuso en el Salón sus dos cuadros, *L'enfant malade* y *La visite elettorale*, llamó tan poderosamente la atención del Jurado, que le otorgó una altísima recompensa y lo declaró fuera de concurso.

Relata el mismo escritor una anécdota interesante. El general Antonio Guzmán Blanco se hallaba por entonces en París, con el carácter del ministro plenipotenciario; al antiguo autócrata, aun fuera de su patria, le placía entremeterse en todos los asuntos relacionados con ella, aunque no fuesen los atañedores a la política. Una vez fueron a visitarlo juntos Michelena y Rojas, a quienes les manifestó que París era una ciudad disoluta y que podían ser presa de su contagio; que para estudiar a fondo la pintura era menester trasladarse a Italia, el país del arte por excelencia; adujo el ejemplo de Rafael de Urbino y terminó con esta amenaza: «Si no dejan a París para ir a Italia se les suspenderá la pensión».

Ni Michelena ni Rojas hallaban a qué santo encomendarse; el capricho del déspota les traía aparejada una interrupción en sus estudios y resolvieron ocultarse y desaparecer por algún tiempo, a fin de que les olvidase. Pero no se desanimaron; con ahinco siguieron trabajando, en medio de grandes privaciones, hasta alcanzar la justa recompensa; en el Salón de 1886 Rojas obtuvo una medalla honorífica y en 1889 obtuvo también la tercera medalla, por su hermoso cuadro *Dante y Beatriz en la orilla del Leteo*.

Según ya quedó anotado, se admitió *L'enfant malade* en el Salón de Artistas franceses. El día de la distribución de premios, asistió Michelena como simple espectador. Y cual no sería su asombro cuando entre los laureados oyó pronunciar su nombre.

Guillermo A. Bougerau, presidente del Jurado, le dijo a Michelena, al estrecharle con efusión las manos:

— ¡Vea, señor, cómo le aplauden!

A Michelena, profundamente conmovido, se le arrasaron de lágrimas los ojos.

Es *Pentesilea* uno de los cuadros más famosos de Michelena, está basado en un episodio de la guerra de Troya. *Pentesilea* es la obra de un Hércules del pincel, según la frase de Rufino Blanco Fombona. Lo ejecutó el artista cuando estaba

en toda su plenitud creadora; hay derroche de color, movimiento vertiginoso, hermosura y agilidad en las líneas. En la parte central aparece la gentil y heroica Penthesilea sobre indómito corcel cuyos ímpetus refrena, en medio del fragor de la lucha; las Amazonas combatientes, con los pechos desnudos, sonrosadas las carnes, los ojos centelleantes; la oquedad de un precipicio por donde se despeñan los caballos, entre las luces anaranjadas y opalinas del crepúsculo, y una de las Amazonas con el corazón convertido en inmensa rosa de sangre, abierta por lanzazo certero.

Se refiere que Michelena pintó el cuadro *Pentesilea*, a espaldas de su maestro Jean Paul Lausens; y cuando lo hubo concluido, invitóle a pasar por el taller para que lo viera.

Laurens estuvo largo tiempo contemplando la obra, sin decir palabra; le insinuó Michelena, algo cohibido:

—Maestro, ¿cómo que no le ha gustado?

—No es cierto que no me haya gustado. Todo verdadero artista debe propender siempre a la perfección; y usted en este lienzo se ha superado a sí mismo, siendo tan joven todavía.

El cuadro enviado por Michelena a la Exposición de los Campos Elíseos de 1891, mereció que en sitio primicerio lo colocase el Jurado.

Cuéntase de Miguel Angel que mientras estaba más ensimismado en la decoración de la Capilla Sixtina, con sus famosos frescos, un tal messer Biagio, maestro de ceremonias de Pablo III, se escandalizó del ningún pudor con que había ejecutado las figuras del Juicio Final, y sugirió al Sumo Pontífice la idea de que las hiciese borrar. Lo supo el genial artista; y como no le quedase más sitio desocupado que un rincón en el Infierno, he ahí que pintó al zascandil, con largas orejas de jumento, desnudo en su totalidad el cuerpo y una serpiente enroscada a la cintura que sin cesar le mordía.

Quejose el bueno de Biagio a Su Santidad, quien hubo de preguntarle:

—¿En qué parte del cuadro te puso?

—En el Infierno, contestó un tanto compungido,

—Si fuera en el Purgatorio, dijo el Papá no sin cierta sorna, podría redimirte; pero en el Infierno, *Nulla est redemptio*.

Menos vengativo que Miguel Angel fué nuestro gran pintor Cristóbal Rojas; y sin embargo, como le infernara más la vida y no le dejase ni a sol ni a sombra, un implacable y sórdido cobrador, lo tomó para modelo, y figura en primer término, rodeado de vivas llamas, en su dantesco *Purgatorio*. Corrió de fijo con mejor fortuna que Biagio de Cesana, el ente anónimo, pues siquiera para él brilla, desde el nimbo de la frente de un ángel, la luz de la esperanza.

Manuel Revenga fué un músico y literato de los muy pocos que en este país podían entrar en decena. Tenía un piano mudo y a quien esto escribe se le ocurrió preguntarle:

—Dígame, don Manuel, ¿qué placer encuentra usted en tocar ese instrumento?

—No es el primer imbécil que me hace tal pregunta. El mismo placer que tú experimentas leyendo para ti solo.

Cuando el doctor Raimundo Andueza Palacio abandonó la Presidencia de la República y fué a radicarse en París, nombró administrador de sus bienes al doctor Eduardo Carreño, padre de quien escribe estos anecdóticos apuntes.

Cierto día, Pablo Fourastier, sastre del ex presidente, se presentó en casa de Carreño a cobrarle una cuenta.

—Doctor Carreño, he recibido la tarjeta siguiente:

DOCTOR R. ANDUEZA PALACIO

p. p. c.

Y lo he entendido de este modo:

—Puede pasar cuenta.

Se la pagó en el acto.

Siempre tuvo el famoso periodista Luis Bonafoux, a título de honra, su ascendencia venezolana. Así hubo de patentizar-

lo en *Los españoles en París*, de las últimas obras por él publicadas.

Como un periódico de México, después de haber agotado totalmente el diccionario de los improperios, dijese que Bonafoux era mulato e hijo de una negra, esclareció la limpieza de su origen en esta forma:

«Mi señora madre, doña Clemencia Quintero y Hernández, venezolana de nacimiento y española por los cuatro costados, pertenecía a una de las más ilustres familias de Venezuela, no sólo por merecimientos de su cuna, sino también por los de su talento y carácter; que fué hija del doctor Angel Quintero, de quien escribió el literato Cecilio Acosta que era «hombre de líneas rectas, de voluntad incontrastable y figura sublime de estadista» y vicepresidente que fué de la República en los tiempos contemporáneos de Bolívar, Miranda y Sucre; que el padre Domingo Quintero, arzobispo de Caracas, prelado docto y varón evangélico, era tío carnal de mi madre; que tío suyo también es el Quintero que fué ministro con el general Castro, y que dicha dama, aparte de su acendrado mérito personal, vinculábase, a veces por parentesco carnal, a veces por parentesco político, a lo más selecto de la sociedad venezolana, a los alcornicados Hernández Madriz, a diplomáticos tales como el marqués de Rojas, a literatos y sabios como el doctor Aristides Rojas.»

Al caballero que hizo rectificar al citado periódico deberé el no pasar por negrito—lo cual me hubiera disgustado por estética—a la ebúrnea posteridad mejicana.

Cuando empezó a escribir firmaba Luis Bonafoux Quintero, y después suprimió el segundo apellido.

Aunque no lo menciona, Manuel Vicente Romerogarcía era pariente próximo de Bonafoux, por la materna rama, de lo cual no cabe la menor duda, pues tuvieron más de un punto de contacto, así por la violencia del carácter, como por el manejo agresivo de la pluma.

Espíritu de suyo inquieto y batallador, Bonafoux se desvivía por armar camorras a escritores y políticos; y cierta vez se la armó, con un fútil pretexto, al docto crítico Leopoldo Alas (*Clarín*). Tuvo repercusiones la polémica. El origen del pre-

sunto plagio se halla en estos párrafos del libro de Bonafoux, *Mosquetazos de Aramis*, publicado en 1885.

«He creído siempre que el cuerpo humano es un disparate atroz. ¿Para qué sirve el ombligo?

En el libro *Nueva Campaña* (título que es un a modo de plagio del título de un libro de Zola) *Nueva Campaña* (1887), que contiene la campaña de 1885-1886, según su autor, hay un artículo, *Las Revoluciones*, en que dice don Leopoldo:

Son restos que dejó la herencia de órganos que no tienen aplicación actualmente. ¿Para qué sirve el ombligo?

¿Que para qué sirve el ombligo que saqué yo en 1883? ¡Pues para que lo coja usted! Digo, me parece».

Ambos escritores, de carácter áspero, anduvieron a la greña. Insulto por insulto. Bonafoux publicó un folleto. *Yo y el plagiario Clarín*, título que tomó de Larra, según confiesa y que luego incluyó al final del volumen de *Huellas Literarias*, con el propósito de dar nuevo disgusto al crítico.

De Bonafoux se refieren anécdotas a porrillo, epispáticas en su mayoría. Es un primor la que sigue:

Tenía el escritor en su escritorio un retrato de Francisco Pi y Margal.

Cuando murió el gran repúblico, Bonafoux ordenó a su hija Coconí:

—Coloca estas flores al pie de ese retrato, porque ha muerto en España un grande hombre.

—Papá, ¿y tú no me habías dicho que no hay grandes hombres en España?

—Eso te lo dije para haya más...

Entre los aforismos de Talleyrand figura el siguiente: «Es posible llegar algunas veces al extremo de los sentimientos; al de las opiniones, nunca». Sea que conociese o no el aforismo, es lo cierto que lo siguió a la letra un personaje de que nos habla Manuel Vicente Romerogarcía. Era un varón sabio y prudente que vivía en Valencia, donde por más de veinte años consecutivos desempeñó la Tesorería del Estado Carabobo; a tan ilustre hombre se le llamaba *Don Ramón no opino*,

porque a la ciencia de tener su pensamiento siempre oculto debió la perpetuidad del empleo.

El doctor Juan José Mendoza, orgullo y baluarte del Foro venezolano, en ejercicio de su profesión tuvo que ir a Ocumare del Túy a evacuar unas pruebas.

Notó que tenía crecidos barba y cabello. Fué, como es natural, a ponerse en manos de un barbero.

Cuando estaba a medio rasurar, el doctor Mendoza insinuó al figaro:

—Tenga la bondad de darse prisa, porque necesito hablar con el juez, a hora determinada.

—Despreocúpese, doctor: yo soy el juez, y me pongo a sus completas órdenes.

En su carácter de antiguo profesor de Derecho romano, el doctor Juan José Mendoza pasaba la lista a los asistentes a la clase; y al nombrar a uno de ellos, los alumnos, para molestarle, dijeron al unísono:

—¡Presente!

Sin perder un punto su estoica serenidad, el doctor Mendoza se dirigió a sus discípulos en esta forma:

—Quien siendo López contesta por Pérez, cuando se nombra a éste, establece una presunción de paternidad muy desagradable para sus progenitores.

Y siguió impertérrito, pasando la lista.

Diego Carbonell, cuya erudición corría parejas con su prodigalidad literaria, estuvo escribiendo una interesante serie de artículos sobre el Libertador, juzgado por diversos autores.

En la Academia Nacional de la Historia se tropezó con el doctor Juan José Mendoza y le hizo esta pregunta a quemarropa:

—Doctor, ¿tiene usted por casualidad un Bolívar?

El notable juriconsulto sacó de su bolsillo una moneda de cien céntimos y al ponerla en manos de Carbonell, éste le dijo, risueño, rechazándosela:

—No, doctor, lo que he querido saber es si usted ha escrito algo sobre Bolívar.

Según la frase de Rufino Blanco-Fombona, el general Ignacio Andrade lo único grande que tenía eran los dientes. Llegó a la Presidencia de la República el año de 1898, por imposición del general Joaquín Crespo, después de haber ejercido cargos de la mayor importancia. Andrade practicaba el nepotismo.

Andrés Alfonzo Ortega, a título de buen margariteño, sabía sazonar con sales ingeniosas sus charlas y sus escritos, de los cuales dejó muy pocos, por cierto.

Se hallaba en el Congreso como senador de la República. Llegó calamocano a las sesiones y quedó adormecido en el pupitre. Cuando hubo despertado, pidió la palabra, y en medio de la mayor hilaridad, dijo:

—Ciudadano presidente: Deseo saber en el pico de qué Picón va a caer ese contrato.

Rafael Michelena Fortoul, joven poeta, simpático y bohemio, llegó a la cervecería de José Donzella, con la intención de firmar un vale por lo que había consumido.

Le advirtió Donzella:

—Usted no puede firmar en este negocio.

—¿Y usted se imagina que soy un analfabeto?

Eduardo Scanlan, al parecer de nacionalidad inglesa, hizo célebre su nombre por el lance que sostuvo con el general José Miguel Barceló y en que éste perdió la vida. También perdió la suya en Santo Domingo, de modo aleve.

En nuestra política tuvo Scanlan actuación brillante, a par

que independiente; redactó un periódico llamado *El Indio*, donde puso de vuelta y media a los hombres públicos de la época.

Halándose en La Guaira el periodista, se presentó a la autoridad competente para que le expidiera un pasaporte, requisito indispensable, por estar en tiempo de guerra. Le puso ciertos obstáculos el jefe civil, lo que le movió a consultar con el vicecónsul de su majestad británica, quien se dirigió en nota al jefe civil, el cual contestó que era la primera noticia que llegaba a su conocimiento el que Scanlan fuese inglés; pero inglés o venezolano, al gobierno de la República le asistía el derecho no ya de negarle el pasaporte, sino de reducirlo a prisión, por sus ataques reiterados contra el orden público.

Se armó el gran lío; y entonces el poeta epigramático José María Reina, escribió la siguiente redondilla:

*Serán costumbres inglesas,
pero peligroso es
ser venezolano-inglés
según que caigan las pesas.*

Nuestro Crisóstomo llamó Carlos Borges a Nicanor Rivero, quien dijo una vez: «No se considera libre el venezolano mientras no esté oprimiendo a los demás»: frase tan dolorosa como verídica que sirvió de exordio a uno de sus más admirables sermones.

Rivero, junto con los presbíteros doctores Juan Bautista Castro y Miguel Antonio Espinosa, fundó en Caracas *La Religión*, el decano actualmente de nuestros periódicos. Trágico fué el destino de hombre de tanto valer como Rivero: en la iglesia parroquial de San Juan, con una navaja de afeitar puso término a su vida dignificadora.

Con muestras de ejemplar altruísmo y constancia semi-heroica, estableció en esta ciudad el padre Santiago F. Machado la Casa Madre.

Continuador de Rivero en el púlpito, lo fué el padre Anto-

nio L. Mendoza: a tanto llegó su elocuencia que una vez lo aplaudieron en plena catedral; poseía un espíritu integérrimo que puso al servicio de indómita palabra, lo cual le valió de las tiranías que hemos padecido, persecuciones y cautiverios.

Una de las tantas veces que fué a dar consigo en la Rotunda, recobrada ya la libertad transitoria, se despidió del establecimiento penal, con irónica protesta:

—¡Adiós, Casa Madre!

Foco de persistente luz, encendido en Pleno corazón de Caracas, fué el Colegio «Santa María», cuyo fundador, el licenciado Agustín Avelo, de memoria bendecida, se esforzó en formar hombres útiles a la Patria y de fijo lo consiguió, a fuerza de perseverancia.

Ser profesor en el famoso plantel se tenía a título de honra: por él pasaron difundiendo ciencia y virtud, entre otros, los doctores Elías Rodríguez, José M. Núñez de Cáceres, Miguel Páez Pumar, Félix Quintero y José Martí, durante su fugaz y fecunda estada en Venezuela. Entre los más humildes, mas no por ello el menos meritorio, hallábase el señor Pedro Roget, de carácter apacible y a quien poco le agradaba montar en cólera, no obstante la impertinencia de los educandos y la palabra persuasiva de Avelo.

—Señor Roget, póngase bravo algún día.

—¡Si estoy furioso, licenciado!

Roget pasaba cierta vez con una muchacha muy linda. Uno de los discípulos vióle subir en compañía de ella y bajar solo.

—Ya lo vi, señor Roget, muy bien acompañado—le dijo.

—Sí; con una de mis hijas.

—¡Qué buen pincel y qué tela!

El doctor Luis Ezpelosín, notable pedagogo cuyo nombre vive y vivirá en la memoria de los venezolanos, por la bondad de su carácter, por su honradez acrisolada y por el acopio

de sus conocimientos, preguntó en un examen a cierto discípulo suyo:

—¿Qué es la electricidad?

—Yo sé, doctor, pero se me ha olvidado en este momento.

—Se murió Volta, se murió Galvani, se murió Roetgen, se murió Tesla, se murió Edison, sin saber lo que es la electricidad; y tú, negrito del cipote, que lo sabías, lo has olvidado

En ejercicio de la Presidencia de la República, el general Joaquín Crespo dió a guardar al doctor Luis Ezpelosín apreciable suma de dinero.

Al cabo de algún tiempo, el doctor Ezpelosín, consciente de su responsabilidad, fué en casa de Crespo a devolverle el cofre contentivo del dinero.

Percatado Crespo de la resolución, le dijo:

—Doctor: le confié esa suma para que con ella se ayudase.

—General, usted como administrador de los bienes de la Nación, no puede disponer libremente de ellos.

Y en profiriendo estas palabras, el doctor Ezpelosín se marchó para su domicilio.

Tiempos calamitosos corrían para Luis Churrión, el egregio poeta que supo esculpir en mármol sus estrofas.

Bajo el dombo de los árboles de «El Calvario», joya de la ciudad y recreo y alivio de caminantes, advirtió a un amigo suyo:

—En tales tiempos no hay como apelar al recurso de los libros.

—¿Para solazarnos con su lectura?

—No; para venderlos.

Cosa de milagro parecía que en tan diminuto cuerpo se albergase tanta sapiencia. Parecía también cosa de milagro que en él se hubiesen refundido cerebro y corazón: un cerebro

EDUARDO CARREÑO

todo luz y un corazón abierto a cuantas fuesen manifestaciones de bondad y de belleza. Llevó el nombre de José Gregorio Hernández, y ese ilustre patronímico, al discurrir del tiempo, es hoy símbolo de toda excelsitud, de todo desinterés, de toda grandeza.

La infancia apacible de Hernández discurrió en Isnotú, aldea perdida en las estribaciones de los Andes, y, llegada la juventud, trasladóse a esta ciudad con el propósito de cursar las materias del bachillerato en el «Colegio Villegas». Amante de la equidad y la justicia, quiso en sus comienzos abrazar la carrera del Derecho; mas su progenitor le disuadió para que estudiase la Medicina, en la cual descolló con extraordinario relieve. La Universidad Central de Venezuela confirióle el grado de doctor, el día 29 de junio de 1888.

Durante treinta años, el doctor José Gregorio Hernández desempeñó la cátedra de Histología y Fisiología Experimental en la Universidad de Caracas. Fué predilecto discípulo de Mathias Duval, el fundador de los estudios embriológicos, en Francia, lo cual tuvo por excelso título. Le cupo a Hernández en suerte y en gloria los de haber traído al país el primer gran microscopio, la enseñanza de su manejo, sus empleos, su importancia; fué quien hizo conocer la teoría celular de Virchow, la estructura misma de la célula y los procesos embriológicos; el que calculó la cantidad de los glóbulos sanguíneos; el que coloreó los microbios; el que realizó las primeras vivisecciones, y, en suma, el que modernizó la medicina entre nosotros. Dejó múltiples trabajos de carácter científico, entre otros, los *Elementos de Filosofía*, en que llegó a esta conclusión: «Todo es uno».

Además, era aficionado a la música. La sala donde recibía a su numerosa clientela tuvo por solo adorno un crucifijo; y antes de las horas de consulta, solían oírse en la quietud del ambiente las notas de un vals de salón o un trozo de música mística, por Hernández interpretado, en el violín o en el piano.

Familiares le eran clásicos españoles; estudió a fondo el castellano, y es por eso por lo que su estilo tiene la concisión de una receta. No ignoró, por de contado, que en la opulencia de nuestro léxico existe una palabra: filiatría, la cual le

vino de molde, pues ninguno ejerció como él, entre nosotros, la medicina desinteresada. El único interés que demostró fué el de curar al enfermo. Se refiere de Guillermo Delgado Palacios, el eminente biólogo, que cuando no atinaba a dar con la traducción fiel de un término, decía a sus discípulos: «—Cópíenlo mientras él lo escribía— y pregúntenle al doctor Hernández cómo se pronuncia; yo no hago sino traducir, valiéndome de un diccionario». Y no sólo sabía Hernández el alemán, sino el inglés, el francés, el italiano, el griego y el latín. Además, era un matemático de hondos conocimientos.

A su regreso de Europa, después de concluidos sus estudios, brillantemente, el doctor Francisco Antonio Rísquez tuvo para Hernández esta frase feliz: «Es un sabio casi niño». Y eso fué siempre: un sabio que conservó el candor de la niñez y en el tumulto de la vida, «un niño con experiencia de anciano».

Debido al esfuerzo generoso de Hernández, se inició aquí un auténtico período de reformas de la Medicina. Fué un renacimiento. El memoratísimo doctor Elías Rodríguez, por entonces rector de la Universidad Central, puso a Hernández en posesión de la Cátedra de Histología Normal y Patológica, Fisiología Experimental y Bacteriología. Asistió puntualmente a las clases, sin faltar a ninguna de ellas; fructificó en la juventud la pródiga semilla que hubo de esparcir a manos llenas; compuso un texto de Embriología que no llegó a publicar; sólo se conocen fragmentos. «Podemos afirmar—dijo— que la luz que la Bacteriología proyecta hacia la Medicina, es de tal intensidad, que a causa de ella sola se ha progresado más en estos últimos años de lo que había adelantado en los muchos siglos que se cuentan de Medicina científica.»

Se le reconocía a Hernández con el remoquete dignificador de «El médico de los pobres». En el ejercicio profesional, para él no hubo distinción de clases. El rico y el pobre eran iguales: los atendía con el mismo esmero y con la misma eficacia; porque, a fuero de profundo filósofo, bien se le alcanzaba que a todos llegaría, tarde o temprano, la nivelación de la muerte.

La solicitud suya era inagotable: a ninguno escatimó el te-

soro de su ciencia; y allá, en lo más secreto de su alma, como en jardín que regasen cristalinas lágrimas, vió florecer la caridad como lirio esplendoroso. Fué siempre justo, en medio de las humanas injusticias.

Cansado del mundanal rebullicio y obedeciendo a irresistible vocación, resolvió un día meterse monje. Se fué a Italia, donde ingresó en la cartuja de Farneta. Allí, los hijos de San Bruno, con gran sabiduría, han logrado erigir altares al Silencio. Trocó su ilustre nombre de José Gregorio Hernández por el nombre oscuro de Hermano Marcelo. Mal podía su débil complexión corpórea soportar la rudeza de los trabajos materiales y se vió por ello compelido a volver a la patria para seguirle prestando servicios de enorme entidad. Antes del retorno, le impuso como penitencia el superior de la Orden que vistiese a la última moda: la cumplió cabalmente, con toda sumisión; sonreía él, con seráfica beatitud, cuando a su vez se reían los otros a costa suya y le miraban, no sin irónica extrañeza, vestido como cualquier mirliflor o petrimetre.

El doctor José Gregorio Hernández, a pesar de su manseñumbre, fué un hombre de carácter integérrimo, de lo cual dió testimonio más de una vez. En unos exámenes de Bacteriología, aplazó a un estudiante, quien lo amenazó con el bastón que portaba.

Hernández, sin sobresalto alguno, le dijo:

—Puede usted proceder como a bien tenga; me haré el cargo de que me pasó una carreta por encima.

¡Todo un trágico vaticinio! No una vulgar carreta, sino un rauda automóvil dió al traste con la meritísima existencia del doctor José Gregorio Hernández, el día 29 de junio de 1919.

Su muerte sumió a Caracas, que lo quería como a hijo preclaro, en consternación y unánime duelo.

Al abrir cada nuevo curso el doctor Hernández, como profesor de Histología Normal, siempre tuvo por costumbre la

de pedir a los alumnos el nombre y el apellido. Alguien pretendió inscribirse dando sólo el apellido.

Le llamó la atención el maestro:

—¿Es usted por ventura un Pasteur? Porque sólo a los grandes hombres se les conoce por el apellido.

Le preguntó una vez Hernández a cierto alumno desaplicado:

—¿Cuál es su profesión?

—Soy estudiante.

—¿Y por qué no la ejerce?

Asombrado hallábase un alumno ante el recuento de los glóbulos sanguíneos. Se trataba de una simple proporción aritmética.

Le insinuó el doctor Hernández:

—Tenga la bondad de acercarse a la pizarra y practíquela.

Por temor al ridículo, el joven se negó a obedecer, mostrándose enojado.

Entonces el profesor le reconvino:

—En la escuela de la Lotería dan clases nocturnas de aritmética; váyase allá para que aprenda las operaciones fundamentales y no pretenda encubrir su ignorancia con gestos de mala educación.

Aunque de ideas antagónicas, los doctores Hernández y Razetti eran amigos tolerantes y se tenían mutuo respeto. Cuando el segundo emprendió una de sus vigorosas campañas en favor de los postulados de la escuela positivista, un entrometido trató de malquistarlos; mas le advirtió el primero:

—Yo creo en la Religión; Razetti en la Ciencia, la cual practica siempre como buen cristiano.

Hernández acostumbraba a mostrar en el microscopio a cada alumno, personalmente, las preparaciones todas de Histología y Embriología. Uno de los cursantes, sin dar la menor importancia al asunto, vió con rapidez el aparato y alejóse con la mayor indiferencia.

Hernández dijo entonces:

—Cuando yo trabajaba con Duval, me pusieron un embrión de pollo para que lo estudiase y todo el día lo pasé en aquello; tanto me abstraí, que hasta se me quitó el apetito.

Después de un examen de Medicina Operatoria, un cursante no salió muy bien librado, y en actitud agresiva se detuvo al pie de las escaleras de la Universidad Central para pedir explicaciones.

Hernández fué de los primeros en bajar, y a la amenazante pregunta:

—Doctor, quiero que me diga quién fué el promotor de mi aplazamiento.

Hernández, con la conciencia del deber, que tuvo por norma, lo apartó, diciéndole:

—Oiga, joven, de lo que pasó en el examen somos solidarios todos los miembros del jurado.

Tratábase de una sencilla operación quirúrgica. Presentaba el paciente síntomas alarmantes e imprevistos. Los médicos que lo asistían, contra el parecer del operador, creyeron descubrir las convulsiones del tétanos. Habían resuelto aplicarle una inyección de suero antitetánico. Hernández comprendió que no era sino simple temblor nervioso y aconsejó que le diesen una pequeña cucharada de bromidia.

—Eso no es tétanos—manifestó a un colega suyo de porte mayestático—; es lo mismo que si dijese yo que usted es un hombre raquítrico y enclenque.

—Y bien, ¿qué se perdería con ponerle una inyección, en vez de un sucedáneo?

—Perderíamos la honradez, perderíamos la moralidad.

Emilia se llamaba la hija mayor de don Eduardo Calcaño. Llevó una vida recoleta y fué propagandista entusiasta de las ideas católicas. Fundó y fué asimismo presidenta del «Apostolado de la Oración en Caracas», el cual tuvo y tiene ramificaciones en todo Venezuela.

Cuando llegó el general Cipriano Castro a la capital de la República, triunfante, la dama a quien se alude, se complacía en hablar mal de los andinos. Alguien le llamó la atención sobre el asunto:

—¿Cómo es posible que usted se exprese tan mal de esos señores, cuando su médico y el mejor de sus amigos es oriundo de los Andes?

—¿Quién?

—El doctor José Gregorio Hernández.

—Hace muchísimo tiempo que el doctor Hernández se dejó de eso.

Una de las más sonadas polémicas habidas en esta ciudad fué sobre la teoría de la descendencia. Hasta Monseñor Juan Bautista Castro, a la sazón arzobispo de Caracas y Venezuela, intervino en ella y evidenció no ya sus conocimientos teológicos, sino también sus profundos conocimientos en las ciencias humanas.

Cuando llegó la discusión, promovida por el doctor Luis Razetti, a la Academia Nacional de Medicina para que sus miembros dictaminasen sobre el particular, al tocarle el turno al doctor Hernández se expresó en breve pero convincente frase:

—Hay dos opiniones usadas para explicar la aparición de los seres vivos en el Universo: el Creacionismo y el Evolucionismo. Las mismas razones que tiene Razetti para ser evolucionista, las tengo yo para ser creacionista.

En la conferencia inaugural de un curso de Medicina, en la Universidad de Caracas, los alumnos aplaudieron al doctor Hernández, y éste les previno, cambiando el tono de su voz

suave y apacible por otro más enérgico: «A la clase—dijo—se viene a aprender; quien crea lo contrario, que no me vuelva a molestar.» Desde entonces, las lecciones del maestro no fueron interrumpidas con aplausos importunos.

El doctor Santos A. Dominici refiere que, siendo él ministro plenipotenciario de Venezuela ante el Gobierno de los Estados Unidos, llegó el doctor Hernández a Nueva York; hospedóse en un hotel cercano a los muelles que tenía buena apariencia, pero mala reputación. Al siguiente día fué un emisario secreto a informar que un doctor venezolano se había alojado en un hotel que vigilaba la policía. «El doctor carga en el bolsillo—añadió—una cartera atestada de billetes, que le han visto, y corre el riesgo de que sus compañeros de hotel lo asalten para robarle». Era para entonces nuestro vicecónsul en la metrópoli neoyorquina, Nicolás Veloz Goiticoa, quien impuso a Hernández de lo que estaba sucediendo.

«—Tranquílcese —le contestó Hernández con una sonrisa desdeñosa—: yo soy hombre para cualquiera de esos bandidos.»

Cuando en 1902, Inglaterra, Alemania e Italia bloquearon los puertos de Venezuela, el general Cipriano Castro, a la sazón presidente de la República, llamó al país a las armas. Gran patriota el doctor Hernández, fué el primero que se inscribió en la parroquia de Altagracia.

El doctor Luis Razetti fué uno de los grandes civilizadores que ha tenido Venezuela. Profesor de ideas avanzadas, hubo de difundirlas con apasionamiento. Emprendió también una vigorosa campaña contra el alcoholismo.

Una vez dió una conferencia para demostrar que el gusto por el alcohol es postizo y que sólo se trata de una necesidad

que el hombre ha creado artificialmente. Adujo varios ejemplos, entre otros:

—Poned un burro sediento entre un cubo de agua y un cubo de vino. ¿Hacia donde irá el burro?

—Seguramente hacia el agua—dijo alguien.

—Y ¿por qué?—preguntó Razetti.

Un socarrón que lo estaba oyendo, contestó entre una atornadora carcajada de la concurrencia:

—¡Claro, porque es un burro!

Vida múltiple y dinámica la del doctor José Gil Fortoul: su poderosa inteligencia abarcó las más diversas actividades y supo descollar en todas ellas. Fué poeta, escritor, periodista, filósofo, historiador, novelista, político, diplomático, sociólogo, ensayista, legislador, deportista, conferenciante, orador y parlamentario. Y todo en grande.

Aunque varias ciudades se disputaron la honra de haber sido su cuna, el 17 de noviembre de 1861 nació José Gil Fortoul en Barquisimeto. Fué fruto del matrimonio del doctor José Gil y de la señora Adelaida Fortoul Sánchez. Su padre era abogado y militar. Tomó parte activa en la Revolución de Marzo, que dió en tierra con el Gobierno de los Monagas. El año 1858 se le nombró gobernador de la provincia de Barquisimeto, y asistió como diputado a la Convención de Valencia. Hombre prestigioso, fué también de grande utilidad a su partido durante la guerra de los cinco años, y puede asegurarse que era la espada más fuerte de los centralistas en aquellas comarcas. De su progenitor heredó Gil Fortoul el acometimiento y el carácter impulsivo; de su madre, la bondad excesiva. A este propósito, una vez que fué Gil Fortoul al Ministerio de Relaciones Exteriores para que le expidieran un pasaporte diplomático, el notable calígrafo Ricardo Gondelles hubo de decirle:

—Doctor, ya tuve el agrado de leer su partida de bautismo en un periódico del interior de la República.

—No me hable de cosas tristes.

Muy joven, sus padres lo enviaron a El Tocuyo, con el de-

signio de que iniciara sus estudios en el colegio «La Concordia», regentado por el ilustre institutor Egidio A. Montesinos, a quien consagró en más de una ocasión recuerdo emocionado.

En la Universidad Central de Venezuela obtuvo el grado de doctor en Ciencias Políticas, el 23 de enero de 1885. Su tesis versó acerca de *El consumo se limita por la producción*, que desarrolló con sapiencia y brillo.

La obra primigenia suya fué de poesías, *La infancia de mi Musa*, a la cual siguieron: *Recuerdos de París*, *Julián*, novela, *Filosofía Constitucional*, *Filosofía Penal*, *El humo de mi pipa*, *La esgrima moderna*, *Pasiones*, novela, *El hombre y la historia*, *Historia Constitucional de Venezuela*, *Discursos y palabras*, *De hoy para mañana*, *Sinfonía inacabada y otras variaciones*, *Páginas de ayer...* Tan copioso acervo intelectual pone de relieve su fecunda labor llevada a cumplido remate. Cerebro de enciclopedista, lo llamó acertadamente un contemporáneo suyo.

Los mejores años de su juventud los consagró a la diplomacia. En 1911 y 1912 desempeñó el cargo de ministro de Instrucción Pública, en el cual introdujo reformas de la mayor entidad; presidente de la Cámara del Senado y presidente de la República en 1913, y en 1915 otra vez presidente de la Cámara del Senado.

Gil Fortoul fué ante todo y por sobre todo un insigne orador parlamentario. Afluencia de palabras; ademán tribunicio; fecunda inventiva; firme dialéctica; rapidez en la improvisación; conocimientos proficuos y gentil desenfado: cualidades éstas que, al ir en abono suyo, contribuyeron a hacerle una de nuestras más conspicuas figuras parlamentarias. Animó el mar muerto de las Cámaras Legislativas, bajo regímenes arbitrarios, con su verbo impetuoso; la mayoría de las veces trató disímiles temas a fondo, e impuso su criterio. En un ensayo sociológico trajo a cuento una frase elocuente de Lord Palmerston: «Las opiniones son más fuertes que los ejércitos.» De ahí que al adoptarla, se hiciese partidario de que las luchas sociales tendieran a efectuarse, no a mano armada o por medios de violencia, sino en el campo de la discusión, donde cada quien pudiese oponer un sistema a otro sistema y

un ideal a otro ideal: norma a que hubo de ceñirse en toda circunstancia.

A pesar de la violencia de su carácter, Gil Fortoul jamás guardó rencor a persona alguna. Tampoco dejó de reconocer méritos en el adversario.

Practicó en filosofía el evolucionismo; en la tribuna su verbo fué tal cual vez incisivo y contundente y reposado cuando lo pedía la importancia del asunto; en política, magnánimo; en diplomacia, hábil y discreto; imparcial en historia, y todo un gran señor en la vida, de la cual disfrutó con refinamientos de epicúreo.

Brotaron de su pluma de maestro, a la continua, hermosas flores de estilo y pensamiento, las cuales supo realizar con «un scherzo de ironía velada».

Con alguna frecuencia contaba Gil Fortoul que cuando emprendió viaje de Barquisimeto a Caracas, adonde venía con el propósito de cursar estudios de Ciencias Políticas, su padre le previno:

—Has olvidado pedirme cartas de recomendación; aquí te traigo una que vale por todas. Y sacó de la maleta un saco de onzas de oro—. Hazte hombre tú mismo, y vive siempre de modo que tu vida dependa en toda ocasión del propio esfuerzo.

No echó Gil Fortoul a mala parte el consejo, que duró más que las onzas de oro, según lo declaró más tarde.

Fervoroso partidario de la teoría de Darwin, la estaba divulgando con acaloramiento en los periódicos, y fué entonces cuando lo llevó el doctor Carrillo para que compareciera ante una de las más hermosas mujeres de Caracas.

Ya, en su presencia, interrogó Carrillo:

—¿Crees por ventura que una muchacha tan linda puede ser descendiente de un mono?

Y respondió Gil Fortoul, siempre galante:

—Si la materia pudiese divinizarse, ella sería la divinización de la materia.

Eran antiguos compañeros de estudios en la Universidad Central el doctor F. C. Vetancourt Vigas y Gil Fortoul y después de transcurrido mucho tiempo se hallaron en un *Te Deum*, a la puerta de la Catedral de Caracas.

Se abrazaron al verse; y recordando la época de su oposición al régimen autocrático del general Antonio Guzmán Blanco, le manifestó Gil Fortoul con escéptica sonrisa:

—Estoy arrepentido.

Refiere Gil Fortoul en uno de sus libros, que en la época de estudiante, cuando vivía en París con un grupo de condiscípulos, tenían para los menesteres cotidianos, una mujer otoñal nacida en Grecia, que se ocupaba también en los de la bucólica. Uno de los individuos se enamoró de la fámula, quien correspondía a los eróticos requerimientos. Llegaron a amarse con tal pasión, que su aventura les recordaba la Maritornes de *Don Quijote*. Y el estudiante contestó con toda ingenuidad:

—¡Pero es griega!

En 1908 se batieron a espada Gil Fortoul y Gómez Carrillo, en un recodo del Bosque de Bolonia. El célebre cronista recibió dos heridas: una en el pecho y otra en el hombro; Gil Fortoul, en un cambio de posición, quedó frente al sol y cegado por la luz reflejada sobre los lentes, circunstancia que aprovechó Gómez Carrillo para herirle en el antebrazo derecho. «En el duelo con Carrillo—escribió Gil Fortoul—recibí un rasguño en el antebrazo derecho, lo que me impidió en la mañana siguiente montar a caballo como de costumbre.» Escribió a su vez Gómez Carrillo: «Pero la verdad es que sólo se me ocurre ser sincero y expresar mi admiración por ese hombre, que des-

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

de un principio demostró su caballerosidad que ha dejado pasados a Bobadilla y a Laberdesque, mis padrinos.» No hubo reconciliación en este duelo.

Años más tarde, en 1918, por poco se bate Gil Fortoul con el mariscal Joffre, el famoso militar francés de 1918. El motivo del conato de duelo fué el siguiente: Un día, después de asistir a un almuerzo, regresaba Gil Fortoul a la Legación de Venezuela, y en ese momento el mariscal Joffre, acompañado de dos ayudantes, llegó a la puerta del ascensor. Como Gil Fortoul tenía largo tiempo esperando, se molestó porque los ayudantes le tomaron la delantera, para darle la prioridad al mariscal. Gil Fortoul detuvo la puerta y en tono violento dijo que a él le correspondía pasar primero. Nada contestó Joffre y tomó la escalera, pero al cabo de poco tiempo le envió sus padrinos a Gil Fortoul para concertar un duelo. Gil Fortoul lo aceptó en principio; después de reflexionar con más calma y merced a la intercesión de algunos amigos que consideraron demasiada enérgica su actitud, convinieron en dar la razón al mariscal ofendido, a quien Gil Fortoul presentó excusas.

Todo terminó amistosamente en un almuerzo con que le obsequió Gil Fortoul, quien a la sazón era ministro de Venezuela en Francia.

Dióse a Gil Fortoul el honroso encargo de que hiciese el elogio de Manuel Díaz-Rodríguez, para quien tuvo pocos secretos el idioma, por lo cual le comunicó una musicalidad a su prosa, difícil de hallarla en otros autores.

Confesó allí el panegirista, con hidalga franqueza, que en su profesión abogadil no había ganado ningún pleito.

Ahora bien, cuando descendió del solio presidencial, publicó un aviso en los periódicos, donde se ofrecía en el ejercicio de la profesión a su presunta clientela.

Una mañana apareció en los tribunales con una cartera enorme debajo del brazo y un perro tan enorme como ella.

Cierto abogado, movido a curiosidad, le preguntó a un colega suyo:

—Desearía saber lo que tiene Gil Fortoul en la cartera.

—¡Qué ha de ser; la comida del perro!

Cuando estuvo ejerciendo la presidencia de la República, en viaje para Maracay, se preparó en Guayas a tomar el desayuno.

Era muy temprano, y a pesar de los fortísimos golpes que ordenó dar en la puerta de la fonda, el dueño no abría.

Gil Fortoul, con su peculiar acento extranjero, conminó al chófer:

—Dé otros aldabonazos. Diga que es el presidente de la República quien manda.

Se oyó una voz que salía de adentro:

—¿No conoceré yo al general Gómez? ¡El «musiú» (1) se ha vuelto loco!

Durante el Gobierno del presidente Gómez estuvo clausurada la Universidad Central; sin embargo, el doctor Jesús Antonio Páez abrió una escuela gratuita de Derecho en su escritorio; y en otro curso análogo, tocóle al doctor José Gil Fortoul en suerte regentar la cátedra de Derecho Constitucional. Cierta día se le ocurrió a uno de sus discípulos hacerle una pregunta sobre la versatilidad de nuestros legisladores que cambian—y siguen cambiando, o reforman las leyes con frecuencia—. Disertó entonces Gil Fortoul acerca de lo artificioso de nuestras leyes, hijas casi todas ellas de circunstancias pasajeras, de hombres y de tiempos. Solamente—dijo—tenemos una ley de existencia secular: la Ley de Patronato Eclesiástico, emanada de la viderencia de los Libertadores: se dictó a título provisional, mientras se celebraba un concordato con la Santa Sede. Porque, señores—añadió el maestro—en Venezuela *lo provisional es lo que dura*. Con lo cual aludió directamente al doctor Víctorino Márquez Bustillos, a quien un Congreso de Plenipotenciarios eligió presidente de la República, en 1914, y duró en ejercicio de ella ocho años consecutivos.

(1) Según el doctor Lisandro Alvarado, “musiú” es vocablo popular con que se designa a todo extranjero que habla o pronuncia incorrectamente el español.

Cuando en 1906 se le nombró al doctor Gil Fortoul miembro principal de la Comisión Redactora de Leyes, en la parte relativa a la Legislación del Trabajo hizo suprimir los términos «amo» y «sirviente» y los sustituyó con «patrón y «obrero».

Aficionado, como el que más, a todo linaje de deportes, lo era también Gil Fortoul a las corridas de toros. Asistía a una de ellas, a raíz de los sucesos acaecidos en febrero de 1936, en los cuales hubo algaradas y saqueos; le habían incendiado su automóvil particular, frente a la Universidad Central, cuando la Academia de Ciencias Políticas y Sociales conmemoraba el centenario del Código de Procedimiento Civil del licenciado Aranda. La animadversión contra Gil Fortoul era ostensible.

Hombre de corazón y bien puesto, no se inmutó jamás ante el peligro, por grande que fuese, como hubo de proclamarlo en la ocasión en que el doctor Samuel Darío Maldonado, director de la Oficina de Sanidad Nacional, dió una conferencia en el salón de la Academia de Bellas Artes, sobre saneamiento general y fiebre amarilla.

Con motivo de una alusión personal al doctor Francisco A. Rísquez, se cruzaron violentas invectivas y salieron a relucir armas cortantes y de fuego. Gil Fortoul, para entonces ministro de Instrucción Pública, restableció el orden con breves palabras que así comienzan:

—Al fin me dejaréis hablar, porque yo no soy de los que cesan ante la oposición, ni de los que sienten miedo ante el tumulto de las multitudes.

Después de la reacción contra Gómez se encontraba Gil Fortoul en el Nuevo Circo, donde no bien advirtieron su presencia, hubo rechiflas, y comprendiendo que eran con él, se puso de pies en la contrabarrera que ocupaba, e increpó a los vociferadores:

—¡Imbéciles!

Antes de comenzar la corrida, un desalmado, sin tener en consideración sus muchos años y sus muchos méritos, le dió a

Gil Fortoul, a traición, un silletazo en la frente, la cual se le tiñó de sangre.

En la enfermería le aplicaron puntos de sutura; y cuando apareció vendado y fué a ocupar su mismo asiento, sin dar la mínima importancia al suceso, los que antes le habían silbado, prorrumpieron en estruendosos aplausos, como los que se les tributan a los toreros ovantes.

Después se dirigió Gil Fortoul al Cuartel de Policía, donde se puso al habla con el perdulario:

—Como soy un hombre público, estoy expuesto a todas las contingencias; pero sí deseo saber qué motivo tuvo usted para agredirme en esa forma.

—Ninguno, doctor—dijo el hombre amilanado.

Entonces Gil Fortoul hizo poner en libertad al irresponsable.

En gira por el interior de la República, en un corral de Ortiz, le dió una coz un caballo, y como alguno preguntase:

—¿Es verdad que al senador Gil Fortoul le dió una patada un diputado?

No se hizo esperar la respuesta:

—No, fué un animal más noble.

Tuvo la entereza Gil Fortoul de asegurar en documento público que él no había llegado a la presidencia de la República por sus méritos de historiador y diplomático, de filósofo y legislador, de jurista y parlamentario, sino por «caballerizo». El, tan conocedor del idioma, que manejaba a su antojo, no se valló de la voz castiza caballerizo, para que fuese más absoluto su desprecio.

Por herencia le venía la calvez a Gil Fortoul. «El pelón Gil» llamaban a su padre el doctor José Gil, que tuvo larga actuación en nuestras discordias civiles.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Gil Fortoul era amigo de un barbero del Club Venezuela, hasta el punto de permitirse con él algunas bromas.

Estaba Gil Fortoul encargado de la presidencia de la República y debía asistir a una recepción oficial. Notó que tenía algo crecida la barba y le preguntó al figaro:

—¿Usted sería capaz de afeitarme sin necesidad de que me quite el cuello de la camisa?

—Yo soy capaz de cortarle el pelo, doctor, sin necesidad de que se quite el sombrero.

—Usted no es más que un insolente y un irrespetuoso; usted ha venido a recordarme la calvicie, que es mi constante mortificación y, por consiguiente, usted debe ir para la policía.

Acertó a pasar Gil Fortoul por el Mercado Principal de Caracas, en donde suele reunirse la muchedumbre más heteroclita que darse pueda.

Un hombre del pueblo, astroso en el vestir y soez en el hablar, lo cubrió de insultos.

Intervino la policía, y Gil Fortoul, con la ecuanimidad que fué siempre su norma, se opuso a que lo detuvieran.

Se limitó a decir al agente de seguridad, con la mayor indiferencia:

—Es un convencido.

Y siguió de largo.

Cuando estuvo de moda en el país, sobre todo en Caracas, el afán inicuo de la tala de árboles, el cual lleva todas las trazas de perpetuarse, Gil Fortoul se presentó en la Gobernación del Distrito Federal para ofrecerse como inspector de parques y jardines, sin que se le hiciere el menor caso.

Lo que fué rasgo de sinceridad en Gil Fortoul, se tomó por ironía.

Y, naturalmente, no le hicieron caso.

Con el fin de obtener un dato histórico, Gil Fortoul entró en el Archivo Nacional. Le dijo uno de los empleados subalternos:

—Doctor, usted es uno de los hombres públicos que han corrido en el país con mayor suerte, porque ha desempeñado todos los principales puestos de la República, inclusive la Presidencia.

—No todos, usted exagera—le contestó—; me ha faltado ser arzobispo de Caracas y Venezuela.

Notoria semejanza existe entre Paracelso y Alvarado. Los dos se consagraron por entero al arte de curar y a los dos les placía leer con avidez suma en el gran libro de la Naturaleza. Su modo de viajar fué idéntico: el saco al hombro, a pie generalmente, y la atención reconcentrada en el vulgo de las almas y en el ritmo de las cosas. Paracelso estuvo pendiente de la observación del menestral, de la fórmula del empírico, del sortilegio del gitano, de la prédica del fraile; Alvarado había recorrido casi todos los pueblos de Venezuela, en busca de un petroglifo, de una planta curiosa o de una voz indígena. En sus frecuentes excursiones anduvo confundido con la gente del pueblo.

Un día llegó a la población de Zaraza.

Le dijo cierta persona:

—Oiga, viejo, ¿quiere ganarse dos bolívares?

—No tengo ningún inconveniente.

Pues báñeme ese caballo.

Llevándolo del diestro, se fué con él al río para cumplir el encargo. Ya de retorno, le satisfizo el dueño la suma estipulada, la cual aceptó con demostraciones de agradecimiento.

Cuando llegó a oídos del dueño del animal el ilustre nombre del doctor Lisandro Alvarado, conturbóse, dándole mil excusas, las cuales rechazó en términos corteses:

—No tiene por qué disculparse. Ese ha sido un trabajo como cualquiera; se me ha recompensado con mucha largueza, y no lo hice por usted, sino por el otro.

Cierto día salió el doctor Lisandro Alvarado con su amigo el doctor Eladio del Castillo, en una exploración para indagar el origen del Zanzón de Guardagillos, en Santa Rosa del Estado Lara. Después que bajaron a una profundidad de once metros, se les hizo la subida punto menos que imposible. Pidieron socorro varias veces. Unos campesinos acudieron en su ayuda y lograron alcanzar la superficie. Alvarado, agradecido, les ofreció una copa de licor en la bodega más cercana; los salvadores pidieron cerveza y brandy, mientras Alvarado pidió cucuy Extrañado Del Castillo, le preguntó por qué tomaba cucuy pudiendo beber algo más fino, y le contestó: «La humanidad siempre ha bebido desde los tiempos de Abraham: yo prefiero lo más natural, el cucuy, porque contiene menos toxinas que esas otras bebidas que por valer más todos prefieren».

El humanista Lisandro Alvarado poseyó, como pocos, el don de lenguas. Para aprender el árabe contrató a un hijo del remoto país asiático, que a la sazón residía en Barquisimeto. Al mes le despidió porque el maestro nada tenía que enseñarle. Alvarado por aquel entonces estudiaba a fondo la gramática árabe y la fonética del mismo idioma.

El antiguo Café del Comercio era el punto de reunión de escritores, poetas y artistas. En torno de una de sus mesas se vió más de una vez a Pérez Bonalde, tratando de ahogar en una copa de licor su egregia melancolía; por allí desfilaron Juan de Dios Uribe, el vibrante periodista colombiano; Tomás Ignacio Potentini, enorme talento que frustró la bohemia, sin que lograrse dar de sí todo lo que de él con razón se esperaba; Abelardo Gorrochotegui, cuyo amor por las cosas indianas habría de culminar después en *aramare*; el ingenioso caricaturista Salvador Presas, animador de *El Diablo*; Andrés Alfonso Ortega, apasionado orador y espíritu inquieto e inquietante; Andrés Jorge Vigas, maestro del diarismo; Manuel Pimentel

EDUARDO CARREÑO

Coronel, autor de *Los Paladines* y paladín él mismo de la justicia y el derecho, y tantos otros sobre quienes gravita la ponderosa piedra del sepulcro.

—No te doy para que me lo agradezcas, sino para que sigas viviendc.

Hallábase en la Casa Amarilla quien estas anécdotas refiere, en compañía de José Austria. Acercósele un sujeto de trazas al parecer venerable y cuando le dijo:

—Don Pepe, ¿cómo que me creía muerto?

El pensador, con su ínsita fiema británica, sacó del bolsillo una moneda de dos bolívares y añadió al dársela:

—¡Yo nunca me hago ilusiones!

Carlos Borges venía de Barquisimeto en donde, como cura párroco de la Iglesia de la Concepción, había enfervorizado a los feligreses con su verbo vibrante de orador y con sus magníficas imágenes de poeta.

Adquirió en cierta botillería de Caracas un litro de ajeno y fué a participarle el venturoso hallazgo a su grande amigo José Austria, a quien en este momento un figaro estaba rasurando..

Esperó el escritor a que cerrara la noche, para darse con el presbítero al mar sin orillas de los placeres.

Inquirió Austria:

—Carlos, ¿adónde vamos ahora?

—Sigue mi penacho blanco.

—Será tu ala de samuro.

Cierto día se presentó Carlos Borges, medio calamocano, en un grupo de amigos, y exclamó: —Yo soy el cuervo de Poe, abriéndose la sotana de súbito, como si hubiese querido fingir las alas del pájaro agorero que vió posado el poeta, en una fosca medianoche invernal, sobre el busto de Minerva.

Nos refirió Pedro-Emilio Coll que, una tarde en París, se acercó a una mesa de café, en torno de la cual se hallaban Gómez Carrillo y un caballero melancólico, muy mal trajeado, quien, al advertir la presencia de nuestro compatriota, se marchó en seguida.

No sin grande asombro, inquirió de su amigo quién era el extraño personaje:

—Para el mundo, el doctor Melmoth; para la gloria, Oscar Wilde—dijo el egregio cronista.

El maravilloso escritor inglés fué para José Austria un verdadero ídolo, ante el cual quemó las orobias más puras de su admiración. Tradujo con auténtico amor de artista el *De Profundis*, mística y honda queja de uno de los espíritus más desgarrados.

Un antiguo compañero de Wilde tomó sobre sí la defensa suya, la cual asimismo tradujo con la mayor puntualidad y pulcritud el propio Austria: la llevó para su publicación a *El Tiempo*, diario cuya gerencia estaba a cargo de Gregorio Martínez.

Este vió con ojeriza al grave don Pepe; y cuando puso en manos de un redactor los originales, exclamó, no sin cierta sorna:

—¡Ya viene el hombre con su marica!

Se hallaba en Santiago de Chile José Austria, junto con otros diplomáticos. Uno de ellos le hizo la invitación, que aceptó con gusto, a tomar unas copas en la botillería más cercana. Ya instalados cómodamente, le dijo:

—Don Pepe: Tenga la bondad de hacer dos fuertes nudos a estos pañuelos y véndeme hasta que no vea nada en absoluto.

Así lo hizo. En seguida pidió el diplomático que le trajesen un whisky doble. Después de ingerido el licor, Austria le insinuó con cierto asombro:

—¿Y eso qué significa?

—Pues la cosa más natural: estoy cumpliendo una prescripción facultativa; el médico me ha ordenado que no lo vea.

En la sala de un hospicio de Panamá se encuentra un hombre moribundo. ¡Y qué hombre, si pensáis! Es don José Austria, representante diplomático por aquel entonces de Venezuela en la República hermana.

Mundano, como el que más el escritor, hecho al disfrute de todos los placeres de la vida, no se inmuta ante la sombra que se le echa encima brutal e inexorablemente. Ni pierde su congénito buen humor. Es un estoico.

Una mañana, el médico que le asiste, le aconseja:

—Sería conveniente que de vez en cuando tomase una cucharada de coñac o de whisky.

Don Pepe, sin perder un punto la seriedad británica, tan peculiar suya, le objeta:

—No me disgusta del todo la medicina; pero, ¿por qué ha de tomarse por cucharadas?

Turbulenta y contradictoria la vida de Carlos Borges. Estudiante de Jurisprudencia en la Universidad Central, señalóse como librepensador. A causa de la muerte de su prometida, que tuvo el promisorio nombre de Esperanza, resolvió abrazar la carrera del sacerdocio. Cuando cantó la primera misa, hizo el elogio suyo aquel varón docto y austero que se llamó Juan Bautista Castro, futuro arzobispo de Caracas y Venezuela.

Carlos Borges fué ante todo, un gran poeta que llevó al ara de la inmortal Belleza el tributo de sus timiomas y sus flores. Estando preso en la demolida Rotunda caraqueña, compuso de memoria un bello libro que no llegó a publicar: *En el balcón de Margarita*; las más de sus composiciones son populares; en carta pública se retractó de ellas. Recorrió la lira de nuestro compatriota todo el diapasón; desde *Lámpara eucarística*, que no reconoce par ni en los místicos más exaltados, hasta *Lucrecia Borgia*, flor fatal de lujuria que a través de los siglos sigue esparciendo inebriante aroma de mandrágoras e incienso. A Carlos Borges, según la situación de su ánimo, le placían el fervor de la plegaria y el horror de la blasfemia.

Fué Borges también orador de verbo elegante y armonioso; en la cátedra del Espíritu Santo, como fuera de ella, atrajo

siempre selecto y nutrido auditorio; es lástima y grande que hasta la fecha no se hayan compilado sus sermones y discursos, entre los cuales descuella el que pronunció el 5 de julio de 1921, con motivo de la inauguración de la casa natal de Bolívar. Además, fué prosador de cláusulas castizas y pomposas.

Si fué turbulenta la vida de Carlos Borges, ya cercana la muerte, arrepentido, llamó a un sacerdote; inclinó la cabeza sobre el lecho y dijo:

—La muerte se acerca, me acaricia y se retira, ¿por qué será?

Ya es tiempo. La última noche la pasó llorando. y como algunos le preguntasen la causa, respondió:

—Si alguien debe llorar sus pecados soy yo; he descubierto un abismo en el corazón de Dios y he entendido que el mayor de los atributos divinos es su misericordia.

A la edad de sesenta y cuatro años, murió Carlos Borges en la ciudad de Maracay, el 21 de octubre de 1932, a consecuencia de una angina de pecho.

Carlos Borges, vestido de seglar, se hallaba sentado en la puerta de un establecimiento donde se vendían materiales de construcción. Acertó a pasar por allí una dama de alcurnia, belleza otoñal, su hija de confesión en otro tiempo y que no tenía fama de honesta.

Picados de curiosidad los amigos allí presentes, inquirieron:

—Y ¿qué te dijo?

A lo cual dió como respuesta:

—Yo he dejado de ser sacerdote; mas, no por eso he dejado de ser caballero.

Por Pascua Florida, durante la celebración de un nacimiento, varias personas le exigieron a Carlos Borges que dijese

algo; el poeta dejó este villancico al azar, como una flor humilde en el pesebre:

*San José bendito:
tú eres la totuma,
la Virgen, la leche,
y el Niño, la espuma.*

En *El Constitucional*, de Caracas, publicó Carlos Borges tres artículos laudatorios sobre *Cipriano Castro*, *Cecilio Acosta* y *La mujer* (fragmentos de un magnífico discurso pronunciado en la población de El Tinaco).

Arvelo Larriva tradujo y sintetizó en tres haches el contenido de tal publicación: El primero significa Hambre, el segundo, Hombre, y el tercero, Hembra.

Varios poetas se hallaban alrededor de una mesa de café, en jocunda camaradería, inspirados por el vino travieso. Tema de la conversación lo era el de que si las rubias supeditaban a las morenas, o las morenas a las rubias.

En esto compareció Carlos Borges, que venía con unas cuantas copas de más al colete; y como lo invitasen a tomar parte en la conversación, improvisó las siguientes redondillas:

*En conversación amena,
piensa el hombre, sin disputa,
cuál será más rica fruta,
si la rubia o la morena.*

*Y yo que no soy don Juan,
opino en mi bancarrota
de banquero cortesano,
que si la rubia es "pachano"
la morena es "morocota".*

Hijo de don Pedro Coll Otero y doña Emilia Núñez, el insigne escritor Pedro-Emilio Coll nació en Caracas el 12 de

julio de 1872 y murió en la misma ciudad el 20 de marzo de 1947.

Cuando se inició el movimiento renovador de la literatura en América, encabezado por José Martí, Manuel Gutiérrez Najera, Rubén Darío, Julian del Casal y José Asunción Silva, Pedro Emilio Coll rundo en Caracas, junto con el memoratísimo Luis Manuel Urbaneja Alcnelponi y Pedro Cesar Dominici, la revista quincenal *Cosmopolis*, cuyas selectas columnas acogieron, sin distinguo alguno, todas las escuelas, por cuanto su canon estético fue el de la sinceridad y la toderancia. A nuestro compatriota debemos esta frase magnífica: «La tolerancia es la caridad de la inteligencia.»

Anotó Coll en un artículo de la época: «La literatura ha necho en favor de la confraternidad humana mas que todas las intrigas diplomáticas; los países más lejanos se conocen, se acercan y simpatizan por el libro y el periodico; las almas viajan de una nación a otra sin hacer caso de los empleados ue aduana ni de los ejércitos fronterizos; las razas se estrechian y la paz se impone.»

Luego recogió en volumen, con el título de *Palabras*, los más de los artículos que aparecieron en la mencionada revista, todos ellos de suyo importantes. A más andar se trasladó a Europa. En París le cupo la señalada honra, concedida a muy pocos americanos, de que el *Mercure de France* le contase en el número restringido de sus colaboradores: la sección de *Letras Latino Americanas* supo sostenerla con interés, decoro y lustre.

Sacó a luz después *El Castillo de Elsinor*; y aunque calificó la obra modestamente de bocetos y notas fragmentarias, es de gran valer y en ella se exhibe su personalidad de pensador, con extraordinario relieve. Es *La escondida senda* el último de los libros por Coll publicados: lo integran *Años de aprendizaje de Simón Bolívar*, *Visita a Leonardo de Vinci*, *El Anti-Rousseau Español*, *Las Divinas Personas*, *El Paso Errante*.

Ramón Campos es el anti-Rousseau. El notable y casi desconocido filósofo fué catedrático de Física en los Reales Estudios de San Isidro, en Madrid, y autor del tomo intitulado *De la Desigualdad Personal en la Sociedad Civil*, que sirvió a

nuestro compatriota de tema para su discurso de ingreso en la Academia Venezolana de la Lengua.

No ha de omitirse en este sucinto recuento *La Delpiniada, Crónica del ocaso de Guzmán Blanco*. Propúsose el autor hacer un novelín, mitad histórico, mitad imaginario, y de fijo que logró su objeto. La silueta de don Francisco Antonio Delpino y Lamas está hecha a cabalidad y los demás personajes que intervienen en la narración se mueven con desenvoltura.

Invirtió algunos años en la preparación de la tragicomedia *Homunculus*, cuyo central protagonista es el hombrecillo que sacó el doctor Fausto de su mágica retorta, para asombro del mundo, sin que hasta el presente se haya publicado.

De Coll cabe decir lo que dijo Herrera de Garcilaso: «Escribió mucho en poco.»

Esto, por lo que respecta al escritor, visto desde un somero apunte. En cuanto al hombre, todo en él fué generosidad; no escatimó jamás su voz de estímulo para la juventud; pensando con su maestro Anatole France que el talento es el pecado que menos se perdona, Coll trató de ocultar el suyo para que se le perdonase; como patricio romano, supo llevar la modestia, digna y serenamente, a guisa de clámide, y asimismo supo tender la mano, sin alarde ni aspaviento, a quien demandase un favor, convencido como estaba de que al término de nuestra vida, en sentir de un comediógrafo contemporáneo, no se tomará en cuenta lo que hayamos ahorrado, sino lo que hayamos repartido.

En sus años mozos, Pedro-Emilio Coll fué aficionado a la farándula. Hacia 1887 varios jóvenes entusiastas acometieron por su propia cuenta y riesgo, la empresa de fundar el Teatro Nacional, con la creación del «Liceo Artístico», donde se representaron piezas españolas y venezolanas, entre ellas *Parada y fonda*, en la cual Pedro-Emilio Coll desempeñaba el papel de «Don Emeterio» con tanta propiedad que el público desternillábase de risa.

Don Eduardo Calcaño escribió para el novel comediante un monólogo: *En pos de la gloria*. Se aproximaban los días de la

reacción de Rojas Paúl contra Guzmán Blanco. A Pedro-Emilio Coll se le ocurrió para la interpretación de la obra, «hacerse una cabeza», como dice la gente del escenario adentro, caracterizando la del doctor Juan Pablo Rojas Paúl. Al salir a escena hubo explosión de risas y de aplausos. Hombre comprensivo y tolerante, al Magistrado Supremo le causó gracia la ocurrencia, y mandó llamar a Coll al palco presidencial para felicitarle por lo bien que había hecho su contrafigura.

Relataba cierta vez Pedro-Emilio Coll que don Rufino José Cuervo tenía una copiosa biblioteca de autores americanos; y en una visita que a éste le hizo, le encargó las obras de un notable poeta de nuestro país, de quien había oído muchos elogios. Se trataba nada menos que de don Francisco Antonio Delpino y Lamas. Con gran sorpresa del insigne filólogo, Coll le explicó que se trataba de una simple travesura caraqueña.

El doctor Pedro Itriago Chacín era ministro de Relaciones Exteriores y Pedro-Emilio Coll, recién llegado de Europa, fué a saludarlo. Databa la amistad de estos compatriotas desde los buenos tiempos universitarios.

Cuando lo abrazó el primero, le dijo:

—¡Qué bien estás, Pedro-Emilio; no hay para rejuvenecer como ir a Europa!

—No lo puedo negar. Estoy muy bien de fachada, pero en el comedor caen goteras.

Escéptico de buen tono, sin estridencias ni desplantes, fué empresa del escudo de José Asunción Silva la de *Nihilum de Nihilo*. Nada de nada. En ella se hundió, con estoica serenidad, no sin antes haber conversado con algunos amigos sobre los más disímiles temas, y, contra su costumbre, hasta se permitió decir chistes, para que no cayesen en probables sospe-

chas. Despidióse de ello con elegante sencillez de aristócrata, a medianoche por fin. De antemano se había hecho dibujar con el doctor Juan Evangelista Manrique la víscera palpitante donde momentos después habría de florecer la trágica rosa. No dejó ningún escrito; se le halló muerto en su cama, abrazado a un revólver de grueso calibre, que perteneció a su padre, la mañana del domingo 24 de mayo de 1896, a los treinta y un años de edad, con el rostro pálido y sonreído.

Uno de los periódicos más leídos y circunspectos de Bogotá registró en sus columnas la tragedia de este modo: *Suceso*. «Anoche, en su cama, puso fin a sus días el joven José Asunción Silva. Parece que hacía versos».

Cuando la conmemoración del cincuentenario de la muerte del poeta, una revista de Bogotá publicó una relación circuns-tanciada de sus deudas y de la forma, perentoriamente brutal, con que sus acreedores quisieron hacerlas efectivas, Pedro-Emilio Coll, su grande amigo, que escribió sobre el gran poeta colombiano más de una página admirable, exclamó, lleno de indignación profunda:

—Silva no se suicidó: ¡lo asesinaron!

El pintor José Gutiérrez Solana ejecutó un cuadro al óleo, con figuras del tamaño natural, que se conserva en el café madrileñísimo de «Pombo». Entre sus parroquianos contábase Pedro-Emilio Coll, quien por entonces desempeñaba la Secretaría de la Legación de Venezuela en España. Era ministro el doctor José Ignacio Cárdenas, enemigo suyo.

En el lienzo aparece el escritor venezolano, entre copas rebosantes de licor. La prensa española reprodujo la tela, que a poco se hizo célebre. Cárdenas, hombre intrigante y de pravos instintos, le envió una copia fotograbada a Gómez, como testimonio fehaciente de que Coll estaba entregado a la bebida. Cuando éste algunas veces iba a saludar al general Gómez, siempre le hacía la inevitable pregunta:

—Don Pedro, ¿cómo están las parrandas?

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

En el patio de las Academias se alza un marmóreo busto de Aristides Rojas, recubierto de yedras.

Eran los días de la reacción contra Gómez y Pedro-Emilio Coll se hallaba en la puerta del instituto.

A la casualidad, atinaron a pasar por allí dos sujetos del interior de la República. No sin gran sorpresa, dijo el uno al otro:

—Aquél es Gómez. ¿por qué todavía no lo han tumbado?

Coll, con su habitual bonhomía, les instó para que se convenciesen por sí mismos de que el busto no era del general Gómez, sino el de don Aristides Rojas.

Ya persuadidos, le preguntaron entonces:

—¿Y qué hace aquí ese viejo?

—Eso no puedo decirles, porque yo no lo sé tampoco.

Con ágil pluma y prolijos datos, escribió Ramón Gómez de la Serna la biografía del célebre café «Pombo», en la cual consagra un capítulo al *Venezolano Coll*, de suyo interesante.

Habla el cronista allí de que nuestro compatriota esclarece mucho el alma enteriza y crudiza de su raza, y que oírle decir «melancolía» es algo elocuentísimo.

También habla de que ese hombre justo, bueno, generoso, ve cómo la prensa elogia a nulidades americanas, sin que a él se le tome para nada en cuenta, pues «Coll sonríe, no se queja, no pide y va dejando en todos una huella profunda y la verdadera idea de que América es un país racional. Se da cuenta de toda idea, oye como no sabe oír casi nadie, es independiente en sus opiniones y tiene una ecuanimidad ultra-vertebrada.

»Sus ojos intensos van magnetizando sus ideas y las dominan. La página del libro malo se amedrenta cuando Coll la mira y tiene el libro unos movimientos premiosos, lentos, pero resueltos, como si quisiera cerrarse.

»Pedro-Emilio Coll desmiente el gris blanquecino de su pelo con la fuerza de sus ojos prismáticos, aristados, de punta aguda. El se ha enterado de España como si fuese el buen historiador del presente, y la define como ella se define a

EDUARDO CARREÑO

sí misma. Si escribiese su opinión haría un libro perfecto, pues la perspectiva del americano singular es la perspectiva de nuestros antepasados viendo la España presente y pudiéndola comparar con la España originaria...».

Coll refirió a Gómez de la Serna muchas cosas, entre otras, las siguientes:

«...Que dice un amigo suyo que cuando los yanquis comienzan a matar mosquitos, malo, es que se van a quedar con el país en que los extirpan».

«...Que el terrible no es el negro, ni el indio, sino el *zambo*. ¡Dios nos libre de un *zambo*! ¡Qué cosa tan terrible es un *zambo*, compañero!».

«...Que entre llaneros sucede que el padre no ve nada de cerca, ve sólo de lejos, cada vez más lejos, cada vez menos cerca, cada vez más allá del horizonte, abarcando enormes distancias y lleva a su hijo para que le diga los peligros cercanos, porque el hijo aún ve lo cercano... (Es hermosa esa simbólica realidad del hombre de experiencia y del hombre naciente)».

Quando Rufino Blanco-Fombona publicó *La bella y la fiera*, en Madrid, la policía procedió a retirar la novela de las librerías, por orden del ministro de Relaciones Exteriores, que a la sazón lo era Santiago Alba, muy amigo de Luis de Oteyza, director de la *Libertad*, uno de los diarios de mayor circulación en España por entonces.

A Oteyza se dirigió Blanco-Fombona para protestar contra la determinación de Alba, con quien se entrevistó el periodista, llevándole la queja del escritor venezolano. Pero Alba se explicó. El no había hecho más que cumplir una obligación de su cargo, por decirlo así, automáticamente. La Constitución española consideraba inviolable la persona del Rey, concediendo igual inviolabilidad a las personas de los Jefes de Estado, cuyos Gobiernos tenía reconocidos diplomáticamente. Por ello, habiendo la Legación de Venezuela denunciado las atrocidades que Blanco-Fombona decía del general Gómez en su libro, Alba

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

no podía, en modo alguno, dejar de hacer lo que hizo. Esto es, transmitir la orden de que recogiese el libro la policía.

Sin embargo, Alba prometió que hablaría con los representantes diplomáticos de Venezuela, a fin de instarles para el retiro de la denuncia, arguyendo que se interesaba en el caso, por tratarse del director de *La Libertad*, que tanta influencia ejercía sobre la opinión pública.

Y así lo cumplió el ministro de Relaciones Exteriores; pero al día siguiente ocurrió que el consejero de la Legación de Venezuela, Pedro-Emilio Coll, visitó por primera vez al director de *La Libertad* para manifestarle que no debía intervenir en tal asunto, porque Blanco-Fombona no tenía derecho a decir nada en contra del general Gómez.

Oteyza, hombre listo y enterado, hubo de significarle:

—Señor Coll, no vendrá usted a contarme quién es el general Gómez.

A lo que respondió Coll, tímida y suavemente:

—No, señor director, no. Vengo a contarle a usted quién es Rufino Blanco-Fombona.

Cuando su recepción en la Academia Nacional de la Historia, el día 28 de enero de 1934, dispuso Pedro-Emilio Coll que, como un obsequio, fuesen colocados en las sillas ejemplares de la última de las obras que publicó: *La escondida senda*.

Los asistentes al acto, sin darse cuenta de lo que se trataba, casi mecánicamente fueron retirando los volúmenes para tomar asiento y algunos de ellos, al día siguiente, aparecieron debajo de las sillas.

Pedro-Emilio Coll, sin protesta ni enojo, recogió los ejemplares para restituirlos a los viejos cajones.

La escena pasa en Vichy, con su parque nemoroso donde están el Casino, de fama universal, y las fuentes de milagro. El Allier deslízase muy cerca de allí, entre murmullos, a la sombra de árboles protectores.

En el balneario y en un hotel modesto se hospedaban al-

EDUARDO CARREÑO

gunos venezolanos, entre ellos Pedro-Emilio Coll, quien después de la comida dirigíase al saloncillo.

Como evocación de costumbres del terruño lejano, hoy desaparecidas, se proponen unas charadas, y le ceden el puesto al escritor para poner la primera.

Este, gustoso, encaminase al centro de la sala, donde está un florero y en él una rosa.

La coge y al ponérsela en el ojal, dice risueño:

—¿A que no adivinan?

Tras breve titubeo, nadie da pie con bola.

Pues muy sencillo:

—Coll y flor.

Pedro-Emilio Coll estableció una librería en Caracas. En ella se puso a la venta la obra *Cuentos de color*, por Manuel Díaz-Rodríguez.

Con insólita extrañeza del librero fué a comprarla un individuo del pueblo.

Cuando Coll estaba haciendo el cálido elogio de la cultura popular en Venezuela, compareció el propio individuo, diciéndole:

—He sido víctima de un engaño. Ahí tiene su libro: yo creí que se trataba de unos cuentos colorados.

En el fondo, Pedro-Emilio Coll era un pesimista risueño. Parecía no creer en nada y muy especialmente dudaba de la capacidad de organización y de trabajo de los intelectuales. Con ello había fundado revistas, grupos y asociaciones que había visto fracasar al día siguiente de haber sido iniciados a causa de la anarquía y la indiferencia de los propios fundadores.

Invitado a una reunión con el objeto de fundar una de esas agrupaciones, el saludo de Pedro-Emilio Coll fué como sigue:

—¿Qué idea es la que vamos a desacreditar hoy?

Poco afecto a Rubén Darío era Enrique Gómez Carrillo. Una vez estampó la frase que hubo de hacerse famosa: «Cuando Rubén Darío tenía talento, ¡oh, Póstumo!».

En una tertulia literaria dijo el elegante cronista, doctoralmente, refiriéndose a las obras del maestro, que el título de ellas no correspondía en modo alguno a su contenido: en *Azul*, se notaba la ausencia de tal color; en *Los raros*, los más de ellos no lo eran, y *Prosas profanas*, lo único que tenía en prosa era el título.

Con ese motivo Remy de Gourmont advirtió que el título de *Prosas profanas* bien puesto estuvo, ya que «prosas» en la liturgia católica son versos de musical ritmo. En la misa es la secuencia que se dice después de la aleluya o el tracto. Siendo así que «prosas» y «prosa» no equivalían ni equivalen a lo mismo.

Gourmont hizo esta advertencia, a propósito de la nota bibliográfica escrita por Pedro-Emilio Coll en la sección de *Letras Latino Americanas*, la cual tuvo a su cargo en el *Mercurio de France*, hacia 1898, cuando era Alfredo Vallete director de la célebre revista, pues Coll incurrió en la misma ligereza de Gómez Carrillo.

Pedro-Emilio Coll andaba cierta vez con un libro debajo del brazo, y se topó con el eximio poeta Gutiérrez-Coll, quien hubo de advertirle:

—Mire, primo, no se confunda con los que llevan por la calle un libro debajo del brazo, sin que nunca lo hayan abierto, pues aunque traten así de exhibirse como hombres doctos, no son tales, sino simples literatos de sobaco.

En una breve página henchida de emoción, refiere Pedro-Emilio Coll, que ya cerca de los días de su muerte, Gutiérrez-Coll sólo tenía el deseo de que le abriera de par en par una gran ventana por donde penetrase el aliento embalsamado

EDUARDO CARREÑO

del jardín, para ver un pedazo de cielo, con nubes fantasmagóricas.

Junto al lecho se hallaban el volumen inédito de sus poesías y rosas, muchas rosas, cuya fragancia, al decir del moribundo, llenábanle el corazón de belleza. Gutiérrez-Coll, que había sido un conversador admirable, estaba ahora reducido al silencio. Aquel hombre nació triste, «con la tristeza de las almas bien nacidas». Coll pudo admirar allí un retrato suyo hecho a los treinta años: «negra la barba y en torno de un rostro marfilino, unos ojos sin esperanza. Cuando la tapa de la urna cayó, llenando de misteriosa oscuridad su cuerpo, blanca estaba la barba, sin luz las pupilas y triste...»

Fué en aquella circunstancia, harto dolorosa, cuando Pedro-Emilio Coll hizo la última visita al melancólico poeta, quien, incorporándose en su lecho de moribundo, le formuló las siguientes preguntas:

—¿Cómo se llama un terreno sembrado de patatas?

—Un patatal.

—¿Y de plátanos?

—Un platanal.

—¿Y de trigo?

—Un trigal.

—¿Y un país lleno de vergajos? (1).

—Un vergajal.

—Eso es Venezuela.

Quando a Pedro-Emilio Coll se le nombró ministro de Fomento y fué a posesionarse del cargo, un portero se interpuso para negarle la entrada, aduciendo que por allí no podían pasar sino los empleados del Departamento.

Coll, con su habitual modestia, hubo de insinuarle:

(1) La palabra que empleó Gutiérrez Coll no fué propiamente "vergajo" en el sentido vulgar de "canalla, hombre de bajos procederes", sino una de igual consonancia, que la pudorosa Academia se ha negado a admitir en su léxico, no obstante ser esta "sublime interjección", la más enérgica, viril y expresiva de nuestra lengua.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

—Señor, tenga la bondad de permitirme pasar, porque yo soy el ministro.

En cierta oportunidad, Pedro-Emilio Coll se tropezó con un sujeto, el cual se mostraba orgulloso de lo bien que había quedado un hijo suyo en los exámenes, y le rogó que le hiciese preguntas.

Coll, por salir del paso, buscó una de las menos difíciles:

—Dime, hijito, ¿Venezuela es un lago, un mar o una montaña?

—Un mar.

—Tienes razón de sobra. Venezuela es un mar de... «vallas» (1).

Esa vez diríjase el general Juan Vicente Gómez de Maracay, seguido de su comitiva, entre la cual se hallaba Pedro-Emilio Coll —que fué quien nos refirió la anécdota—, a Sabana de Paja.

Caía la tarde y a ras del horizonte se alzaba la luna, con majestad radiosa.

El dictador, conmovido, exclamó ante el grandioso espectáculo:

—¡Ajá! Esto hay que verlo boca arriba.

Y dando el ejemplo, se echó sobre la tierra.

Todos a una, como si los hubiese movido un resorte, se pusieron en esa posición ridícula y desairada.

Un general, andino y de malas pulgas, allí presente, le preguntó a Coll, su vecino de emergencia:

(1) VAINA—f. fam. El Diccionario acepta va como colombianismo este término, en sentido de contrariedad, molestia. Pero no podrá considerarlo en la acepción corriente de palabra, dicho o expresión de enfado, que se usa especialmente en los verbos *echar*, *decir*, etc.: “Antes de agradecer me echó un centenar de vainas.” (RUPERTO RESTREPO. *Apuntaciones Idiomáticas y Correcciones del Lenguaje*. Editorial Cromos. Bogotá 1943).

EDUARDO CARREÑO

—Oiga, doctor, ¿en la luna hay habitantes?

—No, según tengo entendido.

—Pues me alegro mucho, porque si no verían el papel de pendejos pazuatos que aquí estamos representando.

Con motivo de la celebración del 1.º de enero de 1918, el doctor Victorino Márquez Bustillos, como presidente provisional de la República, dirigió un telegrama-circular a los presidentes estatales, en el cual les dió el anuncio de que un aeroplano al cruzar el cielo de Caracas, había inscrito con estrellas el nombre del general Gómez.

Pedro-Emilio Coll se tropezó en Madrid con Julio Camba, el cual hubo de manifestarle, en el colmo del regocijo:

—¡Qué gran país es el suyo! Allí el humorismo se da silvestre: no hay que inventarlo. Y sacó de la faltriquera del gabán un breve artículo sobre el telegrama, lleno de irónicas frases. «Sin que la menor duda quepa—continuó el cronista—es una estupenda americanada.»

El escritor venezolano, esa vez en funciones diplomáticas, al punto se dió cuenta del ridículo que habría de caer sobre Venezuela con semejante publicación, e invocó la vieja amistad que los ligaba para que desistiese del propósito y rompiera las cuartillas.

Así lo hizo Camba, con lo cual perdió cien pesetas.

Como se topaban con alguna frecuencia, en Madrid, Coll y Camba, siempre le repetía el escritor mordicante, a manera de estribillo:

—Usted es el hombre que me hizo perder las cien pesetas.

Cuando publicaron los periódicos la noticia de la explosión de la primera bomba atómica en Hiroshima, que en breves segundos mató, so pretexto de terminar la guerra, a miles de japoneses, Pedro-Emilio Coll, más nervioso que de costumbre

y lleno de consternación, profirió esta frase desgarradora en el patio de las Academias:

—¡La inteligencia se suicida!

Discípulo predilecto de Cecilio Acosta y de Miguel Antonio Baralt fué el doctor Víctor Antonio Zerpa, de memoria preclara. Proscrito en Curazao, dirigió importantes publicaciones, entre otras, el *Parnaso Venezolano*, en la Librería de A. Bethencourt e Hijos, hacia el año de 1889. Con el título de *Refutación y mentis*, escribió una crítica, muy bien documentada, contra el discurso inaugural que don Antonio Guzmán Blanco pronunció, como director de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española. En esa crítica puso de relieve Zerpa sus profundos conocimientos lingüísticos y filosóficos.

Años más tarde, el eminente filólogo don Rufino José Cuervo, corroboró la opinión de Zerpa de este modo, en carta para un amigo:

«Pero con lo que yo no me conformo es con que Guzmán Blanco, el «Ilustre Americano», tenga el mismo título académico que tuvo el ilustre Bello y que tiene hoy el sabio García Iscazbalceta. Esto no es justo, ni conveniente, ni admisible. ¿Qué ha escrito Guzmán Blanco? ¡Decretos infames y unas cartas groseras! Mientras no depure la Academia sus listas americanas, más vale que las suprima del todo al frente de la nueva edición que prepara del diccionario. Pocos saben hoy dos cosas; la Academia conserva aún su tradicional prestigio; pero si sale el nombre de Guzmán Blanco al frente del diccionario, créame usted que hará la más desagradable y funesta impresión en cuantos lo vean en Colombia y en toda la América española. ¡Qué arma para quitarle autoridad a la Academia! ¡Cuántas interpretaciones malignas!»

Mas, volviendo al doctor Zerpa, conversaba éste con José Eustaquio Machado en el «Gran Hotel», ya desaparecido, cuando se presentó el portador de una carta donde una persona manifestaba la necesidad que tenía de auxilio perentorio, por hallarse en su casa un enfermo de suma gravedad.

Zerpa, movido a compasión, le prestó ayuda en la medida de sus escasos posibles. Al poco rato, en el mostrador de una botillería, el propio sujeto celebraba el timo. Como se le llamase la atención a Zerpa sobre la burla de que fué víctima, se limitó a contestar con estas palabras:

—Preferiré siempre el riesgo de ser engañado a la perenne preocupación de dejar sin socorro la indigencia desamparada.

Por los años de 1917 y 18 desempeñaba el Ministerio de Fomento el doctor Manuel Díaz-Rodríguez, el pulcro estilista a quien le desagradaban en extremo los constantes conflictos que por disputas de parcelas sometían a la consideración suya los ocupantes de una misma porción de terrenos baldíos, arguyendo que la tierra, que Dios había creado para todos, se hubiese convertido en inagotable fuente de querellas y discordia.

Todavía para esa época se usaban los cuellos de celuloide, que muchos de sus propietarios acostumbraban lavar ellos mismos con un pedazo de tela humedecida. Zerpa acostumbraba usar uno de dichos cuellos, en el cual, merced al abandono de su persona, se había acumulado abundante cantidad de tierra.

Una vez, el director de Tierras Baldías, al dar la acostumbrada cuenta al ministro, le presentó una solicitud en la cual varios ocupantes de una extensión de baldíos se disputaban entre sí las mejores parcelas y pedían la intervención del ministro.

Díaz Rodríguez, ya molesto, le dijo al director en tono enfático:

—Contésteles a esos querellantes que si desean repartirse un buen lote de tierra, que le arranquen el cuello al doctor Zerpa.

Circunstancias hubo en que Eloy G. González, cuyo nombre está por cima de todo elogio, en una de las precarias si-

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

tuaciones económicas que injustamente ha padecido, entróse con una obra debajo del brazo en cierta librería de lance, y como un amigo le preguntase adónde iba, respondióle al punto, no sin énfasis tribunicio:

—Convéncete de que no hay sino tener amistad con los grandes hombres: anoche cené con Goethe; hoy voy a almorzar con Víctor Hugo.

En la oportunidad de haber llegado a La Guaira el cadáver del ilustre poeta mexicano Amado Nervo, varios hombres de pluma se trasladaron al puerto para rendirle póstumo tributo admirativo.

Entre los escritores se hallaba Eloy G. González, quien al ver el exangüe rostro de Nervo, exclamó conmovido:

—Rubén, ayer; luego, José Enrique; ahora, Amado. Ya los dioses se van... ¡Tengo miedo!

Al poco tiempo del fracaso de la Revolución Libertadora, su antiguo jefe el general Manuel Antonio Matos, dirigió desde París una carta al general Cipriano Castro, en la cual pedía la libertad de los amigos que lo acompañaron en la campaña contra éste. Entre ellos hallábase Baltasar Vallenilla Lanz, poeta y escritor, que había caído prisionero en la batalla de Ciudad Bolívar.

Hábil político y hombre de mucho talento, Laureano Vallenilla Lanz aprovechó la coyuntura para hacer una aclaratoria:

«Mi hermano Baltasar no está preso en el Castillo Libertador por amigo de Matos, sino por enemigo del general Castro, que es más honroso. Y prefiero que muera en la prisión, antes de que le deba la libertad a Matos.»

Al leer Castro en *El Pregonero* la publicación, ordenó inme-

diatamente la libertad de Baltasar Vallenilla Lanz y exclamó lleno de entusiasmo, dirigiéndose a uno de los edecanos:

—Dígale a Vallenilla Lanz que su pluma ha logrado fundir los grillos de su hermano Baltasar.

Solicitó Laureano Vallenilla Lanz una audiencia del doctor Francisco González Guinan, quien desempeñaba entonces la Secretaría General a principios del gobierno de Gómez. El notable historiador no lo conocía personalmente. Cuando lo recibió le hizo esta pregunta: «¿Es usted hermano de Baltasar?» Consciente de su alto valor intelectual y herido en su orgullo, le contestó: «No, doctor, Baltasar es hermano mío.»

El día de la «feliz coincidencia» dieron en llamar los aduladores el 24 de julio, fecha del nacimiento de Simón Bolívar y de Juan Vicente Gómez.

Para celebrar el significativo acontecimiento, publicó *El Nuevo Diario* en sus columnas sendos retratos: uno de Bolívar, de pequeñas dimensiones, contrapuesto a otro de Gómez, mucho más grande.

Como alguien reclamara a Laureano Vallenilla Lanz, director del periódico, el motivo de la irreverencia, contestó con desembarazo:

—Es que Gómez pone grillos y Bolívar no.

La primera vez que doña María Guerrero vino con su compañía a Caracas armó gran revuelo.

En el patio del Teatro Municipal quedóle a Laureano Vallenilla Lanz de vecino un sastre de origen francés, con ínfulas de intelectual, y al fin de cada acto le hostigaba con sus majaderías:

—¡Qué drama tan hermoso! ¡Qué sprit! ¡No hay como los franceses!

En una vespertina subió a escena *El Vergonzoso en Palacio*,

que detuvo el Carnaval en Caracas; y había que ver entonces el rumbo y la alegría con que aquí se celebraban tales fiestas.

Volvió el hombrecito sobre las andadas:

—¡Qué drama tan hermoso! ¡*Qué sprit!* ¡No hay como los franceses!

Vallenilla Lanz le arguyó, en el colmo del fastidio:

—Ese drama no es francés, sino muy español. Lo escribió Tirso de Molina, seudónimo de Gabriel de Téllez, fraile mercedario.

—Pero usted no me negará que el «corte»...

—No discutamos. En materia de «corte» usted es una autoridad inapelable—repuso—, y le volvió la espalda.

Tomó el autor de *Cesarismo Democrático* unos asientos de palco para una función benéfica. A los pocos días, Carlos Badaracco le pasó el recibo de esta forma:

«He recibido del señor Ballenilla la suma de...»

Objetó al punto el periodista:

—Dígale a ese señor, para otra oportunidad, que Vallenilla no se escribe con B de Badaracco.

Rubén Darío, en el prólogo de *Pequeña Opera Lírica*, fué uno de los primeros de comparar a Rufino Blanco-Fombona con un personaje del Renacimiento italiano. De haber vivido él en los tiempos del papado de Julio II, que alguien calificó de ateniense, cuando los grandes artistas eran dignos de muy señaladas distinciones, se hubiese hombreado con Miguel Angel y Leonardo de Vinci, con Pedro Aretino y Nicolás Maquiavelo, y, sobre todo, con Benvenuto Cellini, «el bandido de manos de hada», quien trocó el puñal por el cincel para esculpir el Perseo, el Cristo de marfil, el busto de Cosme de Médicis, Júpiter, Ganimedes y otras auténticas maravillas. En el siglo, todo rumbo y asesinato, en que César Borgia, hijo de un Papa y de una meretriz, trató de magnificar el crimen,

Blanco-Fombona, por su temperamento artístico y por la violencia de su carácter, hubiese actuado en ese medio a todo su talante.

Infatigable sembrador en el campo de las letras, cosechó gallardas flores de poesía y frutos sazonados en prosa. Cultivó la novela, el cuento, la crónica, el ensayo, la crítica, la historia y supo descollar en todos los géneros literarios. Dejó alrededor de cincuenta obras publicadas, con lo cual dicho se está que la bibliografía de Blanco-Fombona es por demás abundante y selecta. Fundó en Madrid una casa editorial, que gozó de crédito y fama. El patronímico de «Andrés Bello» y el gentilicio de «Ayacucho» sirvieron de pedestal airoso para la empresa. Prestó con ella a las letras americanas servicios de la mayor entidad, por cuanto hubo de contribuir a la más amplia difusión de autores y de libros que estaban olvidados en los plúteos de las bibliotecas. Además Blanco-Fombona supo realzar los volúmenes con sesudos prólogos y notas ilustrativas.

Proscrito en España, a consecuencia de un odio inextinguible a Gómez, el Gobierno de la República le honró el año de 1933 con el nombramiento de gobernador de Almería y de Navarra, y asimismo con el de gobernador en Canarias, cargo este último que no llegó a desempeñar. Por Venezuela había sido cónsul en Filadelfia y Amsterdam y agregado a la Legación de Holanda; también secretario general del Estado Zulia, secretario de la Cámara de Diputados; y ulteriormente desempeñó los cargos públicos de presidente del Estado Miranda, administrador de la Aduana de Güiría y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la República Oriental del Uruguay.

En el alma de Blanco-Fombona vivió encendido el culto por Simón Bolívar, que no decayó un solo momento; antes bien, a medida que ahondaba en el estudio de la vida ejemplar y en los altos hechos del grande hombre, descubría nuevas frases y se apresuraba a ponerlas de relieve en el troquel de sus párrafos vibrantes y castizos. Por la gloria del héroe sostuvo polémicas vehementes.

Vigorosa personalidad la suya. Hasta después de muerto fué combatido. En vano la envidia y el rencor, en vil confubernio,

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

pugnaron por arrojar sombras sobre el escritor, pues el nombre de Rufino Blanco-Fombona vivirá mientras Venezuela viva, pues como dijo el poeta:

*El mérito es el náufrago del alma:
vivo se hunde, pero muerto, flota.*

Viene de molde en el recuento anecdótico esta necrología que años antes escribió para sí mismo Blanco-Fombona:

«Quisiera, al morir, poder inspirar una necrología por el estilo de la siguiente:

«Este hombre, como amado de los dioses, murió joven. Supo querer y odiar con todo su corazón. Amó campos, ríos, fuentes; amó el buen vino; amó el mármol, el acero, el oro; amó las núbiles mujeres y los bellos versos. Despreció a los timoratos, a los presuntuosos, a los mediocres. Odió a los pérfidos, a los hipócritas, a los calumniadores, a los venales, a los eunucos y a los serviles. Se contentó con jamás leer a los fabricantes de literaturas tontas. En medio de su injusticia era justo. Prodigó aplausos a quien creyó que los merecía; admiró a cuantos reconoció por superiores de él y tuvo en estima a sus pares. Aunque a menudo celebró el triunfo de la garra y el impetu del ala, sintió piedad del infortunio hasta en los tigres. No atacó sino a los fuertes. Tuvo ideales y luchó y se sacrificó por ellos. Llevó el desinterés hasta el ridículo. Sólo una cosa nunca dió: consejos. Ni en sus horas más téticas le faltaron de cerca o de lejos, la voz amiga y el corazón de alguna mujer. No se sabe si fué moral o inmoral o amoral; pero puso la belleza y la verdad —su verdad— por encima de todo. Gozó y sufrió mucho espiritual y físicamente. Conoció el mundo todo y deseaba que todo el mundo lo conociera a él. Ni anarquista ni acrático, pensaba que la inteligencia debía gobernar los pueblos. Cuanto al arte, creyó siempre que se podía y se debía ser original, sin olvidarse del «nihil novum sub sole». Su vivir fué ilógico. Su pensamiento, contradictorio. Lo único perenne que tuvo parece ser la sinceridad, ya en la emoción, ya en el juicio. Jamás la mentira mancilló ni sus labios

EDUARDO CARREÑO

ni su pluma. No le temió nunca a la verdad ni a las consecuencias que acarrea. Por eso afrontó puñales homicidas; por eso sufrió cárceles largas y larguísimos destierros. Predicó la libertad con el ejemplo: fué libre. Era un alma del siglo XVI y un hombre del siglo XX.

Descanse en paz por vez primera. La tierra, que amó, le sea propicia.»

Epoca en que los duelos estaban de moda. Por quitame allá esas pajas cualquiera se batía. Gil Fortoul también pagó tributo a ella, pues no se limitó a escribir *La esgrima moderna*, sino que se batió en París con Gómez Carrillo. Por cierto que el famoso cronista le confesó a uno de sus testigos que, a no ser porque Gil Fortoul, en un cambio de posición, quedó frente al sol y cegado por la luz reflejada sobre los lentes, lo hubiera atravesado de parte a parte.

Concertaron en la referida ciudad un duelo a muerte Rufino Blanco-Fombona y Tito Salas, quien nombró padrino suyo a un truculento general peruano.

Aguardaba el pintor en su taller la última decisión, la cual creía favorable, es decir, que el duelo no se llevaría a cabo.

En tal estado las cosas, se presentó el general de marras. Con voz estentórea y ademán resuelto le anunció, con la consiguiente pavora de Tito Salas:

—Ambos contendores, como venezolanos y como hijos de la patria de Bolívar, deben quedar muertos en el campo del honor, para que así quede comprobada su proverbial bravura.

A fuerza de perseverancia y de talento, Miguel Eduardo Pardo había alcanzado merecido renombre en la patria y fuera de ella; sus crónicas eran muy celebradas y las impuso por el vigor del estilo y por la audacia del pensamiento; mas la vanidad y la petulancia le hacían poco simpático, personalmente. Además, lo subido del color no le era nada favorable.

Rufino Blanco-Fombosa desde sus años juveniles fué iconoclasta y también impertinente. ¿Qué mucho, pues, que cho-

caran dos hombres quisquillosos que a Venezuela dieron inusitado brillo?

Los dos escritores asistieron en Caracas a una fiesta social. No tomó Blanco-Fombona muy en cuenta a Pardo ni le rindió tampoco el tributo de admiración que esperaba, y éste, ya molesto, le hizo la siguiente advertencia:

—Tengo entendido que yo soy Pardo.

—Pues yo soy Blanco.

En *Dos años y medio de inquietud* relata Blanco-Fombona que Emilio Palomo, sobrino de don Luis Palomo, andaluz simpático en extremo y antiguo presidente del Senado, le dijo una vez en Madrid:

—Quiero contarle algo que usted no sabe.

Y empezó de este modo:

—Cuando el conde de Romanones, como académico, votó en favor de usted para el Premio Nóbel, usted le prometió una visita, que no le hizo. ¿Es cierto?

—Certísimo. Pero con don Luis le mandaba siempre recados amables.

—A eso vamos... En uno de esos recados manifestó Romanones:

—Pero ¿por qué no viene? ¿Me tiene miedo? ¿No es un antiguo diplomático?

—No —respondió don Luis—, no es un diplomático, sino un leopardo.

Entonces dijo Romanones, muerto de risa:

—Llévelo a la casa de fieras.

Y al despedirse de don Luis, le recordó:

—Encadene su leopardo y tráigamelo a casa.

Refiere Blanco-Fombona en un libro autobiográfico, que en una oportunidad fué a consultar al doctor Calandre sobre un mal que le aquejaba: el mismo mal que lo llevó al sepulcro.

Después de concienzudo examen en la clínica, el médico diag-

noticó: esclerosis en la aorta. En el plan de vida que le puso le prohibió las comidas fuertes y que evitase todo género de emociones. Reposo absoluto.

—Nada de reconcomios —le dijo, empleando esa palabra—; nada de fatigarse. Esquivar la ascensión a la Sierra a toda costa y no subir escalinatas ni cuestas.

—Entonces, ¿nada de alturas? —le preguntó, sonriendo—. ¿Nada de subir ni siquiera sobre un par de muslos bonitos?

—Nada.

—¿Y usted no sabe que yo abomino a los tiranos?

—Pero esa esclavitud le va a dar a usted la vida.

—Prefiero la libertad.

—Tiene sus peligros.

Asistía Rufino Blanco-Fombona a una audición musical. Lo acompañaba un amigo suyo, también melómano, en el Teatro Municipal. Célebre era el pianista, y en la interpretación de una obra de Schumann, le flaqueó la memoria y siguió repitiendo una y otra vez el mismo pasaje.

El amigo se dirigió al escritor para decirle:

—Es terrible cómo este hombre olvida los pasajes.

—No tanto —repuso Blanco-Fombona—. Es mucho peor cómo los recuerda.

Copiosa era la correspondencia que de todas partes del mundo le llegaba a Blanco-Fombona. Una vez, en su escritorio, recibió una carta y al abrirla halló en grandes letras una sola palabra: «¡Imbécil!»

Se topó con un amigo suyo en la calle, y al imponerle de lo acontecido, hubo de manifestarle:

—He sabido muchas veces de un hombre que escribe una carta y la envía sin acordarse de poner su firma al pie. Pero es la primera vez que he visto una carta en la que el autor firma con su nombre y se olvida de escribir la carta.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Durante la permanencia de Rufino Blanco-Fombona en España, un teatro de Madrid anunció una artística velada con el fin de celebrar el Día del Descubrimiento, velada en la cual serían representadas escenas típicas de todos los países hispanoamericanos. A esa función asistió Blanco-Fombona.

Al tocarle su turno a Venezuela, aparecieron en escena cuatro negritos ejecutando un joropo, acompañados de furruco, cuatros y maracas. El insigne escritor montó en cólera al ver cómo se ponía empeño en ridiculizar a su patria. Subió al proscenio, armado de un bastón, con el cual fustigó a los músicos, quienes abandonaron la escena. Al quedar solo, lleno de ira, se dirigió al público:

—Señores: acaban ustedes de presenciar una escena típicamente venezolana.

Entre los personajes hispanoamericanos que asistieron a la Segunda Conferencia de la Paz en 1907, se hallaban José Gil Fortoul, Santiago Pérez Triana, Luis María Drago y Manuel Sanguily; a Blanco-Fombona, que no tuvo participación en ella, le placía frecuentarlos; pero como no conociera personalmente al último de los nombrados, le exigió a un amigo suyo que se lo presentase. Fueron una tarde juntos al Hotel Kursaal, en la playa de Scheevingen, donde el escritor cubano se hospedaba. Era éste, además de tribuno, conversador ameno e infatigable. La visita duró dos horas, y como de costumbre, don Manuel habló solo. En el momento de la despedida, Blanco-Fombona dijo a su acompañante:

—En casa de este viejo no volveré jamás, porque a mí también me gusta hablar y él, por lo visto, quiere ejercer el monopolio de la palabra.

Los cardiólogos europeos diagnosticaron que Rufino Blanco-Fombona tenía urea en la sangre y le prohibieron comer carne.

EDUARDO CARREÑO

En París topóse con el escritor dominicano Tulio Cestero, a quien hubo de manifestarle:

—He dejado el régimen: porque levanté el bastón para pegarle a un hombre, y no pude.

El escritor y poeta Luis Beltrán Guerrero celebró una entrevista en Buenos Aires con el tenaz batallador Manuel Ugarte, quien fué nuestro huésped hacia el año de 1912, cuando hacía su famosa campaña contra el imperialismo yanqui, propugnado e impuesto por el coronel Teodoro Roosevelt. Aquí tuvo Ugarte numerosos prosélitos, sobre todo, entre los estudiantes de aquel entonces.

Rufino Blanco-Fombona fué enemigo acérrimo de Andrés Mata, a quien cubrió con todo linaje de baldones. Estando en París Manuel Ugarte, se impuso de que los dos poetas venezolanos se hallaban en Europa; sabedor de su vieja enemistad, escribió la décima siguiente:

*Como siempre se apasiona
y a menudo disparata,
Rufino Blanco-Fombona,
aunque es muy buena persona,
quiere matar a Andrés Mata.
Pero Mata, que es ladino,
recorre las capitales
y con artes de felino
se escurre entre los puñales
que está afilando Rufino.*

Odio a muerte a Andrés Mata le profesó Rufino Blanco-Fombona. Hoy duermen los dos insignes poetas en el regazo amoroso del cementerio de Caracas el último sueño, a la sombra de melancólicos cipreses.

Discutían Rufino Blanco-Fombona, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, en un restaurante de París, después de haber

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

libado algunas copas de licor, sobre la vida y el porvenir de las pequeñas naciones hispanoamericanas, y poco le agradó al primero de los escritores mencionados la indiferencia, rayana en desdago, con que creyó que sus colegas acogían el tema debatido. De súbito y con su vehemencia acostumbrada, les hizo esta observación:

—Ustedes dependen de esta América que desdeñan, mientras Francia no les da ni siquiera para comprarse un sombrero. Tú, Gómez Carrillo, eres el cónsul de tu patria americana, y tú, Darío, aspiras a ser cónsul de la tuya. Ahá en América sois *alguien* dondequiera que piséis; aquí el número diez o el veinte entre los pensionistas burgueses del hotel.

También se hallaban en París Rubén Darío y Blanco-Fombona; hubo un altercado personal entre ellos, y el escritor venezolano, con la iracundia que le caracterizaba, abalanzóse sobre el gran poeta nicaragüense y asiéndolo por las solapas del paletó, le dijo:

—No te mato porque América no me lo perdonaría.

Hace algún tiempo, Ismael Enrique Arcienegas estuvo en Caracas, investido con el carácter de secretario de la Legación de Colombia. Su recuerdo, muy grato, perdura entre nosotros, porque supo conciliarse todas las simpatías por su distinción personal, su trato afable y su perspicuo talento.

En los talleres tipográficos de *El Cojo*, en 1897, publicó un volumen de poesías, realzado con un prólogo de Ricardo Berra, eximio escritor colombiano. Hay en él composiciones de mérito, que consolidaron su fama de poeta, hoy tenido con justicia por uno de los más altos de Colombia.

Con el título de *Paliques* recogió en un tomo las amenas crónicas aparecidas en los periódicos de Bogotá. En el *Palique sobre unos bastones*, Arcienegas habla de *El Cojo Ilustrado* y del saloncillo donde se reunían indefectiblemente, de las once a las doce del día, Rufino Blanco-Fombona, Pedro-Emilio Coll,

Manuel Díaz Rodríguez, Andrés Mata, José A. Pérez Calvo, Eloy G. González, Miguel Mármol, Alejandro Fernández García y Víctor M. Racamonde.

Dos o tres veces iban a la tertulia los académicos don Marco Antonio Saluzzo, don Felipe Tejera, don Eduardo Calcaño, don Ermelindo Rivodó y don Manuel María Fernández.

Apunta Arcienegas, al aludir a don Julio Calcaño, que era sordo como una pared y que precisaba escribirle para que entendiese algo.

Le dijo cierto día:

—¿Tomó usted por modelo para su *Castellano en Venezuela* las *Apuntaciones* de don Rufino José Cuervo?

—Muchas gracias, muchas gracias —le contestó—. Muchas gracias por lo que dice: que mi libro es mejor que el de Cuervo.

—Pero si yo no le digo eso, don Julio. Le digo que...

—Muchas gracias —volvió a contestarle—. Estos «granadinos» son muy amables cuando quieren serlo.

Y no fué posible disuadirlo.

Don José Antonio Calcaño era la bondad hecha hombre. Oriundo de Cartagena de Indias, sus padres lo trajeron a Caracas muy niño. De carácter alegre y jovial, le placían las risueñas burlas, como si hubiese querido ser siempre un inquieto estudiante en vacaciones. «Era pequeño de cuerpo; vestía de levita y de pantalón a cuadros y usaba sombrero de copa alta, llamado «pumpá» en Venezuela, «cubilete» en Colombia, «buche» en el Ecuador y «colero» en Chile.»

Después del terremoto de 1899, encontró Arcienegas a Blanco-Fombona en la plaza Bolívar; cuando sintió el movimiento sísmico, éste se arrojó de la cama, tomó una maleta, el saco y los pantalones, y con ellos en la mano había bajado a escape la escalera del hotel donde se hospedaba. Ya pasado el susto, semanas después, lo preguntó Arcienegas por el bastón, su adniniculo indispensable.

—Oiga lo que ocurrió. Anoche me fuí con unos amigos al Puente de Hierro. Un insolente quiso burlarse de mí: el bastón se hizo pedazos.

—¿En el aire?

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

—No; en las costillas del atrevido. Y lo malo fué que había allí dos polizones y me arrestaron.

Otra vez le preguntó Arciniegas por el bastón de marras.

—Lo dejé en mi casa. Como es recuerdo suyo, temo que se me pierda.

Pero al fin hubo de confesarle:

—Anoche, en la esquina de Las Gradillas, saliendo yo de «La India», unos irrespetuosos tosieron cuando yo pasaba. Y no sé cómo fué, pero el bastón se volvió astillas. Tuve que acabar a pescozones. Y al suelo fueron a parar los dos insolentes. Total: a la policía de nuevo.

El comentarista añade: Todos lo respetaban y sabían que él no pegaba con goma, sino con el puño.

En París, hace mucho tiempo, se hallaban en un comedor muy reservado, frente a copas de champaña, Rubén Darío, Guillermo Valencia, Enrique Gómez Carrillo y Evaristo Rivas Groot. Agrióse la discusión, que versaba sobre asuntos literarios. Darío y Gómez Carrillo contra Blanco-Fombona. Valencia y Rivas Groot, neutrales. Según el testimonio de Arciniegas, momentos después Darío y Gómez Carrillo habían ido a dar debajo de la mesa, bajo el puño de Blanco-Fombona.

Después de una discusión enardecida en uno de los cafés de París, concertaron un duelo a espada Blanco-Fombona y Gómez Carrillo. Presentáronse en el campo del honor, vestido el uno de Carlos V y el otro de Francisco I. Fué uno de los duelos más originales que hubo en la capital de Francia.

Caracteres disímiles los de Rubén Darío y Blanco-Fombona: el primero era la pusilanimidad misma y el segundo la agresividad extremada. Cuando el gran poeta nicaragüense fundó en París la revista *Mundial*, el escritor venezolano colaboró en

ella; giró contra la administración por cobro de honorarios, y ante una negativa, dió, muy subido en cólera, un puñetazo en la habitación donde el lirida se hallaba, acto que no se borró jamás de su memoria. Años más tarde, cuando en 1910 le anunciaron a Rubén Darío la próxima llegada de Blanco-Fombona a París, exclamó, presa de terror espeluznante: «¡Nos matará a todos!», no sin añadir, señalando la pared: «¡Ahí pegó, ahí pegó!», como si recordara el formidable puñetazo persistente.

Por asuntos de política, Rufino Blanco-Fombona y Laureano Vallenilla Lanz estaban distanciados. Una vez se toparon en Amsterdam; y como el uno quiso agredir al otro, a mano armada, Vallenilla Lanz atajó a Blanco-Fombona con esta frase:

—Aquí te ahorcan.

Cuando el general Emilio Arévalo Cedeño publicó *El libro de mis Luchas*, pasó una circular a los ministros y presidentes de Estado, para que le tomasen en compra algunos ejemplares.

Rufino Blanco-Fombona ejercía la Presidencia del Estado Miranda, y al recibir la circular, exclamó:

—El título está mal puesto: en vez de *El Libro de mis Luchas*, debería llamarse *El Libro de mis Lochas*.

Cierto crítico de Chile, apedillado Mesa, tuvo la audacia de censurar con acritud a Rufino Blanco-Fombona, quien, al saberlo en Madrid, le dirigió un calograma, concebido en los términos siguientes:

—«Cuando suelo meterme con una mesa, la dejo sin patas».

Huésped de honor declaró el Gobierno de Cuba a Rufino Blanco-Fombona, durante su permanencia en La Habana, el año 1944.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Un día en que cenaba en palacio con el presidente Batista, comenzó Blanco-Fombona a censurar ciertas actitudes políticas y a echar pestes de algunos malos gobernantes.

—Don Rufino—díjole Batista al final de la conversación—. Usted, como gran escritor, viene a confirmar la frase de que el hombre es un animal político.

—Bueno, señor presidente... y si le quitan el político, dígame: ¿con qué nos quedamos?

Cuando estuvo Rufino Blanco-Fombona por última vez en Venezuela, quiso enterarse del movimiento literario de las nuevas generaciones. Parece que leyó unos sonetos de Aquiles Nazoa y le llamaron tanto la atención que manifestó deseos de conocer al autor. «Quisiera ver al Aquiles», dijo.

Sea por error o por otra circunstancia, alguien le insinuó a Aquiles Certad que Blanco-Fombona deseaba conocerlo, porque le habían gustado bastante algunas composiciones suyas; motivo por el cual, Certad fué a hacerle una visita al escritor y a significarle su gratitud por el concepto elogioso que había emitido sobre sus versos.

Y le dijo entonces:

—¡Oh, no! Usted no es el Aquiles. Es uno que tiene apellido portugués y el apellido de usted parece turco.

En 1936 Rufino Blanco-Fombona desempeñaba la Presidencia del Estado Miranda, y varios jóvenes comunistas solicitaron su permiso para dar un mitin en Los Teques.

Después de recibirlos con toda cortesía, les preguntó a rajatabla:

—¿Y ustedes hacían eso en la época de Gómez?

—No, don Rufino.

—Pues tengan entendido que yo soy más malo que Gómez. Ya he dado mis órdenes a la policía de Los Teques y pedido a Caracas los carros de la ambulancia para lo que pueda acontecer en lo sucesivo.

En ejercicio de la misma Presidencia Blanco-Fombona, era ministro de Trabajos y Comunicaciones José Rafael Pocatterra. El primero invitó al segundo a almorzar en Los Teques. Un arriero se interpuso en el camino de Caracas a los Teques; Blanco-Fombona lanzó voces destempladas, a fin de que le diesen paso al automóvil.

—¡No me grite!—replicó el campesino, un poco alterado.

Blanco-Fombona, enfurecido, sacó el revólver; pero Pocatterra le detuvo la mano y razonó de esta suerte:

—No lo tire. No eche en olvido que ese hombre es así, rebelde, por causa nuestra. Tanto sus obras como las mias se escribieron para enseñarles a los venezolanos que no se dejen gritar ni atropellar por los poderosos. Y ese arriero es sólo un producto de nuestras constantes prédicas: es un símbolo.

Guardó el revólver Blanco-Fombona. Y al día siguiente llamó por el teléfono a Pocatterra, desde Los Teques:

—¿Se acuerda usted del «símbolo»?—inquirió el autor de *El hombre de hierro*.

—Sí; ¡cómo no he de acordarme!

—Pues lo he llamado para participarle que el «símbolo» está preso.

Tiene relación la última anécdota de Blanco-Fombona con el último viaje, que resultó ser el definitivo. Llevado del propósito de publicar sus obras completas en la Argentina, fué a despedirse en Río de Janeiro del doctor Julio Sardi, escritor venezolano allí residente y ex-embajador de Venezuela en el Brasil, a quien dijo al darle un abrazo:

—¡Adiós, doctor Sardi! Voy para Buenos Aires porque no quiero morir en portugués...

Allí murió efectivamente al poco tiempo, cumpliéndose así su predicción.

Por el año de 1916, el doctor Marcial Hernández se hallaba presidiendo una sesión de la Asamblea Legislativa del Es-

tado Zulia. Parece que las funciones digestivas del grande orador no marchaban con regularidad ese día, y lo apremiaban las urgencias del caso; ante una nueva acometida, tuvo que retirarse violentamente del sillón presidencial, aprovechando la proposición baladí de un diputado rural para decir enfáticamente:

—Se declara en comisión la Cámara para considerar detenidamente la proposición que acaba de hacerse.

Otro diputado, ignorante de lo que ocurría al presidente, exclamó, levantándose de su asiento:

—Señor presidente: Yo no veo la necesidad de declarar en comisión a la Cámara para considerar una proposición sin importancia.

A lo cual respondió el doctor Hernández, oprimiéndose el estómago:

—Hay «necesidades» que no se ven, pero que se «sienten».

Carlos Benito Figueredo redactaba en esta ciudad *El Granuja*, que se vendía al pregón y por módico precio.

En un número del periódico apareció el doctor Raimundo Andueza Palacio, vestido de mujer, en una caricatura.

Parece que el gran tribuno había tenido relaciones amorosas con una parienta del periodista, y dejó este epigrama, inédito hasta ahora, el único que de él se conoce:

*Carlos Benito me pinta
de mujer con fustansón:
Adela, que estuvo encinta,
afirma que soy varón.*

Uno de los primordiales designios del Congreso Pedagógico, que clausuró sus sesiones el día 28 de octubre de 1895, fué el de formar un cuerpo de leyes sobre Instrucción Pública.

El mencionado Congreso contó, no ya sólo con el apoyo de ciudadanos de reconocida autoridad intelectual, sino tam-

bién con el del Gobierno, que cedió uno de los salones de la Universidad Central para que allí deliberase.

Incorporóse el presbítero Hurtado, entonces rector del Seminario; y el doctor Rafael Villavicencio, presidente, le dió la bienvenida en estos o análogos términos:

—Su presencia entre nosotros es una nueva antorcha encendida en el seno de la asamblea.

No faltó un guasón, ciego, que alzase la voz para insinuarle:

—Señor presidente: Que no traigan más luz, porque con tanto calor nos ahogaremos.

Juan Alvarenga y Benito Hurtado, procuradores de la República, se asociaron y dieron a la publicidad un anuncio: «Escritorio de ancianos».

Alguien se lo mostró al doctor Elías Michelena, quien observó, sonriendo:

—Quizás lo que ofrezcan a sus clientes no sea su «ciencia», sino su «experiencia».

Telefonema tragicómico. Era el general José Manuel Hernández candidato en 1897 a la Presidencia de la República.

Pocos hombres han gozado en el país de mayor popularidad, a tal punto que sus adeptos alumbraron su efigie, envuelta en flores, como si fuese la de un santo milagrero.

Un guasón de los que aquí tanto abundan tomó la bocina:

—¿Hablo con la casa del general Hernández?

—Sí, señor, ¿quién llama?

—No pregunte el nombre. Es el de uno de sus partidarios decididos y quiere prevenirle que se ha dictado contra él orden de arresto.

Acto continuo se puso de nuevo al aparato y llamó al Cuartel de Policía:

En la casa del general José Manuel Hernández se ha desatado un voraz incendio.

Al poco rato comparecieron los agentes de seguridad, pro-

vistos de machetes; y el general, que atisbaba la calle detrás de una celosía, lleno de pavura tomó el camino de los gatos.

Cuando Pedro Vicente Mijares era redactor de *La República*, puso de vuelta y media a Rómulo Guardia, redactor de *El Liberal*. Este le devolvió el golpe con idéntica forma agresiva.

Simón Soublette, redactor de *El Tiempo*, reprodujo los dos artículos. Se limitó al final a poner un simple comentario:

—A todas éstas, ¿qué opina el público?

—¡Que ambos tienen razón!

José Antonio Ramos Sucre era consumado polígloto. Por mucho tiempo fué intérprete en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Cuando Christian F. Wike donó su biblioteca particular a la Academia Nacional de la Historia, le facilitó varias obras en danés, y al cabo de dos meses las leía como si estuviesen escritas en castellano.

En unos exámenes, Ramos Sucre calificó a uno de sus discípulos con malas notas. Era el joven de estatura menos que mediana y le dijo en tono airado:

—Mire, profesor, no hay enemigo pequeño.

—Antes opinaba como usted, pero desde que lo he visto creo todo lo contrario.

Cuando el general Carlos Delgado Chalbeaud desembarcó en las costas de Cumaná, al frente de la expedición revolucionaria contra el gobierno del general Juan Vicente Gómez, el escritor José Antonio Ramos Sucre estaba sumamente exaltado y lleno de júbilo. Kant en las calles de Koenisberg. Cuenta Andrés Eloy Blanco que lo encontró en el centro de la Plaza Bolívar con un grupo de amigos, comentando los sucesos que aun no se habían desarrollado. Entonces le dijo Ramón Sucre al poeta: «Ya van a ver cómo «corresponde Oriente; ya

estos sátrapas van a desaparecer!» Y en profiriendo tales palabras, intentó sacar algo del bolsillo. Creyó Andrés Eloy Blanco que sería algún arma contundente o una proclama de guerra. ¡Y cuál no sería su sorpresa cuando se le acercó para leerle un poema en prosa: *El mirlo blanco!*

Uno de los actores cómicos más notables que hemos tenido se llamó Félix Ramírez. Trajo una compañía de zarzuela española que funcionó en el desaparecido Teatro Caracas, allá por los años de 1907 y 1908. Venía en ella un actor cuyo nombre era Alfonso Gayo, jugador empedernido. Afortunadamente había en la ciudad un prestamista llamado Mayz, que solía sacarlo de apuros con sus servicios usurarios.

El hombre se había atrasado mucho en el pago y el bueno del prestamista le había también adelantado sumas de consideración que lo cobraba en los ensayos.

Ramírez, cuando le veía hacer irrupción en el escenario, le decía al actor:

—Gayo, ahí está tu alimento.

—¿Cuál?

—¡Mayz! —Y agregaba:— Este es el mundo al revés: en lugar de Gayo buscar el Mayz, Mayz busca al Gayo.

Joven poeta, simpático y bohemio, Rafael Michelena Fortoul llegó a la cervecería de José J. Donzella, con la intención de firmar un vale por el consumo.

Le advirtió Donzella:

—Usted no puede firmar en este negocio.

—¿Y usted se ha imaginado que soy un analfabeto?

Arturo Llamozas era lo que se llama un tipo, de esos tipos simpáticos y pintorescos que por desdicha no existen ya en el escenario caraqueño.

Bajo de estatura, chispeante en extremo.

Desempeñó por mucho tiempo el cargo de taquígrafo en el Congreso Nacional, donde con brillo desplegó aptitudes.

Aunque es casi seguro que no lo conoció ni de oídas, supo en cambio practicar fervorosamente el verso de Omar Khayyam, el Anacreonte persa:

*Mientras tú vivas, bebe, bebe siempre;
porque una vez ya muerto, nunca, nunca,
a la misera tierra volverás.*

De Llamozas es el venezolanísimo apotegma: «La vida es un temperamento corto que hay que pasar a medio «palo» y «enamorado».

Hubo toros coleados en El Valle, y Arturito, como se le llamaba familiarmente, se presentó calamocano. Acertó uno de los toros a darle una cornada en el fondillo, en el momento en que iba a ganar una ventana.

En cama, a consecuencia de la cornada, explicaba así el caso:

—Vi dos ventanas y dos toros. Me agarré de la ventana que no era y me cogió el toro que sí era.

Metido eventualmente a corredor de inmuebles, Llamozas le propuso en venta una casa a Juan Francisco Páez Benítez.

Ya en el terreno le advirtió éste:

—Pero esta casa está en el suelo.

—¿Y tú creías que lo que te iba a vender era un aeroplano?

Cierta noche nuestro personaje encontró al paso un portón abierto. La iluminación de la casa dábale aspecto festivo, aunque se trataba de un velorio. Penetró en ella y en una silla durmió la curda.

Cuando se marchaba, al día siguiente, sin saber a punto fijo

en dónde estaba, díjole a uno de los doloridos, con frases llenas de alegría:

—Lo único que deseo es que se repitan con frecuencia tan agradables ratos como éste.

Arturo Llamozas se hallaba parado en una esquina, cuando atinó a pasar por allí cierto amigo con el pescuezo envuelto en una bufanda, pues lo llevaba todo lleno de chichones, tubérculos, grietas y remiendos pustulosos.

Le preguntó al individuo:

—¿Qué tienes en el pescuezo?

—Casi nada; que no me sirven los cuellos y me lo inflaman hasta el punto de ponérmelo imposible, como lo estás viendo. Hoy compro un número y no me sirve; compro mañana otro y no me sirve tampoco. ¡No hay ninguno que me convenga!

—El número que te hace falta es el 606. Puedes conseguirlo en la clínica del doctor Juan Iturbe.

Para defender a su padre de los cargos que le hizo el general Luis Level de Goda, en la *Historia Contemporánea de Venezuela*, por la participación en los sucesos políticos y militares del 2 de agosto de 1859, que dieron al traste con el Gobierno del general Julián Castro, el doctor Nicomedes Zuloaga, eminente jurisconsulto y hombre apasionado, arremetió contra el doctor Raimundo Andueza Palacio, quien, al decir de un escritor nuestro, «cegado por los falsos reflejos de una popularidad que fué un día ingenua y espontánea, después decreciente, y al fin cuajada de repulsa inequívoca, el doctor Andueza Palacio se había dejado seducir por las sirenas que pululan cerca de los vórtices, y emprendido el rumbo de la fatal aventura llamada continuismo. Fué éste, por sí sólo, y por sus consecuencias—las inmediatas y las remotas—de las más tremendas desviaciones aportadas por la ceguera política a nuestra vida de nación.»

Andueza Palacio asumió su propia defensa en carta dirigida

al general Henrique Fänger, sin fecha, desde París, en la cual le dijo: «He aceptado, sin una queja, todas las responsabilidades que han querido echar sobre mis hombros la enemiga o la mala fe. Sobre mí se han cebado los vejámenes, injurias y groseras calumnias de todos los que han querido ensayar su pluma para adquirir mérito o dinero; o para hacer olvidar sus viles adulaciones a mi persona o al Poder Público que desempeñé.» Después que hizo el recuento minucioso de quienes lo acompañaron en la funesta aventura, encabezó una de las listas con el nombre de Cipriano Castro, «el joven vencedor en el Tompín de Colón, tan inteligente como honrado, leal y valeroso».

En efecto, Castro le fué fiel a Andueza Palacio hasta última hora. Cuando vino el Congreso Nacional, como Diputado por el Táchira, supo rodearse Castro de hombres intelectuales del mayor valimiento, entre otros, Manuel Vicente Romerogarcía, Alejandro Romanace, Manuel Pimentel Coronel, todos carabobesinos.

Pimentel Coronel fué y sigue siendo una de las inteligencias más perspicuas de que podemos ufanarnos: poeta de estro varonil y fogoso periodista de combate. Es suya la expresión que oímos de propios labios: «Venezuela es un país sin memoria.»

Castro se hallaba vencedor en Tocuyito, y Pimentel Coronel era redactor de *La Batalla*, que defendía los intereses del Gobierno del general Ignacio Andrade. Había cubierto a Castro con todo linaje de insultos e improperios: y cuando fué una comisión de prohombres de Valencia a ponerse a las órdenes del jefe victorioso, Pimentel Coronel iba entre ellos:

Hubo, en síntesis, cuando se vieron, el siguiente diálogo:

—Me ha llamado mucho la atención la actitud para conmigo en su periódico—le dijo Castro—. Dada nuestra vieja amistad, no esperaba de usted semejantes diatribas.

—Despreocúpese, general; lea el número de esta noche.

En estos o parecidos términos, el editorial así comenzaba:

«Yo no soy como las mujeres egipcias, que se entierran con sus esposos.»

Y en el mismo tono proseguía el estupendo canto de palinodia, que tuvo la virtud de borrar antiguos resquemores.

Triunfante la Revolución Libertadora, el año de 1898, quedaba sólo sin rendirse Puerto Cabello. El bizarro general Antonio Paredes, quien defendía la plaza, comprendió que todo sacrificio era inútil y que no se necesitaba exponerla a un sitio riguroso y largo por fuerzas superiores; razón de peso que tuvo Paredes para convenir en la entrega del baluarte, a condición de que se le suministrase la suma de setenta y cinco mil bolívares, por gastos de sus tropas en la misma plaza.

Se nombró entonces para las conferencias preliminares de la entrega, a un aventurero colombiano, hombre de color, que se llamaba indistintamente Benjamín Ruiz y Rafael Bolívar. Advertido Paredes de que Bolívar no era tal y que sería nulo todo lo que se actuase con él, por carecer de personalidad jurídica, dió a Castro la contestación siguiente:

—La culpa es de usted. Le he exigido la suma de setenta y cinco mil bolívares y me manda un solo «bolívar»... ¡y es falsificado!

La parvedad de su figura mal se avenía con la indomitez de su carácter y con el brillo que auroleaba su frente. Descolló como periodista de combate. Era Manuel Vicente Romerogarcía, sin que pueda revocarse a duda, un hombre de excepción. Suyo es el proloquio perdurable: «Venezuela es el país de las nulidades engreídas y de las reputaciones consagradas.»

Fué uno de los fundadores del criollismo con su novela *Peonia*, y dejó una serie de *Acuarelas*, en las que convirtió, por arte de magia, la pluma en pincel, para trazar breves cuadros de colorido intenso.

Romerogarcía militó a las órdenes del general Cipriano Castro, hasta llegar a ser su Jefe de Estado Mayor en la campaña de los Andes, el año de 1892; y después, cuando entró Castro en Caracas, victorioso, por 1899, confió a Romerogarcía el mando de la División Táchira, acantonada en el cuartel de San Carlos.

Hubo reyertas continuas en la ciudad. Entonces el caudillo profirió su célebre frase: «No pago caraqueños ni cobro andinos». Las tropas insubordinadas trataron de desconocer al nue-

vo jefe: y Romerogarcía, solo, con un «fuet» y en la sonochada, ordenó formar al batallón y fusiló, sin fórmula de juicio, al capataz de los instigadores.

Con una cobija envolvieron el cadáver, y Romerogarcía, impasiblemente, se recogió en su hamaca.

Al día siguiente dió el parte a Castro, en persona, con sencillez espeluznante:

—General: siempre he creído que la pena de muerte no corrige al muerto, pero atempera al vivo.

En el decurso del tiempo, Castro y Romerogarcía fueron enemigos irreconciliables. El primero le temía con razón, pues harto se le alcanzaban el firme temple de su carácter y el vigor acerado de su pluma.

Por los años de 1900 y 1901, el general Manuel Vicente Romerogarcía se hallaba preso en el Castillo Libertador de Puerto Cabello; el comandante en jefe, Jorge Bello, recibió un telegrama del general Cipriano Castro, en el que le daba dos órdenes en una: la de la libertad del detenido y la de que éste podía recurrir a la Agencia del Banco de Venezuela, por determinada suma de dinero, antes de su traslado a Caracas.

La contestación de Romerogarcía no se hizo esperar: fué a la estación del telégrafo y le dirigió a Castro el siguiente mensaje:

«No salgo de la prisión mendigando.»

Recién llegadas las hordas de Castro a Caracas, un sujeto malicioso de tantos como en la ciudad circulan, en plena Plaza Bolívar, le presentó uno de los oficiales al doctor Eduardo Calcaño, gloria de la tribuna y prez y orgullo de académicos.

Calcaño había sido Ministro en el último gabinete del Gobierno anterior, irónicamente denominado «Flor de un día».

Inquirió el sujeto de marras:

—Don Eduardo: ¿Cuál es, en su opinión, el hombre más grande que ha tenido Venezuela?

—Después de Bolívar, Guzmán Blanco.

—Y del general Castro, ¿usted qué opina?

Dirigió el orador una mirada melancólica al bárbaro del charote, y poniendo la mano en el hombro del interrogante, exclamó con aquella su melodiosa voz de timbre italianizado:

—Hablo de los muertos...

Tratábase de la inauguración del acueducto de El Valle, a la cual asistiría el presidente Castro.

El presbítero Carlos Borges se hallaba suspenso; y algunos amigos le aconsejaron que aprovechara aquella ocasión propicia para que le pronunciase un discurso a Castro, con el objeto de que por órgano suyo consiguiese la rehabilitación, en lo cual convino.

En el acto inaugural, un orador de pueblo, con incontenible verborrea apabulló a Castro, y cuando éste se marchaba, en el colmo del fastidio, Borges escaló de un salto el parapeto que servía de tribuna para sorprenderle de este modo:

«Si en todo tiempo debemos conmemorar, con legítimo orgullo, esta fiesta inmortal, con cuánta mayor razón hemos de hacerlo hoy, cuando el humo de los combates no enturbia nuestro cielo, cuando crecen el taller y la escuela, con mengua del lupanar y del presidio; cuando hay silencio en los baluartes y música de elocuencia en las tribunas; cuando la paloma de la paz anida en la boca de los cañones, y se casan el laurel y la oliva sobre la frente de la Patria.»

Después de tal introito, siguieron frases de pirotecnia análogas, que electrizaron al presidente y rehabilitaron al sacerdote.

Largo y doliente como una lágrima, era Juan D'Sola, quien en asocio de Alejandro Maduro, redactó en Valencia el periódico *Tartarin*, de humorismo trascendente.

En una de las jiras de Castro por el interior de la República, D'Sola, acompañado de otros hombres de pluma, compareció en

la estación del Gran Ferrocarril de Venezuela y le atajó de esta guisa:

—General: dos palabras.

—Siempre que sean dos palabras.

Entonces el escritor se reconcentró para hacer por sí mismo un resumen del clamor de la secular miseria del pueblo venezolano:

—¡Tengo hambre!

Durante el gobierno de Castro, desempeñaba la cartera de Instrucción Pública el doctor Laureano Villanueva, quien, al terminar una sesión de gabinete, dejó espacar esta frase:

—Decía el Gran Demócrata, que el Presupuesto Nacional era como El Guaire, adonde todos los venezolanos podían ir a llenar su totuma; lo que sólo se discutía era el tamaño de ella, pero este hombre coge El Guaire y se lo lleva de una vez para su casa.

La frase llegó a oídos de Castro; le hizo poca gracia, y destituyó a Villanueva del cargo.

En una de las excursiones que hizo Castro al Apure, él y su comitiva se entregaron al deporte de tirar caimanes, que abundan, como se sabe, en el caudaloso río.

Estaban a bordo de una ligera embarcación. En cierto momento Castro resbaló y estuvo a pique de caer en la corriente:

—¡Qué horror —dijo alguien—. Si el general hubiese caído en el agua, hubiera sido el naufragio de un país entero.

—¿Cómo de un país? —atajó Gumersindo Rivas—. ¡De todo un continente!

Cipriano Castro llevaba oculto dentro de sí un poeta, y en sus ratos de vagar se permitió discreteos con las musas. Afortunadamente, jamás se le ocurrió publicar sus versos, con lo

cual evitóse caer en la más extrema ridiculez. A Vargas Vila se debe la revelación. Refiere que una vez fué a visitarlo en Madrid Gumersindo Rivas; para darle una sorpresa agradable. pidióle un papel donde estampó esta cursi redondilla que le dedicó el general Castro y que se halla inserta en *De mis Rosas y de mis Lises*, obra del libelista colombiano:

*A estos bigotes que veis,
mucho la Patria les debe:
los ha chamuscado el fuego,
los ha cubierto la nieve.*

En ejercicio de la Prefectura del Departamento de Vargas se hallaba don Miguel Leicibabaza, quien tenía gran popularidad en Venezuela, a causa de haber sido por mucho tiempo empresario teatral y circense.

Bernabé Díaz Lecuna, apodado «Correcto», había servido a las órdenes de Castro y dado sobradas muestras de valor. En el vigía de La Guaira se colocó un cañón; y cuando hizo la primera andanada, el prefecto manifestó al presidente que cada disparo costaba quinientos bolívares.

Percatado «Correcto», interrumpió al punto:

—General: ¡Deme un cañonazo!

A Castro le hizo gracia la ocurrencia y extendió una orden por el valor de dos cañonazos.

Por 1903 era Miguel Leicibabaza prefecto del Departamento de Vargas. Fuerzas de la Revolución Libertadora, a las órdenes de los generales Antonio Ramos y Oscar Blanco Fombona, atacaron la vía férrea de Caracas a La Guaira.

Entonces dicen que Leicibabaza dirigió al Gobierno un telegrama urgente: «Sin apoyo. Mándenme siquiera dos compañías.»

Y dicen asimismo que la contestación, por órgano del donaire caraqueño, no se hizo esperar: «¿De qué quiere las compañías? ¿De ópera o de zarzuela?»

En una de las celebraciones del 23 de mayo, fecha inicial de la revolución acaudillada por Castro, se inauguró la primera fuente luminosa entre la Universidad Central y el Capitolio, que la gente dió por llamar «La escupidera del Congreso».

Junto a ella atinó a pasar un pobre diablo, con unas copas demás al colete, y cuando vió la fuente luminosa, dijo entusiasmado:

—Hay que convenir en que con este hombre se pasa mucho trabajo, pero se goza muchísimo.

Bajo la presidencia de Castro, un político de profesión, en cesantía, se encontró con otro su congénere y entablóse el diálogo de costumbre:

—¿Cómo están tus relaciones con el general Castro?

—De lo más cordiales. Sostenemos una media correspondencia.

—Explíqueme cómo es eso.

—Pues la cosa más sencilla del mundo: yo le escribo y él no me contesta.

En algunas de las cuestiones que tuvo el general Cipriano Castro con los países extranjeros le asistía la razón; pero por la violencia empleada como su método favorito, las perdía casi siempre.

Sus errores en este sentido y una contestación impremeditada, motivaron el bloqueo marítimo impuesto a Venezuela por Alemania, Inglaterra e Italia, a fines de 1902. A los requerimientos del ministro alemán contestó Castro que él no tenía nada que ver con las deudas del gobierno del general Crespo, y que sólo respondía de las de su propio gobierno. El cablegrama del ministro alemán a su Cancillería decidió el mencionado bloqueo. Sin embargo, la actitud de Castro nada tenía de insólita. Lo mismo pretendió el gobierno de la Restauración en Francia, a la caída de los Borbones, con respecto a las deudas antiguas; pero el barón Louis, ministro de Hacienda, hubo de protestar y

enunció el principio de solidaridad de los gobiernos en lo relativo a las deudas de sus predecesores, cualquiera que fuese el origen: teoría aceptada universalmente, pero ignorada por Castro.

El experto diplomático Nicolás Veloz Goiticoa, refirió al historiador Vicente Lecuna un episodio por demás interesante. Luchaban en Venezuela dos compañías de asfalto, «La Guanoco» y «La Felicidad». Castro protegía la última, la más pequeña y la más antigua. «La Guanoco» tenía influencia en Washington y era antipática al público, porque aspiraba al monopolio en el oriente de la República.

Una vez la Secretaría de Estado le encargó al señor Veloz Goiticoa, entonces ministro de Venezuela, que transmitiese a Castro el deseo de los Estados Unidos de que no siguiera influyendo a favor de «La Felicidad». Personalmente Castro dirigió un cablegrama a Veloz Goiticoa, concebido en estos términos: «Dígale a la Secretaría de Estado que antes de contestar el *ultimátum* quiero que me diga si los Estados Unidos reconocen la independencia de Venezuela.» Era secretario de Estado el eminente Elihu Root y subsecretario Mr. Bacon, hombre con cuantiosos bienes de fortuna y que sólo había aceptado el puesto por amistad con Root. A Bacon tocó en suerte recibir la contestación de Castro, y con gran sorpresa de Veloz Goiticoa, le causó a éste cierta satisfacción interior. Impuesto el presidente Roosevelt (Teodoro) de lo acontecido, se indignó y dispuso mandar un acorazado a La Guaira y proceder con toda energía contra Castro; pero Root consiguió calmarlo y al poco tiempo le hizo desistir de tal idea. Bacon, muerto de risa, manifestó a Veloz Goiticoa al darle la noticia:

—Dicen que es un bárbaro y un mono, pero se las ha ganado.

En la Revolución Libertadora, acaudillada por el general Manuel Antonio Matos, el ministro francés Taigny simpatizaba con los enemigos de Castro. Cuando llegaba algún vapor francés a La Guaira, Taigny se iba a bordo, almorzaba en él y regresaba

con algunas bagatelas y un paquete de correspondencia revolucionaria. En cierta ocasión hallábase monsieur Taigny en el barco, y cuando fué a salir, por la tarde, lo mandaron a la espalda y vióse obligado a seguir a Francia con un ligero traje de verano. Este suceso tuvo enorme revuelo y fué comentado en el mundo entero.

La Compañía del Cable Francés suministró informes a la Revolución Libertadora, cuyo jefe era el general Manuel Antonio Matos, y sin miramiento alguno, Castro publicó la comunicación completa del cable. De ahí el origen de la ruptura con Francia de las relaciones diplomáticas.

En noviembre de 1908, Castro se embarcó en el «Guadalupe», con el objeto de que le hiciesen una operación renal en Alemania; mas tenía necesariamente que tocar en Francia. Grave era el problema, pero Castro lo resolvió con la astucia de un Fouché. A bordo iba un personaje de muchas campanillas, influente en los asuntos políticos de Francia; Castro le hizo ver que el móvil de su viaje no era tanto el de recuperar la salud, como el de restablecer en persona las relaciones con Francia, hacia la cual sentía la más sincera admiración y a la cual tributó los más cálidos elogios.

Movido a gratitud el personaje por tan expresivas demostraciones, escribió a la Cancillería de su nación, a cargo nada menos que de George Clemenceau, con el fin de que ofreciesen al presidente de Venezuela todo género de facilidades para su desembarco.

Así se hizo. Castro, apenas puso pie en territorio francés, cuando se dirigió rápidamente a Berlín. Y fué de ese modo, con prodigio de diplomática sutileza, cómo el Cachorro del León Español, según llamó a Castro el ilustre cronista Mariano de Cavia, pudo burlarse a todo su sabor del Viejo Tigre.

Repuesto completamente de la operación quirúrgica a que fué sometido en Berlín por el profesor Isuiael, «el León de los Andes», como a sí mismo dió en llamarse Cipriano Castro, se propuso acaudillar un movimiento revolucionario contra el gobierno de Gómez, su antiguo lugarteniente.

Castro tenía una estrella y un destino. Así por lo menos lo pensaba él; pero no supuso que el destino le iba a ser adverso y que la estrella comenzaba a periclitarse. Antes de salir de Burdeos había dicho, con tono entático: «Creo que Dios y el destino me llaman a Venezuela. Me propongo cumplir la misión que me está encomendada allí aun al precio de una revolución.» A bordo, antes de zarpar el «Guadalupe», le preguntó un periodista si abrigaba la ambición de llegar de nuevo a la presidencia de la República, y quitándose la gorra, le respondió: «Busco la quietud de mi suelo nativo.» Luego, afirmativa y categóricamente, agregó: «Pero yo soy el hombre del destino.»

Con el propósito de llevar a cabo sus planes subversivos, Castro trató de desembarcar en la isla de Guadalupe el 6 de abril de 1909; pero el cónsul inglés oficialmente le informó que no se le permitiría desembarcar en territorio británico. Esto significaba que no se le permitiría el desembarco en Puerto España, desde donde podía otear las costas de la patria y donde hubiera obtenido un buen recibimiento por parte de la colonia venezolana de conspiradores. El 7 de abril, como previa medida de precaución, arribó un buque de guerra americano a Puerto España.

No bien había tocado el «Guadalupe» en Point a Pitre, cuando arribó a Fort de France. Allí permitiósele a Castro desembarcar; pero cinco días después se le llevó en ropa de cama a los muelles y fué depositado en un vapor que partía para Europa.

Castro había salido de París el 24 de marzo y regresaba el 24 de abril. En ese intermedio se consumó su breve drama.

Hombre de suyo precavido, Gómez, en vista de los acontecimientos, solicitó el apoyo de los países extranjeros, con los cuales Castro había roto relaciones: se lo prestaron eficaz y oportuno.

Ahasverus redivivo, Castro anduvo por distintas naciones del Nuevo Continente, sin que ninguna le diese asilo. En el verano

de 1916, él y su esposa pasaron algún tiempo en Nueva York, y luego salieron para Puerto Rico a establecerse en San Juan, donde murió el 4 de agosto de 1924, en una casa miserable de un humilde barrio de la capital portorriqueña. Con motivo de la muerte del dictador, el *New York Times*, sin tomar para nada en cuenta sus indiscutibles méritos militares ni su patriotismo, trajo a colación su gobierno en Venezuela, su carácter un tanto excéntrico, su crueldad inaudita, su falta de educación, su repentino ascenso de la pobreza a la opulencia y el derroche extravagante de su fortuna. «Tal —concluía el periódico— fué el ladrón andino de ganado que se metió su país en el bolsillo y bebió champaña riéndose de las Cancillerías extranjeras.»

A la pluma castiza y mercenaria del escritor mexicano Nemesio García Naranjo se debe el perfil siguiente:

«El general Gómez, como el atrida, sabe mandar desde lejos, y también, desde lejos, sabe ver las cosas y percibir el rumor de las muchedumbres. No necesita ponerse de puntillas para mirar a toda la nación ni para que la nación lo mire a él. Tampoco requiere alzar la voz para que su acento repercuta por todo Venezuela. Desde lejos se destaca su vigorosa personalidad.

Me acerco y miro a un hombre hecho y derecho. Su frente es amplia; sus ojos, aunque pequeños, tienen poderosas fulguraciones que penetran hasta los más escondidos recovecos del alma; su bigote es arrogante y marcial; su cabellera abundante y muy bien peinada, apenas comienza a encanecer; su diestra, aunque parece de hierro, está llena de cordialidad. Viste un uniforme militar sencillísimo, sin entorchados ni laureles. Cuando se pone en pie, lo hace con tanta firmeza, que los tacones de sus botas militares, más que posados, parecen empostrados en la tierra.

En el momento de sentarse, coloca su silla a cierta distancia de los demás. Luego, sobre la arena, clava su bastón con ademán fortísimo, como si estuviese clavando una bandera. A su lado se puede sentir confianza, pero no intimidación. No se crea por eso que ha menester de actitudes teatrales para inspirar respeto ni que cometa descortesías para marcar distancias. ¡No!

Las distancias se establecen con naturalidad sin que él dé notas ásperas ni gritos agudos. Es la soledad lógica del hombre superior que está arriba.

La devoción del general Gómez por la Naturaleza se revela en todos sus actos; pero me basta citar dos que me impresionaron hondamente. Al hacer en Maracay una visita a una hermosa escuela de niñas que se encuentra en construcción y después de llevarme por los corredores, por los dormitorios y por las salas de estudio, me mostró de repente un patizuelo en donde crecía un árbol corpulento. Este patizuelo se halla entre dos salones y rompe la unidad arquitectónica del edificio. «Esto ha quedado así —me explicó el general Gómez— para respetar la vida de este árbol. Es triste haber tenido que alterar los planos y variar el orden de las habitaciones; pero más triste aún hubiera sido clavar el hacha en este tronco venerable.

Al ver la devota reverencia del jefe del Estado por un árbol, me acuerdo de Hipólito Taine, que considera como virtud máxima de Inglaterra haber sabido conservar sus tradiciones y sus árboles. ¡Qué hermosa lección objetiva y perpetua va a dar el árbol a las criaturas del colegio! ¡En qué forma tan plástica y elocuente van a aprender las educandas que en las cosas de los hombres, por más nobles y elevadas que sean, no tienen el derecho de sacrificar a las cosas de la Naturaleza.

El otro acto revelador del carácter del general Gómez consiste en mandar colgar diariamente de un árbol de la plaza principal de Maracay, un racimo de plátanos. —¿Y con qué objeto?— preguntan los forasteros que por primera vez presenciaban este acto singular. Y la gente del pueblo contesta: —Es un banquete que el presidente Gómez ofrece todos los días a las aves de Maracay.»

En 1908 hallábase el general Cipriano Castro de temperamento en Sabana Grande. Ya comenzaban los pródromos de la enfermedad que más tarde le obligarían a emprender viaje a Europa. Estaba en los corredores de la quinta entregado a la lectura de *El Constitucional*, cuando le anunciaron la visita del general Vicente Gómez y del doctor Leopoldo Baptista. Acto

VIDA ANÉCDOTICA DE VENEZOLANOS

continuo, Castro fingió hacerse el moribundo; llamó a su esposa, se hizo amarrar por la cabeza un pañuelo como el que se usa para sujetarles la quijada a los muertos y se tendió en la cama. Los visitantes pasaron a la habitación, y Castro les habló con voz apagada y quejumbrosa:

—Me voy a morir —les dijo—, defiendan la causa; todo esto nos ha costado muchos sacrificios.

—Usted lo que está es nervioso, compadre —le contestó Gómez—; quédese tranquilo, que nosotros lo necesitamos y sin usted no somos nada.

—No—les repitió—, me voy a morir, y ustedes deben salvar la causa, insistió Castro, conmovido.

—Quítese esos malos pensamientos —replicó Gómez—. Nosotros nos vamos para que usted descanse, y volveremos mañana con la seguridad de que pronto lo encontraremos bueno y sano.

Al subir al coche, Gómez dijo a Baptista:

—¡Todo eso es una comedia, mi doctor! Ahora es cuando hay que cuidarse mucho, porque el hombre está maquinando algo muy serio. ¡Yo lo conozco!

Por el año de 1906 eran tirantes las relaciones entre Castro y Gómez. El primero se había radicado en la ciudad de La Victoria, donde dirigió un manifiesto en que expresaba su voluntad de separarse de la presidencia de la República: pretexto para que lo aclamasen. Gómez estaba en el ejercicio de ella como vicepresidente. Secretario suyo lo era el doctor y general Leopoldo Baptista, quien desde sus años juveniles tuvo larga actuación en la política de Venezuela.

Castro dirigió a Gómez un telegrama, concebido en términos duros, donde le decía que si necesitaba un secretario, él estaba a sus completas órdenes para el desempeño del cargo. Le contestó Gómez, a su vez, con otro telegrama, lleno de mansedumbre franciscana, en el cual le hacía saber que él no era político, sino hombre de trabajo.

Estaban leyendo el telegrama de Gómez en un corrillo donde se encontraba el doctor José Manuel Juliac, espíritu socarrón,

el cual, recordando la frase magnífica de Juan Vicente González sobre Antonio Muñoz Tébar, exclamó con tono patético:

—¿Y cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz de ajeno de los partidos?

Hombre de singular dinamismo, el doctor Carlos León fué gobernador del Distrito Federal en tiempo de Gómez, con quien se enemistó luego. Extrañado del país, hubo de radicarse en México, donde especializóse en el estudio de las cooperativas, las cuales trató de establecer en Venezuela.

El doctor León fué el primer catedrático de Sociología que tuvo la Universidad Central: escribió sobre la materia un texto mediocre, con prólogo de Julio Calcaño.

Tuvo el doctor León una hermana, de nombre María, a quien conoció el general Gómez desde los tiempos de la infancia y a quien pasábale un subsidio mensual de doscientos bolívares.

En una oportunidad se presentó María a hablar con Gómez, quien la reconoció al punto y le dijo, al notar el traje un poco descuidado:

—¿Y cómo te va yendo?

—Muy mal, pues los doscientos bolívares no me alcanzan para cubrir mis necesidades.

Con la astucia que lo caracterizaba, Gómez le previno:

—Te pondré entonces cuatrocientos bolívares, para que le sigas mandando los doscientos bolívares a Carlos y te quedas tú con el resto.

En la guerra mundial de 1914, el doctor Esteban Gil Borges era consultor jurídico del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se recibió en la Cancillería un radiograma del Gobierno de los Estados Unidos sobre la necesidad urgente y perentoria de la entrada de Venezuela en el conflicto.

Gil Borges fué a Maracay, en donde se puso al habla con el general Gómez, quien le manifestó, impuesto ya del asunto:

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

—Doctor: Déjeme consultar con mi almohada esta noche y venga por la contestación mañana muy temprano.

Al día siguiente, según lo convenido, conferenciaron los dos y también le manifestó Gómez:

—Por fin consulté con mi almohada. No tenemos ejército; tampoco tenemos escuadra ni dinero, ¿qué papel vamos a desempeñar entonces en la guerra? Ninguno. Sólo un papel ridículo. Contéstele al Gobierno de los Estados Unidos que Venezuela se mantendrá neutral: no le queda más camino.

Con tan firme resolución, Venezuela conservó su neutralidad a toda costa.

Cuando la misma guerra mundial, vino un comisionado de Inglaterra con la misión especial de invitar a Venezuela para que entrase en el conflicto.

Le dió cita al comisionado el general Gómez, en su residencia de Maracay, a las ocho de la mañana en punto. Vestido de correcto uniforme, se estuvo allí aguardándolo.

Pasó un cuarto de hora y el personaje no aparecía por ninguna parte. Gómez, ya impaciente, advirtió a uno de sus edecanes:

—Ese hombre como que no es inglés.

Transcurrida la media hora, volvió a repetir la misma frase y dirigióse al templo cercano, de donde a los pocos minutos de haber salido vió al comisionado, el cual se adelantó para darle excusas, pero Gómez le dijo, extendiéndole la mano:

—Vengo del templo, donde acabo de hacer oraciones para que Venezuela no entre de ningún modo en la guerra.

Durante el conflicto europeo, a pesar de la neutralidad de Venezuela, surtióse de carbón en Carúpano a un barco de guerra alemán, por lo cual se quejó el ministro de Francia. Ante tal queja hubo de manifestar el general Gómez al reclamante que todo quedaría subsanado a satisfacción porque se le daría a un barco francés que arribase a puerto venezolano

EDUARDO CARREÑO

carbón en las mismas condiciones que el vapor alemán, pues, según añadió Gómez, lo que es igual no es trampa.

Al doctor Bernardino Mosquera, entonces ministro de Relaciones Exteriores, se le había presentado un problema protocolar, muy difícil de resolver. Se trataba de la Recepción Oficial de Año Nuevo; el representante alemán, von Prollius, era el único amigo de Venezuela; los representantes de los países aliados no lo eran, a ojos vistas, por lo cual se dificultaba el hacer extensiva la invitación a todos ellos.

Así se lo expuso Mosquera a Gómez, quien le previno:

—Déjeme pensar unos cuantos minutos.

Se encerró en su habitación, al cabo de los cuales, presentóle el problema resuelto en esta forma:

—Invite al ministro alemán, que sí es amigo, y a los demás no haga sino participárselo, pues de ese modo quedarán todos contentos y no nos dejarán desairados.

En 1921 desempeñaba el doctor Esteban Gil Borges el Ministerio de Relaciones Exteriores, y era consultor jurídico el doctor Pedro Itriago Chacín, quien quedó encargado del Departamento mientras duró la ausencia del primero.

Se confió a Gil Borges el cometido de que pronunciase el discurso en la inauguración de la estatua del Libertador, el día 19 de abril del mismo año, en la ciudad de Nueva York; y como para nada mencionase a Gómez en la arenga, varios malquerientes de Gil Borges se prevalieron de esta circunstancia para malquistarlo con el presidente. Gil Borges no quiso reen cargarse.

Ministro en propiedad se nombró entonces al doctor Itriago Chacín; algunos intrigantes fueron a hacerle objeciones al general Gómez, quien los tranquilizó diciéndoles:

—Ahí está muy bien el doctor Itriago, porque como buen llanero no se dejará brincar la talanquera.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

Cuando el doctor Esteban Gil Borges estaba ausente del país y desempeñaba la subsecretaría de la Unión Panamericana, pretendió una vez volver a Venezuela, para lo cual consultó con el doctor Pedro Itriago Chacín, a la sazón ministro de Relaciones Exteriores, sobre si le permitirían su entrada en la República, a lo cual respondió el canciller, que habiendo dado cuenta de los deseos de Gil Borges al general Gómez, éste había contestado:

—Las puertas de la patria no están cerradas sino para sus malos hijos.

Como es caso frecuente en Venezuela, el Congreso Nacional modifica la Constitución y la adapta al capricho de los mandatarios; pero aquella vez, como de costumbre, le dió apariencias legales, un tanto sofisticadas, para perpetuar en el Poder al general Juan Vicente Gómez.

Era profesor de Derecho Constitucional el doctor José Manuel Hernández Ron por entonces.

Un día apareció en el pizarrón de la clase este epigrama que escribió Jacinto Fombona Pachón:

*Hoy me dijo Hernández Ron
que estudiase con cuidado
la nueva Constitución
para salir aprobado.*

*Y le contesté sonriente:
¿no le parece mejor,
mi querido profesor,
que me estudie a Juan Vicente?*

Bajo el gobierno del presidente Gómez, se encargó al doctor José Ignacio Cárdenas, ministro de Venezuela en Madrid, de solicitar en los archivos españoles datos referentes al antiguo y penoso litigio de fronteras colombo-venezolano.

Cumplía esa comisión nuestro ministro, cuando se le informó que don Antonio Graña, director de la Librería de Victoriano

Suárez y muy versado en asuntos hispanoamericanos, podía darle luces sobre el particular. Con tal objeto fué a visitar a Graiño, quien lo recibió cortésmente y a quien le impuso de lo que se trataba.

—En efecto —dijo Graiño—, en la Biblioteca del rey don Alfonso hay documentos de sumo interés y mapas sobre dicho viejo problema internacional.

—¿Sería muy difícil obtenerlos? —insinuó el doctor Cárdenas.

—De ninguna manera: le basta a usted manifestarle a Su Majestad lo que desea, por conducto de su secretario. Le bastará también —continuó diciendo— con dirigirle un besalamano a ese respecto.

—¡Un besalamano! —exclamó el ministro—. Mi país es democrático y no usa esas fórmulas monárquicas.

—Sí —replicó Graiño, en una explosión de auténtico españolismo—. Usted no le besa la mano al rey de España; pero, en cambio, le besa con toda humildad el trasero al presidente de su República.

Y así terminó aquella entrevista, no completamente diplomática.

Cuando Pedro-Emilio Coll desempeñaba la cartera de Fomento, en la Administración de Gómez, se hallaba preso en la Rotunda el general Norberto Borges, cuñado suyo.

Coll intercedió por la libertad de éste, invocando el nombre de su esposa.

El general Gómez le dijo:

—Voy a complacerlo; pero como el cojo Borges se alzaré de nuevo, usted es el que va a perseguirlo con una guerrilla y a ponerlo preso.

Pobre de carnes y de pecunia, si bien rico de ingenio, Mario Torres Rodríguez fué ágil cronista y poeta sobrio: su producción, escasa, corre dispersa en los periódicos y las revistas de la época.

Un buen sastre, Luis Clemente Fernández, le dió por el espi-

ritismo y descubrió en el escritor un «medium» admirable. Cierta día lo invitó para celebrar una sesión solemne; previos los pases consabidos y cuando creyó que ya estaba en trance, lo sometió a la prueba de la transmisión del pensamiento. Fin-
gió el «medium» que dormía de modo profundo.

Comenzó el interrogatorio:

—Dígame, ¿en qué estoy pensando en este momento?

—En que va a matar al general Gómez.

—Despiértese, despiértese ahora mismo y no vuelva más nunca por este negocio.

Redactaba Manuel Flores Cabrera en esta ciudad, con la honradez que le caracteriza, el periódico *Sancho Panza*, en cuyas columnas editoriales hubo algo que molestó al gobernador del Distrito Federal, Pedro María Cárdenas, quien hecho un energúmeno preguntó a uno de sus corchetes:

—¿Quién es el autor de *Sancho Panza*?

—Don Miguel de Cervantes.

—Pues redúzcalo a prisión en el acto.

Y de fijo que el glorioso mútilo no hubiese cambiado la cárcel de Sevilla, donde entre el más triste ruido empezó a componer la obra incomparable, por la Rotunda de Caracas, donde el silencio trágico gravitó como losa de sepulcro.

Hombre arbitrario de suyo, F. Colmenares Pacheco desempeñaba la Gobernación del Distrito Federal, y citó a los periodistas a su despacho, con el fin de hacerles reconvencciones:

—Los he llamado para decirles que ustedes tienen libertad para escribir, pero el Gobierno del general Gómez no permite ni permitirá críticas injustas; porque, de lo contrario, me veré en la necesidad imperiosa de meterlos a todos en la cárcel.

Entre los periodistas citados, se hallaba el integérrimo Simón Soubletté, quien se adelantó dos pasos para encararse con el gobernador:

—Por lo que a mí respecta, usted no se dará el gusto de meterme en la cárcel.

Muy subido en cólera, Colmenares Pacheco le previno:

—Si usted falta, lo pongo también preso.

Don Simón le advirtió, sin perder su calma filosófica:

—Es que yo no faltaré, porque no se me ocurrirá más nunca la torpeza de escribir para el público.

Y en profiriendo estas palabras, consignó Soublette en manos del gobernador, las llaves de la imprenta donde editaba *El Día*.

Como para que fuese más trágica la paradoja, cuando en Venezuela se estuvo hablando, a son de bombo y platillos, de la fundación de una Escuela de Periodismo, se dejó morir en indigencia absoluta a Leopoldo Landaeta, maestro de periodistas venezolanos.

Desde su iniciación en las operosas tareas del diarismo en *El Monitor Liberal*, que dirigieron aquí Gabriel E. Muñoz y Delfín A. Aguilera, el ilustre escritor estuvo en todo tiempo y sazón consagrado a ellas, con fervor y constancia ejemplares. Formó entre los redactores de *El Constitucional*, *El Tiempo*, *El Universal* y *El Nuevo Diario*, y fundó en Caracas *El Estado*, al cual imprimió el sello de su fuerte personalidad, su enorme erudición y su buen gusto literario, y luego *El Imparcial*, de efímera existencia, a causa de las insólitas arbitrariedades del régimen de Gómez.

Leopoldo Landaeta colaboró con brillo en casi todos los periódicos y revistas de la época, tales como *El Cojo Ilustrado*, *Sagitario* y *Cultura Venezolana*, cuya Secretaría de Redacción desempeñó. En la última de las revistas que se menciona, corren artículos suyos de fondo, pergeñados con elegancia castiza y rebosantes de nobles ideas, generalmente sin firma, porque a última hora, el más acedo de los pesimismos se enseñoreó del escritor gallardo.

Desde la clausura de *El Imparcial*, Leopoldo Landaeta se refugió en el silencio; tradujo con amor y fidelidad *Las Sábanas de Barinas*, por el capitán Vowell, legionario británico que militó en nuestra Guerra de Emancipación y autor, ade-

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

más, de *Campañas y Cruceros* y *El Terremoto de Caracas*, obra que no ha sido vertida aún al castellano. Tradujo, asimismo, *El Comercio y la Navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, cuyo autor es Clarence Henry Haring, doctor en Filosofía y regente de la cátedra de Historia en la Universidad de Yale. Leopoldo Landaeta hizo también la traducción de la *Vida Pública de Don Pedro Gual*, por Harold A. Bierck, Jr. Con el seudónimo de *Luis León* sacó a luz una antología de *Poetas Parnasianos y Modernistas*, avalorada con sesudo prólogo.

Reconcentrado en sí mismo el escritor, por esquivar la molestia del trato de los hombres, buscó más bien el amor agradecido de los pájaros, a los que daba de comer todos los días en el patio de las Academias, y frecuentemente se le veía deambular por las calles caraqueñas, con el sombrero apoyado en el bastón y sobre éste un libro: discreto confidente que no le faltó ni le falló nunca.

Sobre tan inveterada costumbre, escribió Pedro de Répide las siguientes redondillas:

*Yo quisiera arrebatarle
a Leopoldo Landaeta
esos trastes que sujeta
y no hay forma de quitarle.*

*Son un bastón y un sombrero
que ni le apoya ni cubre,
y que lleva de bracero
desde noviembre hasta octubre.*

*A veces un libro añade
sobre esos trastes, señor,
y pienso, taimado y fútil,
que a mi querido cofrade
el libro le es tan inútil
como el bastón y el sombrero.*

De Leopoldo Landaeta cabe decir lo que alguien dijo de otro maestro: que fué el más literato de nuestros periodistas y el más periodista de nuestros literatos. Cuando se hablaba hace poco de la revisión de valores, con la ventaja notoria de

que quienes pusieron ahinco en revisar, nada tienen que pueda revisárseles, Leopoldo Landaeta sonreía con desdén filosófico.

Ya enfermo de suma gravedad, le insinuó un amigo a Landaeta:

—¿Por qué no procuras curarte? Tú eres un hombre muy bien relacionado y, sobre todo, el Gobierno podría prestarte su ayuda para que fueses a Norte América.

A lo cual objetó el periodista:

—Iría a los Estados Unidos a curarme y lograda la curación, ¿valdría la pena seguir viviendo para ir diariamente a las Academias y sentarme en la Plaza Bolívar y para contemplar a Venezuela en su misma situación caótica?

Murió de orgullo y de mengua: orgullo bien entendido y mejor llevado, y mengua, que no redundaba en desdoro de su nombre, sino en el de Venezuela, a la cual tanto supo honrar con el acopio magnífico de su ilustración y de su talento.

Eduardo Coll Núñez, espíritu dinámico y emprendedor, había batido el «record» de las revistas clausuradas. Una vez fué a solicitar permiso en la Prefectura del Distrito Federal para la publicación de una nueva revista. Lo recibió Lorenzo R. Carvallo, por entonces prefecto.

Hubo este diálogo:

—General: Vengo a pedirle permiso para sacar una revista que no se rozará de ningún modo con los asuntos políticos, por ser simplemente literaria.

—¿Quién es el director?

—Emiliano Ramírez Angel.

—¿Es maracaibero?

—No; es un escritor español bastante conocido, ya que fué por mucho tiempo redactor de *Blanco y Negro*.

—Pues no sirve, porque yo necesito un redactor que sea «en-carcelable».

El general Gómez era misógamo empedernido. Monseñor Carlos Pietrapoli, nuncio de Su Santidad, trató insistente-

mente de que debía casarse. Entonces adujo él que no podía preferir una mujer a otra, porque todas eran muy buenas y por igual lo querían.

Insistió de nuevo el nuncio en su propósito, haciéndole ver a Gómez que en todos los Jefes de Estado, el matrimonio ejercía un gran poder espiritual. Este se limitó a darle esta contestación al nuncio apostólico:

—Si el Papa es quien ejerce el mayor poder espiritual en el mundo, ¿por qué no es casado?

Uno de tantos aduladores como en el país abundan, establecía un paralelo entre la situación económica presente y la de otras épocas. Decía con fingido entusiasmo que antes de Gómez, el presupuesto estaba en quiebra; que las finanzas no existían; que las guerras civiles impidieron el desarrollo de la industria y de la cría; que tampoco había la explotación de los hidrocarburos y de las minas; que la instrucción pública estaba en pañales y otras cosas más por el estilo.

—Venezuela—resumió el adúlador—antes de que el general Gómez llegase a la Presidencia de la República, era un país perdido.

—Sí. Venezuela era un país perdido, pero yo me lo encontré—añadió Gómez.

Caracciolo Parra Picón tenía fama de tacaño; era vicepresidente de la República y se hallaba en compañía del general Gómez, a quien se acercó un amigo suyo para saludarle.

—¿Y cómo le va yendo?—le preguntó.

—Mi situación es muy mala, general, porque estoy sin trabajo y sin empleo.

Gómez extrajo de la cartera un billete de mil bolívares para dárselo de muy buen grado.

A don Caracciolo le pareció excesiva la suma y le cambió

el billete por dos de quinientos bolívares. Y cuál no sería su extrañeza cuando Gómez, al entregarlos, dijo:

—Eso se lo da don Caracciolo y esto se lo doy yo.

El general Gómez tenía grande interés en adquirir una hacienda; y como su propietario estuviese algo renuente para desasirse de ella, advirtióle:

—Aproveche ahora la oportunidad para vender, porque esto está muy malo y se pondrá peor.

Un ingeniero construyó un puente cerca de la población de San Joaquín, e invitó al general Gómez para que lo viera antes de que fuese inaugurado.

Gómez asistió complacido. Después de examinar con mucha atención la ligereza de la estructura metálica y la solidez de los estribos, felicitó al constructor, diciéndole:

—Todo está muy bueno, pero al puente le falta una cosa.

—¿Qué cosa, general?—inquirió el ingeniero con asombro:

—¡El río!

Después de haber partido para Europa el doctor y general Leopoldo Baptista a causa de su ruptura con el general Gómez, de quien había sido secretario y contra quien revolucionaba, el presidente de Venezuela ordenó que se le pagase el valor de las haciendas que le había comprado, y como alguien le objetara que cometía un error, pues con ese dinero podría alzarse en armas el doctor Baptista, respondió el astuto andino:

—Yo conozco mucho a Baptista; ese con dinero en Europa, huye de sus amigos, por temor de que le pidan prestado.

En una de las numerosas farsas políticas que en el país se han representado, el general Gómez se puso en armas el año de 1913 contra el general Castro. Un hombre del pueblo ex-

clamó, en presencia del brillante desfile militar: «¡Se alzó el Gobierno!»

Para tal época era capellán del Ejército el presbítero Calixto González, sacerdote de color, y con ese carácter investido, salió a la campaña de mentirijillas. Entre sus virtudes descollaba la del amor filial, y para tranquilizar a su señora madre, las malas lenguas dijeron que le dirigió desde Maracay un telegrama:

—Despreocúpese: los tiros son al blanco.

Entre los edecanes del general Gómez hubo de señalarse el coronel Benjamín Velasco Ibarra, por su carácter jovial y expansivo y por su ingenio agudo y espontáneo.

En cierta oportunidad hizo varios chistes que movieron a risa al jefe adusto.

El cual dijo:

—Benjamín tiene muy buenas «salidas».

—Sí, pero mi hermano Ernesto, general, tiene mejores «entradas».

Cuando el novelista Eduardo Zamacois visitó a Venezuela, estuvo en Maracay, donde presentó sus respetos al general Gómez, quien le puso a las órdenes a su edecán, el coronel Benjamín Velasco Ibarra.

Una mañana invitó a Zamacois a presenciar un ordeño. Mientras se efectuaba la tarea, un peón entretenía con sus canciones a uná vaca. Pasó en seguida a ordeñar otra, pero sin canto.

Picado de curiosidad, preguntó el escritor al coronel Velasco:

—¿Por qué no le cantan a esa vaca?

No se dejó esperar la respuesta:

—Porque es sorda.

Algunos médicos venezolanos fueron a poner la denuncia ante el general Gómez de que el doctor Pedro Bougrat, prófugo

de Cayena y sin que hubiera revalidado sus títulos, estuviése ejerciendo la profesión en Venezuela.

Inquirió Gómez:

—¿Y el médico francés cura?

—Sí cura, general.

—Pues que siga curando.

En vista de que la publicación de la *Historia Contemporánea de Venezuela*, por el doctor Francisco González Guinán, llevaba todas las trazas de no concluir, con mengua del erario público, Vallenilla Lanz fué a poner la queja ante el general Gómez, quien le dijo:

—Deje quieto al doctor Guinán, porque a última hora, esos libros servirán para trincheras.

Hallábase el general Gómez en Las Delicias, rodeado de amigos y partidarios. Entre ellos se contaba Antonio Pimentel, quien presumía de gracioso, pero aquella vez tomó la palabra en serio:

—Recuerde, general, que cuando lo hirieron en Carúpano y vino a Caracas, yo me le ofrecí sin conocerlo, no porque fuese partidario del Gobierno, sino para que no me reclutaran los peones de mis haciendas, situadas en la Sierra de Carabobo, por donde usted debía pasar a perseguir a los revolucionarios.

—El compadre dice la verdad—asistió Gómez—. Yo le manifesté entonces que don Cipriano tenía bastante dinero y que no lo necesitaba; yo lo he ayudado mucho en sus negocios y lo seguiré ayudando, pero no lo quiero en mi política, porque él no es político.

En esto compareció un criador de los Llanos, con miras de proponerle a Gómez un negocio. Con toda sencillez le expuso:

—General, desde hacía mucho tiempo deseaba conocerlo;

péro no me atrevía a presentarme, porque yo no soy político, sino un hombre de trabajo.

—Mal hecho. Ha debido venir mucho antes, porque yo también, como usted, no soy político, sino un hombre de trabajo.

En El Trompillo, una de sus numerosas haciendas, se hallaba el general Gómez rodeado de su séquito.

Una mujer del pueblo quiso acercarse a él, pero los cortesanos se opusieron.

—Déjenla pasar, ordenó Gómez.

Ya en su presencia, la mujer hubo de manifestarle:

—General, mi esposo está preso en el Castillo Libertador, hace más de cuatro años, porque se le acusa de haber conspirado contra usted. Esa es una falsedad, pues le aseguro que es inocente.

—Tome nota del nombre del preso, le insinuó al coronel Julio Anselmo Santander, jefe de los edecanes.

Después que se retiró la peticionaria, alguien del grupo preguntó al general si daría la orden de excarcelación, a lo cual respondió:

—Pues no señor; el preso era entonces inocente, pero después de cuatro años de prisión, sí es enemigo mío.

Cierto jefe civil del Estado Aragua vivía en concubinato; el general Gómez era padrino de algunos de sus hijos. Aconteció que el jefe civil se enamoró perdidamente de una mujer de la localidad y, para casarse con ella, resolvió abandonar a su querida, la cual quejóse ante Gómez de la deslealtad de su compañero.

—Deje eso a mi cargo—le dijo.

A los pocos días se presentó el jefe civil a Maracay para participarle a Gómez la determinación que había tomado de casarse.

—Me parece muy bueno—arguyó—, porque es buena hora

de que usted y mi comadre regularicen su vida. Y eso va a ser ahora mismo. Con mucho gusto yo seré el padrino.

En un santiamén se efectuó el matrimonio.

Formaban corrillo en Maracay, entre otros, el doctor Román Cárdenas y Laureano Vallenilla Lanz, quien estaba haciendo un cálido elogio del general Gómez como administrador, cuando éste le previno con modestia:

—Yo lo único que sé es conocer a los hombres. Por eso lo nombré a usted, doctor Cárdenas, ministro de Hacienda, y a usted, Vallenilla, director de *El Nuevo Diario*.

Cuando la Universidad de Hamburgo confirió al general Juan Vicente Gómez al grado de «Doctor en Medicina Honoris Causa», la maledicencia popular puso en sus labios esta frase:

—Mejor sería que le hubieran dado el título a Eustoquio, que es el cirujano de la familia.

El general Gómez estaba en Las Delicias, rodeado, como tenía por costumbre, de admiradores y áulicos.

En el séquito presidencial formaban Antonio Pimentel, cuya sagacidad corría parejas con su ignorancia, y Laureano Vallenilla Lanz, de ingenio pronto y pungente.

Recayó la conversación sobre la compra que hizo Gómez de una hacienda.

—Yo quisiera saber—manifestó Pimentel, dándoselas de gracioso—, ¿qué haría con una hacienda como esa el amigo Vallenilla?

El cual respondió al punto:

—Lo mismo que haría usted con una biblioteca.

Pimentel, resentido, guardó la frase para cobrársela con réditos, en la oportunidad, a Vallenilla.

Otra hacienda compró el general Gómez, en los Valles de Aragua, cantados por el barón de Humboldt.

—General—dijo Vallenilla, Lanz—Humboldt aseguró que quien poseyese una hacienda como la que acaba usted de adquirir, podría considerarse el dueño del Paraíso.

—¿Y quién es Humboldt?—inquirió Gómez.

—No le haga caso a Vallenilla, general, interrumpió Pimentel, porque seguramente ese es un «musiú» que anda buscando un Consulado.

Cierta vez un agricultor de los Andes se presentó ante el general Gómez, con una yuca que pesaba más de doce kilos.

—General, le he traído esta yuca de regalo, pues la coseché en mi hacienda y quiero que se la coma en mi nombre.

—Muchas gracias—manifestó Gómez—; es la yuca más grande que he visto en toda mi vida y eso merece una recompensa. Y extrajo del bolsillo un billete de mil bolívares, que le ofreció al campesino.

En el acto hallábase presente uno de los ministros de Gómez, y el cual hubo de insinuarle:

—General: esta perla es una de las más hermosas que se han criado en los mares de Margarita; la trataron de comprar unos extranjeros por fuerte suma, pero yo me opuse a la venta; la adquirí para usted, porque una perla de tal valor y tan rara no debe salir nunca de Venezuela.

—El ministro es un patriota: quiere a Venezuela tanto como yo; se opuso a que de ningún modo una perla tan hermosa saliera del país. Y merece también su recompensa.

Dicho lo cual, Gómez le puso en las manos la estupenda yuca.

El miedo es libre, reza un proverbio popular; mas, en nuestro eximio poeta Andrés Mata fué libérrimo.

Al retorno de uno de sus viajes por Europa, publicó una composición con el título de *Cabo Hatteras*, donde se lee lo siguiente:

EDUARDO CARREÑO

*Ni amigos vientos ni benignas olías
mi nave guían sobre el loco abismo,
y tengo miedo de quedarme a solas
conmigo mismo.*

Mata era entonces director de *El Universal*, y Jesús Semprum, redactor; el docto crítico le insinuó que fuese más explícito y que, con una mera separación de palabras, el verso ganaría en veracidad al corregirlo de esta suerte:

*Y tengo miedo de quedarme a solas
con mi gomismo.*

El poeta corrió desalado a Maracay para darle al general Gómez excusas que no le estaba pidiendo.

Entre los más trascendentales axiomas de Bolívar figura el de que «el talento sin probidad es un azote».

Tomaron a empeño corroborarlo, en época de Gómez, poetas y escritores de fama difundida. De los propios mejor es no hablar, por exigirlo así el decoro que pide para sus tumbas la piedad del silencio.

Soldado rústico el opresor, no gustaba de la adulación servida en crátera de oro como el buen vino, sino en vaso de tosco barro. Al punto lo comprendió así un profesional de ella: Nemesio García Naranjo, hombre de pluma elegante que le endilgó *La parábola de los toros*, donde comparó al pueblo venezolano con el buey pacífico y paciente, que, en sentir de Carducci,

*refleja en su pupila,
la muda soledad del campo verde.*

No hubo una sola protesta contra el símil denigrante; y el escritor mexicano, después de ensalzar al déspota, en atildado estilo que él no comprendía, salió con la escarcela bien provista.

En 1911 desempeñaba la Secretaría del presidente de la República el doctor Francisco González Guinán, a quien tras-

mitió Gómez la orden de que pidiese la renuncia a los miembros del gabinete. Cumplido que la hubo, fué a darle de ello la debida cuenta.

—General: aquí están las firmas de todos los ministros al pie de la renuncia.

Calándose las gafas, leyó el general atentamente, para hacer una observación:

—¡Ajá! Está muy bien, pero aquí falta una firma.

—¿Cuál? ¡Si están todas completas!

—La suya.

—General: ¡Si yo no soy ministro!

—No importa. ¡Firme aquí también para que descanse!

Hombre intuitivo en extremo el general Gómez, de seguro ignoró que el padre José, favorito del cardenal Richelieu, asistía con harta frecuencia a la discusión de los asuntos políticos más importantes de Francia; y una vez llamado a consejo el duque de Sajonia, paseaba el padre José su dedo índice por un mapa geográfico y decía al mariscal a un mismo tiempo:

—Tomaréis primero esta ciudad, luego aquélla y en seguida la otra.

No sin extrañeza le contestó el duque:

—Padre José, no se toman las ciudades con el dedo.

El general Gómez puso la estratagema por obra, cuando emprendió la persecución del general José Manuel Hernández, apodado «El Mocho».

Como el general Gregorio Segundo Riera le sugiriese la perentoria conveniencia de hacer un mapa del lugar para el más rápido apresamiento del caudillo rebelde, le advirtió Gómez:

—Cojamos primero al «Mocho» y después haremos el mapa.

En el aniversario de la muerte de la señora Hermenegilda Chacón, madre del general Juan Vicente Gómez, para la

época presidente de la República, dió la orden a Lorenzo R. Carvalho, prefecto de Caracas, de que la prensa nada dijese del suceso luctuoso, con lo cual deseaba de esa manera rendir a su digna progenitora el elocuente homenaje del silencio.

Santiago Nevero Machado, que dirigía en esta ciudad *El Gran Boletín*, publicó, sin embargo, una página con el retrato de la dama aiunta entre orlas negras y con una conmovedora necrología hecha de antemano.

Citado a la Prefectura, Carvalho reconvino al periodista y lo amenazó con la cárcel. Entonces Nevero Machado, profundamente conmovido y deshecho en lágrimas, hubo de manifestarle:

—General: ni usted ni nadie podrán impedirme este desahogo sincero y espontáneo de mi corazón.

A Carvalho no le quedó más camino que murmurar por lo bajo:

—¡Qué le vamos a hacer! ¡En mis propias barbas se ha burlado de mí este viejo!



A primera vista, la palabra «bagre» pudiese reputarse como barbarismo venezolano, mas no hay tales carneros, pues es voz harto castiza y corresponde al *Platysoma jasciatum*.

Si, como dijo Maquiavelo, el mundo pertenece a los espíritus fríos, ¿qué mucho, pues, que nuestro personaje tuviese la trialdad propia de un pez fluviátil? En efecto, el Bagre por antonomasia se le llamó al general Juan Vicente Gómez, de dulce recordación y a quien le cupo la suerte singular de que enriqueció en vida a sus amigos y en muerte a sus enemigos.

El término cobró auge en la época del terror, cuando los estudiantes, con altivez heroica y patricia dignidad, protestaron contra todo linaje de atropellos y escarnios y se les condujo, sin miramientos ni conmiseración alguna, al horror de los trabajos forzados en las carreteras, convertidas en campos de concentración auténticos, a purgar el delito de ser libres.

Entonces fué cuando los periódicos de Colombia publicaron una anécdota atribuida a Gonzalo Carnevali, quien se halla-

ba allí, o al menos por él propalada, la cual trataremos de reconstruir en estos rápidos apuntes.

Cierto periodista se dirigió a Maracay, donde se puso al habla con el general Gómez.

Hubo un corto diálogo:

—¿Qué hay por Caracas?

—Nada de particular. Disturbios estudiantiles que no valen la pena de tomarse en cuenta.

—¿Y qué más? ¿Es cierto que me llaman el Bagre? ¿Y qué es el bagre?

—Un pez de río que se alimenta de sustancias excrementicias.

—¡Aja! ¡Pues quítese de por delante, porque me lo como!

El año 1928 Caracas presenció uno de los espectáculos más siniestros: por sus calles, ardidadas de sol, tocados de boínas azules y a flor de labios la sonrisa, entre las bayonetas de la tropa, caminaban los estudiantes hacia la zona palúdica de Palenque. Iban orgullosos, la frente erguida, el pecho henchido de patriótico fervor, la mirada retadora y el silencio en torno suyo. Las mujeres nuestras, prontas siempre a prestar su concurso a toda causa de nobleza, desinterés y patriotismo, los seguían en aquel doloroso éxodo. El poeta José Ta-deo Arreaza Calatrava, preso entonces en la Rotunda, pensando en el martirologio de las madres venezolanas, improvisó este viril soneto, que por primera vez ahora se publica:

*Porque alzáis pabellón de valentía
frente al tálamo en flor de los amantes;
por buenas, por sufridas, por constantes,
os llamo a todas juntas: ¡Patria mía!*

*¡Madres nuestras! ¡Es Boves todavía!
Si el gorro frigio blasonaron antes
con sus gules de honor los estudiantes,
de la boína azul nace hoy el día.*

*El patrio suelo es cárcel y garito;
los hijos de varón nacen inciertos;
impera aún la bestia del delito.*

*Pero esos niños, ya de honor cubiertos,
lanzan el claro y valeroso grito,
¡oh, madres, de los vivos y los muertos!*

Hombre influyente en la política y en las letras de la Gran Bretaña fué Roberto Cunninghame Graham. Aristócrata, con sangre real y cuantiosos bienes de fortuna, capacitado, como el que más, para ejercer altas posiciones en su país, prefirió, sin embargo, la vida aventurera. Viajó por la India, Arabia, México, Argentina, Colombia, Venezuela. Corazón de suyo generoso, siempre se condolió de los desheredados de la suerte, a los cuales tendió en toda oportunidad su munífica mano.

Contadas veces en una persona concurren mayores y más relevantes aptitudes: fué orador, historiador, ensayista, humorista, político. Más de treinta obras dejó su gallarda pluma: cuentos, cuadros de la naturaleza, biografías, historia. En la inmensa vastedad de la pampa argentina, sobre fogoso corcel se le vió siempre confundido con los gauchos, a cuyas costumbres se amoldó a maravilla y las cuales describió en páginas admirables. Socialista de hondas convicciones, dió en la República del Plata jugosas conferencias contra la organización social imperante, contra los convencionalismos de toda laya, contra la política de colonización, y, en síntesis, contra todo lo que encontraba de hipócrita, falso, mezquino e imperioso acerca de los demás pueblos en la conducta de Inglaterra.

La figura del general José Antonio Páez le sedujo, por centauro y por llanero. Escribió sobre él un libro, así como escribió también otros sobre algunos personajes legendarios, entre ellos, Díez del Castillo, Hernando de Soto, Pedro de Valdivia y Jiménez de Quesada.

El escritor colombiano L. E. Nieto Caballero relata una anécdota que ensombreció la vida de Cunninghame Graham. Se

hallaba Oscar Wilde recién salido de la cárcel de Reading, donde escribió el *De Profundis*. Sea por casualidad o deliberadamente, Wilde se abalanzó hacia don Roberto para comunicarle sus cuitas, y éste hizo con los labios un ruido como de disparo y con el índice de la diestra el ademán de oprimir el gatillo de un revólver imaginario. Wilde, entre sollozos, exclamó: «Sé que es el único camino, pero el valor me falta.» Años más tarde, Cunninghame Graham, arrepentido, y pensando en el artista doloroso, estampó esta frase tremenda: «Si el castigo no borra la ofensa, los que castigan son siempre verdugos.»

En Caracas, el general Juan Vicente Gómez convidó a Cunninghame Graham para un almuerzo, invitación que hubo de rechazar porque lo consideraba como «el más rudo y sanguinario de los dictadores del mundo». En alguna parte escribió después: «No tenía moral ni en dar ni en quitar la vida. Parecía creer que aumentando la población con ciento veinte hijos, se hacía perdonar los centenares que había muerto y los centenares que había desterrado de Venezuela.»

En la pared de uno de los infectos calabozos de la derruida Rotunda caraqueña, mano anónima escribió la siguiente rondilla, en negros caracteres:

*Aquí no vale enfermarse,
estar dormido o despierto;
lo que vale es conformarse:
que lo saquen a uno muerto.*

Alusión a Leopoldo Torres Ababdero, el poeta de las *Mari-posas*, hombre bueno, sencillo y cordial, pero de carácter irreductible. Combatió con la pluma todas las tiranías que Venezuela ha soportado últimamente, y en la de Gómez sufrió largo martirio. Como sus compañeros de prisión le aconsejaron que escribiera al Dictador, por ver de conseguir la excarcelación, les dijo con estoica entereza: «¡No me pidan que cometa una indignidad! ¡Quiero morir tranquilo!» Y murió de una hemoptisis violenta; su cadáver, ensangrentado y mal

EDUARDO CARREÑO

envuelto en un saco de harina, se lo entregaron en el Hospital Vargas a su esposa y a sus hijos, a quienes les costó mucho trabajo reconocerlo.

Trágico destino el de Salvador Montes de Oca. Desde muy joven sintió desapoderada afición al sacerdocio; monseñor Aguedo Felipe Alvarado, a la sazón obispo de la Diócesis de Barquisimeto, lo llevó consigo a Roma para que perfeccionase los estudios teológicos. Ingresó en el Colegio Pío Latino y hubo de señalarse por su aplicación y por las atrayentes cualidades de su persona.

Grave enfermedad le obligó a restituirse a la patria antes de terminar su carrera. En los campos de Cubiro y de Sanare se le tiene a monseñor Montes de Oca por santo y se venera su memoria; fué allí donde recuperó la salud; a su celo religioso confió monseñor Alvarado la iglesia de Nuestra Señora de la Paz, en Barquisimeto, donde se le designó, hacia 1925, para profesor de Filosofía del Colegio Federal, en que prestó servicios de su importancia por la amplitud de su criterio y por el acopio de su ciencia. Años más tarde, el Congreso Nacional le dió el nombramiento de obispo de Valencia; por asuntos relativos al divorcio, contrarios a su credo, fué expulsado del país. Cubrió con mansedumbre franciscana la entereza de su carácter. No cejó nunca ante la injusticia y supo sobrellevar con decoro toda suerte de adversidades.

Camino del destierro, encerrado monseñor Montes de Oca en el camarote de un buque, se le anunció la llegada de un funcionario del gobierno; antes de recibir la visita, ocupó el único asiento disponible para obligarlo a permanecer de pie en su presencia.

—Monseñor —le dijo el delegado—, le ofrezco esta cartera que le envía el general Gómez para que pueda vivir holgadamente en el exilio.

—Señor —le contestó el prelado, revestido de dignidad:— Diga usted a su jefe que un príncipe de la Iglesia no debe ni puede aceptar limosna de sus perseguidores.

Por el crimen de haber brindado asilo a patriotas italianos

en la cartuja de Farneta, adonde le habían llevado las decepciones del mundo, las hordas nazis, sin conmiseración de ningún linaje, tras vejaciones y torturas, fusilaron a monseñor Montes de Oca, junto con otros diez monjes, el día 10 de septiembre de 1944, en Massa Apulia.

Si, al decir de Cecilio Acosta, el Cristianismo es grande porque es una preparación para la muerte, el obispo mártir estuvo siempre preparado para ella; y así, momentos antes de que lo fusilaran, con espíritu valiente y fortalecido por la fe, hubo de decirles a sus hermanos silenciosos de San Bruno:

—El fin de mis días está muy cerca. Ruego que informen a la autoridad eclesiástica que monseñor Montes de Oca, con ánimo sereno y contento, deja esta vida terrena para unirse a Dios.

Muerte ejemplar, tan ejemplar como lo fué su vida.

Después de fructuosas pesquisas, los restos de monseñor Montes de Oca fueron hallados en la población de Camaiore. Hoy los cobija el cielo de la patria que amó tanto.

En sus postrimerías, el general Juan Vicente Gómez visitó el Hospital Psiquiátrico, donde habían sido aleccionados los pacientes para que le dieran vivas al entrar. Cuando lo condujeron a la sala donde estaban los enajenados, encontró tres enfermos que no lo vitorearon. El director del asilo inquirió la causa de la actitud asumida, y ellos se lo explicaron con muy buenas razones:

—Es que nosotros no estamos locos.

Cuando supo en París Laureano Vallenilla Lanz, ministro de Venezuela en Francia, la noticia de la muerte del general Gómez, tuvo esta expresión admirable:

—¡Murió el Gran Loquero!

El pundonoroso general y doctor Luis Mata Illas, margari-teño de clara estirpe, era gobernador del Distrito Federal.

EDUARDO CARREÑO

Una noche estaba conversando con su novia en la casa del doctor Rafael Revenga, situada entre las esquinas de Sordo y Peláez. Se oyeron cerca unos disparos de revólver y fueron a participarle que había una trifulca en el Puente de Hierro.

Mata Illas, con la mayor presura, dirigióse a la botillería allí existente, donde Eustoquio Gómez, Isaías Nieto, Miltón Martínez y otros, completamente ebrios, habían promovido un escándalo; y trató por todos los amigables medios posibles de poner término a la follisca; pero alevosamente descargaron sus revólveres contra Mata Illas, quien recibió siete balazos en el tórax. Cuando lo estaba curando su condiscípulo y colega el doctor Luis Razetti, le dijo: «No hay nada que hacer: estoy muerto.» Y, efectivamente, murió a las pocas horas.

Tan pronto como tuvo noticia del suceso el presidente de la República, nombró gobernador al general Domingo Antonio Carvajal, quien, sin pérdida de tiempo, dió la orden a las autoridades para que persiguieran a Eustoquio Gómez y a sus cómplices, logrando éstas aprehenderlos en las cercanías de Charallave. A raíz del nombramiento, Carvajal murió a consecuencia de un síncope cardíaco.

Para sustituirlo en la Gobernación, designóse al doctor Angel Carnevali Monreal, quien sí permaneció en ejercicio de ella por cortos meses.

Con motivo de tales acontecimientos, la Musa popular puso en circulación esta copla:

*Mataron a Mata Illas
Y se murió Carvajal;
y tenemos en capilla
a Carnevali Monreal.*

No murió esa vez el gran escritor, sino años más tarde, después de sufrir grandes padecimientos en la Rotunda de Caracas.

En Eustoquio Gómez lo único excusable era su valor temerario:

Se hallaba por entonces en el desempeño de la Presidencia

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

del Estado Tachira; y como a un hijo suyo se le antojase estudiar Medicina, prevaleció de su poderosa influencia para que se abriese un curso extraordinario en la Universidad Central de Venezuela.

Con tal motivo Eustoquio Gómez fué a patentizarle su gratitud al doctor Plácido Daniel Rodríguez, rector a la sazón del Instituto, y el cual le manifestó su sentimiento de que el anfiteatro no estuviese provisto de suficiente número de cadáveres.

Don Eustoquio puso franciscanamente la mano en el hombro del rector, agregando:

—Despreocúpese, doctor; los cadáveres que necesite, yo se los puedo mandar de San Cristóbal.

Decisión salomónica.

Era Eustoquio Gómez presidente de Estado y nombró a un compadre suyo secretario de cierta Jefatura civil.

El jefe civil, después de hacer el elogio del recomendado, le manifestó que éste no sabía leer ni escribir, inconveniente que obvió don Eustoquio de la manera más sencilla; puso de jefe civil a su compadre, porque no sabía leer ni escribir, y al jefe civil de secretario, porque sí sabía.

En la casa de Eustoquio Gómez caía una gotera. Solicitó un albañil para que la cogiese. Hecho el trabajo, lo pagó en forma correcta.

Volvió a caer la misma gotera y volvió a llamar al mismo albañil; cogido que la hubo, la pagó de nuevo.

A la tercera la vencida. Volvió a caer la gotera; hizo que el hombre se subiese al tejado y cuando estaba en él, ordenó quitar la escalera y le dijo, amenazándole con el revólver:

—Usted no se baja de ahí hasta que llueva.

El general Eustoquio Gómez era presidente del Estado Lara. Con mucha frecuencia la Compañía del Alumbrado Eléctrico

dejaba a oscuras la ciudad de Barquisimeto. Eustoquio Gómez llamó al gerente de la Compañía para hacerle saber los perjuicios que el público estaba sufriendo con las constantes interrupciones y exigióle, a la vez, que tomase las medidas del caso para que en lo sucesivo no se repitieran tales trastornos.

Y a pesar de que la Empresa le garantizó que todo quedaría satisfactoriamente subsanado, continuaban sucediéndose las mismas irregularidades, hasta que un día Eustoquio Gómez hizo llamar a todos los chóferes de automóviles y camiones y les dió la orden terminante de que con los reflectores de sus vehículos alumbrasen la población. El nuevo sistema de alumbrado duró diez o quince días mientras se reparaba una dinamo. Al volver la luz, el presidente estatal congregó a los señores del volante para manifestarles que pasaran la cuenta a la Compañía por las noches en que prestaron sus servicios. Sin chistar, la Empresa en el acto sufragó la crecida suma que se le cobraba, y en cambio, nunca más volvió a sufrir entorpecimientos la planta eléctrica.

Una señora tenía preso a su marido en la cárcel de San Cristóbal; y fué a la casa de gobierno a hablar con Eustoquio Gómez, por ver de conseguir la libertad. Este hizo a la bella dama proposiciones indecorosas y ella, dignamente, las rechazó, indignada.

Eustoquio Gómez ordenó la libertad del preso; lo mandó a llamar, y le dijo:

—Tenéis una gran mujer como esposa.

Se ordenó en la época de Gómez la inspección de vehículos en las alcabalas de la República. Para lograr mayor facilidad en el tráfico, los coches del gobierno tenían en las placas el león rampante del escudo de Caracas.

Una vez iba en viaje a Maracay el general Eustoquio Gómez, a quien detuvo un policía, pretextando que no llevaba el escudo en la placa.

El conductor gritó asombrado:

—¡Carro del gobierno!

Sin embargo, el agente preguntó con voz autoritaria:

—¿Y en dónde está el leoncito?

—El leoncito lo llevo atrás —señalándolo con el dedo.

Y en profiriendo estas palabras el chófer, Eustoquio Gómez, iracundo, asomaba la cabeza por una de las ventanillas del automóvil.

Pedro María Morantes, quien popularizó el seudónimo de *Pío Gil*, fué un escritor mordaz, incisivo y brillante. Anatematizó con valentía los regimenes despóticos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, hijos del Táchira. ¿Qué mucho, por tanto, que fuese otro hijo de la misma heroica tierra quien volviese por los limpios fueros conculcados, para reivindicarla? Y así, la pluma en sus manos se trocó en cauterio y supo, además, en toda circunstancia ser adéspota, voz castiza equivalente a persona que no reconoce ni señor ni dueño.

Dejó libros de grande interés, que pintan a lo vivo aquellas etapas ominosas para Venezuela, como *El Cabito* (novela), *Cuatro años de mi cartera*, *Los felicitadores*, y tres panfletos intitulados *Personalismos* y *Verdades*, que exhiben simbólicamente los colores de la bandera nacional—amarillo, azul y rojo—. Del último de los publicados se hace esta transcripción, porque sabemos a ciencia cierta quién escribió la redondilla:

«Las maracas populares se encargan algunas veces de castigar a los que escapan de la acción de las leyes; y el pueblo de Venezuela canta hoy esta copla:

*Coincidencia bien honda
que no es un grano de anís:
llega Corao a París
y se pierde la Gioconda”.*

La Tocanalgina fué un antídoto, anunciado a son de bombo y platillos, contra los dolores del parto, y el cual resultó inefi-

caz a la postre. La mano anónima que trazó el anterior epigrama, es la misma que trazó también el siguiente:

*Una muchacha ladina,
le decía a Paco Bocca:
—A mí ninguno me toca:
¡Ni con la Tocanalgina!*

Maximiliano Lores era proceroso de estatura; aparentemente grave, aunque en el fondo se le transparentaba un espíritu risueño. Fundó, junto con el inolvidable caricaturista Luis Muñoz Tébar, *La linterna Mágica*, periódico de gran popularidad, y en el que sacó a relucir las figuras jacarandosas de *Tirabeque* y *Pelegrín*. Al propio Cipriano Castro, que se permitía el lujo de César, la calvez, le tomó el pelo. El Déspota, montado en cólera, dispuso que el festivo diarista fuese a dar con sus huesos en el Castillo de San Carlos.

Una ocasión hallábase Lores sentado a la mesa de una botillería ante una copa, completamente solo.

Se acercó el importuno que nunca falta:

—Compinche, ¿va para «bajo»?

—No; para «violín».

Tiene la parroquia de San Juan fama de ser la más hampesca de Caracas. Una noche hallábase Maximiliano Lores en cierta botillería. Llegó a molestarle uno de tantos perdonavidas como por ahí merodeaban; y entonces el veterano periodista, imperturbable, sacó del bolsillo una lanza y la esgrimió, a guisa de mondadientes.

Carmelo Arias Sandoval, especializado en escribir proclamas de guerra, pertenecía al Gran Partido Liberal Amarillo y era periodista militante. En cambio, Rafael Arévalo González, también periodista de combate, figuraba en las filas contrarias.

Alguien llamó la atención del primero:

—Ten mucho cuidado con Arévalo González; es un hombre feroz; un godo de uña en el rabo y muy capaz de comerse hasta los niños crudos.

A lo que contestó Arias Sandoval:

—¡Y tan tranquilo que pasaba yo a su lado!

Hombre de buen humor, Arias Sandoval hallábase con varios amigos departiendo amablemente en una botillería.

De pronto se presentó un sujeto con una factura para que la cancelase.

—En este país, sobre todo en Caracas, no se puede vivir, exclamó indignado.

—¿Por qué?—le preguntó un amigo.

—Porque hasta los cobradores andan sueltos.

Era tan anónimo el sujeto que cuando murió fué menester inventarle un patronímico.

Aficionado al licor, vivió en una sola curda. Murió cuando la peste española puso desolación y pánico en Caracas. Moraba en un sitio denominado la Roca Tarpeya, no muy distante del Cementerio.

Desempeñaba la Prefectura del Distrito Federal, Lorenzo R. Carvalho; y cuando le presentaron la lista de defunciones, no hubo persona que atinase con el nombre del pobre diablo.

Entonces el Prefecto resolvió bautizarlo con el nombre de Ramón Buenacopa.

Miguel Leicibabaza tenía un establecimiento de víveres en la esquina de San Francisco, llamado «La Competidora». En la entrada principal había hecho colocar un letrero que decía:

*Vayan entrando,
vayan comprando,
vayan pagando,
vayan saliendo.*

Parroquiano suyo era el doctor Agustín Carrillo. Después que se desocupaba en los Tribunales, iba por las mañanas a tomar ahí el aperitivo. Cierta vez fué acompañado de un perro, el cual tuvo el capricho de mordiscar un jamón de Westfalia.

Llamó Leicibabaza a su cliente para hacerle una pregunta:

—Dígame una cosa, doctor. Si un animal tiene su dueño y hace un daño, ¿a quién corresponde resarcirlo?

—Al dueño, por de contado.

—Pues usted me debe la suma de veinte bolívars, por el perjuicio que me ocasionó su perro.

Se la pagó en el acto.

Al día siguiente le pasó el recibo en esta forma:

El señor Miguel Leicibabaza debe al doctor Agustín Carrillo la cantidad de quinientos bolívars por una consulta jurídica evacuada fuera de su escritorio.

Y sin más apelación, tuvo que abonarla.

Leonte Olivo, tan buen poeta como buen hombre, era el anfitrión. Venía del interior de la República, donde estaba en el ejercicio de la Secretaría privada de un presidente de Estado. El poeta y escritor Jacinto Fombona-Pachano se contaba entre los del grupo, y como se pusiese a vociferar del Gobierno, alguien le advirtió:

*Jacinto: no seas así.
No te pongas agresivo,
pues si se va Leonte Olivo,
no beberemos aquí.*

En otra reunión de poetas se discutía sobre la frase pleonástica: bajar para abajo y subir para arriba. Uno de ellos recitó la siguiente redondilla:

*Lleva el cohete la caña
en su espléndida partida:
cuando sube, para abajo;
cuando baja, para arriba.*

Entre varios hombres de pluma se hallaba el periodista Marco Aurelio Rodríguez. Uno del gremio, escritor prolijo, de pésima educación además, dió con el codo a cierta dama, la cual exclamó en tono enfadado:

—¡Qué hombre tan bruto!

A lo que objetó Rodríguez:

—Señora: ¡Y eso que usted no lo ha leído!

En una de nuestras guerras civiles, iba el general Abelardo Gorrochoteguí huyendo por los Llanos, jinete en una mula.

Estaba padeciendo sed, bajo un sol urente. Encontró en su camino un pozo de aguas sucias y nada provocativas. Se desmontó y aplicó los labios sitibundos a las aguas del pozo.

Ya satisfecha su sed, llevó la mula de las riendas a beber en el pozo. El animal relinchó, tirándose de espaldas. Entonces el poeta, en tono dulce y amable, dijo a la mula:

—Espérate un momento, que voy ahora mismo a «La Glaciere» de Carlos Zuloaga, para traerte un vaso de agua filtrada y helada.

El Universal abrió un concurso para galardonar el mejor soneto, por votación popular, sobre el abrazo de Bolívar y Morillo en Santa Ana, con motivo de celebrarse el primer centenario de nuestra Independencia, el 5 de julio de 1911.

En la suma de doscientos bolívares consistía el premio y, además, en la inscripción del soneto en una lápida de mármol en el monumento que vino de España y que no llegó a erigirse por juzgarlo Venezuela deprimente para el mayor de sus hijos.

Acordaron sus liras los poetas y entre ellos acordó también la suya Carlos L. Marín, quien era entonces empleado de confianza del Club Concordia. Tomó a empeño que los miembros lo favoreciesen con sus firmas y se presentaba ante cada uno

EDUARDO CARREÑO

de ellos provisto de un cupón y de una pluma «Watermann». No había posible escapatoria.

Llegó la lírica estratagema a conocimiento de Alejandro Carías, rival de Marín y futuro ganador del premio, y escribió anónimamente en *Sagitario* un suelto donde aseguraba que no era juicioso suponer en Marín aspiraciones a gloria y a renombre, ya que los suyos eran amplios desde tiempo atrás, según lo atestiguan los versitos cuyo recuerdo nos acompaña desde los días infantiles:

*Tin, Marín,
de dos parihuelas.
Cúcara, mácara,
titere fué...*

Alberto Adriani, cuando vino por primera vez a Caracas, fué funcionario del Departamento de Relaciones Exteriores. Era ministro el doctor Esteban Gil Borges.

Este, en una ocasión, visitó la oficina donde Adriani trabajaba y halló en su escritorio *El arte de amar*, de Ovidio.

Gil Borges dijo entonces:

—Este joven, hasta las inmoralidades que lee son clásicas.

El notable pintor Federico Brandt, por su ascendencia alemana, tenía tipo de extranjero.

Una vez estaba pintando un lienzo en la Catedral de Caracas, y se le acercó un cura para decirle:

—¡Qué bello! ¡Qué bien va todo lo que está pintando! ¿Usted es extranjero?

—No; soy venezolano.

—Entonces el cura, despectivamente, le volvió la espalda.

Cuando el doctor Pedro Itriago Chacín desempeñaba el Ministerio de Relaciones Exteriores, un funcionario le presentó su dimisión, y éste limitóse a proferir la siguiente frase:

—Si renuncia no hace falta, y si se queda no estorba.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

En un grupo de escritores se hablaba, con justiciero elogio, de la familia Calcaño: del numen poético de don José Antonio; de la elocuencia de don Eduardo; de la perspicacia crítica de don Julio.

Alguien exclamó:

—Por algo dijeron los contemporáneos suyos que la casa de los Calcaños era un nido de ruiseñores.

A lo cual objetó el poeta y periodista Pedro Sotillo:

—¿Quién ha visto ruiseñores con espuelas?

Uno de tantos majaderos como abundan fué en casa de Ramón Hurtado con unos originales para que los leyera e hiciese las observaciones del caso.

Volvió a los pocos días el interesado y consultó el parecer del autor de *Cofias, Nieblas y Molinos*:

—¿Cómo halló mi trabajo?

—Con toda franqueza: en mi humilde opinión, tiene que volver a escribirlo.

—Cree usted entonces...

—Sí; creo que es necesario agregarle a su artículo unas comas y unos puntos y además, unos puntos y comas, porque lo que usted escribió es una música desordenada: los puntos y las comas son los directores de orquesta del lenguaje.

Entre hombres de pluma.

Ramón Hurtado, elegante prosador, jamás rindió tributo al ritmo ni a la rima; y, sin embargo, exigió a un poeta que le diese un consonante de nácar.

Obtuvo la contestación en seguida:

¿Un consonante de nácar?

¡Pues si se encuentra en la calle!

Vamos, Ramón, por un "Páckar"

y nos iremos a El Valle.

Nacido en hogar eminentemente católico, donde hubo dos hermanos que dieron su consagración al culto. Luis Lovera Castro, el hombre de las tres pes—pobre, poeta y pedagogo, según su calificación—, señalóse por su pesimismo exacerbado. Alguna vez trató de hacer el ensayo de la sonrisa para suavizar asperezas, pero se frustró el designio, porque la vida se le impuso de modo fatal. En uno de sus artículos escribió que si pudiéramos descubrir a los auténticos pesimistas, tal vez nos inspirarían sincera compasión, no porque ellos vean en los nimios pormenores cotidianos una constante asechanza de los hombres y de las cosas, sino porque deben carecer del valor necesario para desafiar el misterio de la muerte.

«Filosofar —decía Montaigne— es aprender a morir», y a fe que nuestro compatriota siguió a la letra el trascendental afiorismo.

Sobre el problema genésico de la creación tuvo ideas originales, hasta llegar a la conclusión definitiva de que el mundo es «un error de la nada». Jacinto Benavente consignó a este propósito: «Para los buenos cristianos, que creen en la bondad de Dios y en la maldad del mundo, el Supremo Hacedor es el autor aplaudido de una obra silbada»; Lovera Castro, quizá provisto de mayor tolerancia, apuntó: «No hay que criticar a Dios que haya hecho el mundo tan malo, porque es la obra de un principiante; otro día lo hará mejor». Fué más lejos Núñez de Cáceres: «Es probable que el mundo por ser tan malo no se acabe».

En una de sus admirables paradojas, a don Miguel de Unamuno se le ocurrió pensar si eso que llamamos humorismo no estaría mucho mejor llamado malhumorismo, y los humoristas malhumoristas.

Y sin ponerse a dilucidar qué sea el humor, paró mientes en el origen fisiológico del vocablo. «Sabido es lo que llamamos humor del cuerpo —anotó Unamuno—. Y el humor, en efecto, me parece que casi siempre es de origen no ya fisiológico, sino patológico. El humor suele ser un malhumor, engendrado tal vez por la dispepsia. El humor suele ser hijo del «spleen» o murría,

y la murria proviene de que se hacen mal las digestiones o de otro motivo análogo.»

Lo cual, según propia confesión, no lo dijo el docto profesor salmanticense, por denigrar ni rebajar el humor y el humorismo, sino para exaltarlo. El enfermo, si está en estado de euforia, es quien puede apreciar mejor que otro alguno el verdadero valor de la vida. El hombre sano vive en perpetua ilusión y en perpetuo engaño, sin pensar en la realidad ineludible de la muerte, mientras que el enfermo la tiene de continuo muy en cuenta y está, por lo tanto, en la casi posesión de la clave del eterno enigma.

Lovera Castro fué singular humorista y poseyó ingenio zahorí. No le gustaba parecerse a nadie ni que nadie se le pareciese; tampoco alardeó de ser original; limitóse a imprimir el sello de su personalidad inconfundible a todas sus actuaciones. A pesar de su aspecto hosco y hurafío, en el hondón de su alma supo conservar avasalladora modestia, como el mejor paludamento. Amigo del can vagabundo y famélico, muchas veces con él anduvo por los barrios silenciosos de la ciudad, al cobijo de las sombras nocturnas. Escribió *La Escuela de la Sonrisa*, cátedra para espíritus pirronianos, y *Prosillas*, pensamientos filosóficos. Ambos libros están inéditos aún. Dejó también composiciones poéticas en corto número, pero apreciables por la forma y por el contenido.

La dedicación de Lovera Castro a la enseñanza fué proficua. Profesor de amplio criterio, jamás trató de imponer el suyo a sus discípulos, con lo cual queda anotado que practicó la tolerancia, la más excelsa virtud intelectual. Asimismo practicó la pobreza, al modo franciscano. Pobreza y tolerancia fueron normas de su vida.

Innúmeras son las anécdotas que a él se achacan; algunas harto escabrosas. En vista de que sus males no tenían curación, pues la tisis laríngea lo estaba asfixiando, citó a Francisco Pimentel (*Job Pim*), el único humorista contemporáneo que podía comprenderlo, para que le escribiese la necrología; porque después de muerto, mal podría leerla, como hubo de manifestarle. Accedió el poeta de buen grado y compuso, lleno de melancólica gracia, el siguiente

EPITAFIO ANTE-MORTEM

A ti, filósofo sincero,
 que estás en el periodo tercero
 de la tuberculosis pulmonar;
 a ti, humorista del talento,
 que te vas a morir sin un lamento,
 como vivir supiste sin llorar;
 yo que he sabido comprenderte,
 un epitafio a tu cercana muerte
 —en vida aún— te quiero dedicar.

Doctor en sonrisas y vicios,
 siempre a horcajadas sobre los prejuicios
 te vi serenamente cabalgar;
 risueña fué tu teología,
 y sin duda el Benigno sonreía
 con tu exégesis simple y singular:
 en tu festivo satanismo,
 creiste a veces ser el Diablo mismo,
 demonio disfrazado de juglar.

De tu faunesca faz rapada,
 tu ronca voz, tu irónica mirada,
 sólo un recuerdo tabernario hay ya:
 con paradojas y utopías,
 el "amargo" en champaña convertías,
 renovando el prodigio de Caná.

Morirás pronto, lo presiento,
 sin que parezca un acontecimiento:
 alguna croniquilla, alguna flor...
 ¿Quién sabe de la golondrina
 a la que el cable eléctrico extermina
 cuando su trino acaso era el mejor?

Antes que se apague tu vista,
 publico, hermano grave y humorista,
 este epitafio: sé tú mismo, juez,
 pues quiero que sepas en vida
 que habrá cuando tu alma se despidga
 otro juglar que llorará tal vez.

Como fuera de su talento, don Luis no tenía ninguna propiedad que fuese legable, ya a punto de ganar el pórtico de la eternidad, llamó al hermano más querido, y con elación digna de un estoico griego, dictóle el poema que se transcribe y que es como el testamento literario suyo.

Tiene por título:

A MI CASTORRO

*Viejo castorro que has sido
fíel amparo de mi testa,
jamás rendiste protesta
de respeto fementido.*

*Fuiste simbolo procero
de gentileza cordial.
Nunca en saludo venal
comprometiste el esmero.*

*Y no faltará quien ría
de lo mezquino del tema;
mas, no es la risa un problema
de fosca filosofía.*

*Viejo castorro que fuiste
de tanto ensueño testigo,
te dice ¡adiós!, franco amigo,
la testa que tú cubriste.*

*No terminará tu suerte
en manos de un pordiosero.
¡Al fuego lo que es sincero,
y lo que es triste a la muerte!*

Desempeñaba Laureano Vallenilla Lanz una de las Superintendencias en el Ministerio de Instrucción Pública, y cuando llamó a Luis Lovera Castro para notificarle que le habían subido el sueldo que devengaba, le dió esta respuesta:

—Con la modesta suma que gano estoy más que satisfecho; además, si me la aumentan, se corre el peligro de que me convierta en avaro.

He aquí la opinión de Lovera Castro sobre el general Gómez: «Dados su inmenso poder y su terrible irresponsabilidad, debemos agradecer que no sea más malo.»

Cierto amigo de Lovera Castro, le manifestó con pesadumbre que tenía cinco hermanas mayores a punto de quedar solteras. Le dijo el poeta para consolarlo:
—Despreocúpese, mi amigo. ¡Hay hombres para todo!

Lovera Castro había sido profesor de primeras letras de José Vicente Gómez, quien desempeñaba entonces la Vicepresidencia de la República.

Hallábase rodeado de buen número de edecanes y aduladores, cuando compareció su antiguo maestro.

—Este hombre vale mucho —dijo. ¿No es verdad que fué usted quien me enseñó que dos y dos son cuatro?

—General: Si usted no dispone otra cosa.

El notable poeta Juan Santaella tenía un hermano, de nombre Manuel, que era barítono de zarzuela.

Una vez se encontraron Santaella y Lovera Castro. El primero le hizo esta pregunta a quemarropa:

—Don Luis, ¿cómo está su hermano el cura?

—Muy bien, don Juan. Muchas gracias. Y usted, ¿qué me cuenta de su hermano el farsante?

Cuando Rafael Michelena Fortoul estaba haciendo sus pinitos poéticos, se acercó a Lovera Castro para leerle una de las composiciones que había escrito.

Lovera Castro dijo al poeta, poniéndole cariñosamente la mano en el hombro:

—Muy bellos sus versos, joven: lo espero en el hospital.

Entonces al policía de punto se le Hamaba el Rey del Barrio. Hallábase uno de éstos al parecer embebido en la lectura de *El Universal*, sin darse cuenta de un pormenor insignificante: el de que como no sabía leer, estaba leyendo el periódico al revés. Lovera Castro, consecuente con su profesión pedagógica, se acercó amable y tímidamente al temible lector para hacerle esta advertencia:

—Señor gendarme, con la venia de estilo, me tomo la libertad de observarle que tiene usted el periódico al revés. Acaso le sea incómodo leer así, por lo cual me permito sugerirle una ligera enderezada; de ese modo el título quedaría hacia la parte superior y el resto hacia la parte posterior y a usted le sería mucho más fácil continuar así la lectura.

El policía se quedó mirando al filósofo de pies a cabeza para devolverle la lección con esta otra, de sentido más profundo:

—Siga su camino y no me moleste más. La autoridad lee como le da la gana.

Como de costumbre, Luis Lovera Castro hallábase sin un céntimo, y con unas ganas locas de ir al teatro. Esa noche se representaba *Aida*, una de sus óperas predilectas. ¿Cómo hacer? Se le ocurrió una idea luminosa: venderle un soneto a *El Nuevo Diario*. Tenía por título *Intermezzo* y era, según se dice en jerga periodística, un «refrito».

Se acercó, sombrero en mano, porque don Luis llevaba su ironía hasta la más extremada civilidad, y con toda modestia insinuó, a quien este pasavolante escribe, que hablara con don Lau-

reano, a fin de que le pagasen en la Administración del periódico el consabido soneto, a lo cual se accedió de buen grado. Bien es cierto que la suma era irrisoria.

Don Luis, destacándose de nuevo, con su voz gangosa:

—Mi amigo; si grande es mi gratitud para con usted, mayor es para con don Laureano, quien padecía de un mal en la columna: —Dígale que Dios se lo pague y que me lo enderece.

A pesar de su modestia innata, Luis Lovera Castro tuvo perfecta noción del propio valimiento.

Cierta vez entró en una botillería, como era su costumbre, y un individuo impertinente, al advertir la presencia del filósofo, dijo esta frase cursi:

—Cada mochuelo a su olivo.

El poeta se lo quedó mirando de pies a cabeza, para devolverle la expresión vulgar en esta forma:

—Cada águila a su cumbre.

Sentados se hallaban Luis Lovera Castro y un amigo suyo, en torno de una mesa de café, con sus respectivos vasos de cerveza.

Cayó una mosca en el de don Luis, quien parsimoniosamente la sacó, e hizo la reflexión filosófica:

—Lo que estará pensando esa mosca: ¡Qué hombre tan bueno y tan caritativo; a él le debo la vida! Sin saber que la saqué del vaso para evitarme el disgusto de tomar cerveza con mosca. No hay moral sin interés, añadió el poeta.

Molestias del trato humano tiene por título un volumen ascético, donde el padre Juan Chrisóstomo de Oloriz, su autor, nos enseña cómo puede esquivarse a los importunos que nos atosigan por todas partes, con el cúmulo de sus sandeces, constituyendo positivo azote.

Además de cosas de trascendente filosofía, relata Oloriz una anécdota del gran fabulista griego, que tiene semejanza con otra de Lovera Castro. Se hallaba éste una noche en los contornos de la Plaza Bolívar. Alguien se acercó para molestarlo y a la pregunta indefectible:

—¿Cómo está, don Luis?

Contestó con filosófico desparpajo:

—Aquí mi buen amigo, gozando del inmenso placer de estar solo.

Pues bien, Esopo fué más allá. Encontrábase a solas en su retiro. Entró a visitarle uno de tantos necios y el saludo fué el siguiente:

—No sé cómo podéis vivir tan solo.

A lo que respondió el fabulista:

—Os aseguro que he empezado a estar más solo desde que habéis entrado.

Pluma anónima, si bien maestra, trazó de este modo el perfil del notable poeta Alfredo Arvelo Larriva, quien nació el año de 1883 en la población de Barinitas.

«Es ese hombre alto y fuerte, de líneas de buho en la faz, con algo de sacerdotal en el gesto y mucho de diabólico en la sonrisa, y de ojos donde chispea con todos los soles y las sales verde-azuladas de las aguas profundas, a través de los espejuelos poderosos, un alma poderosa, violenta y violentada, que le agita toda la armadura muscular de la carne y toda la recia musculatura espiritual y que es como esas grandes moles que se agrupan en una convulsión ruda y pétrea sobre la torrentera, al borde del sendero, o ladera abajo, para apresar la noche en un repliegue sombrío de piedra o el sol en la arista que corta el aire helado de las cumbres...

Es así el poeta: como una roca de basalto, que evoca los pavones del acero, las pulituras del ébano, el «reflejo negro» de las noches de estío; pero sola, aislada, inquietante; recia contra la naturaleza, contra los hombres, contra Dios, en un paraje maldito por donde pasan, graznando, aterradas, las aves del cielo, las malas aves, los pájaros ominosos que las gentes vistie-

ron con fatídico ropaje para la chatura supersticiosa de sus aleros y que sólo conocen los pequeños misterios e ignoran esos mensajes que la sombra envía a los hombres bajo la pluma negra y lisa y afilada».

Poeta de levantado estro, servido por admirable sutileza, lo derrochó a raudales. Muchas veces lo malversó en retruécanos y equivoquillos de dudoso gusto, caros a Baltasar Gracián, que tanto los prodigó en el prodigio de sus obras. Supo Arvelo Larriva esgrimir «el puñal con gracia». Publicó un tomo de poesías, con el título de *Sones y Canciones* y un folleto, *La Encrucijada, Secuencias de otro Evangelio y Salmo a los brazos de Carmen*, amén de muchos hermosos poemas que andan por ahí dispersos en periódicos y revistas nacionales y extranjeros. En un soneto suyo, *Música híbrida*, se halla este alarde onomatopéyico:

*Y cuando suena suave su musical exordio
la floja flauta flébil en la fluvia floresta,
agrega el agrio grillo su agreste monocordio...*

Si, como dijo un filósofo, el poeta se conoce por esta señal: anuncia lo que nadie había profetizado antes, Arvelo Larriva auguró en sus años de juventud la tragedia que le esperaba:

*Los ensueños de mi mente,
las visiones de mi fe,
Se mustiaron tristemente
deshojados por un trágico Ananké.*

Su vida atormentada y turbulenta discurrió entre largos cautiverios y doloroso exilio. Murió en Madrid el año 1934. La repatriación de los restos de Arvelo Larriva se efectuó en octubre de 1949 y hubo de constituir un acto imponente.

Por una fatalidad del destino, estaba el poeta preso en la cárcel de Ciudad Bolívar. Las pasiones se arremolinaban en torno de su nombre, y el juicio que se seguía sollvantaba los ánimos hasta el delirio. Para mayor desgracia de Arvelo Larriva, el juez

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

de su causa era un hombre de escasas dotes morales. Y el poeta, que veía su suerte insegura en aquellas manos, hubo de vengarse por anticipado con la siguiente redondilla:

*Viejo rufián y soez
a quien las deudas oprimen,
éste no es un juez del crimen:
¡es el crimen hecho juez!*

Enfermó encontrándose también preso en la ya desaparecida Rotunda caraqueña, y llamó a un médico, amigo suyo, para que lo recetase.

Tenía el joven galeno sus puntos y ribetes de poeta. Advirtió en él Arvelo Larriva la intención de leerle unos originales y lo atajó al punto:

—Doctor: Si me recita, lo receto.

Cierto joven muy pedante se acercó a Arvelo Larriva para que le diese un consejo.

—Quiero escribir un libro acerca de un escritor a quien ninguno conozca.

Con desdén le contestó el poeta:

—Lo mejor es que escriba usted uno sobre usted mismo.

Existe en el balneario de Macuto un añoso uvero, que el general Gómez salvó de la tala.

Cuando llegó a Venezuela el notable poeta José Santos Chocano, hizo Gómez que cantara al uvero y lo recompensó con largueza.

Impuesto de lo cual Juan Bautista Arechederra, hombre listo si los hubo, no quiso quedarse a la zaga y cantó asimismo al uvero.

EDUARDO CARREÑO

Fué entonces cuando Arvelo Larriva escribió el siguiente epigrama:

*Arechederra y Chocano
se enfrentan en lid homérica:
el sable venezolano
y el gran machete de América.*

Dicaces los dos, Vallenilla Lanz y Arvelo Larriva, no se quedaban a deber nada. Era ostensible su enemistad, la cual se traducía en sangrientos epigramas. Arvelo habló de «los rencores rencoros» de Vallenilla.

Era conocido la dolencia que por muchos años aquejó al eminente escritor venezolano, lo cual dió pie al poeta para esta emponzoñada jabalina:

*Cuando Laureano se muera,
todo el que le conoció,
dirá con voz lastimera:
—¡El pobre ya se estiró!*

Y agregaba a modo de estribillo:

*Lo mismo también dirá
aquel que vaya al entierro
del cojito Tagliaferro;
si es que va...*

Se refería el poeta mordaz al doctor José Antonio Tagliaferro, a quien una lujación en la cadera hacía cojear de modo manifiesto.

Cuando la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Española, designó a don Laureano Vallenilla Lanz

VIDA ANECDÓTICA DE VENEZOLANOS

para ocupar uno de sus sillones, dejó Arvelo Larriva sobre el escritorio del historiador las siguientes redondillas:

*La Academia de la Lengua,
cuyo prestigio no mengua
le ha obsequiado a Vallenilla,
gran escritor, una silla.*

*Con ello que no lo premia,
y es ella quien ganará,
pues Vallenilla será
la lengua de la Academia.*

Estaba el poeta Alfredo Arvelo Larriva *Sub judice*. Intimó con el coronel Marcial Padrón, alcaide de la cárcel pública y de quien era secretario, hasta el punto de obtener permiso para salir de noche. Por el doctor Bello se hacía pasar y andaba, como anduvo toda la vida, vestido de negro.

A pesar de que Arvelo Larriva era abstemio, hallábase esa vez en una famosa botillería caraqueña, a la cual Laureano Vallenilla Lanz solía ir con alguna frecuencia.

Un joven del interior de la República se acercó para inquirir con demostraciones de admiración profunda:

—¿Es usted el doctor Arvelo Larriva?

—No; soy simplemente Arvelo Larriva, sin doctor ni título que lo justifique.

Objetó Vallenilla Lanz:

—El no es doctor; es licenciado...

En cierta oportunidad una señora manifestaba su caluroso entusiasmo a Arvelo Larriva, por la intervención directa de la mujer en la política de Venezuela.

Se la quedó mirando fija e irónicamente el poeta para objetarle:

EDUARDO CARREÑO

—Me alegro mucho, porque tendremos de ese modo más mujeres públicas.

El ingenio buído y chispeante de Arvelo Larriva, el absoluto dominio del idioma y la intención malévola, coadyuvaron a que fuese un temido cultor del epigrama. Algunos de los publicados aparecieron con distintos seudónimos; pero es fácil adivinar la paternidad, porque el estilo es delator e infundible.

Con el seudónimo de *E. Lenlut* publicó los *Breves decires*, que a continuación se insertan:

PUERILIDADES

Crepúsculo matinal.
Zarca, la niñez del cielo.
Rubia, la infancia solar.

TEDIO CASERO

El Avila. En pardas nubes
embózase. Carlos Quinto
vistió de sayal en Yuste.

EN LA PLAZA BOLIVAR

Parece que hay muchos hombres
de casimir y de «palm-beach».
Hay uno solo, de bronce.

EL SAGITARIO

¡Centellas en los carcajes,
y carcajes para el arco
de Juan Vicente González!

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

ATICISMO

*Noble música en la prosa.
Noble luz en las ideas.
Galas de Cecilio Acosta.*

MAESTRO

*¡Donoso y gentil anciano!
Era poco el ser ilustre,
y fué don Julio Calcaño.*

DOCTOR AL...

*Varado en sedentarismo
de Academias, ya el filósofo
no se va por los caminos.*

«EN ESTE PAIS»

*El tiene «el mejor disfraz»:
«Orvejón» de «los abuelos»
nos da belleza y verdad.*

DESTERRADO EN ATENAS

*Aquí padece ostracismo,
por delito de Eironeia,
este griego Pedro-Emilio.*

PAISAJE LLANERO

*En el vesperal zafir
blancor de garzas. Palmeras
lloran por Lazo Martí.*

JACINTO FOMBONA PACHANO

¡Nombre cabal de poeta!
 Flor de jardín. Buena fuente.
 Rica y sonora moneda.

Francisco Pimentel, quien popularizó el seudónimo de *Job Pim*, fué uno de los humoristas de mayor gracia y finura que ha tenido Venezuela.

Con el título de *Eminencias Rurales* publicó *El Galeno*, *El Cura*, *El Cacique*, *El Albéitar* y *El Boticario*, sonetos con que se inició en la vida literaria y que si no descuellan todos ellos por el primor de la factura, fueron parte a poner de relieve la nota humorística, única entonces en nuestro Parnaso, pues si bien tuvimos poetas dueños de la sátira, faltábanos uno que poseyese con preclaro señorío el donaire, para echarlo a volar como abeja zumbadora que hasta en el aguijón lleva la miel y que al sol reluce, a guisa de minúsculo dardo de oro.

Desde su iniciación en el cultivo de las letras, Pimentel tuvo personalidad propia, la cual prestóle el sello inconfundible con que hubo de refrendar cuanto le salió de la pluma, ágil y disertar. Suyos fueron el remoquete airoso, la grácil ironía, el desenfado noble. El supo sazonar con auténticas sales áticas el desabrimiento de nuestros periódicos, amordazados entonces; y era de ver cómo sin atribuir a sus obras la mínima importancia, burla burlando, pergeñó gacetillas intencionadas, jugó del vocablo sin abuso, haciendo que a poco, libres de acrimonia, sonriésemos; porque fué amable y no agresivo su ingenio y porque la exquisita finura espiritual le vino por herencia, como de quien nació en hidalga cuna.

Sé ha dicho que cuando la risa no denota idiotéz radical, señala desdén y que el gozo profundo más suele llorar que reír. En su ensayo sobre *La Risa*, el filósofo Bergson consignó: «todo humorista es un moralista que se oculta bajo el disfraz del sabio, algo así como un anatomista que realizara disecciones sola-

mente con el fin de aprovechar nuestra repugnancia hacia algo, mientras que el humor, en el exacto sentido de la palabra, es una verdadera trasposición de lo moral a lo científico». El insuperable maestro Rabelais fué quien proclamó «Reid, reid, porque la risa es propia del hombre»; y Eça de Queirós atribuyó la decadencia de la risa a exceso de civilización, la cual trajo aparejada la tristeza. De resucitar en los tiempos que alcanzamos —asegura el gran novelista portugués—, es seguro que el autor de *Gargantúa*, modificaría su frase de esta suerte: «Llorar es propio del hombre»; porque la risa pura y franca de su época no le encontraría en rostro alguno. «Nosotros, en efecto —añade—, hijos de este siglo serio, perdimos el don divino de la risa. ¡Ya nadie ríe! Ya casi nadie sonríe.»

A que el nombre de Francisco Pimentel se dilatase famoso más allá de las patrias lindes, contribuyeron por modo eficaz los *Pitorreos*, estrofas al desgaire, las más de las veces acerca de asuntos al parecer frívolos, pero de filosófica hondura en el fondo, compuestas con insita gracia y personal estilo. Después sacó a luz un tomo de *Pitorreos* («Recopilación de Crónicas rimadas y hebdomadarias publicadas en esta sabrosa Villa de Santiago de León de Caracas»). Lleva un prólogo magistral de Jesús Semprum. Siguiéron *Sal de Pim*, con la advertencia de que se desconfiase de las imitaciones, y *Desde mi Periscopio*, que contiene las fábulas de Florián y las suyas propias. Publicó también la *Enciclopedia Espesa*, recopilación de las voces más usuales del «argot» venezolano. Y no llegó a recoger en volumen *Jabón de Castilla*, una de sus producciones más regocijadas. Ultimamente publicó *Graves y Agudos*. El poema *La Bordadora*, lleno de filial ternura, basta por sí sólo para consagrar a Pimentel como poeta emotivo de gallarda inspiración. Y así como éste, otros poemas hay, escritos en la demolida Rotunda caraqueña, bajo el signo trágico del terror, con el mismo elevado tono. A ellos pertenece:

HIERRO DULCE

*Amo los pesados grillos
que me dieron por tormento:
son recios como mi aliento,
como mis versos, sencillos.*

*Bendigo el yugo que es
castigo de un gesto bello:
antes que sufrirlo al cuello
quiero llevarlo en los pies,*

*Y bendita la crueldad
que me da, a más del encierro,
por cada libra de hierro,
un quintal de dignidad.*

*Que hoy en nuestro patrio lar
cadenas y grillos son
el máspreciado blasón
que puede un libre ostentar.*

*Por estos hierros, mi historia
cobra relieve imprevisto:
son como la cruz de Cristo,
suplicio y ejecutoria.*

*Y si su acción permanente
callos formó en mis tobillos,
tengo, gracias a mis grillos,
limpia de callos la frente.*

*Mis grillos son mi tesoro,
pues realizan a mi vista
la ilusión del alquimista:
el hierro trocado en oro.*

*Y con amarlos me vengo
del mal que se me procura:
¡me los dieron por tortura
y yo por gloria los tengo!*

Supo hermanar Francisco Pimentel la gravedad de la vida con el acicate de la agudeza y suavizar la agudeza del dolor

con la levedad de la sonrisa. Agudo y grave. Eso fué siempre en el mundo ilusorio y lo sigue siendo, más allá de la muerte, porque su obra perdura y con ella su recuerdo, ilustre y grato.

En una clase de historia sagrada, de que era alumno Francisco Pimentel, se refería el maestro al gran legislador de los hebreos, a la matanza de los hijos varones de los judíos por orden del faraón y de cómo una mujer de la tribu de Leví había salvado a un hijo suyo arrojándolo al Nilo en una cesta de mimbre.

Pimentel, que prestaba poca atención al relato bíblico, fué al punto interrogado:

—Dígame, Pimentel, ¿de quién era hijo Moisés?

—De la hija de faraón.

—No —corrigió el profesor—. La hija de faraón lo encontró y lo salvó de las aguas.

Y Pimentel replicó en seguida:

—Eso diría ella a su papá.

Antonio José Calcaño Herrera, el fundador de *El Herald*o, de Caracas, supo, a fuer de buen amigo y buen poeta, extremar su generosidad y su hidalguía. *Job Pim* se contaba en el número de sus más eficaces colaboradores. Una vez le exigió la módica suma de doscientos bolívares para pasar breve temporada en Macuto. El amable director accedió de buen grado.

Ya listo el equipaje, fuése al balneario pintoresco, donde se topó con un grupo de amigos alegres: el poco dinero que llevaba se le deshizo en las manos, como la espuma de las olas sobre la arena.

Al día siguiente, sin un céntimo en la faltriquera, tomó la determinación de acudir al agente del periódico, a fin de que

le suministrara nueva cantidad, con la cual pudiese continuar en el disfrute de las vacaciones.

Le manifestó el agente que su negocio marchaba mal y que le era imposible complacerle.

Entonces *Job Pim* se limitó a exigirle cinco bolívares. Logrado que los hubo, instalóse en la oficina del telégrafo, donde consignó este mensaje para Calcaño Herrera:

«Lamento mucho tener que regresar. Ni el clima ni tu agente me prestan.»

En 1899 fundó el «Culto de Osiris» en Caracas el doctor Octavio Urdaneta, su primer pontífice, de muy grata recordación; el doctor Juan José Mendoza fué el último vicario. Sobre los más de sus miembros pesa losa de olvido injusto. AHÍ se derrochó el ingenio; diéronse fiestas literarias y artísticas de originalidad notoria y voló el chiste zumbón como avispa de Aristófañes. No se esgrimió el «puñal con gracia»; antes bien, se vertió a raudales, sin acritud ni encono.

Se perdieron, por desgracia, los archivos donde había auténticas joyas, porque Pedro Manuel Ruiz se los llevó consigo para organizarlos, y a poco murió en la Rotunda, tras largo martirio.

Tan importante centro de cultura pagó también tributo a la temible y afrentosa institución venezolana de los saqueos efectuados el 14 de febrero del 1936. ¡Ceguedad y salvajez de las turbas! Desaparecieron un hermoso cuadro de Tito Salas, «Baco adolescente», varios paisajes del mismo pintor y algunas obras de mérito.

Cierta noche se comisionó al doctor Hermán Stelling, osiriano fervoroso de apellido alemán, y a Francisco Pimentel con el fin de que fuesen a buscar provisiones para no bien aderezada cena. Fué entonces cuando el egregio humorista improvisó este romance de sabor local, escrito a la manera antigua, inédito hasta ahora:

ROMANCE OSIRIANO

*Non son fiestas en el Culto,
mas algunos se han quedado;
hambre tienen, que no fueron
en las libaciones parcos
y a las sus casas, por ende,
muchos dellos no han tornado.*

*Propónense de yantar
manjares presto mercados;
en tal son háse partido
un noble infanzón germano;
va en su compañía Jobito
por su destino menguado,
pues, sin ser home de guerra
ni de tizona y venablo,
en andanzas de peligro
hallarse suele apretado.
Llegados son a la esquina
y van tan determinados,
que sendas copas apuran,
y tantas luego apuraron
que en corto espacio se ñubla
la cabeza del germano,
y creyendo que de plata
una pieza le han sisado,
da graves voces, diciendo:*

*—“¡Me han fecho desaguisado!”,
y sin aguardar respuesta
ni partir siquiera al campo,
contra un mancebo arremete
sin ver que es villano y gajo;
muy recio golpe le asesta
de los pechos por debajo;
magüer largo era el mancebo
lo tumba cuanto era largo,
y sin pararse en un punto
arrojarle quiere un dardo:*

—“¡Párate, follón!” le grita,
una pistola aprestando,
mas non se para el mancebo
que non es torpe, aunque gafo.

Razones le da Jobito
que desfoguen al germano:
—“¡Tened vos, noble infanzón
que ya es vencido el villano,
y pues que perdón pedía,
bien estará el perdonallo.
Catad que es gafo y plebeyo
e non recio e fijodalgo;
oveja que no gigante
lo que habedes derribado!”

Tales razones demuestran
su sinrazón al germano;
afinojarse quisiera
ante el mancebo agraviado,
sin non fuera que en finojos
nunca están bien fijodalgo.
Ya se parten para el Culto;
ya a los suyos han tornado,
los que con grande contento
buena pieza se han holgado.
De allí a los días catorce
al Culto el gafo es llegado;
non viene altivo y sañudo,
antes humildoso y manso;
jabla de un fijo que hubo
e nació de modo honrado;
a compasión mueve a todos,
ricos presentes le han dado
para el yantar del su fijo;
con lo que obtiene de grado
lo que jamás obtuviera
por esfuerzo de su mano.

VIDA ANECDOTICA DE VENEZOLANOS

De Francisco Pimentel es este axioma:

«Dime con quién andas y te diré cómo tienes el hígado.»

A falta de un revistero taurino en *El Heraldo*, *Job Pim*, poco ducho en achaques tauromáquicos, asumió las funciones para asistir a la corrida con Antonio José Calcaño Herrera, director del periódico.

En el palco de la prensa, un ebrio, exasperado con la manse-dumbre de los toros, gritaba a pulmón pleno:

—Prensa asalariada: ¡digan mañana que los toros eran unas fieras!

Pasados tres minutos, volvía a la carga:

—Prensa asalariada: ¡digan mañana que los toros eran unas fieras!

Hombre de pocas pulgas, Calcaño Herrera, en el colmo de la cólera, levantóse de su asiento y con el bastón que siempre llevaba, le dió en el centro de la cabeza al vociferante.

Al día siguiente, *Job Pim* escribió en su reseña:

«El director de *El Heraldo*, después de aguantar mucho, pegó un solo palo.»

Francisco Pimentel derrochó a manós llenas la gallarda flor del ingenio. Circulan por ahí muchos epigramas y otras composiciones dispersas, no coleccionados, que así lo promulgan. Sirva de ejemplo el que se inserta en seguida, inédito hasta ahora:

*El viejo Abu-Sador, sirio usurario,
pero con sus ribetes de tenorio,
vive maritalmente con Rosario;
mas es su amor por ella tan espurio,*

*que la tiene metida el vejestorio
en un triste tugurio.*

*Eso sí, le promete un hemisferio:
casa, automóvil, joyas, el delirio.*

*Y cuando ella le dice: —Háblame en serio,
él se hace el que no entiende y le habla... en sirlo.*

Desempeñaba el general Ramón Cadenas la Jefatura Civil de la Pastora. Con él la tomaron los niños de las escuelas, quienes apostados cerca de las ventanas de su quinta, cantaba a pleno pulmón:

¡Abajo cadenas!

El jefe civil se exasperaba con las primeras estrofas del Himno Nacional; y el «in crescendo» de ¡abajo cadenas!, llegó a tal punto que dió la orden prohibitiva de que el Himno Nacional se cantara en los colegios públicos y particulares.

Francisco Pimentel (*Job Pim*) se hallaba oculto. Fastidiado de tan incómoda situación, optó por someterse a las autoridades, como en efecto lo hizo.

Cuando compareció en el cuartel de la policía, profirió esta frase:

—Me he dado el gusto de venir preso «con cadenas».

Sometido allí a interrogatorio:

—¿Cuál es su profesión?

—Preso político.

Era jefe de la policía el general Clodomiro Sánchez, persona decente que cobróle cariño a Pimentel y le mandó poner la dentadura.

—En este penal he echado hasta los dientes—exclamó, en tono de zumba.

Para esa época desempeñaba la alcaldía de la Cárcel Pública Guillermo Willete, de memoria poco grata.

Ingresó en la Rotunda un sujeto del interior de la República,

el cual tenía todas las trazas de ser un general de los nuestros.

Alguien dijo:

—Como que es un general el preso.

Replicó Willete con su voz gangosa:

—Aquí no hay más general que Gómez.

—Y el hambre, que también es general—objetó el humorista.

A raíz del asesinato de Juan C. Gómez hubo muchísimas prisiones, y, naturalmente, Francisco Pimentel cayó en la redada.

Era alcaide de la cárcel un hombre de apellido Benavides. A los tres años de reclusión pusieron al humorista en libertad. He aquí cómo refiere él mismo el episodio:

*Y cuando a los tres años un buen día,
Benavides me dijo en la Alcaldía
que estaba libre, respondí:*

—Señor,

—¿quiere hacerme un favor?

—Vamos a ver—me dijo—, ¿qué le pasa?

—Que me diga, si puede, por qué he estado
tanto tiempo guardado
para decirlo en casa...

En la Rotunda los presos políticos se ingeniaban a fin de ponerse en comunicación con las personas de su familia o afectas a ella, quienes se esforzaban por tenerlos al tanto de los acontecimientos.

Corrían rumores de que pronto iba a estallar un movimiento revolucionario. Francisco Pimentel recibió dos platos vacíos; comprendió al punto de lo que se trataba, y así explicóselo a sus compañeros de prisión:

—Nada en dos platos.

A. Guerra Bello era uno de los esbirros de Gómez. Cuando desempeñaba cierta Jefatura Civil, publicó un aviso en el que aparecía con el segundo nombre suprimido.

Francisco Pimentel, preso en la Rotunda, leyó el periódico donde se publicó el aviso; y como alguien le llamase la atención sobre el cambio de patronímico, exclamó en seguida:

—Es que Guerra Bello se ha depilado.

Durante el largo cautiverio del general Román Delgado Chabaud en la Rotunda, se efectuaron sesiones de espiritismo, a una de las cuales asistió él; invocóse el espíritu de Simón Bolívar y comparecido que hubo, interpretando el «medium», lo anunció de esta suerte:

—El Libertador se encuentra entre nosotros.

Francisco Pimentel, allí presente, exclamó al punto:

—Pues que se retire el Libertador, porque si no viene a libertarnos, le ponen también su par de grillos.

Encontrábase *Job Pim* departiendo con varios amigos suyos, cuando llegó Rafael Paredes Urdaneta, servidor del régimen de Gómez y excelente persona.

Job Pim estaba hablando mal del Gobierno, como de costumbre.

Alguien le llamó la atención:

—Mira que las paredes oyen.

—Y también los Urdanetas.

Cuando se efectuó en el Teatro Municipal de Caracas el beneficio de la gran cantante española María Barrientos, amigos y admiradores le enviaron valiosos presentes.

A Francisco Pimentel, devoto de la diva, en medio de su decorosa pobreza, se le ocurrió una original idea. Puso en un sencillo plato varias hojas de lechuga y esta dedicatoria:

«A Maria Barrientos, para que coman y se refresquen los canarios de su garganta.»

Dicen que fué este obsequio uno de los que más agradeció la artista.

Nombrado Francisco Pimentel cónsul de la República en Valencia (España), el doctor Gustavo Herrera desempeñaba entonces el Ministerio de Hacienda.

Como hubiese tardanza en subvenir al viático, se acercó al ministro Pimentel para decirle en tono plañidero:

—A pie firme creo, que en vez del viático, me van a dar la extremaunción.

En *Jabón de Castilla*, una de sus producciones de mayor ingenio, se refirió *Job Pim* a cierta marca de jabón. El dueño de ella se dió por ofendido y compareció ante Lorenzo R. Carvallo, prefecto del Departamento Libertador, para que le dirimiera el asunto.

Entablóse el siguiente diálogo:

—Si opina el señor que yo he desacreditado su producto, no tiene más sino dirigirse a los Tribunales competentes. Esa no es cuestión de Prefectura.

—Le sobra razón a *Job Pim*—dijo Carvallo salomónicamente. ¿Cómo se le ocurre a usted venir aquí con semejante majadería? Si usted se cree con derecho para demandar a *Job Pim* recurra a los Tribunales, porque yo en este litigio me lavo las manos.

Incontinenti el humorista exclamó, señalando un paquete de jabón que allí había:

EDUARDO CARREÑO

—Si se va a lavar las manos, general, no se las lave con ese jabón, porque no echa ni espuma.

Describe Pimentel un momento angustioso de la vida cáraqueña, en el siguiente epigrama:

*Ayer en una curtiembre
preguntaba una señora:
¿Cuándo no es pascua en diciembre?
Y le dijeron: Ahora.*

En París se encuentran un gran pintor y un grande humorista, los dos venezolanos Tito Salas y Francisco Pimentel, *Job Pim*. Invita el primero al segundo a que pase por el taller, con el propósito de que le sirva de modelo para la figura de Zea, en el cuadro sobre la Constitución de la Gran Colombia, que por encargo del Gobierno de Venezuela, le fué donado al Gobierno de la República hermana, con motivo del IV centenario de la fundación de Bogotá.

Pimentel accede con suma complacencia; mas el artista concurre a una fiesta diplomática, donde se topa con un descendiente directo del prócer granadino, el cual lo suplanta.

El poeta exclama al saberlo:

—Me ganará el hombre como nariz y como buena copa..., pero ¡maldito Zea!

Se tropieza *Job Pim* en Vichy con un amigo. Entáblase un breve diálogo:

—¿Tú por aquí?

—Aquí me tienes a la orden. El médico me ha recomendado que haga dos curas; yo, que no puedo hacer ni un monacillo.

Nuestro insigne poeta Andrés Eloy Blanco incurrió en el error de sumarse a los corifeos de la escuela surrealista.

Una vez escribió unos versos en esa forma y leyóselos a *Job Pim* en amable camaradería.

—Dime, con toda franqueza, ¿cómo te han parecido?

—Muy buenos, como todos los tuyos, pero no seas tan flojo: ponlos en verso.

Se hallaban de nuevo en París Tito Salas, con su esposa, y Francisco Pimentel, con la suya, la cual mostrábase muy onrada con un elegante sombrero, adquirido en Italia. Un golpe de viento se lo arrebató y fué a parar en las aguas del Sena.

La dama se llenó de consternación. El humorista insinuó para tranquilizarla:

—No te mortifiques por tan poco. Búscalo mañana en la Morgue.

En tiempo de Gómez, el teatro que hoy se denomina Coliseo llevaba el nombre de Pimentel. También existía el Teatro Principal, de la misma época. Quedaba cerca del primero una botillería; el agente de seguridad habíale cobrado cierta ojeriza al dueño, porque a la hora del cierre de rigor, las doce de la noche, aún permanecía abierta.

Job Pim encaminó sus pasos a la botillería; dió varios golpes en la puerta, hasta lograr que le abriesen. Cuando el poeta iba a penetrar en el establecimiento, compareció al punto el policía, y dijo con énfasis:

—Ya he ordenado que se cierre a las doce. Además, aquí hay un escándalo.

Job Pim intervino:

—Señor policía, aquí no hay ningún escándalo.

—Sí lo hay. No me lo niegue. Y usted es el principal.

—No, señor agente —replicó *Job Pim* con resignación franciscana—; yo soy el Pimentel.

Hizo anunciar el abogado español Martínez Ercilla su presencia en el país a son de bombo y platillos. Proyectó la erección de un monumento al Libertador en Madrid; se incautó de los fondos recaudados, y entonces el ministro de España en Venezuela, Ranero y Rivas, le siguió juicio y fué a dar en la Rotunda.

Martínez Ercilla se daba humos de gran señor, y cuando hubo la presentación de estilo, con solemne empaque y enfático acento, le tendió a Pimentel la mano protectora:

—Ercilla.

—Er Jobo.

La enfermedad crudelísima que padeció *Job Pim* y que lo simó en la tumba, no fué parte a menoscabar el humorismo suyo. Eran los tiempos en que todos hablaban de la apertura del segundo frente, en la guerra europea. Ya había sufrido Pimentel la primera intervención quirúrgica en el estómago y le iban a practicar la segunda.

Un amigo, que fué de visita, preguntóle:

—Y ahora, ¿cómo te sientes?

—Me siento un poco mejor. Tanto hablar del segundo frente y al fin me lo van a abrir a mí, porque soy el más zoquete.

Leoncio Martínez (*Leo*), supo cultivar como pocos la flor vizva del ingenio. Fué múltiple y proteiforme. Periodista, fué maestro asimismo, para quien tanto montaba pergeñar el editorial sesudo como la intencionada gacetilla, pues su estilo a todo se adaptaba con facilidad pasmosa; poeta, dejó admirables composiciones en que descuella su gallarda inspiración; cuentista, sus personajes se desenvuelven con la mayor soltura; comediógrafo, escribió piezas teatrales de ambiente venezolano, pero lo que más contribuyó a popularizar su nombre fué la caricatura.

Cuéntase de Bismarck que lo primero en preguntarle al secretario partico suyo, después que éste había leído los diarios, era lo siguiente:

—En los periódicos de hoy, ¿hay caricaturas mías?

—No, señor Canciller.

—Pues estoy mal; he caído políticamente en desgracia.

Ignoramos si Gil Fortoul conoció la anécdota bismarckiana; mas es lo cierto que siempre dió la mayor importancia al arte caricaturesco. Así lo corrobora el hecho de que cuando publicó su bella obra *Sinfonía inacabada y otras variaciones*, interpoló en ella caricaturas de su propia efígie, debidas a Leoncio Martínez, Nina Crespo y Eduardo Echolageter.

En sus *Apuntes sobre la historia de la caricatura*, anotó con perspicuidad de estilo y suma perspicacia Jacinto Octavio Piçón: «La caricatura es la sátira dibujada, la sustitución de la frase por la línea; es la pintura de lo defectuoso y lo deforme, que señala y castiga con el ridículo los crímenes, las injusticias y hasta las flaquezas de los hombres. Es quizá el medio más enérgico de que lo cómico dispone, el correctivo más poderoso, la censura que más han empleado en todo tiempo los oprimidos contra los opresores, los débiles contra los fuertes, los pueblos contra los tiranos y hasta los moralistas contra la corrupción.

«Más debe la moral al temor de la sátira que el amor a la virtud», ha dicho un escritor francés: indudablemente, una buena crítica puede corregir tanto o más que un sermón. El hombre tiene más temor al ridículo que el amor al bien, y si es muy común encontrar quien arrostre serenamente los peligros, no lo es tanto hallar quien sea indiferente al ridículo.»

Contra los abusos del poder, contra toda suerte de tropelías y desmanes, contra la superstición y el fanatismo, contra la ignorancia engreída y el talento menospreciado, contra la irrupción de las nuevas costumbres y la conservación de las antiguas, con sus rancios usos, contra la pravedad y la inverecundia, contra todo lo que tienda a pervertir el sentido moral o el culto a la belleza, dispone el arte de dos armas, a cual más poderosa: en la literatura, la sátira; en el arte pictórico, la caricatura.

Ni vaya a suponerse que la caricatura es arte de menor cuantía. Grandes pintores la cultivaron en la antigüedad; baste citar tres nombres gloriosos: Leonardo de Vinci, William Hogardt y Francisco de Goya y Lucientes.

Después de la muerte de Luis XII, Italia hallábase dividida en seis Estados principales, habiendo sido infructuosos los esfuerzos de Julio II para establecer la unidad. Florencia, después que arrojó de sí a los Médicis, hubo de recibirlos de nuevo con demostraciones ostensibles de júbilo y atuendo. Advino entonces Juan de Médicis, el portentoso León X, cardenal a los catorce años y Papa a los treinta y seis. El estudio, la meditación y la magnificencia fueron su distintivo. La exquisita finura de su espíritu en todo se transparentaba. El dió su nombre a un siglo. Bajo el generoso amparo suyo surgió el Renacimiento, la época más brillante no ya de Italia, sino de la humanidad, en que descollaron Miguel Angel Buonarroti, Rafael Sanzio, Francisco Guicardini, Nicolás Maquiavelo, Benvenuto Cellini, Julio Romano, Pedro Aretino, Ariosto, Bembo, el Tasso y los extranjeros a quienes atrajo tanto esplendor ilustre: Copérnico y Erasmo, hasta llegar a la culminación con Leonardo de Vinci, su flor y espejo, su esmalte y perfume, su compendio y corona. Ninguno más grande que él; émulos y pares no tuvo, ni tendrá; brilló con luz propia; fué pintor y poeta, escultor e ingeniero militar, inventor y arquitecto. Se diría que la Naturaleza hubiese querido refundir sus más preclaros dones —para decoro altísimo del mundo— en este genio cuya multiplicidad asombra y pasma.

Ahora bien; Leonardo no desdeñó la caricatura, sino que le placía relatar a los hombres del pueblo, con delectación macabra, historias espeluznantes y les pagaba el vino que bebían, para complacerse luego en pintar sus rostros risueños, alumbrá-

dos por lo irrisoriamente sobrenatural. «Si es posible —decía Leonardo—, debe hacerse reir hasta a los muertos.»

William Hogardt, el fundador de la caricatura en Inglaterra, vivió en medio de una sociedad corrompida, la cual satirizó con su lápiz ironico, puesto al servicio de su carácter viril e independiente. «Decir la verdad con una sonrisa», fué el lema que adopto. Las lucnas de partido, la conducta vituperable de los hombres de la pontica, la versatilidad de los reyes, que unas veces eran tiranos y otras se dejaban influir por sus favoritos ambiciosos, «el culpable celo de las camarillas en conservar el poder» —anota el critico español antes citado—, los abusos electorales, las apostasias de los que, apoyandose en el voto popular, se elevaban lo suficiente para calncar a mansalva de plebe inmundada o populacho revoltoso al pedestal de su grandeza, la siempre desastrosa influencia del clero en los negocios del Estado, el débil patriotismo del comercio egoista, y más atento al propio que al general engrandecimiento; los llamados compromisos polticos, merced a los que en el Reino Unido, como en otros pueblos, se sacrificaba la patria al partido, el partido a la fraccion, y ésta al grupo, y el grupo al personaje que lo guiaba; las votaciones de las Cámaras y sus discusiones tormentosas o lánguidas; el veto del monarca y el mal contenido oleaje de las aspiraciones del pueblo, daban por aquel tiempo en Inglaterra motivo de inspiración a los artistas que, ya al servicio de uno y otro bando, ya consecuentes con aquel a que se afiliaban, ya prestando a todos su buril y su lápiz, hacian justo escarnio de una sociedad decadente por falta de virtud y patriotismo.»

En ese medio asfixiante, Hogardt tuvo necesariamente que ser caricaturista político y moralizador: cobraron celebridad *Las elecciones, Francia e Inglaterra, Los cuatro grados de crueldad, Moisés salvado de las aguas*, que, en opinión de la critica, es la mejor de sus obras serias. Con el título de *Análisis de la Belleza* publicó un libro donde se contienen las teorías del pintor sobre estética.

Famosa fué la amistad de Garrick con Hogardt; trágico el uno, satirico el otro; y aunque entrambos movieron a risa o a llanto, supieron conmovier siempre. El primero grabó sobre el sarcófago del segundo enternecedor epitafio.

Enfermedad crudelísima retuvo a Goya alejado de sus artísticos quehaceres durante algún tiempo, a consecuencia de la cual quedó completamente sordo. Fué entonces cuando comenzó a trazar los dibujos que le sirvieron de norma para los *Caprichos*. La pertinaz dolencia contribuyó a alejarle del trato de los hombres y la hiperestesia llegó hasta el punto de convertirse en mordacidad agresiva y exacerbada. *Los desastres de la guerra* están inspirados en el odio que profesó el artista a Napoleón. En los *Caprichos* vertió a manos llenas su mal humor. Fué la rebeldía contra la hostilidad del medio; el sarcasmo hecho pintura. En uno de ellos escribió esta frase enigmática: «El sueño de la razón produce monstruos». Trazó febrilmente figuras esóticas, al parecer disparatadas; pero que exhiben la robustez de su personalidad inconfundible y la maravillosa precisión de su técnica.

Nuestro Leoncio Martínez (*Leo*), no calzó tan altos puntos, por de contado; pero con la fecundidad de su numen y el cauterio de su lápiz, satirizó malas costumbres y puso en solfa a personajes empingorotados de la política y de la literatura.

A la iniciativa de Leoncio Martínez debióse el establecimiento en Caracas, el año de 1912, del «Círculo de Bellas Artes», que tanto propendió al desarrollo de la pintura en Venezuela; hizo grandes esfuerzos por la fundación del *Teatro Nacional*, y, posteriormente, dirigió *Fantoches*, periódico humorístico de extensa circulación. Por defender los fueros de la Libertad conculcada, sufrió continuas persecuciones y encarcelamientos. Estuvo también en voluntario exilio. El nombre de Leoncio Martínez vive y vivirá en nuestra historia contemporánea como símbolo de dignidad, orgullo y decoro y servirá de paradigma a las pósteras generaciones. Fué, asimismo, un estoico. No perdió su buen humor ni cuando iba a entrarse en los dominios misteriosos de la muerte. Pudo, con su maestro Horacio, exclamar: *Non omnis moriar*, como lo dejó consignado en uno de sus versos:

Yo no quiero morir definitivamente...

Cuando fueron a visitar a Leoncio Martínez amigos conse-

cuentas, se incorporó en su lecho de moribundo para dirigirse a uno de ellos:

—Acabo de hacer mi testamento. En él dispuse que mi entierro se contratase en tal Agencia Funeraria, porque siempre que la necesité, me fió los entierros a buen plazo, y ahora quiero corresponderle en persona.

Lo único que dijo Leoncio Martínez al confesor, a punto de morir, fueron estas palabras: «Mis pecados son públicos. Yo no he dado muerte a nadie con mis manos. Ahora, no sé si con mi pluma. Yo jamás he pedido nada a Dios; pero mis deseos serían los de celebrar mis bodas de plata matrimoniales».

Ya en sus postrimerías, le gustaba a Gómez sentarse junto a la playa, en el balneario de Macuto, a la sombra del Uvero, árbol prócer que pudo escapar milagrosamente a la furia de la tala, ayer y hoy mismo en vandálica boga. Allí, entre sonrisas de disimulo, frase de falsa cortesía y arqueos de espinazos, placíale hacer la relación de sus campañas.

Día hubo en que se acercó al corrillo José Santos Chocano. El general Gómez le dijo, no bien advirtió su presencia:

—¡Aja! Aquí está el poeta que nos va a cantar al Uvero.

No era el autor de *Alma-América*, oportunista como pocos, hombre para dejar perder la coyuntura; y a la mañana siguiente leyó con voz declamatoria los versos que así terminan:

Y en la punta del ancla dejaré el corazón.

Lo cual le valió aplausos a porrillo de los aduladores, sonante suma de bolívares y una caricatura de *Leo*, en la cual pintó al poeta con la consabida corona de laurel, lira en mano, y la leyenda:

Ancla, corazón y «peje».

El ancla aparece asida a respetable talega de dinero. Cuanto a lo de «peje», es una alusión, más que directa, al buen «Bagre». No la entendieron así los áulicos, por suerte, pues de entenderla, hubiese dado Leoncio Martínez con sus huesos, como tantas veces, en sitio donde la incomodidad sentó sus reales. ¡Y los sigue sentando todavía!

En Caracas hay dos esquinas que tienen los nombres de El Gobernador y El Muerto.

Cuando el asesinato de Juan C. Gómez en Miraflores, que no se ha esclarecido aún y que fué causa de encarcelamientos innumerados, llegó a noticia de *Leo*, publicó una caricatura llena de macabra intención, al pie de la cual puso esta leyenda, al parecer sencilla:

De gobernador a muerto.

Lo que motivó nueva prisión del caricaturista en los infectos calabozos de la Rotunda.

Entre las relevantes virtudes que adornan a monseñor Jesús María Pellín, descuella la tolerancia. A pesar de que no estuvieron siempre acordes en punto a creencias religiosas, profesó a Leoncio Martínez especial cariño.

En cierta oportunidad halláronse en una reunión literaria. El sacerdote acercóse a *Leo* y dándole palmadas en el hombro, le dijo:

—¡Componte, *Leo*, componte!

El humorista se volvió hacia monseñor Pellín para objetarle:

—Monseñor, hablando en lenguaje de periodistas: ya estoy compuesto, corregido y de imprímase.

Una mañana llegó cierto pintor al Círculo de Bellas Artes, vestido elegantemente y con el cabello negrísimo, por obra y gracia del nitrato de plata.

El imprevisto rejuvenecimiento del pintor causó hilaridad entre sus amigos; y Leoncio Martínez (*Leo*) colgóle un papel en la espalda, con un letrero que decía:

«¡Cuidado con la pintura!»

Salía Leoncio Martínez, junto con un amigo, de la redacción de *Fantoches*. Se iban a cristianar dos niñas, de una de las cuales era *Leo* el padrino.

La casa ardía en fiesta. Los muchachos correteaban por los corredores, con gran bullicio. *Leo* le llamó la atención a su compadre:

—¿Quiénes son esas chicas tan pizpiretas?

—Las que van a ser bautizadas. Son tan alegres, porque nacieron en Cagua, la tierra donde se hacen las maracas.

Entonces *Leo* exclamó, con paternal ternura:

—¡Qué bellas maraquitas!

Leo entró en una pastelería. Preguntó por el precio de una torta, la cual ostentaba una mosca inmensa:

—¿Cuánto vale esa torta?

—Cinco bolívares.

—Y añadiéndole tres moscas más, ¿cuánto valdría?

Aunque parezca una paradoja, hay actualmente en Caracas tantas botillerías como librerías, lo cual habla muy alto de la popular cultura.

Para la época en que *Leo* escribió la redondilla siguiente, sólo funcionaba la «Librería Española», de Puig Ros Hermanos, quienes hicieron fortuna con la venta de novelones por entregas:

*Caracas, ciudad bravía,
entre todas las modernas,
con cuarenta mil tabernas
y una sola librería.*

Una de las tantas veces que su incontenible amor a la libertad llevó a Leoncio Martínez a pagar su tributo a la cárcel, fué allí sometido a interrogatorio:

—¿Qué edad tiene?

—La de Cristo.

—Su estado civil, ¿soltero, casado o viudo?

—Amancebado.

—¿Profesión?

—Periodista.

—¿Sabe leer y escribir?

—No.

Aquí concluye la tiramira de anécdotas venezolanas.

Bien se nos alcanza que innúmeras de ellas se han quedado en el tintero, pues el material es inexhausto, como inexhausto es el ingenio de nuestros compatriotas.

Exenta de toda gracia la pluma que las relató, ya vendrá otra que las complete y divulgue con mayor aliño.

Trashojeando estas páginas, sin orden ni concierto, ha acudido a nuestra memoria la frase de Ernesto Renán sobre Bre-

taña, de que allí hasta la alegría es un poco triste. Otro tanto cabe decir de Venezuela.

Como en el mundo andan aparejados los divinos gemelos, el Amor y la Muerte, así andan también aparejados la Sonrisa y el Llanto. Ni fué culpa nuestra la de que apareciese tras la levedad de una sonrisa el brillo de una lágrima.

Si el lector apuró su paciencia hasta dar término a esta obri-lla, quien la compuso le manifiesta el testimonio de su más profundo y perdurable agradecimiento.

En la farsa anecdótica que se trató de representar, toma el autor el buen camino, antes de que se corra el telón, de retirarse por el foro, no sea cosa que aturda sus oídos torpes la rechifla del público.

FIN

INDICE ALFABETICO

DE LOS NOMBRES CITADOS EN ESTE LIBRO

A

- Acosta, Cecilio.
Adán.
Adriani, Alberto.
Aguilera, Delfín A.
Agustín (San).
Alas, Domingo.
Alas, Leopoldo.
Alba, Juan.
Alba, Santiago.
Alcántara, Francisco Lina-
res (Padre).
Alcántara, Francisco Lina-
res (Hijo).
Aldrey, Fausto Teodoro de.
Alegria, José Manuel.
Alfonso Ortega, Andrés.
Alfonso Ortega, José.
Alfonso XIII.
Arévalo Cedeño, Emilio.
Arévalo González, Rafael.
Arias Sandoval, Carmelo.
Alvarado, Lisandro.
Alvarenga, Juan.
Amengual, Vicente.
Anacreonte.
Ancízar, Manuel.
Andrade, Ignacio.
Andueza Palacio, Raimundo.
Aranda, Francisco.
Arcaya, Pedro Manuel.
Aretino, Pedro.
Arisмени Brito, Pedro.
Ariosto.
Armas, Juan Ignacio de.
Arvelo, Cayetano.
Arvelo, Fernando.
Arvelo, Rafael.
Arvelo Larriva, Alfredo.
Arreaza Calatrava, José Ta-
deo.
Arrieta, Diógenes.
Atila.
Austria, José.
Aveledo, Agustín.
Ayala.

B

Bach.
 Badaracco, Carlos.
 Balzac.
 Baptista, Eusebio.
 Baptista, Leopoldo.
 Baralt, Miguel Antonio.
 Baralt, Rafael María.
 Barceló, José Miguel.
 Baronio.
 Barret de Nazaris.
 Basetti.
 Batista, Fulgencio.
 Baumarchais.
 Beethoven.
 Bejarano, Chucha.
 Belisario Hermanos.
 Bello, Andrés.
 Bello, Jorge.
 Bembo.
 Biagio.
 Bismarck.
 Bierck, Harold A.
 Bethencourt e hijos.
 Blanco, Andrés Eloy.
 Bergson.
 Blanco, Eduardo.
 Blanco Fombona, Oscar.
 Blanco Fombona, Rufino.
 Blanco, Jerónimo E.
 Blanco, José Félix.
 Blasco, Eusebio.
 Bolívar, Simón.
 Bolívar, o Ruiz, Benjamín.
 Bolet Peraza, Nicanor.
 Bonafoux, Luis.
 Bonaparte.

Borges, Carlos.
 Borges, Gerardo.
 Borgia, César.
 Boussingault.
 Bougrat, Pedro.
 Boves.
 Briceño, Ramón.
 Bruno, Giordano.
 Bruno (San).
 Bruto.
 Brutus, Simón.
 Buonarroti, Miguel Angel.

C

Caballero, L. F.
 Cadenas, Ramón.
 Caour.
 Calandre.
 Calcaño, Eduardo.
 Calcaño, Emilia.
 Calcaño, José Antonio.
 Calcaño Herrera, Antonio José.
 Calcaño, Julio.
 Calcaño Mathieu.
 Calvo.
 Camba, Julio.
 Campos, Ramón.
 Claredon.
 Clemenceau, George.
 Cánovas del Castillo.
 Carducci.
 Carnevali, Gonzalo.
 Carbonell, Diego.
 Carvalho, Lorenzo R.
 Carias, Alejandro.

DE LOS NOMBRES CITADOS

Carlos Magno.
Caro de Boesi, José Antonio.
Carujo, Pedro.
Carrasquilla, Rafael María.
Carrillo, Agustín.
Carreño, Cayetano.
Carreño, Eduardo.
Carreño, José María.
Carrillo y Navas, José Antonio.
Casal, Julián del.
Casiano (San).
Catón.
Castillo, Juan Francisco.
Castro, Cipriano.
Castro, Julián.
Cárdenas, José Ignacio.
Cárdenas, Román.
Castro, Juan Bautista.
Cavia, Mariano de.
Cellini, Benvenuto.
Cervantes, Miguel de.
Cestero, Tulio.
Cocchia, Roque.
Colón, Pedro Nolasco.
Conde, Francisco.
Coll, Pedro-Emilio.
Coll Núñez, Eduardo.
Coll Otero, Pedro.
Copérnico.
Correa Flinter, Luis.
Correa, Luis.
Crespo, Joaquín.
Crespo, Nina.
Crespo, Perfecto.
Cristo.
Cuervo, Rufino José.

Cunningame Graham, Roberto.

CH

Chamberlain.
Chaumer, Henrique.
Chirino Mendoza.
Chocano, José Santos.
Churión, Juan José.
Churión, Luis.

D

Dante.
Dario, Rubén.
Darwin.
Delavigne, Casimiro.
Delgado Palacios, Guillermo.
Delgado Chalbaud, Román.
Delpino y Lamas, Francisco.
Delpino, Santiago.
Díaz Flores, Francisco.
Díaz Guerra, Alirio.
Díaz Lecuna, Bernabé.
Díaz Rodríguez, Manuel.
Díez del Castillo.
Dominici, Pedro César.
Dominici, Santos A.
Donzella, José.
Drago.
D'Sola, Juan.
Dumas, Alejandro.
Duval, Mathias.

INDICE ALFABETICO

E

Eça de Queiroz.
 Echenagucia, Elena.
 Erasmo.
 Espelozín, Luis.
 Espinal, Mariano.
 Espinosa, Miguel Antonio.
 Esopo.
 Etnos.
 Ernst, Adolfo.

F

Falcón, Juan Crisóstomo.
 Fänger, Henrique.
 Fasternath, Juan.
 Fernández, Carlos.
 Fernández, Luis Clemente.
 Febres Cordero, León de.
 Febres Cordero, Tulio.
 Fernández García, Alejandro.
 Fernández, José Manuel.
 Flores, Juan José.
 Fortique.
 Fombona Pachano, Jacinto.
 Fouché.
 Fourastier, Pablo.

G

Galán, Ignacio.
 Galileo.

Galvani.
 García, César.
 García Flores, Enrique.
 García de Quevedo, Heriberto.
 García Iscazbalceta.
 García Naranjo, Nemesio.
 Gautier Benítez.
 Gracián, Baltasar.
 Garcilaso.
 Gautier.
 Gil Borges, Esteban.
 Gil Fortoul, José.
 Gobini.
 Goethe.
 Gómez Carrillo, Enrique.
 Gómez de la Serna, Ramón.
 Gómez, Eustoquio.
 Gómez, Juan Vicente.
 Gondelles, Ricardo.
 González, Aniceto.
 González, Calixto.
 González, Eloy G.
 González, Ezequiel María.
 González Guinán, Francisco.
 González, Juan Vicente.
 Gorrochotegui, Abelardo.
 Goncourt, Hermanos.
 Goncourt, Remy de.
 Goya y Lucientes, Francisco.
 Graiño, Antonio.
 Gregorio (San).
 Grimaux.
 Gual Domínguez, Pedro.
 Guardia, Heraclio Martín de la.

DE LOS NOMBRES CITADOS

Guardia, Rómulo.
Guerard, Edmond.
Guánchez, Vicente G.
Guerra, Alirio Díaz.
Guerra Bello, A.
Guerrero, Luis Beltrán.
Guerrero, María.
Guevara y Lira, Silvestre.
Guevara, Maximiliano.
Guicardini, Francisco.
Gutenberg.
Gutiérrez, Jacinto.
Gutiérrez-Coll, Jacinto.
Gutiérrez, Pedro Elías.
Gutiérrez Nájera.
Gutiérrez Solana, José.
Guzmán, Antonio Leocadio.
Guzmán Blanco, Antonio.

H

Hahn, Carl.
Hahn, Reinaldo.
Heine, Henrique.
Hernández, José Gregorio.
Hernández, José Manuel.
Hernández, Marcial.
Hernández Ron, José Manuel.
Herrera.
Herrera, Gustavo.
Herrera Irigoyen, Jesús María.
Herrera Toro, Antonio.
Hispano, Cornelio.
Hogardt, William.

Hugo, Víctor.
Hurtado.
Hurtado, Benito.
Hurtado, Ramón.
Huysmans.

I

Ibarra, Diego.
Infantado (Duque del).
Irizarri.
Irving, Henry.
Isabel II.
Itriago Chacín, Pedro.
Iturbe, Juan.

J

Jesús.
Jiménez de Quesada.
Juliac, José Manuel.
Julio II.

K

Key-Ayala, Santiago.
Khayyam, Omar.

L

Lamartine, Alfonso de.
Lamas, Belén.

Lamas, José Angel.
 Landaeta, Leopoldo.
 Lara, Eladio.
 Larrazábal, Felipe.
 Lameda, León.
 Laslarría.
 Lavalieri, Luisa de.
 Lecuna, Vicente.
 Leicibabaza, Miguel.
 Lemaitre.
 León, Carlos.
 León, Pepe.
 Level Anfiloquio.
 Level de Goda, Luis.
 Limardo, Ricardo Ovidio.
 Lores, Maximiliano.
 Lombana, José María.
 López Fontainés, P. V.
 López, José Mercedes.
 López Méndez, Luis.
 Lovera Castro, Luis.
 Lozano, Abigaíl.
 Lozano y Lozano, Fabio.

LL

Llamozas, Arturo.
 Llamozas, Salvador N.

M

Macaulay.
 Machado, Antonio L.
 Machado, José Eustaquio.

Machado, Santiago S.
 Maduro, Alejandro.
 Magdaleno, Francisco.
 Maitín, José Antonio.
 Maldonado, Samuel Darío.
 Manrique, Ramón.
 Manzo.
 Maquiavelo, Nicolás.
 Mañara, Juan de.
 Mármol, F. J.
 Marat.
 Marín, Carlos L.
 Márquez Bustillos, Victorino.
 Martí, José.
 Marcano, Vicente.
 Marcoy, Paúl.
 Martínez Ercilla.
 Martínez, Pedro.
 Martínez, Gregorio.
 Martínez de la Rosa, Francisco.
 Martínez, Leoncio.
 Marroquín, José Manuel.
 Mata, Andrés.
 Matos, Manuel Antonio.
 Máximo, Fabio Quinto.
 Médicis, Cosme de.
 Médicis, Juan de.
 Méndez Vicente.
 Mendoza, Juan José.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino.
 Meneses, Pilar.
 Merimée, Próspero.
 Mesa.
 Meserón, Juan.
 Michelena, Arturo.
 Michelena, Elías.

DE LOS NOMBRES CITADOS

Michelena Fortoul, Rafael.
Michelena, Santos.
Michelena, Tomás.
Michelena y Rojas, Francisco.

Miguel Angel.
Mijares, Pedro Vicente.
Mirabeau.
Miranda, Francisco de.
Monagas, Ruperto.
Monagas, José Tadeo.
Mora, José Félix.
Morales, Cipriano.
Morales, José Tomás.
Morales Marcano, Jesús María.

Morantes, Pedro María.
Monagas, José Gregorio.
Monteverde, Domingo de.
Montaigne.
Mosquera, Bernardino.
Montes de Oca, Salvador.
Mosquera, Tomás Cipriano de.
Montesinos, Egidio A.
Montenegro y Colón, Feliciano.

Montesquieu.
Morillo, Pablo.
Muñoz, Gabriel E.
Muñoz Tébar, Antonio.
Muñoz Tébar, Luis.
Murillo Toro, Manuel.
Muntz,

N

Naquet.
Narváez, Roberto de.

Nason, Publio Ovidio.
Nerón.
Nervo, Amado.
Nieto Caballero, L. E.
Nieves, Bárbara.
Nietzsche.
Núñez de Cáceres, José María.
Núñez, Emilia.
Núñez, Enrique Bernardo.
Núñez, José Ramón.

O

Olavarria, Domingo A.
Olavide.
Olivares, Juan Manuel.
Olivo, Leonte.
Ortiz, Juan Chrisóstomo.
Osío, Isidro Vicente.
Oteyza, Luis de.
Otero, Manuel.
Ovidio Nason, Publio.

P

Pablo (San).
Padilla, Heraclio.
Páez, José Antonio.
Páez Pumar, Miguel.
Palacio, Miguel.
Palacio y Obelmejía, Josefa.
Palma, Ricardo.
Palmerston.
Panckouche,

Paracelso.

Pardo, Francisco Guaicaipuro.

Pardo, Miguel Eduardo.

Paredes, Antonio.

Paredes Urdaneta, Rafael.

Parejo Vicente.

Parra Picón, Caracciolo.

Pasteur.

Paúl Garmendía, J. de J.

Pellín, Jesús María.

Peralta, José.

Peña, Miguel.

Peoli, Alejandro.

Pérez Bonalde, Juan Antonio.

Pérez, Francisco de Sales.

Pérez, Felipe.

Pérez de Velasco, Enrique.

Pérez, Juan.

Pérez, Udón.

Pérez Triana, Santiago.

Pietropaoli, Carlos.

Pimentel Coronel, Manuel.

Pimentel, Antonio.

Pimentel, Francisco (Padre).

Picón Febres, Gonzalo.

Picón, Jacinto Octavio.

Pimentel, Francisco (Hijo).

Poe, Edgar A.

Ponte, José Antonio.

Potentini, Tomás Ignacio.

Presas, Salvador.

Prolius.

Pulgar, Venancio.

Q

Quevedo y Villegas, Francisco.

Quintana, J.

Quintana, Leoncio.

Quintero, Angel.

Quintero, Domingo.

Quintero, Félix.

Quintero y Hernández.

R

Rabelais.

Racamonde, Víctor M.

Ramírez Angel, Emiliano.

Ramos, Antonio.

Ramos, Domingo Santos.

Ranero y Rivas.

Raquel.

Razetti, Luis.

Reitzs.

Reina, José María.

Restrepo, Antonio José.

Restrepo, Roberto.

Revenge, Manuel.

Reyes, Rafael.

Richelieu.

Riera, Gregorio Segundo.

Rísquez, Francisco Antonio.

Rivas, Gumersindo.

Rivero, Nicanor.

Robraña, Francisco.

Robinson, Samuel.

Rodil, Jorja.

DE LOS NOMBRES CITADOS

Rodó, José Enrique.
Rodríguez del Toro y Alaiza.
 María Teresa.
Rodríguez, Elías.
Rodríguez, Marco Aurelio.
Rodríguez, Margarita.
Rodríguez Marín, Francisco.
Rodríguez, Plácido Daniel.
Rodríguez, Rosalía.
Rodríguez, Simón.
Roetgen.
Roget, Pedro.
Rojas, Aristides.
Rojas, Cristóbal.
Rojas (el marqués de).
Rojas Hermanos.
Rojas, Pedro José.
Rojas, José María de.
Rojas Paúl, Juan Pablo.
Rojas, Teófilo E.
Romanace, Alejandro.
Romano, Julio.
Romero García, Manuel V i-
 cente.
Romero, Paulo Emilio.
Ronco, María.
Roseti.
Roosevelt, Teodoro.
Ruiz Zorrilla, Manuel.

S

Saavedra Fajardo.
Sardi, Julio.
Sajonia (Duque de).
Salas, José Antonio.
Santander, Julio Anselmo.

Saint Victor, Paúl de.
Saint Grieg; Laurent.
Sánchez Clodomiro.
Sanguily, Manuel.
Salas, Tito.
Salazar, Matías.
Sanabria, Martín J.
Sanabria, José Tomás.
Sanín Cano, Baldomero.
Salet.
Saluzzo, Marco Antonio.
Sardi, Julio.
Saúl.
Sanzio, Rafael.
Scanlan, Eduardo.
Schumann.
Schopenhauer.
Schlageter, Eduardo.
Seijas García, José María
Semprúm, Jesús.
Selle.
Silva, Antonio José.
Silva, José Asunción.
Silva Gandolphi, M. A.
Silva, Manuel María.
Smith, Alberto.
Sócrates.
Sojo (El padre).
Sotillo, Juan Antonio.
Sotillo, Pedro.
Soto, Hernando de.
Soublette, Carlos.
Soublette, Félix.
Soublette, Olalla de.
Soublette, Simón.

Suárez, Victoriano.
 Sucre, Antonio José.

V

T

Taine.
 Tasso.
 Tayllerand.
 Tejera, Felipe.
 Tesla.
 Tirado, Carlos.
 Telles, Gabriel de.
 Tirado Medina, Agustín.
 Tirteo.
 Toro, Fermín.
 Torres, Carlos Arturo.
 Torres Rodríguez, Mario.
 Trujillo, Ignacio A.

U

Ugarte, Manuel.
 Unamuno, Miguel de.
 Urbaneja, Alejandro.
 Urbaneja Achelpohl, Luis
 Manuel.
 Urbaneja, Diego Bautista.
 Urbaneja, Manuel María.
 Urbano, Federico.
 Urdaneta, Amenodoro.
 Urdaneta, Rafael.
 Uribe Angel, Manuel.
 Uribe, Juan de Dios.
 Uztáriz, Mariano.

Vallenilla Lanz, Baltasar.
 Vallenilla Lanz, Laureano.
 Valdivia, Pedro de.
 Vallete, Alfredo.
 Vally.
 Varela, Héctor.
 Varela, José Gregorio.
 Vargas, Antonio.
 Vargas de la Rosa, Federico.
 Vargas, José María.
 Vargas Vila, José María.
 Vázquez, Antonio José.
 Vegas, Pedro de la.
 Velázquez Caballero, M. I.
 Velázquez, Carlos María.
 Velasco Ibarra, Benjamín.
 Veloz Goiticoa, Nicolás.
 Velutini, José Antonio.
 Vetancourt, Manuel Norber-
 to.

Vetancourt Vigas, F. C.
 Vigas, Andrés J.
 Villalobos, Ramón.
 Villanueva, Laureano.
 Villasmil, José Ramón.
 Villavicencio, Rafael.
 Villegas Pulido, Lucio.
 Vinci, Leonardo de.
 Virchow.
 Virgilio.
 Voltaire.

W

Wagner, Ricardo.
 Washington.

DE LOS NOMBRES CITADOS

Wellington.

Wilde, Oscar.

Willete, Guillermo.

Witzke, Christian F.

Wowell.

Wurtz.

Y

Yorick.

Z

Zárraga, Clemente.

Zerpa, Víctor Antonio.

Zola, Emilio.

Zorrilla, José.

Zuloaga, Carlos.

Zuloaga, Nicomedes.

Zumeta, César.

lar valor de esta obra el hecho de que en España y América existen anecdotarios de notorios personajes, publicados separadamente; pero no hay ninguno que contenga el mayor número de ellos como figuras vivas en la historia menuda y secreta de un país. Y ese fué el propósito de Eduardo Carreño: dotar en lo posible a Venezuela de un florilegio anecdótico, por llamarlo de alguna manera, en el cual resalte el vigor, la lozanía, la gracia y agudeza del ingenio de sus compatriotas, que sin la diligencia de una mano curiosa se hubiera perdido para siempre. Bien comprendió el autor cuando compuso la obra que en este género de narraciones sintéticas es difícil la originalidad y que el material es inexhausto, por lo mismo que se renueva cada día, comunicándole interés y amenidad. Por eso dijo que innúmeras anécdotas se le quedaron en el tintero y que ya vendrá una pluma experta para divulgarlas con mayor aliño, aunque nos parece que ninguna otra mejor cortada que la de él para escribir sobre este tema con tan singular maestría.



EDICIONES EDIME



MADRID - CARACAS

EDICIONES
DEL MINISTERIO
DE EDUCACION



DIRECCION DE CULTURA
Y BELLAS ARTES